



JULIO GONZÁLEZ HERRERA

TREMENTINA,
CLERÉN Y BONGÓ

TREMENTINA, CLERÉN Y BONGÓ

CLÁSICOS DOMINICANOS
COLECCIÓN DEL INSTITUTO SUPERIOR DE FORMACIÓN DOCENTE SALOMÉ UREÑA
SERIE I. NARRATIVA



INSTITUTO SUPERIOR
DE FORMACIÓN DOCENTE
SALOMÉ UREÑA
ISFODOSU

JUNTA DE DIRECTORES

Andrés Navarro Ministro de Educación

Denia Burgos Viceministra de Asuntos Técnicos Pedagógicos, Ministerio de Educación

Remigio García Director General de Currículo, Ministerio de Educación

Andrés de las Mercedes Director Ejecutivo del Instituto Nacional de Formación y Capacitación del Magisterio (INAFOCAM)

Eduardo Hidalgo Presidente de la Asociación Dominicana de Profesores (ADP)

Altagracia López, Ramón Flores, Manuel Cabrera, Miguel Lama, Magdalena Lizardo,

Radhamés Mejía, Rafael Emilio Yunén, Ramón Morrison, José Rafael Lantigua y

Juan Tomás Tavares Miembros

Julio Sánchez Maríñez Rector

AUTORIDADES ACADÉMICAS

Julio Sánchez Maríñez Rector

Rosa Kranwinkel Aquino Vicerrectora Académica

Andrea Paz Vicerrectora de Investigación y Postgrado

Marcos Vega Gil Vicerrector Ejecutivo, Recinto Félix Evaristo Mejía

Mercedes Carrasco Vicerrectora Ejecutiva, Recinto Juan Vicente Moscoso

Franco Ventura Vicerrector Ejecutivo, Recinto Luis Napoleón Núñez Molina

Jorge Sención Vicerrector Ejecutivo, Recinto Urania Montás

Ana Julia Suriel Vicerrectora Ejecutiva, Recinto Emilio Prud'Homme

Cristina Rivas Vicerrectora Ejecutiva, Recinto Eugenio María de Hostos

Carmen Gálvez Directora de Grado

Angelquis Aquino Directora de Postgrado

Ramón Apolinar Méndez Director de Extensión

Luisa Acosta Representante del Profesorado

Antony Paniagua Representante de los Directores Académicos

Alliet Ortega Directora Administrativa Financiera

Sharon Schnabel Directora de Desarrollo Organizacional

Jeremías Pimentel Representante Estudiantil



JULIO GONZÁLEZ HERRERA

TREMENTINA, CLERÉN Y BONGÓ

PRÓLOGO DE JOCHY HERRERA



TREMENTINA, CLERÉN Y BONGÓ | Julio González Herrera

Primera edición Santo Domingo, 1943

Segunda edición (Facsimil) Santo Domingo, República Dominicana 1974.
Secretaría de Educación.

Tercera edición Santo Domingo, 1985. Editora Taller

Cuarta edición Santo Domingo, 2018. ISFODOSU

COLECCIÓN CLÁSICOS DOMINICANOS, Serie I. Narrativa.

Dirección general Julio Sánchez Maríñez, Rector

Coordinación Yulendys Jorge, Directora de Comunicaciones

Dirección editorial Margarita Marmolejos V.

Diseño de interiores Ana Zadya Gerardino

Diagramación y portada Julissa Ivor Medina

Ilustración original de portada Grabado de E. Tarazona hijo para la segunda edición (Facsimil): Santo Domingo, República Dominicana 1974. Secretaría de Educación.

Corrección Thelma Arvelo, Janet Canals, Vilma Martínez y Apolinar Liz

ISBN 978-9945-9137-7-4

Para esta edición: © Instituto Superior de Formación Docente Salomé Ureña.
Prohibida la reproducción total o parcial sin autorización.

Impreso en los talleres gráficos de Editora Búho,
Santo Domingo, República Dominicana, 2018.

P R E S E N T A C I Ó N



El Instituto Superior de Formación Docente Salomé Ureña, ISFODOSU, tiene como misión fundamental formar profesionales de la educación y, como visión estratégica, constituirse en la institución de referencia de la formación docente en República Dominicana, compromiso que impone la asunción de amplias responsabilidades y retos en su quehacer educativo.

En ese marco se inscribe la iniciativa de publicar colecciones editoriales que recojan obras de gran importancia literaria, histórica o académica, para ponerlas a disposición de los docentes en formación y en ejercicio y, en general, de toda la ciudadanía. Así, estas colecciones incluirán obras que forman parte del patrimonio intelectual y cultural dominicano, y es nuestro mayor interés facilitar y fomentar su conocimiento y disfrute.

Con esta primera colección, «Clásicos Dominicanos. Serie I. Narrativa», se inicia nuestra labor editorial sistemática, a la que esperamos dar sostenibilidad con la publicación de otras colecciones que, como esta, contribuyan a una mejor formación de nuestros futuros docentes, del magisterio nacional y de una población lectora cada vez más esforzada en el conocimiento de su cultura y su historia y en su desarrollo intelectual.

Los títulos de esta primera colección son tan relevantes como lo fueron sus autores y tan trascendentales como lo es su permanencia en el tiempo: *El monterero*, de Pedro Francisco

Bonó; *Over*, de Ramón Marrero Aristy; *Cuentos Cimarrones*, de Sócrates Nolasco; *Cartas a Evelina*, de Francisco E. Moscoso Puello; *Crónicas de Altocerro*, de Virgilio Díaz Grullón; *La fantasma de Higüey*, de Francisco Javier Angulo Guridi; *Enriquillo*, de Manuel de Jesús Galván; *La sangre*, de Tulio Manuel Cestero; *Trementina, clerén y bongó*, de Julio González Herrera; y *Guanuma*, de Federico García Godoy.

Para seleccionar estas obras agradecemos la valiosa cooperación de Mu-Kien Sang Ben, presidente de la Academia Dominicana de la Historia; Bruno Rosario Candelier, presidente de la Academia Dominicana de la Lengua y Rafael Peralta Romero, miembro; Dennis Simó, director ejecutivo de la Sociedad Dominicana de Bibliófilos; Remigio García y Raymundo González, de la Dirección General de Currículo del Ministerio de Educación; Pablo Mella, Ruth Nolasco y María José Rincón, asesores del Instituto Superior de Formación Docente Salomé Ureña, y esta última miembro de la Academia Dominicana de la Lengua.

En honor a esos excelentes autores y sus obras elegidas, hemos querido contar como prologuistas con diez reputadas firmas de intelectuales y escritores dominicanos: José Alcántara Almánzar, Soledad Álvarez, Roberto Cassá, Ruth Nolasco, Raymundo González, Miguel Ángel Fornerín, José Rafael Lantigua, Mu-Kien Sang Ben, José Mármol y Jochy Herrera, quienes con entusiasmo y absoluta disposición aceptaron ser parte de este esfuerzo editorial del Instituto, por la conservación, difusión, enriquecimiento y desarrollo del patrimonio intelectual y cultural de la sociedad dominicana.

Julio Sánchez Maríñez
Rector

P R Ó L O G O



Ignominia y ciertas formas de cordura

En el óleo *Extracción de la piedra de la locura* El Bosco visionario plasma una imagen que a primera vista aparenta una cierta comicidad escénica en la que tres personajes trazados sobre un paisaje medieval, rodean a un hombre entregado a su merced y cuya cabeza está siendo martillada. El protagonista de tal acto tiene la portentosa apariencia del docto, del conocedor a quien se le ha confiado la compleja tarea de intervenir el depósito del pensamiento. Mas, sobre su propia cabeza yace la metáfora reveladora de la escena: el embudo invertido que burlescamente cuestiona la cordura de aquel que intenta curar al demente utilizando semejante absurda maniobra. ¿Quién es, pues, el verdadero loco? ¿El paciente o el médico? ¿Es el arquetipo quien define la (a)normalidad o es el (a)normal quien le desafía?

El inicio de la psiquiatría, una de las más jóvenes especialidades médicas, podría trasladarse a las remotísimas épocas del chamán, a las prácticas mágico-animistas y los sacerdotes tribales; a los manuales del *Āyur Veda* hindú y a la concepción de los humores hipocráticos; a la *insania* romana de Aulio Cornelio Celso y al *suffocatio intellectus* de Paracelso; y a la demonología del *Malleus maleficarum*, el Martillo de brujas que culpa a Satán de los males mentales e instruye sobre cómo curarles a través de la tortura,

hasta arribar a la liberación de los enfermos encadenados gracias al renovador Philippe Pinel en 1793.

Durante este periplo la disciplina del alma enferma no solo ha insistido en reubicarle en los vericuetos del cerebro y en pretender dominar el desafío de la comprensión de la conducta humana, sino sobre todo, se ha obsesionado en corregir sus variantes «patológicas» otrora a manos de electrochoques, y hoy entregada a la manipulación de los neurotransmisores cerebrales. Porque ciertamente, ha triunfado el *Prozac* incluso entre las huestes de los sanos, a juzgar por los millones de consumidores de dicho aparentemente mágico fármaco.

El manicomio, por su parte, espacio que a través de los tiempos ha acarreado consigo concepciones del antiguo islam, la Grecia clásica y la Europa renacentista, aparece como institución social y científicamente aceptada en las tempranas décadas decimonónicas, época en que a juicio de muchos, más que constituir una propuesta saludable representó un estilo de control sobre el enfermo. Un instrumento revelador del poder del ejercicio psiquiátrico que «normalizaba y gobernaba» la conducta de los ya no «locos» sino la de los enfermos mentales, tal como planteaba Foucault en su paradigmática obra *Historia de la locura en la época clásica*. Para el preclaro pensador francés, el loco y el manicomio no deberán ser vistos únicamente como sociopatías obstaculizadoras de la integración armoniosa del enfermo sino como construcciones que representan relaciones de poder; que justifican la existencia de espacios donde aplicarlas en búsqueda de la gestión de un régimen de verdad «normalizador» de cierta forma de salud mental conveniente al panóptico social del *establishment*.

La literatura, fiel espejo del acontecer y del pensar, ha abrazado la locura y el enajenado mental dentro de sus herramientas creativas ficcionales no solo a través de personajes de toda índole, sino incluso hasta como expresión del autor mismo. A partir de textos fundacionales como el *Quijote* y *El licenciado Vidriera* de Cervantes;

como *El túnel* de Sábato o *Los siete locos* de Robert Arlt; *Coronación* de José Donoso, *El pozo* de Onetti, *La nave de los locos* de Cristina Peri-Rossi, y, por supuesto, como en los *Quinientos locos* de nuestro Antonio Zaglul, por solo mencionar algunos. Así, las letras nos han brindado un extenso arcoíris de múltiples aristas ilustrativas de la experiencia del manicomio que a través de las últimas décadas han conformado un robusto *corpus* merecedor de un concienzudo análisis que por supuesto no cabría en estas líneas.

El presente libro, junto al *Over* de Marrero Aristy, *La Mañosa* de Bosch, *Cañas y bueyes* de Moscoso Puello y *Jengibre* de Pedro Andrés Pérez Cabral, constituye un importante grupo de novelas del llamado realismo social dominicano que aparecieron en las primeras décadas del trujillato; publicada originalmente en 1943 y rápidamente agotada, *Trementina, clerén y bongó* ha sido reeditada solo en dos ocasiones: en 1974, a la sazón por la entonces Secretaría de Educación, y en 1985 gracias a la Editora Taller. La explicación de aquella aparente inicial popularidad en una época que contaba con relativamente pocos lectores y un mercado del libro limitado ya ha sido debatida; por un lado, justificada como reflejo del rechazo a su naturaleza propagandística a favor del régimen, y, por otra, como expresión de un genuino interés editorial. Tras su publicación en 1943 la prensa nacional y escritores como Freddy Prestol Castillo y Manuel A. Machado elogiaron la novela por su «original prosa y diáfano lenguaje» así como por proponer planteamientos de índole sociológica que a su juicio representaban diferenciaciones de la psicología dominicana y la haitiana (*La Opinión*, 10 de abril, 1943).

Trementina, clerén y bongó está narrada en 29 pasajes en los que se representa una obvia alegoría a las particularidades de la nación dominicana bajo el dominio del sátrapa: Un grupo de «locos» (los ciudadanos) confinados en una isla ficticia cercana a La Hispaniola (el país) son sometidos a brutales y deshumanizantes tratos por el personal médico y administrativo a su cargo (el Estado); haitianos

y dominicanos verdaderamente enfermos junto a otros enviados allí por razones ajenas a su salud mental (los opositores y desafectos) comparten las desgracias de este repugnante lugar. Un día de visitas, Rodolfo (Trujillo), alter ego del autor y autoproclamado líder natural, declara una revolución que dará al traste con el estado de cosas. El nuevo *Jefe*, que a través de sus diálogos muestra su inconmensurable desprecio por lo haitiano, invierte las reglas del juego aplicando las mismas vejaciones que antes sufría y criticaba. A partir de aquí se desarrolla una entretenida trama donde prevalecerán una relación amorosa inesperada, la búsqueda de un tesoro perdido y sobre todo, el recurrente denuesto del Ser negro, haitiano, en este caso.

A nuestro juicio, aquellos pasajes donde se abordan las representaciones culturales de los ciudadanos haitianos residentes del manicomio y en los que se narran prácticas de vudú y sesiones de fermentación de clerén se revelan con una justa destreza literaria, sin embargo, aparecen armados de una enfermiza africanofobia que demoniza las conductas de nuestros vecinos en una suerte de cínica alegoría al parecer justificadora de los despreciables hechos acontecidos en la frontera durante aquel fatídico «corte» de 1937.

Encontramos además en las páginas de este texto múltiples pasajes que ilustran el azaroso transcurrir del verdadero demente quien, en una isla navegante, definida por su autor como «manicomio modelo», (sobre)vive las deshumanizantes condiciones a las que la sociedad (y el régimen) le han condenado. Se trata de un laboratorio espejo de la comunidad nacional donde prohibiciones y coerciones de toda naturaleza persiguen imponer una única verdad: la del dictador y su «modernismo» que no es más que su propia versión caribeña del más despiadado fascismo: «(...) *Los idiotas, como Niquito, parecían espectros o sonámbulos i caminaban lentamente i como en éxtasis. Solo podían coordinar pocas palabras disparatadas i no atendían sino a los reclamos más imperiosos de la naturaleza: comer y defecar. Comían no solo los alimentos que les*

eran llevados, sino todo lo que encontraban, desde un fruto verde, hasta el propio excremento. Reían con una risa lenta, como si unos hilillos desde las orejas halaran despacio los labios. Eran los parias del manicomio...».

Cabe destacar que Julio González Herrera escribe esta novela durante su confinamiento en un hospital psiquiátrico ya que, tras cometer el desliz de criticar el régimen en una borrachera, fue declarado «desafecto» (y loco) a pesar de haber ejercido desde muy joven una fructífera carrera de servicio gubernamental y diplomático. Curiosamente, la crítica nacional ha dedicado muy poca atención a *Trementina* hecho que, según Norberto James, se explicaría, entre otras cosas, por su carácter propagandístico a favor de la dictadura, su marcado racismo y su apología al intervencionismo norteamericano. Ha sido precisamente James, en el ensayo *Denuncia y complicidad*, parte de su tesis doctoral, quien ha desglosado la obra que nos ocupa con el mayor rigor académico.

James propone que la crítica al régimen sugerida en *Trementina, clerén y bongó* «no parecería estar guiada por deseos de cambiar el orden despótico sino más bien por un sentimiento individual de contraataque a sectores muy específicos de las esferas del poder; quizá por eso termina resaltando esa propaganda anti haitiana que armoniza tan bien con la ideología del régimen». No obstante, el autor reconoce la importancia de estudiar esta y las demás novelas aquí mencionadas a fin de obtener una visión cabal de la tradición a la que pertenecen y desde la cual surge posteriormente una ruptura con la publicación de *El buen ladrón* (1961) y *La vida no tiene nombre* (1965), ambas de la autoría de Marcio Veloz Maggiolo.

La trementina, el clerén y el bongó son los aditamentos que simbolizan la receta del dolor humano –el provocado–, los alucinógenos que le anestesian, como al autor mismo, dada su conocida afición alcohólica por aquel derivado de la caña, y la africanidad isleña que para unos cuantos podría ser fiesta y para muchos otros,

como Rodolfo, motivo de rechazo al ella representar la negación de la cultura hispánica que tanto propulsó el mulato dictador.

La trementina, derivado extraído de ciertos pinos nobles, constituyó por mucho tiempo una arcaica forma de tratamiento inyectado contra las crisis de agitación psicomotriz de los esquizofrénicos que perseguía lograr la calma del enfermo gracias al intenso dolor que provocaba y a la subsecuente necesidad de postración e inmovilidad. En esta obra adquiere un disfraz de tortura, de símbolo del sufrimiento infligido en pos de una presunta «curación» (control) de la desesperación psicótica y también del rechazo a la ignominia dictatorial.

No faltan en los capítulos de *Trementina, clerén y bongó* veladas pero atrevidas denuncias a la desigualdad material prevaeciente en la República Dominicana posterior al ciclón San Zenón en pleno apogeo trujillista: «*Sus observaciones lo habían llevado a la conclusión de que los locos pertenecían a todas las clases sociales, desde las más elevadas, donde la locura, heredada o no, provenía seguramente de las excesivas preocupaciones, desgracias, disgustos, enfermedades i vicios inherentes a la riqueza, hasta las más humildes donde parecía originarse en el hambre i los sufrimientos que conlleva la miseria.*». Por supuesto, había locos trujillistas y anti trujillistas; locos víctimas del trujillato y locos enardecidos por él, y hasta aquellos que, como Rodolfo, convenientemente, no eran tan locos.

El recurrente paralelo trazado por González Herrera entre la satrapía y las vivencias del manicomio protagonista de esta obra constituye quizás la mayor fortaleza metafórica en el planteamiento textual formal de *Trementina, clerén y bongó*. El siguiente párrafo habla por sí mismo: «*En las comunidades normales las conspiraciones casi siempre fracasan porque sobre ellas se cierne implacablemente el fantasma de la traición: el conspirador venal que sabe que va a obtener el precio de su deslealtad, va donde el enemigo y vende su secreto. Esto no pasa en las comunidades de locos: ellos saben que no obtendrían recompensa alguna, sino el desprecio y las*

vejaciones de sus compañeros. Además, el ansia de libertad es tan grande en ellos que no cambiarían una problemática posibilidad de escapar por todo el oro del mundo». ¿Se trata entonces de una crítica al estamento institucional hospitalario o acaso una denuncia solapada contra el régimen dictatorial?

Foucault afirmaba que la verdadera locura quizá no sea otra cosa que la sabiduría misma que cansada de descubrir las vergüenzas del mundo, ha tomado la inteligente resolución de volverse loca. ¿Fue esta la motivación para que González Herrera declarara una «revolución de los locos»? Aquella denuncia representaría el estallido, la sacudida que en el mundo de los cuerdos –la sociedad trujillista– aún no se gestaba; ante ella, ¿prefirió el malogrado autor «volverse el loco» o quizás, ser forzosamente un cómplice más? ¿Acaso nos encontramos entonces ante un verdadero desdoblamiento entre denuncia y complicidad como ha sugerido Norberto James?

Las respuestas a tales interrogantes de seguro no serán encontradas en las páginas de esta obra, mas no cabe duda de que su relectura crítica constituye una importantísima herramienta para la contextualización histórico-literaria del pensamiento nacional prevalente durante aquella oscura etapa, gracias a esta elegantísima reedición aparecida en momentos donde muchos de sus desafíos temáticos continúan vivos en el quehacer intelectual de la nación dominicana.

Jochy Herrera
Santo Domingo, D.N.
Junio de 2018

Bibliografía:

Foucault, Michel (1964), *Historia de la locura en la época clásica*, España, S.L. Fondo de Cultura Económica.

La Opinión, 10 de abril de 1943.

James, Norberto (1997), *Denuncia y complicidad*, Santo Domingo, Editora Taller.

TREMENTINA,
CLERÉN Y BONGÓ

A mi hijo Francis

Lector:

Amor, locura y magia son los pilares que sostienen esta obra. Presumo que ella os ha de gustar porque estos tres conceptos han de ser naturalmente fascinantes, por auto-patía, en un mundo de locos, que únicamente por arte de magia ha podido subsistir, y al que solo alumbraba una luz maravillosa y eterna: el Amor.

El autor

Se hace constar que la acción de esta novela es puramente imaginaria y que cualquier semejanza que se creyere encontrar entre sus personajes y actuación con personas y hechos de la vida real, no tiene fundamento.



I. EL MANICOMIO MODELO

A l sureste de la ínsula Hispaniola, la preferida de Colón, hay una pequeña isla que tiene una extensión de alrededor de veinte kilómetros de largo y diez kilómetros de ancho. Allí, la gama de la naturaleza abarca desde el pino viril en la pequeña sierra hasta la mariposa bella y grácil. En ella hay verdeantes colinas de una altura de hasta cuarenta metros y vistosos valles de tierra suelta y feraz. Hay, además, una laguna de agua salada, alrededor de diez pozos de agua dulce, numerosos manantiales, varias ensenadas, y cabos y puntas de regular extensión. La providencia derramó allí todo su esplendor como lo hiciera en las preciadas islas de los Mares del Sur. Las cascadas, después de correr en su límpido lecho de blancas y azuladas piedras y de producir un sonido armonioso y arrullador, se despeñan dulcemente en un desbordamiento bello e inesperado. En sus profundas malezas crecen corpulentos árboles y se deslizan flexibles lianas. Los riachuelos corren regocijadamente entre guijas y fina arena. Pájaros y avecillas de todas clases revolotean en aquel mágico edén con plácida confianza. Animales salvajes desde el huidizo hurón de hocico puntiagudo hasta la cabra montaraz y brincadora, hacen de aquel pequeño paraíso su confortable mansión. Los árboles frutales alternan con las guásimas silvestres y los frondosos guayacanes, naranjos, guayabos, limoneros, almendros, mameyes, cajules, limoncillos, aguacates, bananos, tamarindos y caimiteros, se juntan con la pródiga caña de azúcar, orgullo y pendón del trópico, y con el altivo cocotero, gallardo y audaz, en gozosa y riente promiscuidad, en aquella islita de leyenda. La naturaleza toda, en fin, emana de ese cuadro con un aliento fecundo de vigor y de

vida que despierta el alma a la contemplación extática de la grandiosidad del Supremo Hacedor.

Pero entre todos los árboles de la islita descuella, por su majestad y belleza, por su grandeza y profusión, el mango que creció en la India bajo la mirada protectora de los Maharajás y que se democratizó en América, bajo el sol ardiente de un trópico más luminoso y de una naturaleza más provocativa. Rey y Señor del campo dominicano, no siente ya la nostalgia del Ganges sagrado, y entre sus hojas lanceoladas surgen sus flores apretujadas y pequeñas en artísticas panojas, sus frutos rosados y brillantes, como la mejilla de un efebo jafético o amarillentos y alargados como fuertes testículos de toro. Es el mango el rey indiscutible del campo dominicano: fuerte, audaz y orondo, crece junto a la grácil palmera que, mujer al fin, siente infinitamente su ansia frustrada de cielo azul. Su copa, ancha y espesa, parece haber sido redondeada amorosamente por las manos de un artífice supremo para que luciera más gallardo y simétrico en la confusa promiscuidad de la selva virgen. Poderoso, protege con su copa al caminante fatigado y a la sombra de su tupido follaje se solazan los plumíferos y relincha el potro brioso al columbrar la hembra de ancas prominentes. A todos ofrece con abundancia su dulce fruto de pulpa amarillenta y sabrosa. El mango, con su corteza negra y rugosa, con el verde de sus hojas, y con el colorido alegre y vivaz de sus frutos, es como el símbolo del campo quisqueyano. Con sus colores se podría formar la bandera del campesino dominicano, que sería lo mismo que poner el verdor de sus campos, el negror de su noche, y el rosado-amarillento de la aurora que cada mañana contempla ensimismado.

También hay en la isla grandes extensiones cultivadas de arroz, frijoles, maíz, plátanos, yucas, patatas, tabaco, y legumbres y hortalizas de todas clases. En sus costas abunda la pesca, desde la tímida sardina hasta el voraz esqualo.

El clima de la islita es fresco, seco y agradable, especialmente en los meses de noviembre a junio. En los demás meses es caluroso y las lluvias son frecuentes.

Esta islita mágica, que a grandes rasgos hemos descrito, pertenece a la República Dominicana, que con la República de Haití,

comparte el dominio de La Hispaniola. Entre el esplendor de su fascinante naturaleza, ha sido instalado un establecimiento psiquiátrico con el nombre de Manicomio Modelo, que fue fundado hace muchos años por una piadosa institución: «La Hermandad Cristiana». Un canal de aguas hondas y tempestuosas, de alrededor de cuatro millas marítimas de ancho, separa la isleta de La Hispaniola.

Las construcciones están casi en el centro de la isla, en un pequeño valle desde donde se destaca brillantemente el panorama de la naturaleza. Aquellas se componen, en primer lugar, de un edificio central de tres pisos, en forma circular, y con cierto parecido a esos palacios, redondos y festivos, que vemos a menudo en las estampas japonesas. El primero de estos pisos es destinado a las oficinas del director, subdirector y mayordomo. El segundo y el tercero están destinados a dormitorios del personal.

Alrededor de este edificio central, en la parte de atrás, y formando un semicírculo, hay siete pabellones de forma cuadrangular, cuatro de los cuales están destinados a dormitorios de los enajenados mentales del sexo masculino, y que son designados con los números 1, 2, 3 y 4; el quinto es dedicado a enfermería; el sexto está integrado por cincuenta celdas para los enfermos peligrosos; y el séptimo, el más amplio de todos, con capacidad para un ciento de enfermos, está destinado al sexo femenino.

Los pabellones tienen, a la entrada, una habitación destinada al guardián. En el pabellón destinado a hospital hay siempre una enfermera de servicio. En el destinado a celdas no hay guardián permanentemente, sino que es atendido por el del pabellón N° 3. Este pabellón requiere menos vigilancia, pues los reclusos están individualmente en celdas herméticamente cerradas. La vigilancia se hace indispensable en los demás pabellones, en que en cada uno hay un número regular de enajenados, y donde, por turno, cada noche, dos llaveros hacen de serenos. Cada pabellón tiene, en su fondo, un cuarto de aseo provisto de varios baños de ducha.

Hay, además, una edificación de concreto armado, un poco alejada del establecimiento principal, con varios departamentos dedicados a barbería, cocina, lavandería, panadería, depósito de provisiones y efectos, y planta eléctrica. Los servicios de barbería,

cocina, lavandería, panadería y luz eléctrica, y otros, están a cargo de reclusos cuyo estado de salud no reviste ninguna gravedad.

Para servir de reposo durante el día a los reclusos que no pueden gozar de libertad, hay dos grandes pabellones abiertos, denominados «pabellones de reposo».

En la parte izquierda de las edificaciones principales, y a regular distancia, hay un gran pabellón cuadrangular abierto que sirve de comedor. En rústicas mesas junto a las cuales se ven largos bancos de madera, son servidos los alimentos a los reclusos.

En un lugar alejado está el pequeño cementerio de la comunidad. En los jardines cercanos a los edificios hay numerosos bancos en forma circular, alrededor de los mangos más frondosos, para descanso de los enfermos durante el día.

La posibilidad de fugarse del establecimiento es muy remota, ya que la isla está a bastante distancia de La Hispaniola, y no hay a disposición de los reclusos herramientas con que puedan estos construirse lanchas o botes. Además, hay una constante vigilancia ejercida por los guardianes, los cuales no tienen otra ocupación durante el día.

Los reclusos del sexo masculino visten un basto uniforme o *mameluco* de dril azul. Los del sexo femenino visten largas batas del mismo material. Todos calzan alpargatas. Por excepción usan pijamas los reclusos que pueden costearlas.

El director del sanatorio es el doctor Fernando Romano, médico de la Universidad de Santo Domingo; de sesenta años, de gran reputación. Es de mediana estatura, pelo negro casi encanecido, y de mirada dura y severa. Había dedicado su vida, este eminente médico al estudio de las enfermedades mentales y nerviosas, y a la práctica de estas especialidades. Había escrito una obra sobre psiquiatría de gran valor. Provenía de una de las principales familias dominicanas y entre sus antepasados figuraba un Presidente de la República. Su consagración a la medicina lo demostraba con el solo hecho de haber aceptado el cargo de director de un sanatorio, situado en una isla apartada del mundo, y apenas sin contacto con él. En realidad, el reglamento del establecimiento permitía licencias periódicas para la Dirección y el personal, pero el doctor Romano hacía poco uso de ellas. Serio, metódico, no

fumaba, ni nadie le había visto jamás ingerir bebidas alcohólicas. Se había mantenido célibe no obstante que allá, en su juventud, fue considerado, como uno de los mejores partidos de la capital de la República. En el aspecto moral era el tipo clásico de aquella minoría selecta y conservadora que no tiene en su «debe» [sic] en la vida el más pequeño pecado, pero tampoco tiene en su «haber» la más grande hazaña. Era de los que el vulgo denominaba «un honorable».

El doctor Máximo Herrera es el subdirector del establecimiento. Cuenta alrededor de treinta y ocho años, es de alta estatura, pelo castaño y ojos claros. Alegre y decididor, de sus labios casi nunca se alejaba una imperceptible e irónica sonrisa. No había sido un estudiante modelo, ni había escrito obra alguna, pero en su corta vida profesional había tenido innumerables aciertos. Por contraste con su superior, fumaba y bebía a veces inmoderadamente. No era estrictamente conservador como el doctor Romano, pero «sus corazonadas», como él decía, le habían valido más triunfos que un apego incondicional a las tradiciones científicas. Hacía uso frecuente de las licencias que el reglamento le concedía, pues no quería, según sus palabras, «puadirse en aquel cementerio en vida». A veces criticaba con discreción las disposiciones del Director y con él las discutía. No podía, en efecto, conciliarse su punto de vista, amplio y comprensivo, con la rigidez y severidad del Director. Era el cerebro de una parte, y el corazón de otra, en una lidia muy humana y muy común.

A cargo de la administración del sanatorio está don Arquímedes Roger, un recluso, quien frisa ya en los setenta años, y es de carácter alegre y bonachón. Es el tenedor de libros por excelencia, aquel en cuyo cerebro solo caben números y cifras en complicado laberinto. Su honradez es proverbial. Había entrado como recluso hacía más de diez años, y de tal modo se había acostumbrado a aquel medio que había preferido seguir viviendo en él, después que se le dio de alta. «Aquí hay menos locos que en la calle», decía a menudo.

Dos estudiantes de medicina, los jóvenes Juan Valdés y Miguel González hacen de ayudantes de los médicos. Los practicantes son diligentes y estudiosos. El primero acaba de ingresar en el sanatorio, y el segundo lleva en él cuatro años.

De las enfermeras dos son jóvenes y agraciadas: Diomares y Tatica. Dos viejas y regañonas: Paula y Petra.

Los guardianes titulares son los nombrados Burrolote, Echavarría, Araujo y Don Pedro para los pabellones 1, 2, 3 y 4, respectivamente. Además, hay un número regular de guardianes designados entre los reclusos que están en capacidad de desempeñar estas funciones. Uno de estos, apodado Rey, es el encargado del pabellón femenino. Los encargados de la vigilancia son casi todos enérgicos, con una energía que a veces raya en brutalidad. Personas sin instrucción, con escaso sueldo, gozan en su papel de carceleros, que es una de las formas humanas de dominio.

Todos residen en el establecimiento.

La rutina del sanatorio es bien sencilla. Los reclusos son sacados de sus pabellones a las seis de la mañana y a algunos –los que podríamos llamar de confianza– se les permite vagar a su antojo por los jardines y bosquecillos de la isla. A los que no están en condiciones de gozar de esta semi-libertad se les deja permanentemente en las celdas o se les recluye en los llamados pabellones de reposo.

A las ocho suena la campana llamando al comedor para el desayuno. Este se compone de un jarro de chocolate y dos bollos de pan. A las doce se llama para las restantes comidas compuestas generalmente de carne, arroz, frijoles, plátanos, yuca y patatas, y alguna fruta o dulce.

A las cinco de la tarde todos los enfermos son llamados a sus pabellones, donde, después de un baño de ducha reglamentario, pasan a descansar a sus pequeñas camas.

Las tierras fértiles de la isla son cultivadas por los reclusos más fuertes y en mejor estado de salud, al mando de capataces escogidos entre ellos mismos. Este servicio no se encarga generalmente sino a los que en su vida normal habían sido agricultores. Un grupo de mujeres se ocupa del cultivo del jardín y de la siembra de hortalizas.

El día de visita es el primer domingo de cada mes, durante todo el día. Un barco de vapor, de regular tamaño, se traslada en esa ocasión desde La Hispaniola a la pequeña isla, con gran número de visitantes. Este vapor trae también provisiones y víveres para el

establecimiento y a los nuevos enfermos que van a ser internados. En él regresan a sus hogares los reclusos que son dados de alta y los miembros del personal que van en uso de licencia.

Los parientes y amigos de los reclusos les llevan ese día meriendas, provisiones, ropa y regalos de todo género. Es el día de regocijo para los pobres dementes.

En este escenario, humano y singular, en el tercer año de la segunda guerra mundial, se desarrolla la presente historia.



II. EL PABELLÓN NÚMERO UNO

Este pabellón era el dormitorio de alrededor de cincuenta dementes, muchos de los cuales estaban en estado de casi normalidad, de tal manera que algunos figuraban en la lista de los que deberían ser dados de alta próximamente. Las camas estaban a poca distancia unas de otras y había permitido la fácil amistad y comunicación entre ellos.

Eran las seis de la tarde de un cálido día de junio cuando los enfermos iban llegando lentamente a la entrada del pabellón. El guardián esperaba a la puerta y los iba registrando uno a uno para evitar que entraran a los dormitorios objetos peligrosos. Después del baño de ducha iban acomodándose todos en sus camas.

En primer término se veía a un joven apuesto, de tez morena, pelo negrísimo y apolíneo perfil. Podía contar alrededor de veintisiete años. Era bien plantado, de cuerpo atlético y de mirada dura. Si no hubiera sido por su mirada hosca, nadie le habría juzgado loco.

En la cama contigua estaba un vejete de sesenta años, más o menos, rechoncho y bajetón. Tenía maneras mesuradas, y con frecuencia reía sin motivo alguno. En ese momento había lanzado al aire una de sus estridentes carcajadas. Del otro lado del pabellón alguien le mandó a callar.

-¡Aquí somos todos locos! -replicó el vejete-. Me llamo Rafaelito y nadie puede obligarme a callar. Estoy en mi casa y aquí mando yo.

Entonces se dirigió a su compañero, el joven de correcto y viril perfil, agregando:

-¿No es verdad, Rodolfito, que aquí somos nosotros los jefes?

–Sí, –murmuró este–, después del guardián somos los jefes, porque somos los más inteligentes... y los menos locos.

–Pero, ¿quién habla de que estamos locos? –replicó Rafaelito, contradiciéndose–. Locos están aquellos –agregó– señalando a los compañeros de otras camas. Nosotros estamos aquí presos, sin haber hecho nada. Son las eternas injusticias humanas. También estuvo preso Napoleón en la isla de Santa Elena. ¡Ju! Pero Dios es grande y en él confío...

–Yo confío en Dios... y en mis planes –rectificó Rodolfo–. Parece que Dios no se acuerda mucho de nosotros. E hizo un gesto como de amenaza a los cielos con furibundo ademán.

–Yo –continuó Rafaelito, tras una pequeña carcajada– llevo aquí veinte años. Ya se me ha olvidado el mundo, y nadie ha podido decirme si Hoover está todavía gobernando. Yo era muy amigo de él... En cierta ocasión me invitó a comer en su casa de familia... Su esposa... ¿cómo se llamaba su esposa?

–¡Al infierno tú y tus grandes amistades! –le espetó Rodolfo–. Será mejor que me digas si has citado a los compañeros que te indiqué para mañana después del desayuno debajo del mango que conoces.

Rafaelito echó cómicamente una mirada hacia la maciza puerta de hierro junto a la cual se paseaba monótonamente el guardián del pabellón, que respondía al mote de Burrolote por su semejanza con un asno corpulento y por sus maneras brutales. Al ver que no los observaba se acercó a su compañero y le murmuró al oído:

–Los he citado a todos para mañana. Para que veas que me acuerdo de quiénes son, te diré que he citado a Ubén, Andrés, Senén, Pereira, Pedrito, Pata de Palo, Loló, Basilio, Juancito, el Tuerto Temisto, Calazán, Finfo, Estrella, Carrasco y Gollita, la vieja.

–¡Magnífica memoria, Rafaelito! –aprobó Rodolfo.

Mientras tanto, Ubén, Pereira, Andrés, Senén y Pedrito, conversaban a su vez.

–¿Rodolfo los ha citado a Uds. también para mañana después del desayuno? –interrogó Pereira, dirigiéndose a los demás.

Pereira es un desgarbado mozo de veinte y tantos años, flaco hasta la exageración y con un tic nervioso que le hace hacer morisquetas y dar pequeños brinquitos apoyado en el pie derecho.

Ubén, un negro haitiano, fuerte y risueño, le contestó:

–Yo no sé lo que se traen esos individuos. A mí que no me vengan con muchos cuentos. Yo soy un negro mi pretencioso y vivo de mi trabajo. Yo no fui quien mató al hijo de Magdalena...

–¡Oigan todos! –exclamó persuasivamente Senén.

Este era un indio con una gran dentadura postiza y frisando en los cincuenta años.

–Creo que todos debemos hacer caso a Rodolfo. Ese es un hombre grande... y sabe mucho. Él tiene algo entre manos, y si fracasa poco perdemos.

–Yo lo sigo adonde quiera –asintió Pedrito, que era un mozuelo de color, medio jorobado, de diecisiete años a lo más, procedente de las regiones del Cibao.

–Y yo también –agregó Andrés– a ese hombre le pueden ser muy útiles mis inventos... mis quince inventos.

–Pero, –interrogó Pereira en voz baja– ¿tú tienes los planos de tus inventos bien guardados?

Andrés se echó a reír ante la insólita pregunta de su compañero.

–Mis inventos –explicó– no necesitan planos. Yo los hago en mi mente y con ella los trasmito a todas partes del mundo. Allá ellos los reciben en sus aparatos telefónicos sin alambre. Si no me dan la *jerarquía* se acabará el mundo. Aquí tienen que venir a buscarme cinco automóviles con veinte oficiales del Ejército para ponerme en posesión de la *jerarquía*.

–Pero, ¿qué es eso de jerarquía? –interrogó confuso Senén.

–Pues... –contestó Andrés ceremoniosamente– ¡Es lo que me corresponde por mis inventos!

–Bueno... –dijo Pereira interrumpiendo–. Entonces quedamos en ir todos mañana a la cita debajo del mango después del desayuno.

–Convenido –asintieron los otros.

Mientras tanto, Rafaelito, en un rincón, sacaba disimuladamente de la parte más oculta de sus vestidos, varios objetos: una hojita de afeitar, un plátano, una cuchara, y un pedazo de andullo.

Rodolfo que lo observaba exclamó:

–¡Hey! ¡Es el botín de hoy! ¿No?

Rafaelito reía gozosamente. La locura furiosa que en otro tiempo sufriera se había transformado en una cleptomanía divertida y no

siempre inofensiva. Rafaelito robaba a diestro y siniestro, con gran habilidad, cuanta chuchería encontraba, aunque no las necesitara.

En ese momento se oyó un gran alboroto en la parte final del pabellón. El Mellizo, un forzudo moreno, había comenzado a halar hacia adelante, con gran ruido, las camas de sus compañeros, mientras gritaba a cada uno:

–¡Muévanse!... ¿Qué es lo que pasa? A levantarse todos que vamos a atacar...

Nadie sin embargo, le hacía caso. Al llegar a la cama de Dávila, un español con cara de anarquista, no se conformó con halarle la cama, sino que le dio un recio latigazo con su propia blusa.

A la injuria, Dávila le lanzó un bofetón que por poco lo hace caer al suelo. Al poco rato se habían lanzado ambos a una feroz batalla boxística con los demás locos haciéndoles coro.

–¿Qué pasa ahí? –gritó Burrolote desde afuera con voz de trueno.

Enseguida abrió la maciza puerta y entró al interior del pabellón. Mellizo y Dávila, no obstante, seguían con gran denuedo la lucha, mientras Ubén trataba afanosamente de separarlos.

Al auxilio de Burrolote acudió Araujo, y a fuerza de certeros golpes en la cabeza de los contendientes lograron al fin poner término a la lucha. Burrolote dio entonces un fuerte garrotazo a Ubén por la cabeza, a pesar de que este insistía en que solo trataba de separar a los peleadores.

–¡A las celdas los dos! –gritó Burrolote con voz terrible.

A rastras fueron llevados Mellizo y Dávila, y encerrados, sin ropa, en sendas celdas, como castigo a su incalificable conducta.

En el pabellón número 1 reinaba nuevamente la tranquilidad.

–¡Mañana los inyectan a los dos! –fue la única exclamación de Pedrito, el mozalbete jorobado.

Todos se acomodaron nuevamente en sus camas. Al poco rato se encendía la luz de una raquílica bombilla eléctrica que pendía del techo y que alumbraba tenuemente la habitación. Esa luz era apagada a las diez de la noche y hasta esa hora los reclusos conversaban y fumaban sus cigarrillos de andullo y sus toscos *cachimbos*. De cuando en cuando alguno se levantaba para ir a beber agua al cuarto de baño. Completamente desnudos, y la mayor parte flacos y desmedrados, parecían fantasmas en la penumbra de la

habitación. Algunos como Lang, el chino, hablaban solos durante largo rato, pareciendo su tenue voz como un rezo. Otros se quejaban y algunos cantaban. Don Manuel, el viejo, desde su cama del fondo gritaba:

–¡A lo Casanova!... ¡Chuy!

Nadie nunca entendió lo que quería decir con eso.

Después se oyó un largo grito, como el aullido de un perro, pero más fuerte y prolongado.

–Es Neftalí con la *gota* –comentó alguien.

Tal vez alguno se acercaría al enfermo, pero generalmente nadie lo hacía. Cada uno allí tenía sus propios males de qué ocuparse para pensar en los de los otros. El ataque de *gota* o epilepsia era para ellos un simple accidente que bien podría sufrir cualquiera en el momento menos pensado. Además, comprendían la imposibilidad de hacer algo por el desdichado, no teniendo a mano ni medicina, ni nada que pudiera aliviar la precaria situación del enfermo. Llamar a los guardianes en auxilio era poco menos que implorar en el desierto.

–Aquí sí estamos bien... –comentó Pereira sarcásticamente–. Presos sin haber hecho nada...; por lo menos, yo no he hecho nada.

–Así es –corroboró Pedrito–. Los presos de la cárcel están presos porque han hecho algo. Han robado... han matado. Yo, en gracia de Dios, no he hecho nada malo, y aquí me tienen... pero de aquí se sale...

–Señores, tengan paciencia –concilió Sardinita, un muchacho, casi un niño– que Dios es grande y algún día se acordará de nosotros.

–En los sanatorios de otras partes... –comenzó a explicar Percito.

Los más cercanos se callaron, pues siempre imponía admiración lo que decía. Se había graduado de bachiller y decía saber más que Aristóteles y todos los sabios de la antigua Grecia.

–En los sanatorios de otras partes... –repitió– hay radios, cine y otras diversiones. Esto no es manicomio... ni es nada... Este es un campo de experimentación... Esto es un abuso. Pero lo que es a mí, los que me han traído aquí me la pagan... ¡Porque yo soy muy macho!

–¡Oye, Percito! –replicó Apolinar con tono que quería hacer grave.

Apolinar hablaba lentamente. Sufría de una gran debilidad cerebral que le impedía coordinar rápidamente las ideas.

–Déjate de eso –prosiguió– pues te oyen... los llaveros... y entonces es peor. Los que estamos aquí... tenemos que tener mucho cuidado... pues de cualquier cosa... dicen que estamos de remate... Yo estaba en mi conuco... allí pasé un año... y no dejé a nadie acercarse... pues con mi cuchillo... me defendía. No me afeitaba... ni casi comía... porque no me daba la gana... y mis hermanos me agarraron un día... cuando estaba descuidado... y me trajeron aquí...

–Óyeme, Apolinar, tu caso es distinto al mío –le repuso Perecito– tú algo tenías puesto que ya vez como estabas metido en un monte, mal pasando, teniendo en tu casa comida...; mi caso es distinto...

–La verdad es –interrumpió Senén– que el que está aquí está como muerto... comida mala... solo las camas son mejores.

La confusión a poco aumentó pues todos querían hablar al mismo tiempo con frases desarticuladas, reveladoras de pensamientos incoherentes, y nadie estaba de acuerdo con el otro.



III. RODOLFO

Rodolfo, mientras tanto, meditaba. Cada noche tardaba largo rato en conciliar el sueño, ocupado en muchos problemas que atenaceaban su cerebro.

Como sucede a las personas que no están completamente dementes y que son de clara inteligencia, se daba cuenta perfecta de que su estado mental no era normal. Las ideas le bullían en el cerebro con una rapidez inusitada, pero de una manera confusa, aunque no tan confusa, que no le permitieran comprender esa misma confusión. Cuando dormía lo hacía con un sueño irregular, poblado siempre de toda clase de visiones, desde las dulces que lo llevaban a los tiempos de su niñez, hasta las terroríficas de descabros absurdos y catástrofes terribles.

Aquella noche tardaba aún más tiempo en dormirse, presa el alma de una excitación más vehemente que la de otros días. Se sentía en vísperas de grandes acontecimientos que intuía vagamente que tendrían gran influencia en su vida. Poco a poco, y haciendo grandes esfuerzos, fue remontándose a su vida pasada, que le parecía un sueño.

Había nacido en Baní, población situada en el sur de la República. En el apacible ambiente de aquella eglógica villa transcurrió su niñez. Su padre había muerto siendo él muy pequeño y apenas lo recordaba. El recuerdo de su madre, sí era nítido y preciso: nunca podría olvidarse de aquella santa mujer, y su imagen estaba siempre unida a la de un pequeño patio donde correteaban gallinas, patos, cabras, mientras cocía arepas debajo de un frondoso guayacán. Por un fenómeno psicológico sentía el olor de Baní, olor típico de *bayahonda* y palmas de cana, que le llegaba al corazón y le aguaba los ojos.

Su adolescencia transcurrió entre las clases de la pequeña escuela rural, juegos de pelota en la sabana de la villa, y sus prácticas de lanzamiento de puñal, deporte a que lo había aficionado su amiguito De Sanctis, de procedencia italiana. La pared de madera que dividía el patio de su casa de la vecina, ostentaba, como trofeos, las heridas que le había ocasionado el puñal del agresivo adolescente. Más tarde, su partida del pueblo natal, su graduación de bachiller, y su ingreso en la Universidad, para recibir poco después la desgraciada noticia de la muerte de su madre cuando apenas estaba en el comienzo de sus estudios universitarios. La pobre madre le había costado los estudios lavando ropa y haciendo escobas, pequeña industria del pueblecito sureño. Este golpe fue tan terrible que no pudo continuar los estudios y obtuvo un empleo en una casa de comercio.

Pero pronto encontró en su camino, lo que para unos es la salvación y para otros la perdición: la mujer. Estando en una agradable reunión social quedó encantado de la belleza de una joven de la mejor sociedad: una esbelta trigueña de bellos cabellos castaños y ojos fulgurantes. Con la vehemencia propia del criollo se dedicó a ella por entero y le faltaba el dinero para enviarle flores y bombones, darle serenatas, e ir en automóvil los días de descanso a la playa cercana donde acostumbraba la joven pasar con sus padres el fin de semana. En realidad estaba enamorado locamente. Alentado por este amor entró de lleno en la política del país y pronto era nominado Diputado al Congreso Nacional, posición prominente a la cual muchos jóvenes talentosos y emprendedores no lograban llegar. Coincidió –rara coincidencia, pensaba ahora– que el ángel de sus sueños le correspondió precisamente cuando logró esa posición. Enseguida tuvo entrada en la casa y la madre de la novia se volvió todo atenciones para con el futuro yerno. Rodolfo era alegre, fumaba, bebía, y derrochaba el dinero de su sueldo. Madre e hija parecían encontrarlo todo correcto. Disfrutaban con el joven, sus opiniones eran respetadas y sus gustos satisfechos. La boda se dispuso para fin de año y Rodolfo era el más feliz de los hombres sintiéndose amado por quien constituía su única adoración en el mundo después de la muerte de su madre. La falsedad y la traición se ocultaban, sin embargo,

detrás de ese bello cuadro de amor y de juventud. En realidad, la muchacha no era más que «fachada», como vulgarmente se dice y quería a Rodolfo con todo el amor –si puede llamarse amor– que es capaz de sentir un alma insignificante y superficial. Cuando por un incidente surgido en el seno de la Cámara, Rodolfo se creyó en el deber de renunciar a su elevado cargo, el panorama amoroso de su vida cambió por completo, aunque de manera gradual. Al principio nada notó. Al poco tiempo, madre e hija, no encontraban ya tan razonables las opiniones y planes de Rodolfo, hasta que al fin los desaprobaban totalmente, hasta en sus más insignificantes detalles. Ambas actuaban tan de común acuerdo que parecían ser dos partes de un mismo ser. El plan que al fin Rodolfo se decidió a proponer era sencillamente llevar a cabo la boda, e irse la pareja a vivir en una pequeña granja que había adquirido cuando ocupaba su prominente cargo político. ¡Pobres ilusiones desvanecidas! La dulce casquivana no estaba dispuesta a irse al campo a quemar su delicado cutis con el cálido sol tropical, a endurecer sus manos en tareas poco delicadas, a abandonar su cine y sus partidas de *tennis*. Además, ese horrible hábito de la bebida que había adquirido Rodolfo, ¡tan desagradable y tan indigno! –musitaba la suegra con gallarda hipocresía. Rodolfo no bebía, ni más ni menos que antes, quizás un poco menos que en los días en que hasta «la vieja» se alegraba con unos *cocktelitos*. Pero ahora a ambas –madre e hija– les desagradaba el olor de la bebida que a veces exhalaban los labios de Rodolfo y la muchacha hacía su gestecillo cuando al acaso la ceniza del cigarro caía en la pulcra sala. Rodolfo, poquito a poco, fue comprendiendo. No le hubiera importado mucho posponer la boda, pero le interesaba conocer algo que muy propiamente anhela saber toda alma que ama real y profundamente: si era plenamente correspondido. Fue uniendo detalles, se volvió cauteloso, comprobó uno por uno los hechos pasados con las realidades presentes, y como la rosa pura y bella de *Prod'hon* que se moría por falta de agua en el vaso que un golpe de abanico rompiera en una sola leve rasgadura, así su alma apasionada fue acumulando lentamente el dolor del desencanto y la desilusión. ¡Él no era lo que era, él no valía por lo que era, él había valido para aquellas dos almas huérfanas de afectos

hondos y permanentes, el equivalente de los trescientos dólares de su dotación de Diputado! Hasta la medida de la ambición de ellas le pareció indigno y ridículo. Si él hubiera sido rico y se hubiera arruinado de repente, si de muy alto hubiera caído muy bajo, se habría quizás explicado que el cambio hubiera afectado a dos almas pusilánimes, pero dignas. ¡Pero él, era ahora solamente trescientos dólares mensuales más pobre! ¡El que se sentía tan rico de corazón y de voluntad era tan solo diez dólares diarios más pobre! Pero, ¿Y la riqueza del alma, las riquezas morales, las riquezas del amor mutuo, las riquezas en potencia de los hijos soñados? ¡Eso no era nada para aquella en quien había depositado todo el tesoro de su amor y de su ternura! Sintió asco. Y el amor grande que sentía, como la nube que herida por el rayo se deshace en copiosa lluvia, se deshizo en lágrimas que su valor de hombre no pudo evitar. Rompió su compromiso sin dar una explicación, y se retiró. Pero como esos enfermos graves que hay la esperanza de salvar, pero que mueren porque «el corazón les falló», a él, enfermo de desilusión, le falló el cerebro. Creyó ser fuerte y no lo era. Entonces, ofuscado, buscó el lenitivo estúpido de las borracheras cada vez más frecuentes, los amores fáciles, y toda la gama del vicio y del desorden entraron en su reino. Su salud se afectó entonces considerablemente. Sufrió de insomnios, alucinaciones, y el *delirium tremens* encontró pronto una víctima más en aquel sistema nervioso sensible y en su cerebro débil. El manicomio fue el final de todo. Sí, aquel infierno en el que estaba hacía tres años, olvidado de parientes y amigos. Algunos fueron a visitarlo al principio –Pepito, Manolito, Rafael– pero al fin se cansaron. ¿Quién iba, después de todo, a ocuparse de un pobre loco, que ni siquiera podría ya nunca agradecer las atenciones?

Ahora repasaba en su mente las terribles impresiones sufridas cuando entró al manicomio y las que sufría diariamente. Recordaba su terror al ver por primera vez los locos furiosos, con los ojos desorbitados y los ademanes resueltos, que le lanzaban un torrente de injurias y blasfemias, y siempre prestos a arremeter sin ningún motivo contra personas y cosas. Eran, a su juicio, los locos más genuinos del manicomio pues como tales los consideraban aun los que siendo locos, conservaban parte de sus

facultades mentales. Recordaba su horror al ver poner las terribles camisas de fuerza, meter los pies en los cepos, e inyectar las dolorosas inyecciones de trementina. El espectáculo de los locos furiosos le obsesionaba continuamente. Desnudos, pues hacían jirones las ropas por fuertes y consistentes que fueran, estaban con el pelo largo, desmelenados y barbudos, dada la imposibilidad de intentar siquiera cortarles el cabello o rasurarlos. Comían arbitrariamente llevándose grotescamente el plato directamente a la boca o tomando en gran cantidad los alimentos con las manos. Se llenaban la boca groseramente y los restos de alimentos les rodaban por las mejillas y barbas, y a veces, escupían violentamente la comida a las personas que se les acercaban. No reían casi nunca, y si lo hacían era con una risa estridente, capaz de helar la sangre en las venas. Estaban alojados en celdas completamente vacías, pues con facilidad romperían el más duro ajuar de aposento. Su lecho era un camastro de fuertes tablas adosadas a la pared y que ni un Hércules sería capaz de remover. Algunos de ellos habían llegado al manicomio después de haber sido declarados en estado de demencia por algún tribunal penal que los juzgó por crímenes atroces e inconcebibles: asesinato por medio de veinte puñaladas contra un joven endeble a quien el victimario no conocía, o estrangulamiento, seguido de violación, de una joven indefensa, en un campo remoto. Eran criminales inconscientes –pensaba– a quienes un estado de locura había llevado a cometer hechos horripilantes, a veces sin ningún motivo humano que los explique.

Después recordaba los llamados «locos mansos» que sufren alteraciones mentales que excluyen la furia. Entre estos estaban los idiotas y los maniáticos. Los idiotas, como Niquito, parecían espectros o sonámbulos y caminaban lentamente y como en éxtasis. Solo podían coordinar pocas palabras disparatadas y no atendían sino a los reclamos más imperiosos de la naturaleza: comer y defecar. Comían no solo los alimentos que les eran llevados, sino todo lo que encontraban, desde un fruto verde, hasta el propio excremento. Reían con una risa lenta, como si unos hilillos desde las orejas le halaran despacio los labios. Eran los parias del manicomio, y los que recibían peor tratamiento, pues su estado

de absoluta inconsciencia les impedía obrar con la relativa cordura de los locos furiosos, y de los que él llamaba «maniáticos».

¡Ah, la pintoresca categoría de los maniáticos! En su espíritu sentía cierto sadismo al repasar la absurda gama de los infelices dementes que eran sus compañeros, pues al compararse con ellos, se sentía como un tuerto en tierra de ciegos. ¡Los maniáticos! Su categoría era tan variada como la de las flores o los frutos. Los había que padecían delirios de grandeza y se denominaban a sí mismos reyes o dictadores, como Rey y Federico, y atribuían su reclusión a la obra de sus enemigos. En otros casos, el delirio de grandeza era más barato, podía decirse. Se creían simplemente hijos de un gran personaje que los tuvo *por la calle*, o sea ilegalmente. Los había también que sufrían delirios de persecución y estos eran los más humanos de los locos: se creían víctimas o habían sido realmente víctimas de persecuciones de diversa índole. Las más de las veces estas eran imaginarias; otras veces eran reales, pero muy exageradas por una enferma imaginación; otros habían sido víctimas de verdaderas persecuciones que los habían lanzado al abismo de la locura. Estos enfermos eran generalmente muy locuaces y referían que habían sido víctimas de un hermano que les quería quitar la herencia de su padre, de un vecino que le envidiaba sus animales, o de un enemigo político que los quería suprimir. Las mujeres de esta categoría se creían casi siempre víctimas de otras mujeres que les habían quitado el marido. Se asombraba al notar que los locos que sufrían esta clase de delirios, muchas veces eran normales mientras no llegaban *a su tema*. Hablaban, comían y dormían normalmente, y con frecuencia se lamentaban de su terrible suerte de tener que vivir con locos. Entre los «furiosos» y los «maniáticos», los había que eran completamente normales durante semanas y aun meses, hasta que les atacaba una furia o delirio que duraba más o menos tiempo. Había notado que cuando a algunos de estos enfermos, aparentemente buenos, se les ponía en libertad, los accesos de locura parecían recrudecerse al contacto con agentes exteriores: la lucha por la vida, las contrariedades y preocupaciones, los excitantes como el alcohol y las drogas narcóticas. En la tranquilidad relativa del sanatorio los accesos eran menos frecuentes, al extremo de que se les llegaba

a creer realmente curados, hasta que se les daba la libertad: a los pocos días eran traídos nuevamente, llenos de pavor, golpeados, y con destellos de locura en los ojos encandilados.

Pero los que a él realmente le molestaban eran los llamados «locos alegres». ¿Cómo era posible estar alegre, aun siendo loco, en un manicomio? Estos se pasaban el día y aún parte de la noche, cantando, riendo o bailando. Entre las mujeres se enamoraban frecuentemente de los doctores y practicantes y en cuanto había posibilidad los asediaban con sus atenciones y mimos. Usaban los más extravagantes adornos: flores o pañoletas en la cabeza, collares y pulseras hechas de ramas y hojas, y a falta de *rouge* se embadurnaban la cara con cal o barro. Algunas se creían madres y balanceaban en sus brazos una rama o cualquier objeto, como si fuera un niño verdadero. Las viejas alegres se creían víctimas de persecuciones amorosas y a veces llegaban a acusar a los llaveros ante los directores de haberlas estado enamorando.

Pero los que verdaderamente le inspiraban compasión eran los dementes que además de la locura sufrían de otras enfermedades como cáncer, tuberculosis, parálisis, o simplemente reumatismo, buba o eczemas. Era casi imposible curarlos pues no tragaban las medicinas, se quitaban los vendajes, y se resistían a que les pusieran inyecciones. Casi todos querían curarse ellos mismos con los remedios más extravagantes y extraños: la hoja de la *tuatúa* mezclada con sumo de sapo, o el cajuil verde hervido en agua de mar.

Sus observaciones lo habían llevado a la conclusión, de que los locos pertenecían a todas las clases sociales, desde las más elevadas, donde la locura, hereditaria o no, provenía seguramente de las excesivas preocupaciones, desgracias, disgustos, enfermedades y vicios inherentes a la riqueza, hasta las más humildes donde parecía originarse en el hambre y los sufrimientos que conlleva la miseria. Un cerebro débil parecía ser el campo propicio y abonado para que germinara esta enfermedad que era como una negación de la potencia psíquica del hombre. El cerebro se ha desajustado, sus tornillos se han aflojado y la máquina ya no funciona regularmente como un motor dañado en sus partes principales.

Pero era necesario –pensaba– que la locura se manifestara por signos exteriores evidentes para que se impusiera el manicomio.

Los «locos sueltos» abundan por calles, plazas, universidades, ateneos y funciones públicas. La locura de estos estaba en potencia –se decía– o se manifestaba muy débilmente y con actos que escapaban a la apreciación del público. También había creído encontrar en el manicomio algunos que a su juicio no eran locos en realidad, aunque habían cometido actos que en *apariencia* eran de locos. Creía él encontrarse entre estos. ¡Es tan difícil distinguir la línea que separa la cordura de la locura! –concluía. Y si no, ¡ahí está la humanidad eternamente discutiendo de quién es más loco si don Quijote o Sancho!

Después, Rodolfo repasó en su mente las actividades que había iniciado para llevar a cabo una rebelión, con un fin que él mismo no se explicaba aún claramente. Había encontrado que en el sanatorio todo andaba mal, que el trato dado a los enfermos era demasiado severo, y que se cometía una tremenda injusticia al tenerlo a él allí, sin estar propiamente loco. Con su espíritu aventurero y audaz, había decidido, tan pronto fue internado, hacer algo, ¡no sumirse en esa dolorosa conformidad ante los hechos de la mayoría de los reclusos! Después pensó con desaliento que quizá con locos era imposible concertar nada duradero, que sus proyectos fracasarían por falta de elementos hábiles para combinar con él un plan y secundarlo. Pero cuando su mejoría se acentuó y se le permitió pasar el día al aire libre fuera del pabellón de reposo, comenzó a hacer observaciones interesantísimas. Observó que entre los trescientos dementes del manicomio, había un reducido grupo, una minoría, que estaba compuesta por individuos, que fueran locos o no, actuaban como personas cuerdas y su vida no se diferenciaba mucho de la de las personas normales. Después que fue estudiando individualmente los reclusos que componían esta minoría, se convenció de que sus componentes se encontraban, en el presente, por lo menos, en un estado mental igual al suyo, y que podían perfectamente concebir ideas normales y concertar planes al igual que él. Así, fue lentamente, haciéndose amigo de los reclusos que componían este grupo. A los pocos días de su internación ya Rafaelito y él eran inseparables amigos. Después, sucesivamente, fue haciendo amistad con los reclusos Senén, Pereira, Ubén, Andrés y Pedrito. Juzgaba que con estos

podía contar, una vez que intimó con ellos y averiguó el origen de la internación de cada uno. Senén, según sus mismos familiares referían, era un hombre completamente normal en su vida ordinaria. Pero en una ocasión, hacía algunos meses, había perdido una litis en la justicia con motivo de unas tierras. La pérdida de estas le afectó tanto, que se pasaba días y días, después del fallo, dirigiéndose constantemente a los funcionarios judiciales, en relación con el asunto. Las autoridades se cansaron de sus impertinencias y dedujeron que estaba loco. Fue a parar al manicomio donde ya poco se acordaba de sus tierras. Ubén, Pereira y Andrés, también actuaban casi normalmente. La especialidad de Ubén era intercalar de vez en cuando en su conversación una frase que no tenía relación alguna con lo que estaba diciendo. En cuanto a Pereira y Andrés, al primero solo se le notaba su anormalidad cuando se refería a las personas que él había dado muerte en las revoluciones del país, y a Andrés cuando hablaba de sus inventos, que le producirían millones de dólares. En cuanto a Pedrito era solo un muchacho extremadamente travieso, proveniente de una familia campesina pobrísima, que tenía otros muchos hijos, y que lo internó en el manicomio «para salir de él». Después hizo amistad con los nombrados Pata de Palo, Temisto el Tuerto, Basilio, Loló y Juancito. Estos eran personas completamente normales mientras estaban en el manicomio, pero en cuanto se les daba la libertad, su locura se recrudecía, siendo necesario en diversas ocasiones volverlos a internar. Había otro grupito compuesto por reclusos de cierta edad, que, en la opinión de los directores gozaban de completa salud, pero a los cuales no se les podía dar de alta por no tener familiares conocidos a quienes entregárselos. Los directores temían que una vez en libertad no encontrarán ocupación adecuada en las difíciles circunstancias originadas por la guerra, y que su locura se recrudeciera. Entre estos estaban: Carrasco, Calazán, Finfo, y una vieja hombruna llamada Gollita.

El grupo «de los hábiles para actuar», según la expresión de Rodolfo, lo componían, pues, los reclusos que hemos mencionado. Como todos pasaban el día en libertad, Rodolfo había ido haciendo amistad con ellos y comunicándoles sus ideas de rebelión. Estas ideas pronto encontraron arraigo fácil en la mente de aquellos

reclusos, la mayor parte de ellos ignorantes, y con ansias desmedidas de obtener la libertad. En las comunidades normales las conspiraciones casi siempre fracasan porque sobre ellas se cierne implacablemente el fantasma de la traición: el conspirador venal que sabe que va a obtener el precio de su deslealtad, va donde el enemigo y vende su secreto. Esto no pasa en las comunidades de locos: estos saben que no obtendrían recompensa alguna, sino el desprecio y las vejaciones de sus compañeros. Además, el ansia de libertad es tan grande en ellos que no cambiarían una problemática posibilidad de escapar por todo el oro del mundo.

Rodolfo, pues, tenía su grupito, y se solazaba pensando en la posibilidad de contar con ellos para sus planes. Por mediación de Rafaelito, los había citado a todos para el siguiente día, como hemos visto.

En cuanto a su locura, aparente o real, se sentía ya casi bien. Creía, por lo menos, estar mejor que todos los que se alojaban en aquel pabellón. Él comparaba mentalmente su actitud con la de sus compañeros y se sentía cuerdo en comparación con ellos. Pero lo malo, lo terrible, era que nadie se consideraba allí loco y sin embargo todos lo estaban. ¿No le sucedería a él lo mismo?

–Óyeme Bolo, ven acá –gritó de repente dirigiéndose a un joven alto y flaco, de mirada extraviada. Este, aparentando gran cansancio, se dirigió lentamente a la cama de Rodolfo, tratando de cubrirse el cuerpo con la frazada.

–Oye, Bolo –continuó Rodolfo– ¿desde cuándo estás tú loco?

Le hacía la pregunta así, a boca de jarro, para ver el efecto que le producía.

–¿Loco yo? ¡Más loco será la gran... de tu madre! ¡El maldito Dios, con su maldita madre, es el que me ha traído aquí. Y si no fueras más débil que yo te rompería la cara por lo que acabas de decir!

Y los ojos de Bolo casi se le salían de las órbitas y echaba espumarajos de rabia por la boca. Casi parecía que iba a saltar sobre Rodolfo. Este se levantó entonces de la cama y se puso en actitud de defensa. Bolo se dirigió a su cama, mascullando nuevas blasfemias.

Rodolfo decidió seguir el ensayo. Recordó a don Manuel, el viejo nonagenario, que se pasaba el día cantando y acompañándose con

una cuchara que rozaba en un plato de metal. Don Manuel estaba en una cama en el fondo del pabellón.

–Óigame, don Manuel –gritó–. Tenga la bondad de venir acá.

–No; ven tú aquí –fue la respuesta del viejo.

Rodolfo se decidió a ir. El viejo estaba acostado boca arriba en la cama, que le resultaba pequeña para su voluminoso cuerpo, mientras los pies le salían por la parte delantera.

–Óigame, don Manuel, ¿cuánto tiempo tiene Ud. aquí?

–¡Váyase! ¡Váyase de aquí! ¡No venga a molestarme! ¡Váyase!

–Pero, don Manuel, ¿no me dijo Ud. que viniera?

–¡Yo no sé! ¡Lárguese!

–Don Manuel, mire, le traigo un cigarro.

A la vista del tabaco, el viejo se ablandó. Lo tomó.

–¿Qué es lo quieres?

–Quiero que me diga cuánto tiempo tiene aquí.

–Yo tengo aquí... desde el comienzo de la otra guerra...

–Casi treinta años –calculó Rodolfo–. Y dígame, ¿de qué se volvió Ud. loco?

–De lo mucho que tu madre me quería... ¡Maldito! ¡Váyase!

Y el viejo hizo ademán de tomar un garrote que tenía al lado de la cama.

–Cuidado con ese viejo –farfulló Senén–. ¡A cualquiera le da un palo!

Rodolfo se retiró. Por lo visto era imposible entenderse con nadie en aquel maldito pabellón. Todos parecían estar bien hasta que se les tocaba la cuerda sensible. De regreso a su cama, se encontró con el chino Fermín, a quien sus compañeros habían apodado Tiburón. Ensayaría con el chino. Quizás sería más comprensivo que sus compatriotas.

–Óyeme, Tiburón –dijo Rodolfo persuasivamente, dirigiéndose a él–. Tú comprenderás que si estamos aquí es por algo, ¿verdad?... Bueno... pues dime, sin enojarte, ¿desde cuándo te entró a ti la *loquera*?

–Tú plegunta todo el mundo si etá loco, pero tú no plegunta si tú etá loco –le argumentó sonriente el chino.

–Sí, yo sé que estoy loco –convino Rodolfo–, pero quiero saber si tú estás loco también y desde cuándo.

–Yo no etá loco. Yo me pone malo de lo nelvio cuando me sacan de aquí y no encuentlo tlabajo. Yo solo enfelmo de lo nelvio; yo no loco.

–Entonces, Tiburón, ¿tú estás contento aquí?

–Sí, yo me acomoda –repuso el chino con el proverbial conformismo asiático–. Yo aquí mejol que en mi país donde japonese mata chino... Yo mejol aquí.

En ese momento fue apagada la bombilla eléctrica y el pabellón quedó a oscuras. Rodolfo, a tientas, se dirigió al cuarto de aseo. De allí salía alguien, pero en la oscuridad no pudo distinguir quién era. Se decidió a hacer al desconocido la misma pregunta que a los demás.

–Óyeme, tú, –¿desde cuando estás loco?

–¿Yo? Desde hace mucho tiempo. Soy loco de nacimiento.

–¿Sí? –contestó Rodolfo regocijado–. Pero... ¿te sientes mejor?

–Que va... cada día peor... la cabeza me da vueltas... no puedo dormir... me dan ganas de dar gritos y los doy... Oye...

Y el interrogado comenzó a dar grandes gritos y a hacer grotescos aspavientos.

Al menos, se dijo Rodolfo, hay uno que acepta la idea de la propia locura. Un caso singular por cierto. Pero su entusiasmo duró poco. El desconocido encendió una linterna eléctrica que llevaba consigo. Era el llavero Araujo que se había dirigido al cuarto de aseo a satisfacer una necesidad, y que había decidido gastarse una broma con aquel loco impertinente.



IV. EL PABELLÓN DE LAS MUJERES

El pabellón que correspondía a las mujeres, según hemos dicho, era el más grande y espacioso del establecimiento. Era designado con el número 7 y tenía cabida para un ciento de enfermas, que era, más o menos, el número total de las reclusas.

Estaba un poco separado de los pabellones destinados a los hombres, y a cargo de él estaba un semi-loco o loco de confianza llamado Rey. Este era alto, bastante grueso, y solo se notaba su locura cuando hablaba solemnemente de la misión que tenía que cumplir en el mundo, después de haber sido despojado de un reino imaginario. Tenía un capital de treinta y cinco millones de dólares en un banco de Inglaterra y estaba internado por obra de sus enemigos.

A las ocho de la mañana del día siguiente a aquel en que comienza nuestra historia, todavía no había sido abierto el pabellón femenino. La costumbre era abrirlo más tarde que los de los hombres, a la hora, más o menos, en que estos comenzaban a desayunarse.

Echando una ojeada a este pabellón, se veían en primer lugar, ocho o diez reclusas que con escobas en las manos iban echando hacia afuera el agua que otras habían lanzado en el piso con grandes cubos. Mientras tanto, Rey estaba sentado en el fondo del pabellón en un gran cajón de madera. Con ambas manos golpeaba acompasadamente el cajón produciendo un sonido parecido al del *balsié*, instrumento musical haitiano. Al compás de estos golpes, Rey cantaba una canción haitiana y cuatro o cinco locas bailaban a su alrededor una especie de danza africana, levantándose las faldas a la altura de las rodillas. Las que baldeaban y barrían el

piso, parecían hacer el trabajo con más gusto al compás de este sonsonete bárbaro.

Mientras tanto, aún acostadas en sus camas, tres reclusas conversaban. Eran ellas, Gollita, vieja setentona y arrugada, que hablaba acompañando sus palabras de continuos movimientos con la mano derecha cerrada, como martillando el aire; doña Ofelia, una mujercita delgada y menuda con pelo ensortijado; y Celeste, una joven agraciada y vivaz, de pelo castaño claro, de brillantes ojos, y que no parecía contar más de diecisiete años.

–¡Mal fin tenga ese doctor Romano! –gritaba Gollita con grandes gestos–. Él a mí no me mata. ¡Yo soy hija de Almarante, y no va a poder conmigo!

Entonces, tomando una bolsa de tela que estaba al lado de su cama, sacó de ella dos hogazas de pan y un pedazo de queso.

–Oiga, Gollita –gritó doña Ofelia– Véndame un pan en un centavo.

Gollita se acercó majestuosamente con las provisiones en la mano, y cambiando completamente el tono de su voz, dijo con acento dulce:

–Mi hijita, yo no vendo nada. Lo que yo tengo es para regalarlo.

Y acto continuo dio unos pedazos de pan y queso a doña Ofelia y otros a Celeste.

–Gracias –dijo Celeste. Y cambiando la conversación agregó:

–Yo pude haberme casado muy bien, pero una bandida me quitó el novio. He estado algo nerviosa, y mi padre, que no tiene conciencia, me ha traído a este manicomio. Pero yo no estoy loca... A mi padre no quiero verlo ni en pintura. En cinco meses que estoy aquí no ha venido a verme ni una sola vez.

–Yo –dijo a su vez doña Ofelia– he de vengarme de Juan Martorel, mi marido. Es un canalla que me ha robado mis niños. La primera vez tuve unos mellicitos que murieron al nacer. Después, en dos veces, he dado a luz mellizos, pero mi marido, aprovechándose de que yo estaba casi desmayada, se llevó en las dos ocasiones, un varoncito y una hembra, dejándome solamente los otros dos. Él tiene que devolverme mis hijos...

–En cuanto a mí –dijo Celeste– ya tengo un nuevo amor y soy muy feliz...

–¿Un nuevo amor? –preguntó doña Ofelia–. No te olvides que aquí los enamorados que acostumbran a internarse en los bosques son obsequiados con un par de inyecciones de trementina...

–¡Ah, a mí no! –replicó Celeste–. Mi amor es muy elevado. Yo soy una poetisa y no estoy con las cosas vulgares...

Observando bien a la joven que habla, se nota en su entristecido semblante una belleza poco común. Sus ojos están sombreados por largas pestañas y oscuras ojeras, y en todo su continente hay algo que llama la atención, algo así como una mezcla de recato e impudor.

Celeste es oriunda del este de la República y en la lejana común de Higüey fue bautizada muy niña ante la Milagrosa Virgen de la Altagracia. Creció vagabundeando por los prados ubérrimos donde pacen las vacas y donde de noche brillan como faritos errantes, los cocuyos. Como todas las jovencitas pronto tuvo su novio: el inevitable noviecito provinciano con sus pantaloncitos de fuerte azul y su camiseta de kaki. La pequeña población contempló durante mucho tiempo el suave espectáculo de aquellos dos chiquillos que eran eternos compañeros en los juegos, que nunca se separaban, y que exigían a sus padres que llevara al otro a las fiestas a que eran invitados. Fernando, sin embargo, moreno, violento de carácter, de gestos autoritarios, siempre deponía su actitud frente a su blonda compañerita, vivaracha y sonriente. Como todo habían de hacerlo juntos, juntos fueron bautizados, cuando apenas habían cumplido diez años, en la pequeña iglesia del pueblo ante la Milagrosa Virgen de la Altagracia.

Celeste y Fernando, a los quince años, eran los noviecitos más interesantes del pueblo.

–Ante la Milagrosa Virgen nos casaremos –decía Celeste.

Pero las almas proponen y Dios dispone. El padre de Fernando era rico y lo envió a la capital a terminar sus estudios. Allí se enamoró de otra. La eterna historia. Pronto vino el matrimonio y para Celeste una postración nerviosa que por poco la lleva a la tumba. Romántica y sensual a la vez, como buena criolla, fue poseída por la obsesión de aquel novio ido para siempre. El manicomio fue el final de aquella ruta de anhelos y desilusiones.

Allí, con Gollita, la vieja gritona; con Ofelia, la necia; y con Olegaria, la parlanchina, transcurrían sus días, lentos y desesperantes.

La fuerte voz de Rey la sacó de sus abstracciones.

–¡Todas afuera! ¡Rápido! –Ud. doña Naná, ¿qué es lo que quiere? –agregó dirigiéndose a una anciana desdentada y de rostro cada-
vérico que se le había acercado.

–Rey –exclamó la anciana– ¿No dice nada el periódico de cuándo me pagan mi pensión?

–¡Para afuera, vieja necia! –fue la brutal respuesta.

La infeliz demente había sido maestra de una escuela particular, allá en su juventud, y luego la directora le había asignado una pensión de la mitad de su sueldo al ser internada en el manicomio. Algún día la donante se olvidó de pasar la pensión, y la loca –ese era su tema– a todos preguntaba si había alguna noticia en relación con el asunto. Lógica absurda, lógica de locos. ¿Por qué diablos tenía la directora de aquella escuela, ni nadie, que acordarse más de la pobre demente?



V. EL GRUPO DE LOS HAITIANOS

El pabellón denominado «de los haitianos» era el más sucio y mal oliente de todos. Era el número 3. Los reclusos lo habían designado con este nombre porque allí estaban alojados los sesenta o setenta haitianos del sexo masculino que había en el establecimiento. Las del sexo femenino eran solamente quince o veinte, y en el pabellón femenino habían escogido sus camas unas al lado de otras para estar juntas. De raza y costumbres distintas a las de los dominicanos, el grupo haitiano vivía casi aparte en el sanatorio, y era mirado por los demás reclusos con cierto recelo y aprehensión. Los haitianos tenían fama de brujos y antropófagos, y además, su lenguaje afrancesado, el *patois* o *creol*, era confuso e ininteligible para la mayoría, contribuyendo a aislarlos todavía más.

Sin embargo, ellos molestaban poco, y se consideraba muy atinada la disposición de la Dirección de ponerlos aparte y formando un grupo homogéneo y singular. La cuarta parte, más o menos, de la población del manicomio, era, pues, haitiana. Esto se explicaba por la cantidad relativamente grande de haitianos que a través de los años ha ido emigrando hacia la parte dominicana de La Hispaniola, especialmente en las regiones cercanas a la isleta donde está instalado el sanatorio. La poca densidad de la población dominicana, y su mayor extensión territorial comparada con la de Haití, han favorecido siempre esta exósmosis. Además, el haitiano es generalmente analfabeto, supersticioso, brujo y curandero, y en su vida hay prácticas que muy frecuentemente conducen a la locura, o a una apariencia de ella, en un porcentaje mayor que a los dominicanos.

La islita mágica, con su población compuesta principalmente de dominicanos y haitianos era, pues, una copia en pequeño, podríamos decir, de La Hispaniola. Como en esta, en el manicomio estaban dominicanos y haitianos divididos por una especie de barrera racial, psicológica e idiomática. Los haitianos conservaban «el primitivismo de sus costumbres, su salvaje interpretación de la materia religiosa y su estructuración social rudimentaria».

Los haitianos del manicomio tenían la piel negra como el carbón; orejas pequeñas y encogidas; nariz achatada como si hubiera sido golpeada con una maza; los ojos oscuros con la córnea rojiza formando un desagradable contraste; la boca con gruesos labios morados y bellos dientes blancos; la estatura, generalmente, gigantesca y el caminar del mono, con balanceos lentos. Papá Oguís era, sin duda, el más notable de los haitianos del manicomio. Alto, de ojos fulgurantes y boca de labios extraordinarios, era una figura siniestra y horripilante: un cáncer, según todas las apariencias, le había destruido la nariz, dejando en su lugar un hoyo por el cual podía verse fácilmente la garganta. El cáncer –y esto era un misterio– al parecer había curado, dejando solo ese horrible hueco con los bordes como si hubieran sido cauterizados.

–¡Brujería haitiana! –comentaban algunos reclusos.

Algo en verdad terrible y espeluznante: la voz de Papá Oguís salía cavernosa y retumbante de aquella cavidad, y su figura tenebrosa era repelente como la de un monstruo *frankensteiniano* de la selva africana.

Se rumoraba que Papá Oguís era un poderoso *Papaluá* o *Papabocó*, o sea jefe o sacerdote de una secta de *vaudou*, la misteriosa y salvaje religión haitiana.

Lo cierto es que, *Papabocó* o no, Papá Oguís era el jefe ostensible de la minoría haitiana del establecimiento psiquiátrico y que infundía a sus compañeros una especie de respeto místico. Todos sus compatriotas le obedecían, desde Musié Tinyó, que hacía de su ayudante, hasta Polá, la haitianita de locura alegre, esbelto y cimbreante cuerpo, y mirada de fuego. El único que en una ocasión quiso enfrentársele fue Joseph Tití, y a los pocos días se puso todo morado, mientras deliraba agobiado por la fiebre, en su tenebroso lenguaje haitiano que pocos entendían.

–Un buen *trabajito* que hizo Papá Oguís –comentaba Tinyó.

En el grupo haitiano, además de los mencionados, estaban, Tiná, vieja gorda y repelente, con un gran collar de cuentas de vidrio en su cuello arrugado. Era la cocinera del grupo, siempre al frente de una paila en la que cocinaba algún menjurje. Provenía de las lejanas tierras de Cape Haitien y se decía que en su *ballí* se *montaba* frecuentemente el *luá* Candelo. Según parece, Tiná hizo en una ocasión un trabajo que no salió del todo bien, y un tribunal de esos que no entienden de cosas trascendentales, la declaró en estado de demencia. Y allí estaba en el manicomio siempre recordando los *seres*, espíritus y *luás* que tantas veces fueron montados en su *ballí*, y soñando con obtener la libertad. En el pabellón de las mujeres era generalmente temida. Frecuentemente abría su boca y de ella salía con entonación lúgubre:

¡Ogún Balenyó caté uspe danda
Ogún Balenyó oh!

Los demás del grupo haitiano formaban un conjunto compacto, tanto que ni los guardianes que estaban en continuo contacto con ellos podían a veces distinguirlos: Guedé, Pié, Tulé, Lenoir, Francois, Antoine, Ticut, Dameís, Presán, Montil, Tiamés, todos parecidos en facciones y mímicas grotescas. Entre las mujeres teníamos a Ameliá Aimée, Aná, Janicot, Polá, Tulá y Yuayé. En realidad estos eran apodos, pues el haitiano generalmente no da su verdadero nombre para evitar que le echen un *guanguá* o brujería.

En la mañana del día en que transcurre nuestra historia el grupo haitiano masculino se agrupaba en el fondo del pabellón a la espera de que este fuera abierto. Se habían puesto todos en cuclillas formando un semicírculo. Papá Oguís, sentado en un cajón en el centro, cerraba los ojos, alargaba los labios por los cuales salía, agresivo, un puntiagudo bello, mientras la cavidad de la nariz parecía cerrarse. Las manos se movían rápidamente golpeando el cajón. Cantaba:

¡Tibolit sandé manyé, manyé oha!
¡Tibolit oha! ¡oha!
¡Tibolit sandé manyé, manyé!
¡Tibolit oha! ¡oha!

Los demás le contestaban después de cada frase con acompañamiento:

¡Oha!

Al principio los llaveros habían querido prohibir estas canciones y las extrañas prácticas haitianas, pero al fin habían desistido de su empeño, pues a los pocos días reincidían. El haitiano es tan apegado a sus costumbres y prácticas que prefiere sufrir los más severos castigos antes que renunciar a ellas. Así, en el manicomio había cierta tolerancia para Papá Oguís y sus secuaces. Cantaban, se adornaban a su gusto, y bailaban como energúmenos tan pronto la ocasión se les presentaba.

Al poco rato, Musié Tinyó, narraba a sus compañeros el caso de Juana Gallardo, de La Vega.

Juana Gallardo *vivía* con Lorencito, un zapatero muy conocido en el Cibao. Estando ambos en Cape Haitien un *luá* los había casado, haciéndoles la advertencia a ambos de que si uno dejaba al otro, el *luá* mataría al infiel. Se celebró la boda con grandes ceremonias *vaudistas*, en la cual fue sacrificada una cabra. Los esposos regresaron a La Vega y allí abrió Juan Gallardo su *ballí* o sea la casa o enramada donde se celebran los ritos del *vaudou*. Cada noche se oían desde lejos los *tambuses* resonando lúgubrementemente. Poco después Juana se enamoró de un señor que había ido donde ella a hacerse un *trabajo*, y cometió adulterio. Queriendo evitar la venganza del *luá* que la casó, Juana se trasladó nuevamente a Haití por la parte del Grand Rivière. Con ella iban varios amigos y amigas y su nuevo amante. En el Grand Rivière había un *Papabocó* de gran poder a quien Juana se dirigió a fin de evitar los espíritus que en ella con frecuencia se *montaban*. Este *Papabocó* por una buena suma hizo el *trabajo*, y Juana y sus acompañantes regresaron a La Vega. Pero contrariamente a lo que ella esperaba, el

nuevo amante evitaba su compañía y al fin salió para la capital con un pretexto. Cuando regresó, Juana salió en su busca y le imploró que volviera a ella. Pasaron la noche en una orgía y por la mañana se despidieron. Ella, al parecer, estaba bien, pero en la tarde oyó el sonido de unos *tambuses* lejanos¹.

¡tum putupum tum tum!

De repente Juana se excitó y comenzó a cantar:

*Bonjour papá Legba bonjour
timún muen yo,
Bonjour papá Legba bojour
timún muen yomá pé mandé*

Al poco rato se puso a bailar desenfrenadamente. Su voz sonaba lúgubre en la tarde serena. De repente dejó de bailar, cayó al suelo y habló desordenadamente. Estaba *montada*, o en trance: la dicción era extraña, las palabras eran incoherentes, los ojos estaban extraviados, el cuerpo se contoneaba. A la media hora, Juana estaba en estado de *coma*. El médico del pueblo opinó que se trataba de un envenenamiento, pero no había señales de tal cosa. Entonces certificó la defunción por un ataque cardíaco. Sin embargo, las autoridades ordenaron que el cadáver no fuera enterrado hasta las veinticuatro horas porque estaba caliente de la *cintura para arriba*. Suponían que podía tratarse de un ataque cataléptico. Con el fin de resucitarla se mandó a un amigo donde un *Papabocó* muy influyente que vivía en un lugar retirado. Este mandó un *trabajo* con la recomendación de que fuera hecho antes de las cinco de la tarde. Pero el *trabajo* llegó a las siete y no dio resultado. Cuando Juana fue enterrada tenía todo el cuerpo morado y no había adquirido la rigidez cadavérica. ¿Quién mató a Juana Gallardo?²

¹ *Tambú*: atabal, también llamado bongó y *balsié*.

² Caso citado en la obra *Vodú* de Santiago Peñolguín.

–¡La mató un *luá* y ese *luá* lo *monté* yo! –concluía Musié Tinyó con una sonrisa diabólica.

Papá Oguís volvió a cantar:

¡Tibolit mandé manyé, manyé oha!

¡oha!

¡Tibolit mandé oha! ¡oha!

¡oha!

¡Tibolit mandé manyé, manyé!

¡oha!

¡Tibolit oha! ¡oha!

¡oha!



VI. MAÑANA EN EL MANICOMIO

Entre seis y ocho de la mañana hay gran movimiento en el Manicomio. Desde muy temprano van saliendo los reclusos de sus pabellones y dirigiéndose a los lugares donde han de pasar el día. En cada pabellón se forman dos grupos; los que van a los llamados pabellones de reposo, y los que son dejados vagar a su antojo por la pequeña isla. Los primeros son aquellos –hombres y mujeres– cuyo estado de salud no les permite que se les otorgue cierta libertad. Allí están los idiotas que caminarían insensiblemente hasta caer en el mar o en algún precipicio de los muchos que hay en la isla; los maniáticos exagerados que molestarían constantemente los demás enfermos y al personal con sus impertinentes acciones desprovistas de sentido; y en general todos aquellos cuyo estado mental requiere vigilancia. Estos constituyen la mayoría de los reclusos –doscientos o más– y son conducidos a los mencionados pabellones de reposo, de los cuales hay dos, uno para cada sexo. Estos son grandes locales abiertos, con techo de zinc, y piso de cemento, y en los cuales hay colocados largos bancos de madera. Los reclusos se pasan el día conversando, riendo, cantando, peleando, algunos quejándose, y leyendo los que saben leer y pueden obtener periódicos o libros. En cuanto a los locos furiosos, como hemos dicho, quedan recluidos permanentemente en las celdas.

En el pabellón de reposo masculino hay generalmente más tranquilidad que en el del sexo femenino. Hay cierta dignidad en muchos locos del sexo fuerte, aunque algunos se quitan la ropa con el mayor descaro y cinismo. El pabellón de los hombres está a cargo de dos locos de confianza: Diloné y Benito. Estos,

provistos de grandes garrotes, se sientan a la entrada del pabellón o dan pequeños paseos en la parte de afuera. Constantemente tienen que estar dando gritos y profiriendo amenazas contra los que tratan de salir del pabellón saltando la verja, o contra los que riñen, o quieren quitar el alimento a sus compañeros. Pero en cuanto la macana funciona reina la tranquilidad. En realidad, los locos con sus acciones inconsistentes y sus confusas ideas, son mucho más fáciles de manejar que los cuerdos. No hay en ellos plan concertado, ni actúan con ideas preconcebidas. Rara vez se les oye murmurar de los demás, y sienten con menos fuerza esos egoísmos y envidias tan frecuentes en las colectividades normales. Actúan simplemente, con impulsos primarios, desprovistos de un fin definido y calculado.

En el pabellón de los hombres llaman la atención algunos por sus características y peculiaridades. Como en las colectividades normales, en el manicomio hay algunos que descuellan entre los demás, por sus prendas de carácter, por su fortaleza física, por su valor o previsión. Allí vemos a Aguedito, que es un indio, alto como un gigante, con un macuto al hombro, que se ingenia para coger dos platos de comida y después cambiar uno por tabaco; a Bombín, que es el curandero de la comunidad, sentado al lado de Fernández, que luce una palidez cadavérica (Bombín va recogiendo con mucho cuidado sus orines con ambas manos y echándolos en la cabeza de Fernández a modo de cura); a Enrique, alto, cetrino, con el pecho echado hacia adelante, peleando porque le han quitado el asiento; a Desín, haitiano, que se enamoró de su propia madre; a Neftalí, cuyo ataque de *gota* de la noche anterior lo tiene casi postrado y cuyas manos tiemblan; a Enriquito, quien dice que prefiere el manicomio a la casa de sus padres donde continuamente oye voces de un enemigo que lo quiere matar; a don Emilio, en su silla de ruedas (regalo de su hijo), quien sufrió la amputación de las dos piernas por gangrena; a Federico cuya mandíbula inferior tiembla espasmódicamente y cuyo hablar es casi ininteligible; a Plinio, quien sufrió un golpe en la cabeza en un accidente automovilístico y dice tener en ella un aparato receptor de radio que él llama *telépató*; a Simó, quien dice haber descubierto en Matanzas una fabulosa mina de diamantes; a Quino,

que pronuncia el mismo discurso desprovisto de sentido cada vez que se le requiere; a Piña, experto en hacer *cachimbos* de madera que cambia por comida y tabaco; a Mata de Coco, largo como una varilla, y cuya especialidad es matar hormigas imaginarias en el suelo; a Mazara con media oreja menos, perdida en una riña con un burro; a Niquito, el idiota, que no sabe adónde se dirige y tropieza con todos; a Infante, de nacionalidad española, que no estando loco había entrado al manicomio para poder comer, y había reglamentado su locura echando a correr desafortadamente con dos ramos en las orejas a las mismas horas, en la mañana y en la tarde; a Américo, que había estado cinco veces en el manicomio, por alcoholismo agudo, y quien aseguraba que bebía para contradecir a quienes, al querer impedirselo, violaban el sagrado principio de su libertad individual y su derecho a disponer de su vida como él quisiera.

Son estos los locos notables, podríamos decir, del pabellón. Se distinguen por algo, dentro de su locura, y por ello son más considerados y hasta llamados por sus nombres. Los demás son señalados con el dedo y el apelativo más común usado por los llaveros para llamarlos es el de: «hijo de... tu madre».

El pabellón de descanso de las mujeres, es más bullicioso. Es atendido por Fefén, un recluso homosexual que cambia frecuentemente su uniforme por la amplia bata femenina. La algarabía del pabellón de las mujeres es algo característico: se oye a una legua de distancia. Las reclusas en su mayoría cantan, gritan o se van a los puños. Su número es considerablemente menor que el de los hombres. Allí están Florita, joven bien formada, quien declara enfáticamente que está loca por «falta de hombre»; Juana María, que permanece desnuda como su madre Eva, no valiendo ni persuaciones, ni golpes, para hacerla vestir; Amelia, que balancea en sus brazos constantemente un niño imaginario; Lalá, que tuvo un aborto de cuatro meses, que ella asegura era del médico director; Olegaria, quien afirma ser hija del General Lilís; Florinda, que canta constantemente con acento desafinado y agrio; y Amelia, haitiana, quien está muy oronda de haber sacrificado, según ella afirma, un niño de ocho meses a los dioses del *voudou*.

Se nota entre las reclusas del pabellón femenino, menos cordialidad que en el de los hombres. Por nada se pelean, dicen palabras atroces y sus insultos enrojecerían al más protervo jayán.

Los reclusos que, como hemos dicho, están casi en estado de normalidad, son dejados en libertad en la isla durante el día. Son solamente alrededor de treinta o cuarenta hombres y menor número de mujeres. Los llaveros cuidan constantemente de mantener separados los hombres de las mujeres, en lo posible, aunque se les permite a veces conversar y estar juntos. Entre los reclusos que gozan de libertad, algunos son designados para ejercer vigilancia sobre los demás, ya que de otro modo el número de guardianes sería insuficiente. Entre los que gozaban de libertad tenemos a los personajes principales de esta historia: Rodolfo, Rafaelito, Senén, Pereira, Andrés, Pedrito, Gollita, Doña Ofelia, Celeste, Pata de Palo, Loló, Basilio, Juancito, Temisto el Tuerto, Calazán, Finfo, Estrella y Carrasco, entre los dominicanos; a Papá Oguís, Tinyó, Tiná, Pola y Francois, del grupo haitiano.

Es de notar que el grupo de los haitianos se mantenía estrictamente separado de los demás grupos. En un lugar apartado, debajo de cinco o seis mangos, habían hecho una especie de campamento haitiano. Allí se veían una porción de envases, piedras para fogones, yaguas, jigüeras, y toda una serie de heterogéneos utensilios. Además de la comida que se les proporcionaba estaban constantemente asando plátanos, yuca, maíz y batatas. Colaban café con frecuencia y de él solamente hacían partícipe a don Manuel, que, buen diplomático, había trabado relaciones con la facción haitiana.

Los demás locos rehuían a los haitianos y decían despectivamente refiriéndose a sus comidas: «¡quién va a comer esas porquerías!». Los ojos de los dominicanos solo se fijaban, con frecuencia, en Polá, la haitianita de cuerpo voluptuoso, quien al descuido, dejaba muchas veces sus senos fuera de la blusa. Era incitante y apetitosa la haitianita, y ya Apolinar había sido inyectado con trementina por haberse *abruzado* con ella en sospechoso pleito de *reburujíña* al haberle ella dizque robado un *chele*³. Apolinar sufrió con

³ Dominicanismo por centavo.

estoicismo los rigores de la trementina, pero repetía con los ojos desorbitados y la voz gangosa: «un gustazo, un trancazo».

Pero la más aterradora visión del manicomio se sufría, cuando se echaba un vistazo al pabellón de las celdas. De este salía continuamente un penetrante olor a excremento y orines. El alboroto, de noche y de día, era infernal, pues los locos furiosos no cesaban de sacudir fuertemente, aunque sin resultado, las macizas puertas de hierro de las celdas, de gritar improprios, y de bufar como toros enjaulados. Estaban allí, Ignacito, quien hirió gravemente a su propia madre con un machete; Rafael Pérez, quien defecó sacrílegamente en el altar de la iglesia de su pueblo; Bambán, que estranguló y violó posteriormente a una niña de diez años; Daniel, quien ha intentado suicidarse varias veces; Cristián, quien amenazó con poner una bomba en la Legación inglesa, por orden de Hitler; Nicasio, quien, en el campo, se abrió el vientre con un cuchillo «para ver lo que había adentro»; y Liquito, que mató a puñaladas a su esposa y a sus suegros, porque «lo querían *coger de mojiganga*».



VII. TREMENTINA

Entremos un momento a la oficina donde funciona la dirección del Manicomio Modelo. Es una amplia sala en la que se ven de frente y a regular distancia uno de otro, dos grandes escritorios, que están ocupados por los doctores Romano y Herrera, Director y Subdirector, respectivamente, del establecimiento. Esta habitación está ventilada por espaciosas ventanas cubiertas de tela metálica para evitar la entrada de los mosquitos. Frente a los escritorios hay varias sillas, en una de las cuales vemos sentado al joven practicante Valdés, de contextura obesa, y quien frisa en los veinticinco años. En una mesita cercana al escritorio del Dr. Romano, en la cual hay una máquina de escribir, está sentado Ramoncito, el joven recluso que sufre de delirios de persecución, y que hace de mecanógrafo. Copiaba con gran rapidez algo que momentos antes le había dado el Dr. Romano en una nota. No viste el uniforme reglamentario, sino una amplia pijama de *kaki*. Grandes cuadros de eminencias médicas adornaban las paredes de la habitación, entre los que resalta el retrato del benemérito médico que fue el primer director del sanatorio, hace treinta años. Un gran reloj de pared decora el fondo de la oficina. En un rincón de esta pieza se ve un pequeño escritorio ocupado por el mayordomo, quien parecía atareado en hacer o descifrar unas cuentas. En una más pequeña habitación contigua se distinguían utensilios de medicina y cirugía, y varios botiquines.

El practicante Valdés estaba frente al Dr. Romano, revelando en su rostro una plácida confianza. Es el estudiante provinciano, de buen aprovechamiento, que se dispone a ser en el futuro el

primer médico de su pequeña comunidad rural. La amplia bata blanca hace contraste con su tez morena y su pelo ensortijado.

–Ud. ha entrado a servir en este establecimiento –dijo el Dr. Romano dirigiéndose a él– y es necesario que se vaya enterando poco a poco de los métodos y procedimientos que seguimos aquí. Como Ud. no ignora, la locura o demencia es una de las enfermedades más dificultosas para su tratamiento y curación, por la índole misma de la enfermedad, y por no ser, como la mayoría de ellas, el resultado de un proceso infeccioso, de un bacilo... En esta dolencia puede decirse con más propiedad que en ninguna otra, que no hay enfermedades sino enfermos. Con todo, hemos adelantado mucho aquí, y me siento orgulloso de la labor que hemos hecho. Puede decirse, entre otras cosas, que casi hemos suprimido los locos furiosos y las horribles camisas de fuerza para estos infelices. Esto se debe al tratamiento por medio de la trementina...

–¿Trementina? –preguntó el practicante, deseoso, sin duda, de obtener informes precisos sobre este tratamiento.

–Sí, mi amigo –repuso el Dr. Romano–. La trementina ha hecho prodigios en este establecimiento. El tratamiento consiste en inyectar en cada uno de los muslos de los pacientes una dosis regular de trementina pura... Estas inyecciones paralizan completamente los miembros inferiores de los pacientes durante diez o quince días, produciendo un dolor agudo y continuado. Sirve para *fijar* el enfermo. El menor movimiento hace aumentar terriblemente el dolor. El enfermo inyectado permanece sin moverse, cuatro o cinco días. A los diez días ya se mueve un poco, y puede, con gran esfuerzo, cambiar de posición en la cama. Todavía al mes camina con mucha dificultad, con las piernas rígidas y rectas, por la imposibilidad de doblar las rodillas, y arrastrando los pies. Estas inyecciones se aplican principalmente a los locos furiosos para calmarlos, pues produce un shock nervioso, muy beneficioso para el paciente...

–Permítame, doctor –interrumpió el practicante–. ¿Estas inyecciones pueden aplicarse a los pacientes sin un examen o reconocimiento previo?

–De ningún modo –respondió el aludido–. Es necesario previamente un examen minucioso para comprobar el correcto

funcionamiento de hígados y riñones ya que la trementina sería dificultosamente eliminada si estas vísceras estuviesen defectuosas...

–Las comunidades de locos, por otra parte –continuó el Dr. Romano como quien dicta una cátedra– no son como cree la generalidad, comunidades donde la anormalidad y la incongruencia están a la orden del día. Aparte de los locos peligrosos que es necesario tener en celdas, los demás actúan casi como personas normales, tienen sus mismos gustos, ambiciones, y a veces idénticos ideales, sostenidos por el mismo humano aliento de la esperanza. Hay locos que son personas normales, mientras no llegan al punto que constituye su normalidad, que puede ser un delirio de grandeza, o de persecución, o una obsesionante idea fija... Las causas de la locura, además, son casi desconocidas, hasta el extremo de que los médicos ensayan los más diversos métodos de curación sin atender propiamente a la etiología... Es notable, especialmente, el descubrimiento hecho recientemente por un notable médico del valor terapéutico de la insulina en el tratamiento de la demencia precoz. Pues bien, este valioso descubrimiento fue el resultado imprevisto de haber dicho doctor inyectado, por equivocación, una ampolleta de insulina a un joven paciente... Ud., practicante Valdés, irá observando todo aquí con cuidado, y con el tiempo no hay que dudar que llegará a ser un buen especialista en esta enfermedad.

–Así lo espero –repuso el practicante.

–Prácticamente, Valdés –dijo a su vez el Dr. Herrera– hoy comenzará Ud. sus labores inyectando con trementina a dos pacientes del pabellón número 1.

Acto seguido alargó una nota a su interlocutor.

El practicante Valdés salió, y entonces el Subdirector se acercó al escritorio del Director.

–¿No cree Ud., Dr. Romano –dijo lentamente el Dr. Herrera– que deberíamos aplicar un poco menos el tratamiento de la trementina, que es tan doloroso y de resultados tan dudosos, y dedicar parte de los fondos que tenemos para medicinas, a procurar mejor alimentación y algunas diversiones a los enfermos? Tengo para mí que el demente necesita un ambiente agradable que lo estimule, ya que, más que del cuerpo, son enfermos del

alma... Se podrían organizar juegos al aire libre, y hasta instalar, si fuere posible, una radio en el comedor o en los pabellones de reposo...

–Mi amigo –contestó ceremoniosamente el Dr. Romano– estoy de acuerdo con Ud. en que el enfermo mental necesita de esas distracciones de que Ud. habla, y mejor comida, pero entiendo que el tratamiento terapéutico es más necesario que la buena alimentación y las diversiones. Como Ud. no ignora, la subvención que tenemos apenas alcanza a treinta centavos diarios por enfermo, y con esa suma no se pueden hacer maravillas...

–Pero –insistió el Dr. Herrera– por lo menos Ud. ha de convenir conmigo en que hay muchos enfermos casi curados, que no necesitan tratamiento médico propiamente dicho. ¿No podríamos hacer un grupo con ellos y tratar de darles un ambiente mejor para ver si logramos su completa curación?

–¡No, de ningún modo! Mi opinión es que esto no es un casino, ni un hotel... sino un hospital. Una vez dados de alta, los que logren ser curados, ya tendrán la oportunidad de procurarse diversiones... Mientras tanto deben conformarse con las cosas como están.

–¡Muy bien! contestó el Dr. Herrera impulsivamente. No insistiré. ¡Seguirá esto siendo lo que ha sido hasta ahora, no un sanatorio, sino una prisión hospital!

Ya grandes pasos se dirigió a su escritorio. Mientras tanto Mellizo y Dávila eran conducidos por el guardián Burrolote a la enfermería. Los pacientes miraban casi furiosamente a este, quien llevaba en alto su macana, esperando la menor oportunidad para hacerla bailar en la cabeza de los dos reclusos. Las órdenes eran de que no se golpeará a los enfermos si no había una necesidad imperiosa. Pero el lema de Burrolote era que los locos solo entendían a palos y actuaba de acuerdo con esta creencia tan pronto se le presentaba la menor ocasión. Era así odiado y temido en todo el sanatorio.

Los dos pacientes, cada uno a su turno, fueron acostados en sendas camillas de operaciones. Diomares, la enfermera, les frotó con un algodón impregnado en alcohol la parte superior de los muslos. El practicante Valdés llenó cuidadosamente la jeringuilla y se dirigió a Mellizo. Este trató de resistir, pero Burrolote lo sujetó fuertemente.

–¡Evítese ir a una celda después de la inyección! –le dijo caritativamente.

Con gran pericia el practicante puso la inyección a Mellizo. Poco después a Dávila. Este último comprendió la inutilidad de resistir y él mismo se mantuvo el pantalón en alto. Este gesto era más elocuente que la vana protesta. A poco, ambos inyectados se retorcián de dolor y lanzaban sordos gemidos. Burrolote hizo traer unas andas especialmente dispuestas para el traslado de los inyectados a la enfermería. Era una especie de plataforma de madera, con dos agarraderas del mismo material en cada uno de sus extremos. Dos reclusos se encargaron de trasladarlos. Generalmente los inyectados pasaban uno o dos días en la enfermería, y de ahí en adelante dormían en sus pabellones dormitorio y pasaban el día en los bancos o tirados en el piso de los pabellones de reposo. La operación de traerlos y llevarlos diariamente en las andas, les producía dolores inenarrables.

–¡Son unos criminales! –gritaba Mellizo ya en la enfermería.

–¡Aguanta y no pujes! –le contestaba Dávila también retorciéndose, pero sin gritar-. Tú tuviste la culpa, te atacó la *loquera* y me diste un golpe... y yo también he pagado sin haber echo nada, sino defenderme.

Un loco que estaba en un lugar cercano, preparó dos cigarrillos con andullo y papel de periódicos, y se los pasó encendidos a los dos inyectados. Estos, con muecas inverosímiles, ensayaron fumar...

A poco lanzaron los cigarrillos. El tremendo dolor producido por la trementina con nada podía ser aliviado. El único recurso era aguantar y concentrar la mente en la resistencia, para tratar de vencer tenuemente las fuertes punzadas, como de hierros candentes, en los muslos.

Las piernas de los pacientes se iban poniendo cada vez más rígidas. Dos troncos de guayacán que no podría mover el más inusitado esfuerzo. El cuerpo sudoroso, la respiración anhelante y la garganta fácil para lanzar agudos quejidos.

Los demás reclusos de la enfermería miraban con relativa poca curiosidad a los recién llegados. Aquel era un espectáculo habitual: dos inyectados por haberse puesto furiosos, bien que la furia

proviniera de la demencia, o ya de la natural reacción normal de una persona víctima de una injusticia o de una agresión.

En la enfermería estaba, Facunda, siempre delirante, a quien le había salido un tumor en una pierna y se quitaba constantemente los ungüentos y vendajes que le ponían para aplicarse saliva, orines y excrementos. Ahora tenía la pierna completamente descarnada, poblada de gusanos, y con el hueso a la vista. Estaban también, Ezequiel, con el cuerpo lleno de pústulas, cuyas costras quitaba meticulosamente para ir las comiendo como el más exquisito manjar; Pirita, tuberculosa, delgada como un hijo, con los ojos febriles; y Lino, con un ojo menos que le había arrancado Rafael Pina en un ataque de furia.

La mayoría de las camas de la enfermería no tenían colchonetas, pues los enfermos las hacían trizas durante la noche o defecaban en ellas. La enfermería despedía un continuo olor a yodoformo, creolina, sudor y pus. Los hospitales de los cuerdos tienen ese olor de limpieza que es una de las peculiaridades de la clínica moderna; pero en el manicomio, por las circunstancias mismas, la enfermería que es su hospital, es una especie de cementerio en vida, una macabra anticipación de la tumba.

–Déjame tu jarro –decía Pirita a Facunda– que tú no vas a durar mucho.

Pirita, loca, no comprende que ya Facunda, en los delirios de la locura y de la agonía, no puede comprenderla.



VIII. CONSPIRACIÓN

A las diez de la mañana del día que transcurre vemos a Rodolfo sentado en un peñasco al pie de un frondoso mango, en uno de los lugares más apartados de los bosques del sanatorio. Está en actitud meditativa, con la cabeza entre las manos. Esa mañana había notado que su cerebro estaba más despejado que otras veces. Le ahogaban unas ansias incontenibles de hacer algo grande, de sentirse un ser superior. A su lado tenía unos cuantos libros que le habían llevado algunos amigos cuando aún lo visitaban. Obras de Marden, Smiles y otros, que se dedicaban a despertar las entumecidas fuerzas de la voluntad en el hombre y a impulsarlos a hacer algo trascendental e imperecedero en la vida. Triunfar, vencer los obstáculos con poderosa fuerza de voluntad y llegar al absoluto dominio de sí mismo, eran los fines que según esos autores, debían perseguir los hombres superiores. Pero en la mente de Rodolfo, atenaceada por ráfagas de locura, estos postulados tomaban fuerzas más rotundas e imprevistas. Vencer, aún a costa de la muerte, subvertir el orden humano que a él se le antojaba disparatado e incongruente.

De repente, al sentir ruido, abandonó su actitud e irguió su cabeza, que a los pálidos reflejos del sol, lucía más gallarda y arrogante. A su lado, entretenido en hacer dibujos en la arena con el índice de su mano derecha, estaba Rafaelito, medio sonriente y distraído. Rafaelito era para Rodolfo el ayudante ideal. Dócil y obediente, tenía para este una fiel devoción y lo consideraba como un amo. De familia principal, Rafaelito había pasado la mayor parte de su vida en el manicomio, adonde había sido llevado hacía mucho tiempo, en estado de locura furiosa, producida



Rodolfo sentado en un peñasco al pie de un frondoso mango...

(Grabado de E. Tarazona hijo)

por una enfermedad secreta. En la actualidad, en la opinión de los médicos, no era propiamente un loco. Con el tratamiento y el descanso, la furia había cedido para dar lugar a una placidez espiritual, cómica e inofensiva. Pero Rafaelito ya no tenía parientes en la República, y a su edad no era posible salir a buscar trabajo. Los directores, en vista del problema, lo toleraban como a uno de la casa, y hasta pensaban que el manicomio era su mejor residencia, ya que afuera lo pasaría peor y quizás sí se recrudecería su locura.

Por las callejuelas adyacentes iban llegando los compañeros a quienes Rodolfo había hecho citar por mediación de su ayudante. Venían uno a uno, y volteando la cara con frecuencia con el temor de ser seguidos.

Reunidos todos, Rodolfo, no sin antes cerciorarse de que no los espían, tomó la palabra:

–Los he citado aquí –dijo con voz lenta– porque los considero a todos buenos amigos míos, y porque tengo la seguridad de que no están locos, como no lo estoy yo, o por lo menos, tengo la convicción de que los trastornos mentales que podamos tener no merecen un manicomio. Yo he decidido, con ayuda de Uds., y con la cooperación de Rafaelito, poner fin a esta horrible situación. Pero lo primero que necesito es poder contar con Uds., con su discreción absoluta, y con su insospechable lealtad hacia mí... Es decir, que como en toda empresa ha de haber un jefe, yo voy a ser ese jefe. Ustedes tienen, además, que obedecer a Rafaelito, quien actuará siempre bajo mis órdenes.

–En cuanto a mí, don Rodolfo –dijo Ubén riéndose y mostrando sus dientes blancos– puede contar conmigo. Yo soy un negro muy trabajador y sé echar un piso de cemento. Y si me molestan mucho, cojo mi machete y dale *dure*, dale *dure*, como decía el viejo Lolo. Y al decir esto lanzó una sonora carcajada.

–Por mi parte –dijo Senén– estoy dispuesto a hacer lo que Ud. mande, siempre que sea para beneficio de todos. Conozco mucho los secretos de todas las ciencias y especialmente de la *medecina*. Yo curo cualquiera en un momento, y si la vieja Juana se murió con la botella que le di... fue por bruta.

–Don Rodolfo –dijo entonces Andrés– mis inventos están a su disposición. Especialmente el avión sistema corneta, de ocho alas, que estoy planeando. Puede contar conmigo.

–Yo –dijo a su vez, Pereira, después de dar dos o tres brinquetes sosteniéndose en el pie derecho– fui compañero del Teniente Garrick en el ejército, y matábamos los enemigos por verlos caer. A mí lo que me gusta es la actividad, y aquí, en este infierno, estoy a punto de volverme loco... Puede contar con un ayudante más.

Pedrito, el mozalbeta moreno y jorobado, se limitaba a asentir a todo lo que se decía con una sonrisa desigual, muy amplia del lado derecho de su boca y apenas mostrándose en el lado izquierdo...

–Muy bien –asintió Rodolfo–. El universo está desquiciado... Se necesitan hombres y métodos nuevos. Yo he pensado mucho en ello y tengo ideas que de haberse implantado en el mundo, no se viviría en el caos en que se vive hoy. Este manicomio es una prueba de la injusticia y de la perversidad de los hombres... Nosotros terminaremos con este estado de cosas. Yo les comunicaré mis instrucciones por mediación de Rafaelito.

Los reclusos Pata de Palo, Loló, Basilio, Juancito Estrella, Carrasco, el Tuerto Temisto, Calazán, Finfo y Gollita, asentían complacidamente a lo que decía Rodolfo, con cómicos gestos.

–Pero, don Rodolfo –exclamó Senén, a quién le disgustaba que dispusiesen de él como si fuera un objeto–. ¿No podríamos saber de lo qué se trata?

–¿No les he dicho que deben tener confianza en mí? –contestó Rodolfo–. Yo les prometo que si no salimos de aquí, por lo menos nuestra situación variará mucho... Pero lo principal es contar con Uds.... Ya muy pronto sabrán de lo que se trata...

–¡Está bien! –contestó humildemente Senén.

–Una recomendación muy especial que quiero hacerles –agregó Rodolfo– es que tengan mucha discreción, y que no comuniquen nada de esto a nadie, bajo ningún concepto y menos a ninguno de los haitianos, pues no confío en ellos. El único haitiano en quien podemos creer es en Ubén, y es porque ya lo considero como un compatriota.

Rodolfo dio entonces orden de que se dispersaran y se quedó todavía sentado con Rafaelito junto al mango. La naturaleza

brindaba un bello día; una sola nube no empañaba el azul celeste, el sol lanzaba torrentes de fuego y una cálida brisa besaba los rostros. El murmullo del mar se oía no muy lejano y pajarillos y mariposas revoloteaban alrededor.

¡Libertad, rumores de dicha, vida por todas partes y él encerrado en esa pocilga denominada manicomio, con una cama mal oliente para dormir, comiendo siempre los mismos desagradables alimentos, sin un jabón apropiado para lavar su cuerpo, sin una distracción, sin ver una verdadera mujer, sin poder contemplar cada noche el cielo estrellado! ¡No era posible! ¡Era necesario hacer lo indecible, arrostrar la muerte para salir de esa miserable situación!

Alguien se acercaba poco después al lugar donde se encontraba Rodolfo. Era Celeste que llegaba saltando y riendo. En sus ojos brillaba un fulgor extraño, y toda ella resplandecía felicidad.

Rodolfo levantó los ojos.

–Hola, Celeste, –exclamó alegremente– ¡estás muy contenta hoy por la mañana!

Y cambiando de tono agregó:

–Y por fin, ¿cuándo te viene a buscar tu padre?

La alegría que iluminaba los ojos de Celeste pareció extinguirse, para dar paso a un gesto de rebeldía y odio.

–Mi padre... no me lo menciones. No tengo padre. Miren que tener a su hija, de la mejor sociedad de Higüey en un lugar tan horrible como este... Yo ahora pienso en otra cosa: ¡tengo un nuevo amor! –Y al decir esto miraba significativamente a Rodolfo.

–¿Un nuevo amor? –inquirió este–. ¿Ya te olvidaste de Fernando a quien decías que amarías siempre?

–Sí, lo olvidé porque el muy bruto se casó con una necia de la capital, despreciándome a mí... una poetisa...

Oye como le decía...

Y a continuación comenzó a recitar, con grandes movimiento de ojos y manos, unos conocidos versos de Juana de Ibarborou.

–Muy bien, Celeste, –exclamó Rodolfo cuando hubo terminado– ¿quién te enseñó a recitar? ¡Eres una artista admirable!

–Aprendí a recitar en la escuela, y después representé muchísimos papeles en una compañía infantil. Yo soy una verdadera

artista como tú dices, y sin embargo, el indigno de mi padre me tiene en este manicomio... ¿Tú crees que eso es justo?

–De ningún modo –le respondió Rodolfo–. Pero no te apures... que no hay mal que dure cien años.

–¡Bonito consuelo! –arguyó Celeste–. Y agregó: Yo confío en la Milagrosa Virgencita de la Altagracia que ha de sacarme de aquí. Todas las mañanas y noches le rezo y algún día ha de complacerme. Mira...

Celeste había tomado de una maleta de mano en que llevaba varias efigies de la sagrada virgen, una grande en colores, otra más pequeña en negro, y varias medallitas.

–Tengo que llevarlas en mi maleta pues no han querido dejarme poner un altarcito en el pabellón... Pero la virgencita lo sabe y algún día castigará a esos malvados... –dijo compungida.

Rodolfo contemplaba con curiosidad las imágenes. Siempre le había sorprendido la fe absoluta y ciega que muchos tienen en la Virgen de Higüey.

–¿Así es que tú tienes mucha confianza en tu virgencita? –le preguntó.

–Pues sí que la tengo –afirmó la muchacha–. La virgencita ha hecho muchos milagros y su misma aparición puede considerarse como uno de ellos... ¿Pero es que tú no conoces la historia de la Virgen de la Altagracia? –agregó asombrada.

–Algo he oído... –respondió Rodolfo–, pero ya que estás tan enterada, cuéntame esa historia.

–Pues bien –contestó Celeste haciendo una gran aspiración y acomodándose al lado de su interlocutor– te la contaré en la mejor forma que pueda. Según dicen, hace muchísimos años, en las cercanías de mi pueblo había una familia española compuesta del padre, la madre y dos hijas. Una de estas era muy buena y religiosa, pero la otra, ¿cómo diremos? era amante de las fiestas y no pensaba en religión ni cosas elevadas. El papá iba muchas veces a la capital a vender los productos de su hacienda, y en cada viaje la hija mayor le encargaba siempre vestidos y objetos de adorno, mientras la Niña –así le decían a la más pequeña– le pedía que le trajera una virgen a la que ella daba el nombre de La Altagracia. El padre, en varios viajes, se cansó de buscar la virgen que su hija

le pedía, sin encontrarla en parte alguna. Cuando llegó la Navidad y el padre se disponía a hacer el último viaje del año, la Niña volvió a manifestarle con obstinación que no quería otro regalo que no fuera su soñada virgen. El padre, cuando llegó a la Capital, consultó el asunto con varios sacerdotes, quienes le aseguraron que la virgen que su hija le pedía no existía. Preocupado, regresaba, pocos días después, a su hogar, llevando regalos para su esposa e hija mayor, y con las manos vacías para la Niña. Según dicen, en el camino de regreso, le sorprendió la noche, y se decidió a llamar a un rústico bohío, donde vivía una pobre familia campesina. Poco después, contaba a la humilde familia el capricho de su hija y la inutilidad de sus esfuerzos por complacerla. A poco rato se abrió la puerta y apareció un anciano de barba blanca, quien entregando un pergamino enrollado al español, le dijo: «He aquí la Virgen de La Altagracia. Llégasela a la Niña», desapareciendo misteriosamente. En un lugar cercano a su hogar encontró el padre a sus hijas al pie de un naranjo. Entregó el pergamino a la Niña, quien lo desenrolló, besó llena de alegría el rostro de la imagen, y exclamó: «¡Padre, esta es la Virgen de La Altagracia! ¿No ves cómo apareció?»

Rodolfo contemplaba sonriente la faz de Celeste que irradiaba entusiasmo e ingenuidad. Envidiaba su alma sencilla en donde la Fe se posaba como una mariposa de luz y de paz.

–¿Y es cierto que la virgencita ha hecho muchos milagros?
–preguntó para entusiasmar más a la muchacha.

–¡Pues claro que los ha hecho! –respondió esta con gran vehemencia–. Ha curado ciegos, parálíticos y muchos otros enfermos. Y a mí me sacará de aquí... ¡Tú lo verás!

La muchacha entonces dio un salto. Se acercó rápidamente a Rodolfo y le estampó un sonoro beso en la boca, desapareciendo seguido entre la arboleda.*

La joven quedó pensativa un momento. Después, como cambiando de pensamiento, fijó su mirada en Rodolfo y le preguntó impetuosamente:

* (N.E. Este párrafo podría ser el cierre de este capítulo, aunque figura aquí en la edición consultada: Segunda edición [fascíml], Santo Domingo, R.D. 1974, biblioteca Pedro Henríquez Ureña. VOL. VI. Publicaciones de la Secretaría de Educación), ratificado en la edición original.

–¿Óyeme Rodolfo, tú me quieres mucho?

–Sí, tú sabes que te quiero como a una hermana.

–¿Cómo a una hermana nada más?

–¡Pues claro! ¿y cómo querías tú que te quisiera?

–¡Yo no sé! Pero no me quieras como a una hermana...

–Mire Ud., –exclamó Rafaelito–. ¡Las palomas tirándole a las escopetas! ¡Ju!

Rodolfo se quedó pensativo pues no dejaba de preocuparle la actitud de la muchacha. Sentía gran compasión por ella y comprendía la gran tragedia de aquella pobre alma desvariada, huérfana de todo afecto.



IX. LA GRUTA

Se levantó un momento después de su improvisado asiento. Dirigió una inquisitiva mirada a todos lados y se internó en el bosque por la parte sur. Subióse a un pequeño cerro y contempló un rato la inmensidad del mar azul.

Siguió caminando después rápidamente y a la media hora estaba frente a una hermosa playa, de regular extensión, cuyo murmullo llegaba a los oídos como un susurro celestial: las blancas espumas se arremolinaban en el dorso movable de las olas, que eran de un color verde azul con irisaciones de plata. Los floridos almendros que crecían en la fina arena de la costa, se balanceaban al influjo de la brisa marina, y en sus copas verdeantes y rojizas brincaban ruiseñores y revoloteaban mariposas. A la izquierda de la playa, el cabo Gris, se hundía en el mar como una lanza gigantesca.

La playa era la única de la isla, pues en las otras partes de la costa el océano era hondo, y se mantenía casi siempre tempestuoso y sombrío, como un fiero potro que cabalgara en la noche. Así, era fama que solo vapores de regular calado podían hacer la travesía del canal que separaba la islita mágica de La Hispaniola, y que era sumamente expuesto cruzarlo en lanchas o botes de regular tamaño.

Rodolfo se cercioró de que no había persona alguna en los alrededores de la playa, y rápidamente entró en el agua que lamíó sus pies en una caricia tibia y cosquilleante. Caminó unos metros hacia la izquierda por la fina arena y se detuvo frente a una mole de rocas, altas y abruptas, que parecían una atalaya frente al mar. Aquella gigante mole parecía maciza en su frente, formando un conjunto sólido y pétreo. Sin embargo, a poco, Rodolfo quitaba

con sus manos un peñasco que parecía adherido, firmemente a los demás, y descubría una entrada circular, por la que podía entrar una persona, doblando el cuerpo. Se metió en el hueco y desde dentro colocó la piedra lo mejor que pudo, para ocultar la entrada. Encendió una cerilla y a su vista se extendió una espaciosa gruta de un tamaño tres veces mayor al de una habitación ordinaria. Bellas estalactitas y estalagmitas, daban a aquel recinto un aspecto miliaunochesco, y en la arena del piso, tan fina como la de la playa, se hundían los pies como en una alfombra, mullida y ondeante. En un rincón de la gruta habían dos toscas sillas, y una pequeña mesa con libros, cuadernos, tinta, pluma y varias velas de cera. Había, además, un afilado machete y una docena de garrotes o estacas de madera.

El descubrimiento de la gruta constituía uno de los capítulos más notables de la vida de Rodolfo en el manicomio, que contribuía a hacerle creer que la providencia le reservaba un gran destino. El hallazgo había sido hecho hacía un mes, en una forma tan novelesca e increíble, que muchas veces dudaba de que lo acontecido fuera realidad, y no un bello sueño engendrado por sus infantiles lecturas de la Isla del Tesoro, y de las narraciones de Simbad el Marino.

El descubrimiento se derivó del hecho de haber trabado amistad con un joven de nacionalidad española que había sido internado en el manicomio unos meses atrás. El español había sido inyectado con trementina y pasaba en esa época los días en el pabellón de reposo. Su pabellón dormitorio era el número 4. Córdoba, que así se apellidaba el joven, agradeció mucho a Rodolfo las atenciones que este había tenido con él, cuando sufría los rigores de la trementina, en los primeros días de su internación. A los quince días ambos se habían hecho grandes amigos y Córdoba insistía, especialmente, en que Rodolfo hablara con el Director a fin de que se le permitiera, una vez que pudiera caminar, pasar el día fuera del pabellón, en la misma forma que Rodolfo y otros. El Director manifestó a este, que era costumbre que los reclusos pasaran cinco o seis meses en observación, antes de considerar la posibilidad de que se les otorgara la confianza de una semi-libertad. El amigo que había internado a Córdoba había informado

a la dirección del establecimiento, que este sufría perturbaciones mentales derivadas de los sufrimientos y vicisitudes que había pasado durante la última guerra civil española. Por lo tanto, era arriesgado –concluía el Director– concederle el beneficio que pedía, hasta tanto no se determinara con precisión su verdadero estado mental.

–¡Cinco meses encerrado aquí! –exclamó con desconsuelo Córdoba, cuando Rodolfo le dio la noticia. –¡No los podré resistir!

Rodolfo lo consoló lo mejor que pudo y pasaba largas horas conversando con él desde la parte afuera del pabellón. Había encontrado en el joven educación bastante esmerada, alguna cultura, y ningún síntoma aparente de locura, lo que hacían de él su compañero predilecto.

Un día por la mañana, sin embargo, encontró a su amigo bastante excitado. Después de cambiar algunas palabras, Córdoba rogó a Rodolfo que prestara atención a lo que iba a decirle, advirtiéndole que era de gran importancia para ambos. Le hizo jurar que a nadie contaría lo que iba a confiarle, y prometerle toda la ayuda de que fuera capaz.

Córdoba le refirió que hacía algún tiempo, antes de ser internado, había hecho amistad con un compatriota procedente de una hidalga familia ibérica, de nombre Juan Lozano. Este –al igual que Córdoba– había venido a América como refugiado después de la guerra civil española. Una vez en tierra americana había recordado una antigua leyenda que corrió en su familia, de generación en generación... según la cual, hacía muchos años, un Lozano, aventurero y pirata, había dejado enterrado un grandioso tesoro en América, al tener que huir repentinamente para no ser apresado. Del lugar, posición y manera de hallar el tesoro, decía Lozano tener un antiguo plano. El secreto, como hemos dicho, se había transmitido durante años y siglos a través de todas las generaciones de la familia Lozano, hasta llegar a él. Una vez en América, y sin mucha fe, se decidió a investigar el asunto, llegando a la conclusión de que el tesoro, si existía, debía estar enterrado en la islita mágica, que era en la actualidad asiento del Manicomio Modelo. Se trasladó entonces, de Puerto Rico a la Hispaniola, donde tenía la posibilidad de encontrar trabajo y hacer la investigación

correspondiente en relación con el entierro. Lozano, sin tener, como dijimos, mucha fe en la cuestión, propuso entonces a Córdoba un plan, según el cual el último debía pasar por loco y una vez internado, combinar entre ambos la manera de lograr el hallazgo. Esta combinación resultaba magnífica, pues efectivamente Córdoba había sufrido perturbaciones mentales a su salida de España, lo cual era conocido de muchos. Esas perturbaciones, por fortuna, habían desaparecido. Lozano prometió a su amigo darle la mitad del tesoro y este, que se hallaba sin trabajo, aceptó, pensando que algo podía ganar, y poco perder, en la extraña aventura. Córdoba fue internado por el propio Lozano. El primer domingo de visita después de la internación, fue Lozano a visitar a su amigo y este lo enteró de que nada podía hacerse hasta que no se le concediera la libertad de vagar por la isla para hacer las investigaciones correspondientes. De ahí el interés mostrado por Córdoba en que Rodolfo le hiciera las diligencias necesarias para pasar el día fuera del pabellón de reposo. Lozano no quiso dar a Córdoba, hasta que llegara el momento oportuno, los detalles del lugar en que se encontraba el tesoro y la forma de encontrarlo. Para poder comunicarse sin peligro y sin despertar sospechas, Lozano había hecho una clave, que había entregado a Córdoba, a fin de enviarle por mediación de esa clave, cuando lo creyera oportuno, los detalles del lugar y situación del entierro. En la clave se usaban como letras números del 1 al 100.

Como a los veinte días de acontecidos los hechos anteriormente descritos, Córdoba recibió de Lozano el aviso de que estaba enfermo. Al mismo tiempo le remitía una gran hogaza de pan, y otros efectos. Dentro de la hogaza encontró Córdoba la misiva en que se daban detalles para encontrar el entierro. Pocos días después el Director del Sanatorio recibió la noticia de que Lozano había muerto, la cual había sido captada en la radio que en su habitación tenía el Subdirector. De este modo quedaba Córdoba en posesión única del secreto del tesoro, el cual, según le había manifestado Lozano, de existir, sería de una cantidad fabulosa. Por la circunstancia de estar privado de libertad, y no queriendo retardar más la solución del asunto se había decidido a hacer de Rodolfo su socio en el asunto, prometiéndole la mitad de la riqueza que fuera hallada.

Cuando Córdoba llegaba a esa parte de su relato sonó la campana llamando a los reclusos a sus pabellones dormitorios. Córdoba rogó a Rodolfo que al otro día fuera al pabellón de reposo bien temprano, para ultimar los detalles del plan.

Aquella noche la pasó Rodolfo cabizbajo y confuso, creyendo más bien que todo lo referido por su amigo era solo una bella fantasía de su imaginación extraviada, ¡un espléndido y brillante delirio de grandeza! Esta impresión pareció confirmarse al otro día, cuando al ir a ver a su amigo, le informó el guardián Diloné que la noche anterior había sufrido una aguda crisis de locura y que había sido necesario encerrarlo en una celda. ¡Bellas ilusiones desvanecidas! Sin embargo, cuando fue a visitar a Córdoba a su celda, no supo qué pensar: este golpeaba furiosamente la puerta de hierro, pronunciaba palabras incoherentes, y sacaba uno de sus brazos queriendo arañar a Rodolfo. En la otra mano sostenía un cuaderno que tenía para apuntes, que Rodolfo conocía muy bien. ¿Y si solo fuera una coincidencia la locura de ese día –pensó Rodolfo– provocada por las privaciones y ansiedades sufridas durante las últimas semanas? ¿Y si fuera verdad lo que le había dicho?

Rodolfo se decidió a averiguarlo. Aprovechándose de que no había ningún guardián por los alrededores y exponiéndose a ser golpeado violentamente por el loco, se acercó a la puerta, metió la mano rápidamente por la reja, y logró agarrar el cuaderno por un extremo, mientras Córdoba lo halaba por el otro. En la lucha el cuaderno se partió en dos, y en las manos de Rodolfo quedó un montón de hojas arrugadas y rotas. El loco, dando grandes alaridos, rompió entonces en menudos pedazos la parte del cuaderno que le quedaba y los arrojó al piso de la celda.

Corrió Rodolfo a la selva, y allí ¡oh milagro! encontró una serie de números que constituían, sin duda, la misiva en clave de Lozano, indicando todo lo relativo al tesoro. La clave para descifrar la carta no estaba allí y Rodolfo pensó que seguramente había quedado en la parte del cuaderno que Córdoba había destruido.

Rodolfo pensó que querer es poder, y se decidió a emplear toda su inteligencia y sagacidad en tratar de dilucidar aquel jergológico numérico. En esa tarea pasó una semana. Tenía, además, algunos datos que le había dado Córdoba, sin darse cuenta, y

pensó aprovecharse de ellos. Recordaba, principalmente, que aquel había insistido últimamente en saber todo lo relativo a las playas, cabos, ríos, cuevas, bosques y caminos de la isla. Con estos datos y con las deducciones que le sugeriría su inteligencia se dio febrilmente a la tarea. Dio por sentado que la situación del tesoro debía tener algo que ver con playas, cabos, ríos, bosques, caminos, puntas o cuevas de la isla.

La misiva, si eso era, estaba concebida así:

$$5-7-2-11-3 = 3-17 = 1-6-44-11-6 =$$

$$55-3-33-1 = 5-7-3-66-50-6 =$$

$$13-17-3-20-3 = 44-2-7$$

Lo primero que dedujo Rodolfo fue que cada número o conjunto de números separados por una sola rayita debería representar una letra, y cada conjunto de números separados por dos rayitas debería representar una palabra. Esto era absolutamente lógico y se ajustaba perfectamente a la construcción castellana en que las palabras son regularmente de cuatro a diez letras, con excepción de preposiciones, artículos, conjunciones y algunas otras. Una vez dado por aceptado esto, se dio a averiguar cuál era la letra que más abundaba en el idioma español. Examinó la página de uno de sus libros y llegó a la conclusión de que la letra A era la que se llevaba el mayor promedio de abundancia. Observando la misiva, se fijó en que el número 3 estaba seis veces, mientras el que le seguía en cantidad –el número 7– solo estaba tres [sic] veces. Dedujo en consecuencia que la letra A debería lógicamente estar representada por el número 3.

La misiva quedaba entonces así:

$$5-7-2-11-A = A-17 = 1-6-44-11-6 =$$

$$55-A-33-1 = 5-6-A-66-50-6 =$$

$$13-17-A-20-A = 44-2-7$$

Como los demás números figuraban casi todos en igual cantidad, o sea cada uno, una, dos y tres veces, no halló la manera de como en la A, referirlos a ninguna letra en particular del alfabeto

en que hay una gran cantidad de ellas que se repiten en la misma proporción.

Se decidió entonces a examinar la primera supuesta palabra y al poco rato daba un salto de alegría. Aquella palabra de cinco letras, terminada en A, bien podría significar CUEVA o quizás GRUTA. Se recordaba perfectamente que Córdoba había insistido en saber si había cavernas en la isla.

Entusiasmado, procedió a examinar la segunda supuesta palabra que se formaba:

A-17

Dedujo que probablemente esta palabra de dos letras no debería ser un adjetivo, puesto que había muy pocos, si los había, de ese número de letras; pensó que más bien debería tratarse de una preposición, artículo o conjunción, que son las palabras de dos letras que más abundan en el castellano. Comenzada la palabra por A no podía ser **de, ni, la, el**, etc. pero podía ser ¡**AL!** Actuando siempre en hipótesis copió las dos supuestas palabras:

GRUTA AL

Venía entonces el grave problema de descifrar la siguiente palabra en cuyas letras no había ninguna A. La palabra estaba enunciada así:

1-6-44-11-6

Por más esfuerzos que hizo no pudo encontrar el más leve indicio que le sirviera para descifrarla y decidió dejar la solución para lo último. Pensaba que si descifraba las demás, con buen sentido quizás podría suplirla en el escrito. La cuarta palabra estaba enunciada así:

55-A-33-1.

Como en la solución de la primera palabra, se puso a revisar en su mente las cosas por las que su amigo se había interesado. Ninguna de las palabras BOSQUE, RÍO, CAMINO, PLAYA, o PUNTA correspondía a la cifra enunciada, ni por la colocación de la A, ni por el número de letras. Pero, comprobó, con júbilo, que la palabra CABO, ajustaba perfecta e hipotéticamente a la cifra, pues tenía cuatro letras y la A estaba en segundo lugar. Aceptó, pues, como buena esta solución, con la cual la frase era:

GRUTA AL 1-6-44-11-6 CABO

La palabra siguiente estaba representada así:

5-7-A-66-50-6

En su solución pasó tres días. Al fin pudo resolverla hipotéticamente con el siguiente razonamiento: siendo la anterior a esta el sustantivo CABO, la siguiente bien podía ser un adjetivo que calificara al sustantivo. Después de repasar todos los adjetivos imaginables, encontró que el adjetivo GRANDE ajustaba perfectamente a la cifra, pues tenía cinco letras y la A en tercer término. Además, en la isla había un solo CABO grande, el cabo Gris, que indudablemente tenía alguna conexión con el lugar del tesoro. Con una alegría indescriptible copió el resultado de las soluciones logradas:

GRUTA AL 1-6-44-11-6 CABO GRANDE

La próxima palabra a dilucidar se enunciaba:

13-17-A-20-A

Y en su solución no tardó mucho tiempo. Ya, en su imaginación, había situado el tesoro en las cercanías del cabo Gris, ¿Y qué cosa había cerca del cabo Gris que estuviese representada por una palabra de cinco letras de las cuales la tercera y la quinta fueran A? ¡Pues la gran y única playa de la isleta, situada precisamente en el ángulo formado por el cabo y la costa!

Febrilmente copió el resultado logrado:

GRUTA AL 1-6-44-11-6 CABO GRANDE PLAYA...

Con este parcial triunfo obtenido se trasladó corriendo a la playa y se situó frente al cabo Gris. Pensó lógicamente que en el terreno mismo podría encontrar los datos que ayudaran a solucionar el significado de las dos cifras que faltaban: la tercera y la última. Una vez allí, miraba a todos lados y repetía mentalmente:

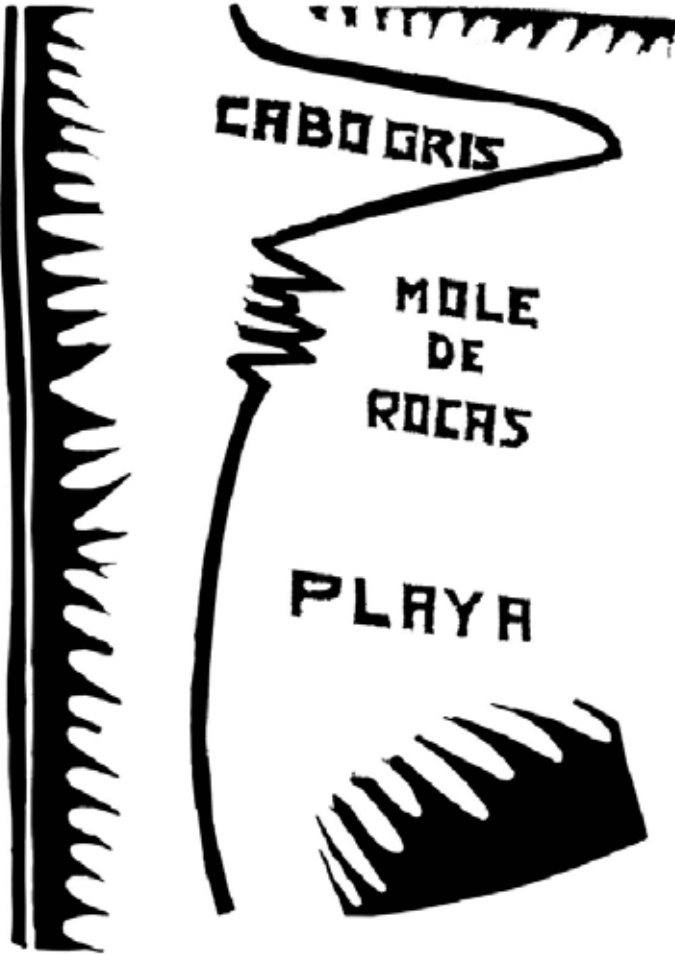
GRUTA AL (¿QUÉ?) CABO GRANDE PLAYA (¿QUÉ?)

Pero nada se le ocurría. A última hora, pensaba, registraría todos los alrededores del cabo Gris, hasta dar con la gruta si era verdad que existía. Y al efecto, se puso al fin, a examinar los alrededores. Al norte de la playa se extendía una vasta extensión de tierra suelta y no parecía posible que en su seno se ocultara gruta alguna. Se dirigió al cabo Gris y pudo comprobar que era casi imposible entrar en él; ¡tan poblado estaba de tupidas malezas! No había, en lo que abarcaba su vista, nada que pudiera indicar la posición de una supuesta caverna en el intrincado laberinto de lianas salvajes y arbustos entrelazados.

Volvió a la playa. Frente al mar miró a la derecha, situado frente al cabo Gris y sintió un estremecimiento: al este de la playa se erguía un sólido macizo de peñascos de más de cinco metros de altura. Estaba al lado izquierdo de la playa, un poco separado de la entrada del cabo Gris, y las olas lamían la parte inferior de sus rocas. Estas presentaban un aspecto irregular, con salientes redondeados, y con puntas agresivas. Algunos peñascos, al parecer desprendidos del cuerpo principal, estaban en la playa, a corta distancia.

-¡Ahí sí podía realmente haber una gruta! -pensó Rodolfo.

Como hacía rato que estaba en sus investigaciones, decidió seguir las más tarde, y regresó a las cercanías del pabellón de reposo, a fin de no inspirar sospechas. Pero en un papel hizo un croquis de la playa, el cabo Gris, y la mole de peñascos en la siguiente forma:



Poco después se sentó debajo del mango en que ya lo hemos visto, y sacó de su bolsillo un pequeño diccionario. Le interesaba saber lo que significaba precisamente la palabra GRUTA. Leyó:

«GRUTA: ESTANCIA SUBTERRÁNEA QUE IMITA MÁS O MENOS
LOS PEÑASCOS NATURALES».

Dio un grito de alegría. Tomó rápidamente el apunte con la solución parcial que había logrado de la misiva. Leyó otra vez:

GRUTA AL 1-6-44-11-6 CABO GRANDE PLAYA 44-2-7

Pero, ¡qué torpe he sido! –se dijo entonces. Efectivamente, no se le había ocurrido pensar que en las palabras que le faltaban por solucionar, que eran la tercera y la última, podía resolver el significado de algunos números tomando como base las palabras ya resueltas que también tenían ese número. Copió la tercera palabra:

1-6-44-11-6

El primer número o sea el uno debería ser una o, puesto que la palabra CABO ya resuelta tenía un uno, como último número.

Copió:

O-6-44-11-6

El número SEIS, a su vez, debería ser una E puesto que la palabra GRANDE, ya resuelta, tenía un SEIS como último número.

Copió nuevamente:

O-E-44-11-E

Y por último la cifra 11 debería significar T pues estaba en cuarto lugar en la palabra GRUTA, ya resuelta.

Copió:

O-E-44-T-E

Y ese 44, ¿qué podría ser sino una S para completar la lógica palabra OESTE que individualizaba precisamente el macizo de rocas en que se había fijado, colocado exactamente al oeste del cabo GRANDE o sea el cabo Gris?

–¡44-2-7! –gritaba lleno de entusiasmo.

–¡PLAYA SUR! –vociferó exaltado– al notar que el 44 era una S y el 7 una R, ya resueltos en las palabras OESTE y GRANDE.

Rodolfo, por poco cae al suelo desmayado. ¡Había resuelto el problema con inteligencia, tenacidad y fe! ¡Se sentía casi un genio!

Corrió a la playa, y una vez allí, se dirigió al macizo de rocas. Febrilmente se puso a palparlas en toda su extensión, tratando de remover las que le parecían que estaban flojas, y las más cercanas al suelo. Después de una hora de inútiles tanteos, notó que una roca de regular tamaño parecía estar artificialmente adherida a las otras, por una ligera capa de cemento. Haciendo gran esfuerzo la haló hacia afuera sin ningún resultado. Entonces con una pequeña varilla de hierro que halló a mano, fue poco a poco, tratando de quitar el cemento que estaba entre la roca y el macizo. Al cabo de otra hora vio coronados sus esfuerzos, pues la roca, ya floja, solo necesitaba que se le halara con gran fuerza, hacia afuera, ya que aún tenía algunos de sus bordes unidos al cuerpo principal. Reunió todas sus energías y le dio un tremendo tirón hasta que cedió, y cayó al suelo. Rodolfo, doblando su cuerpo, entró por el hueco, y a poco se extendía ante su vista asombrada, la hermosa gruta en que lo había dejado, cuando interrumpimos el curso de nuestra narración, para referir el hallazgo.



X. NUEVO HALLAZGO

Durante los días posteriores al descubrimiento de la gruta, Rodolfo había cavado ansiosamente en diversos lugares de ella en busca del ansiado tesoro, pero sin resultado alguno. La nota en clave no daba ninguna indicación del lugar en que debía hallarse, y Rodolfo había pensado que, después de todo, lo importante era haber encontrado la gruta y que lo demás sería relativamente fácil. Recordaba haber leído que las islas adyacentes a La Hispaniola, como la isla Tortuga, habían sido en lejanos tiempos asilo de piratas y corsarios, que allí iban a esconderse y a guardar el producido [sic] de sus rapiñas. Habían las mayores probabilidades, por lo tanto, de que la islita mágica, en otro tiempo desierta, casi aislada en el mar, y de singular belleza y fertilidad, fuera una de ellas. Rodolfo había cavado en dos lugares: uno en la pared oeste de la gruta, y el otro en el suelo a medio metro de la pared este. El primer sitio lo eligió porque había notado que la pared, al tacto, sonaba como hueca; en el segundo lugar había observado que el suelo estaba un poco más levantado, como si la tierra en otro tiempo hubiera sido removida. Pero las dos excavaciones no dieron ningún resultado.

En el día anterior, se le ocurrió comenzar a cavar en el suelo, frente a la pared del fondo. Escogió este tercer lugar, calculando que era el que estaba más lejos de la entrada de la gruta. Quizás –pensó–, el dueño, por un vago instinto de conservación del tesoro, lo había enterrado en el lugar más alejado del mar, pues las olas a veces llegaban a humedecer la arena cercana a dicha entrada. Había ahondado ya cerca de medio metro y estaba decidido, en el día que transcurre, a cavar hasta desbaratarse las manos.

Solo contaba para la faena con un machete, de regular tamaño, que había robado a un guardián.

Al poco rato le pareció notar que la tierra era más blanda y floja que en las capas superiores, y comenzó a llamarle la atención el hecho de que el hueco que iba haciendo iba tomando una forma determinada, no precisamente circular. Él, naturalmente, cavaba donde la tierra era más suelta. Trató de hacer más ancho el hoyo, pero entonces se encontró con la tierra más dura y con la piedra viva. Se detuvo en su trabajo y se puso a contemplar la excavación: tenía más de un metro de largo y alrededor de medio metro de ancho en su parte superior, y algo menos en la parte inferior. Un frío intenso le corrió por la sangre: aquel hoyo le recordó los que hacían en el cementerio de su pueblo para el enterramiento de los cadáveres. Descansó un rato, pues los músculos se le resistían y el sudor le corría a chorros por el cuerpo. Con un rato más de faena llegaría la hora de la comida y reanudaría su trabajo en la tarde. Fatigado, se dirigió poco después al comedor, donde apenas pudo probar el mismo rancho de siempre: arroz con frijoles, un pedazo minúsculo de carne y un plátano verde.

Regresó a la gruta. Su corazón le decía que este sería el gran día. Estuvo dos horas cavando hasta agotarse. La tierra se había puesto tan suelta y ligera de repente que ahora la sacaba casi arañándola con las manos. Minúsculos objetos se encontraban mezclados en ella, y piedras de pequeños tamaños aparecían por todas partes. Un olor como de humedad y vapor le subía a los ojos hasta aguárselos. Las manos casi le temblaban, y nerviosamente se quitaba del cuerpo insectos y alimañas que constantemente le molestaban. Un rato después, venían mezclados en la tierra pedazos de madera, casi destruida, y llena de poros... De repente extrajo algo que le hizo crispas los nervios: un hueso largo y blanquecino, como de medio metro de extensión. ¿Sería aquello el fémur de algún cadáver enterrado en tiempos lejanos? ¿Se reduciría todo a encontrar el esqueleto de algún ser de la época de las cavernas? No quería pensarlo.

Pero era, en realidad, un esqueleto. Al poco rato lo extrajo completamente, y no sin cierto terror. El esqueleto estaba casi conservado y el rostro descarnado parecía mirar a Rodolfo

insistentemente con las oscuras cuencas vacías. En ese momento, quizás por haberse resquebrajado la pared, una piedra cayó del techo de la gruta en su hombro. Le pareció que era la mano del muerto, o algo así, que le empujaba y salió corriendo hacia la salida. No pudiendo soportar la tensión nerviosa, salió afuera. Por suerte no había nadie allí. De haber alguien, en el rostro lleno de ansiedad, se le hubiera conocido que algo grave le pasaba. Se tendió largo a largo en la fresca arena y poquito a poco se fue serenando. La brisa era un alivio para sus nervios enfermos y excitados. Bebió a largos sorbos el agua de un manantial cercano. Entonces recordó haber oído decir, que era costumbre en la antigüedad, en las personas que enterraban tesoros, matar al esclavo que hacía la excavación, para evitar que revelara el lugar del entierro. ¡Era aquel, sin duda alguna –pensó convencido– el esqueleto del infeliz esclavo! Volvió a la gruta con toda rapidez.

–¡Ni la muerte va a poder con este loco! –se decía.

Siguió arañando la tierra una vez allí, y a los pocos minutos, sus manos tocaban algo duro y metálico. Con una energía inusitada descubrió la tierra que cubría el objeto, y ante sus ojos desorbitados apareció la tapa de algo que parecía ser un cofre de hierro, todo herrumbroso. Con un violento temblor en las manos apenas podía tratar de separar la tapa. Al fin tomó el machete introduciéndolo entre el cuerpo del cofre y la tapa. Los cerrojos, casi inutilizados por la acción de la humedad, saltaron, y entonces, Rodolfo, nuevo Edmundo Dantés, cerró los ojos como hacen los niños, para contemplar en su imaginación extraviada, los fabulosos tesoros de Alí Babá y Simbad el Marino. Pero el tesoro que contenía el cofre, en nada tenía que envidiar a aquellos, en cuanto a belleza, ni en cuanto a cantidad. Había alrededor de cuatrocientos lingotes de oro, de más o menos media libra de peso cada uno, una infinidad de monedas con efigies de Papas o Emperadores, y dos veces la capacidad de sus manos en piedras preciosas, montadas artísticamente en raros objetos de adorno. En un acceso de júbilo juntó monedas, lingotes, rubíes, perlas y diamantes y se revolcó en ellos como un gato excitado con la valeriana. Se pasaba las monedas por la cara, olía las piedras preciosas, dejaba caer los lingotes a sus pies, besaba los curiosos brazaletes y las

artísticas diademas. Un verdadero delirio de alegría, junto a lo que el mundo ha dado por llamar vil metal, pero que lo resuelve todo –se decía– hasta las misas para la salvación del alma, por las cuales cobran los curas.

Notó Rodolfo que el tiempo iba pasando insensiblemente. Con prontitud juntó toda su riqueza, y la colocó nuevamente en el agujero. Sus manos trabajaban aceleradamente echando de nuevo la tierra en el hoyo. Al taparlo completamente, regó encima, en gran cantidad, arena de la misma gruta.

–¡El mundo es mío! –gritó entusiasmado.

Cuando llegó a su pabellón ya sus compañeros habían entrado. Su retraso indignó a Burrolote.

–Ud. parece que quería ir a dormir a una celda –fue el comentario de recibimiento.

Rodolfo lo miró de arriba a abajo.

–¡Vil reptil! –pensó–. ¡Pronto sonará la hora de mi venganza!

Entró al pabellón. Sus desgraciados compañeros iniciaban la jornada nocturna del mismo modo de siempre: hablando necesidades, contando cuentos tontos, cantando, y fumando cigarrillos hechos con papel de periódicos. No pudo evitar dar dos o tres saltos y lanzar varias carcajadas. Algunos se asombraron de verlo así, él de suyo tan taciturno y sombrío.

–Hoy está mal Rodolfo –comentó Andrés– ¡Dios quiera que no le entre la *loquera*!



XI. DÍA DE VISITA

Trasladémonos momentáneamente a una elegante residencia de una de las ciudades más importantes de La Hispaniola. Esta residencia está situada junto al mar y rodeada de un bello jardín. Es una preciosa mansión de construcción moderna y su arquitectura revela un notable buen gusto. En el mencionado jardín vemos cortando flores a una joven de aspecto exótico, en el apogeo de su juventud, de dorados cabellos rubios, grácil figura, y ojos azules. Parece una muñeca de *biscuit* y es tan blanca que cuando está en el sol casi no se la ve. Viste un sencillo traje de *sport* que hace lucir su figura aún más atractiva y gallarda.

Charlotte Greenwood era la hija única de una acaudalada familia norteamericana que hacía algunos años vivía en la República Dominicana. Educada en un colegio de Estados Unidos de Norte América, hablaba correctamente el inglés, el francés y el español, y revelaba toda ella una inteligencia y gracia poco comunes. Deportista por afición, jugaba al *tennis*, montaba a caballo y en bicicleta, y nadaba como un pez. Era todo lo feliz que se podía ser a su dichosa edad, siendo rica y con unos amantes padres que la mimaban y halagaban.

Mr. William Greenwood era un poderoso industrial dueño de una de las más importantes factorías azucareras del país. De unos sesenta años, fuerte y atlético, era la personificación del norteamericano, saludable y próspero en los negocios. En cuanto a Mrs. Greenwood, procedía de una aristocrática familia de Maryland, y era todo dulzura, distinción y nobleza.

—¡Charlotte! —llamó Mrs. Greenwood, asomándose por una de las ventanas que daban a la galería de la casa—. Es hora de que te

arregles, son las siete y el vapor sale para la isla a las 8. Así es que no te demores.

–*Mammy*, yo estoy ya lista. Estoy cortando unas flores para Willy –fue la respuesta.

A poco rato Mr. Greenwood aparecía en la galería, optimista y alegre. Miraba a su hija amorosamente, mientras esta, en el jardín, hacía rivalizar su belleza con la de las flores. Un momento después salió del garaje el automóvil de la familia y en unos minutos los tres estaban acomodados en él. El automóvil se dirigió al puerto y una vez en el muelle se detuvo frente a un pequeño vapor, que lucía en las aguas del río, ligero y galano y que ostentaba en la proa el nombre de «María». Un grupo de personas esperaban en el muelle y a ellos se unieron los Greenwood. Cuando la escala fue tendida todos subieron y a poco el vaporcito se deslizaba gallardamente por las plateadas aguas de la bahía. Se dirigía a la islita mágica, en su viaje mensual al Sanatorio Modelo. Los Greenwood iban regularmente en cada viaje a visitar al joven Willy, internado en el Manicomio. Willy era hijo de una familia norteamericana, que se encontraba actualmente en Norte América, y que habían dado el encargo a los Greenwood de atenderlo en cuanto pudieran.

En el vapor viajaba casi un centenar de personas de todas categorías, quienes iban a visitar a sus familiares internados en el sanatorio. Llevaban bultos y paquetes de todas formas y tamaños. Asomados a la borda los pasajeros contemplaban la magnífica vista que ofrecía el puerto y la ciudad.

Al cabo de una hora y media, el vapor había casi hecho el recorrido de las pocas leguas del estrecho, y se distinguía nítidamente en el horizonte la costa de la pequeña isla donde se desarrolla esta historia. Una vez que hubo atracado al muelle del pequeño puerto, se presentaron dos guardianes del establecimiento, quienes meticulosamente revisaron los permisos de cada uno de los visitantes, expedidos por la autoridad correspondiente y sin los cuales no era posible visitar el sanatorio. Mientras los visitantes bajaban a tierra, tripulantes del vapor descargaban sacos, cajas y bultos que contenían las provisiones y efectos, que no era posible obtener en la islita, para un mes de sostenimiento del Manicomio Modelo.

Cercano a la playa, en un bosquecillo, se veían saltar cabras y animales salvajes que huían azorados. En el espacio revoloteaban cientos de aves, y el espectáculo de la islita apartada, refugio de tantos infelices, era nítido y regocijante. Vida, felicidad radiante en la naturaleza, en contraste con la tragedia que guardaba en su seno aquel pedazo de las tierras que descubriera Colón.

El primer domingo de cada mes, como hemos dicho, era el día reglamentario de visita en el Manicomio Modelo. Los días de visita no eran más frecuentes, debido a las dificultades del traslado y por el hecho de solo haber en La Hispaniola, después del hundimiento del «Presidente Trujillo» y del «San Rafael», un solo barco de vapor, el «María», el cual tenía a su cargo otros muchos servicios.

Los visitantes iban entrando por el camino central que conducía a los edificios, y acomodándose en los bancos del parque. Los llaveros se encargaban de ir trayendo los enfermos a sus familiares y amigos.

Los protagonistas principales de esta historia no tenían familiares que vinieran el día de visita, con excepción de Ubén, quien estaba plácidamente sentado en un banco en compañía de una negra haitiana y de dos pequeñas haitianitas. Estaba Ubén muy regocijado, comiendo ávidamente bananas, pasteles y *sandwiches*. Al ver cerca a Rafaelito, le alargó fraternalmente algunas de sus viandas.

Cómodamente recostado en un novedoso *chaise-longue* se veía a un joven blanco y rubio, flacucho y desmedrado, que lucía una pijama de seda. Su vestimenta y porte contrastaban con la de los pobres enfermos que huroneaban a su alrededor. Era el joven Willy de quien ya hemos hablado. Sus pueriles ademanes, morisquetas y gestos para hacer entender, provocaban la hilaridad de los circunstantes.

En el primer grupo de visitantes, se veía avanzar a Mr. y Mrs. Greenwood y a Charlotte. Mr. William lucía obeso con su rostro congestionado y su abultado vientre. Mrs. Greenwood, de su brazo, era una brillante representación de la aristocracia norteamericana. Charlotte, delicada y grácil, semejaba un lirio blanco mecido por la brisa primaveral. Los tres se dirigieron hacia el lugar donde se encontraba Willy. Este los recibió con ademanes, gestos y señas

al cual más gro... [sic]* ...ávidamente a comer las golosinas que le habían traído, en un abultado canasto. Rafaelito atisbaba a su alrededor, ansioso de compartir el succulento botín del joven Willy. Celeste, saltando y riendo, lucía en sus cabellos una roja amapola, y tiraba pequeños guijarros a la cabeza de Rafaelito. Al poco rato, este hizo señas a Willy, indicándole que mirara a la copa de un mango cercano, y cuando el aludido volteó la cara hacia arriba, le hurtó hábilmente el canasto con las viandas, y se internó rápidamente en el bosque. Al saberse robado, Willy comenzó a llorar con estrépito, lanzando chillidos de verdadero energúmeno. Los Greenwood, poco después, trataban de consolarlo inútilmente.

Rodolfo, entretanto, observaba todo, medio oculto en una arboleda cercana. La primera parte de la mañana la había pasado cortando grandes garrotes o estacas de madera de los mangos más frondosos y trasladándolos a la gruta. Cuando salió de esta se ocupó de ocultar la entrada con grandes peñascos, en tal forma puestos que nadie hubiera podido suponer la existencia del hueco. Después se había trasladado al pabellón de las celdas a visitar a su amigo Córdoba, a quien debía el hallazgo del tesoro. Esperaba, con su espíritu generoso y compasivo, encontrarlo mejor. Pero sufrió una gran desilusión: Córdoba estaba peor que nunca, con los ojos desorbitados, mascullando disparates, y parecía haber rebajado veinte libras de peso en los pocos días de su encierro. El guardián informó a Rodolfo, que se negaba a comer los alimentos, y que solo de vez en cuando tomaba un poco de agua. Pensó Rodolfo en los misterios del destino, que parecía gozarse en sumir en las sombras de la locura a un hombre a quien había reservado al mismo tiempo una gran riqueza.

Rodolfo, como dijimos, observaba desde su escondite al grupo en que estaban los Greenwood. Charlotte charlaba con los reclusos animadamente. Su rostro, iluminado a veces por una sonrisa

* N.E. Tanto en la edición original de 1943 como en la consultada de 1974, figura un salto de texto que al parecer se produjo al maquetar, figurando en una línea: «Este los recibió con ademanes, gestos y señas al cual más gro-», y continuando en la siguiente línea: «teó la cara hacia arriba, le hurtó hábilmente el canasto con», que obviamente es la repetición de un texto ubicado más adelante. Aunque no hemos podido establecer en su origen el texto faltante, pudo haber sido: «...con ademanes, gestos y señas al cual más grosero, y comenzó ávidamente a comer...», según opinión de la correctora, profesora Thelma Arvelo.

compasiva, revelaba una dulzura comprensiva y piadosa. Daba panes y pastelillos a los enfermos que se agrupaban como moscas a su alrededor. Quería saber la historia de cada uno. Ella, feliz e infantil, no podía comprender tanta desgracia. ¿Por qué tenían esos infelices los vestidos tan sucios y rotos? ¿Por qué a aquel viejo con catarro no le hacían un té? ¿Por qué algunos estaban descalzos? ¿Por qué a aquel chiquillo no le curaban esa pústula? Al fin se fue despojando de todo cuanto llevaba y de su maleta de mano desaparecieron hasta las últimas monedas que en realidad de nada servirían a aquellos desgraciados, pues no había en el establecimiento lugar donde se pudieran hacer compras.

Rodolfo, que parecía predestinado a que le pasaran miles cosas en poco tiempo, miraba ensimismado. ¡Cuánta belleza, cuánta virtud, cuánta gracia, en esa joven extranjera que tenía a diez pasos! Aquella visión, para él que no había visto verdaderas mujeres en tanto tiempo, era como la de la pequeña virgen que ostentaba al altar de su madre en el lejano pueblecito del sur. La cabeza le daba vueltas, el corazón le latía con violencia. Abandonó su habitual ocupación de los domingos que era la de tratar de procurarse efectos útiles con los visitantes. Y se volvió todo ojos para mirar a Charlotte, la rubiecita belleza del Norte.

Los directores del establecimiento con gran actividad iban de un lado a otro atendiendo a los visitantes. El Dr. Romano, impo- nente con sus anteojos de concha, explicaba a todos los muchos adelantos del sanatorio y los prodigios que se hacían en él: mejoría de locos furiosos hasta reducirlos a locos mansos, mejoría notable de los idiotas, y disminución de las manías y delirios. Hablaba con rapidez haciendo breves gestos doctorales, y dirigiendo de vez en cuando admoniciones a los reclusos.

El Dr. Herrera lo seguía indiferente. El subdirector no parecía disfrutar de la gran confianza que poseía su superior. Lucía algo escéptico y sonreía displicentemente ante los prodigios que relataba el Dr. Romano. Su sonrisa fina se disimulaba algo bajo el fino bigote de corte moderno.

Los practicantes y enfermeras caminaban entre los reclusos en franca camaradería con los visitantes, a la mayoría de los cuales ya conocían. Con frecuencia estos le ofrecían parte de las viandas

que traían a los reclusos, que ellos casi siempre rechazaban, pero que aceptaban cuando se trataba de dulces o frutas finas.

Dentro de poco debía celebrarse la misa que se oficiaba generalmente los días de visita. En el amplio salón del comedor habían sido retiradas las mesas y se habían agregado los bancos de madera de los pabellones de reposo. En el fondo se veía un vistoso retablo de madera que ostentaba la Santísima Virgen de la Altagracia. Un sacerdote español se trasladaba gustosamente a la islita, los días de visita, para llevar el consuelo de la divinidad a los pobres reclusos.

A poco rato se dirigían en largas filas al comedor, seguidos por los grupos de visitantes, algunos de los cuales charlaban animadamente. Poco después el sacerdote oficiaba la misa, y los reclusos, unos se arrodillaban, otros se quedaban de pie, y algunos hasta intentaban irreverentemente encender sus *cachimbos*. Celeste siempre se acercaba al altar lo más que podía, y permanecía devotamente de rodillas. Gollita se golpeaba el pecho que producía un sonido, réplica perfecta del *balsié* haitiano. Enrique, el loco de pecho levantado, de rodillas, lloraba copiosamente. Todos se compadecían viéndole tan afligido. Pero en el momento más solemne de la misa, alzó los brazos al cielo, y exclamó con voz compungida:

-¡De esta sí que *me... fuñí!*...

Fue llevado afuera en un santiamén.

Charlotte y sus padres contemplaban todo con una mezcla de picardía y tristeza. Seguramente encontraban en el sanatorio deficiencias que se callaban por discreción.

Después de la misa se celebraba una especie de reunión festiva en la que los dementes lucían sus habilidades artísticas: Quino pronunciaba su disparatado discurso de siempre, Celeste recitaba, Gollita cantaba con voz agria y destemplada, y Ramoncito, el mecanógrafo, acompañado de una guitarra vieja, entonaba una bella canción de amor. Reunidos en un pequeño prado, visitantes y reclusos, aplaudían a los artistas del manicomio. Ramoncito parecía ese día particularmente inspirado y no había que dudar que se hubiera tomado de contrabando algunas copitas de ginebra que le llevara algún amigo.

En cuanto a los haitianos, no aparecían por ningún lado: ni habían ido a la misa, ni a la tragicómica representación de los artistas.

–¡Atención, señores! –dijo de repente Ramoncito en voz alta–. Voy a recitar mis últimos versos titulados *La Elegía del Manicomio*. Todos pusieron atención. El recluso con mucho donaire rasgó la guitarra y recitó:

Obra feliz del demonio
que se goza en su maldad,
merece el mayor encomio
el augusto Manicomio
orgullo de la Hermandad.

Un aliento muy humano
hay en este rinconcito
y que se dan de la mano
desde el triste Percito
hasta el eximio Romano.

Hay hermosas enfermeras
y locos que no lo son;
hay vagabundas rameras
entre exquisitas palmeras
y ladrones a montón.

Hay peñas y Peñaloses [sic]
con garrotes en las manos,
hay locos que tiran coces
y hasta florecen arroces
cultivados por insanos.

Hay un gordito cebado
que responde a don Valdés
que siempre está acicalado,
un guardián agigantado
que está enfermo de los pies.

Hay un tal Echavarría
y hasta un Cuello sin corbata
que siempre están de porfía,
y hay una Juana María
que siempre está sin la bata.

Hay un gran Rey destronado
que está triste en su retiro
doblemente emocionado,
y hay un Pereira exaltado
que mata veinte de un tiro.

A las seis de la mañana
cuando ansiamos no sé qué,
Doña Cristina, galana,
nos brinda por la ventana
agua que sabe a café.

Y el que llega calladito
y en ser loco así se obstina,
me lo agarran fresquecito
y lo llevan caminito
de probar la trementina.

Me lo clava don Valdés
con pericia sin igual,
y después ¡ya no hay más pies!
Se arrastra como un ciempiés
y se siente desmayar.

Me lo ponen largo a largo
en las andas de una vez;
y aquí viene el trago amargo:
¡Se convierte uno en pargo
del egregio Diloné!

Hay una gran oficina
 con dos doctores grandazos;
 todo es allí disciplina,
 cuando González camina
 no se sienten ni los pasos.

Más pronto una bulla suena
 que viene de un ser humano:
 es Gollita que en escena
 repite con voz que atruena:
 ¡Mal fin tenga ese Romano!

Mas de pronto ella se calla
 después de *largar* un pujo
 y hasta casi se desmaya,
 ¡es que sale a la pantalla
 el garrote de Araujo!

Perecito tiene penas
 y sueña con cosas finas
 de sus viejas alacenas;
 a él no le gustan las cenas
 con yucas, ni con harinas.

Enriquito está engordando
 y come yuca sin tasa [sic];
 solo lo vemos llorando
 y sus males gimoteando
 cuando le hablan «de la casa».

¡Diomares siempre tan buena!
 ¡Tatica siempre engordando!
 y ambas con alma serena
 en la pobre piel ajena
 clavando, ¡siempre clavando!

Hay también un barberito
a quien le llaman Puchito,
y que en un día *mata* a cien;
a todo el mundo *relaja*
y si agarra la navaja
no se salva ni Fefén.

Hay un chinito también
que trabaja más que cien
conforme de su destino;
pero de él se sabe poco
nadie sabe si está loco
porque nadie entiende chino.

Hay un español Infante
regordete y arrogante
que habla más que un cotorrón;
él en sus glorias se mece
más noble que Alfonso Trece
y más grande que Colón.

Pereira, pensando bien,
propone cambiarle a Ubén
una yuca por un coco,
y el gran Ubén, muy sonriente,
dice en serio a su oponente:
¿es que tú te has vuelto loco?

Don Pedro muy imponente
grita con voz contundente:
¡Quítele a Enrique esos cocos!
Y Florita, muy indignada
contesta con voz airada:
¡No voy a bregar con locos!

Hay un pobre Rafael Peña
 que ya no vive ni sueña
 y resopla como un bajo;
 pero lucidez él tiene
 pues grita con desparpajo
 mientras la escoba sostiene:
 ¡Viva mi jefe, carajo!

Perecito está impaciente
 y al doctor va con presteza
 a decirle que es urgente
 que lo vuelvan a hacer gente
 pues se muere de tristeza.

El doctor, fresco y lozano,
 mira a Pérez que de pie
 no parece un ser humano,
 y le dice muy ufano:
 Pues, señor... ¡le avisaré!

Se me oprime el corazón
 al verlos cual tristes van
 estos pobres sin razón,
 pero pienso a la sazón:
 «ni son todos los que están,
 ni están todos los que son».

Todos aplaudieron con gran entusiasmo y celebraron el ingenio del mozo.

–Es una lástima este muchacho, tan inteligente –decía el Dr. Romano–. Si no fuera por ese aguardiente, sería una notabilidad.

Se suponía que Ramoncito era víctima del alcoholismo, el que, según el Dr. Romano, acabaría por arruinar su salud, si no ponía de su parte. Ramoncito, en cambio, sostenía que si era inteligente y escribía buenos versos era «porque de vez en cuando se *largaba sus buenos tragos*». Una disputa que ni el diablo solucionaría.



XII. EL RAPTO

Rodolfo lo había contemplado todo, sin separarse más de diez metros de Charlotte. La miraba y remiraba sin poder contenerse, y sentía una emoción como jamás creyó sentir en la vida. En su mente ofuscada las ideas se agolpaban, y creía oír dentro de la cabeza el ruido de una potente locomotora. Un anhelo febril de ser como los demás hombres, de gozar, de vivir y sentir, le atropellaba la mente una vez más, y le hacía dar brincos involuntarios. A la tensión nerviosa producida por el descubrimiento del tesoro, se unía ahora la excitación producida por el descubrimiento de Charlotte que él juzgaba ser la verdad, la virtud y la belleza supremas. Con esa precipitada reacción de los anormales, para él, ya Charlotte era una diosa, y sentía la absurda impresión de que no podría ser feliz sin contemplar su luminosa figura para siempre.

Se alejó con gran esfuerzo de los grupos de visitantes y se fue a sentar en su solitaria piedra al pie del frondoso mango. Tenía la barba crecida, pues había descuidado hacerse afeitado en los últimos días.

A poco rato sintió un leve ruido, el que se produce cuando alguien pisa las hojas secas de los árboles. Levantó la cabeza y distinguió a corta distancia a Charlotte, quien vagaba distraídamente en la espesura contemplando los frondosos árboles y admirando las multicolores mariposas que a su lado revoloteaban. Se había quitado el sombrero y su sedoso pelo rubio era azotado graciosamente por la brisa.

Rodolfo sintió un extraño ímpetu, algo que su confusa mente le decía que debía ser la verdadera locura. Un temblor nervioso le agitaba las manos, sentía que su sangre impetuosa y ardiente,

corría en sus venas con la vertiginosidad de un torrente. Quiso huir de allí, pero una fuerza sobrenatural lo mantuvo extático frente a la feliz visión que otra vez el destino se había permitido ponerle frente a frente. Charlotte, ni siquiera lo veía: era una sonriente ninfa del bosque, atenta solo a sus rumores, y caminaba plácidamente como si no pisara el suelo con sus sandalias de playa. Rodolfo dio un salto. Sus nervios no podían contenerse más. Como el torrente ciego corre hacia el abismo, él, ciego y loco, iba a correr violentamente hacia su destino, con decisión y brutalidad. ¡Raptaría a Charlotte, la llevaría a la gruta y la haría su reina! ¿Quién podría oponerse a esa misteriosa decisión del destino que le había puesto a su divinidad en medio del camino, decisión que él ratificaría y rubricaría con la violencia propia del loco? Nadie.

Se acercó a Charlotte. De puntillas fue detrás de ella sin ruido, con la habilidad propia de quien está acostumbrado a atisbar en la selva. Cuando estaba a cinco pasos echó a correr, llegó junto a ella, como un Tarzán furioso, la asió violentamente, la cargó con ambos brazos, y se dirigió rápidamente hacia la gruta.

Charlotte, transida de espanto, daba gritos de dolor, mientras su cuerpo, débil florecilla, se retorció vanamente entre los fuertes brazos de su raptor.

A poco llegaban a la gruta. A nadie encontraron en el camino, pues los días de visita pocos se internaban en la selva. Rodolfo trataría de zafar la piedra de la entrada, mientras sostenía a Charlotte. Pero no fue necesario: la joven, desmayada, pudo ser depositada amorosamente en la fina arena de la playa. Rodolfo, poco después, descubría la entrada y entraba con su preciosa carga a depositarla junto a su otro tesoro. Luego se ocupó de tapar la entrada de la gruta con tantos peñascos que ningún ser humano hubiera podido removerlos desde dentro.

Es de notarse cómo los locos logran a veces sus propósitos con más facilidad que las personas juiciosas. Ellos obran casi instintivamente, quieren un fin y van derecho a él sin reflexiones, sin complicaciones, como quien coge una fruta madura de un árbol silvestre. No piensan en las consecuencias, ni se preocupan de los detalles de ejecución. Obran como la fuerza bruta de la

naturaleza, como la fuerte lluvia que destroza la cosecha, o como el rayo iracundo que mata el ganado.

Y allí, en la gruta, tenía Rodolfo, bien logrados, por obra de su impulsividad irreflexiva sus dos tesoros: el áureo metal que le daría el poder entre los hombres, y el áureo destello de la blonda rubiecita del Norte, que le daría la vida. Feliz, como un dios omnisciente, contemplaba su obra.

No tendría ya sino muy poco que hacer. Había logrado sus objetivos principales, y lo demás serían pequeñeces. Pero, por obcecado que fuese, un razonamiento normal llegó a su mente por ráfagas: había que hacer algo para despistar, para lograr que su conquista no se desvaneciera como leve nube de humo. Recordó las películas que había visto cuando todavía «era gente». Y una idea singular y feliz acudió a su cerebro: simularía un suicidio, el imposible suicidio de Charlotte, la riente y feliz florecilla con sangre de Maryland. Rápidamente tomó el sombrero y la maleta de mano de la joven y se dirigió a la playa. Tendría que tener mucho cuidado de no ser visto en su precipitada carrera. Corrió hábilmente entre la espesura, sorteó malezas, brincó pequeños promontorios como una cabra salvaje, y dio tropezones que le hirieron los pies al través de las rústicas alpargatas. Llegó así a una parte de la costa sur de la islita, en que el mar era particularmente agitado y tempestuoso. Respiró a plenos pulmones la brisa marina, húmeda y salobre. Depositó cuidadosamente las prendas en un lugar visible y las pisó con una piedra. Dando grandes saltos, se dirigió, entonces, a los grupos formados por visitantes y reclusos.



XIII. LA INÚTIL BÚSQUEDA

Por el momento nadie se dio cuenta de la desaparición de la joven. Pero al mediodía, Mrs. Greenwood, que se había separado momentáneamente de su esposo, inquirió por su hija. El marido, a su vez, creía que se encontraba con su esposa. Al poco tiempo se dieron cuenta ambos de que algo raro había sucedido, pues no era costumbre en Charlotte separarse de ellos por tan largo tiempo.

Comunicado al Director lo sucedido, este se acercó solícitamente a los intranquilos esposos, asegurándoles que su hija estaría seguramente en la cercana playa, o visitando la frondosa arboleda de la parte norte del establecimiento. El Director organizó la búsqueda, encomendando varios grupos a la dirección de los llaveros Burrolote y Rey, y de los reclusos Senén, Andrés y Ubén. De norte a sur y de este a oeste fue recorrida la pequeña isla en una inútil búsqueda que duró varias horas. Al mediodía el grupo de Senén regresó trayendo las prendas encontradas junto al mar embravecido.

Faltan palabras para describir la tribulación de los padres de Charlotte, la terrible ansiedad de los doctores y del personal, y el profundo miedo que se apoderó hasta de los propios locos. Todos corrían de un lado a otro comentando lo sucedido, y los doctores con la mortificación pintada en el semblante, llevaron a los Greenwood a la oficina. La teoría del suicidio no parecía prender en el ánimo de nadie, a pesar del hallazgo de las prendas. Una joven feliz y sonriente como Charlotte, ¿por qué y para qué iba a suicidarse?

—¡Este es un atentado criminal! —rugía Mr. Greenwood.

–¡Mi hija! ¡Mi hija! –gemía Mrs. Greenwood.

–¡Calma, señores, por Dios! –ensayaba a decir el Dr. Romano con voz emocionada.

Se decidió hacer una nueva búsqueda más intensa sin dejar un solo rincón de la isla sin registrar y hacer un sondeo en la parte del océano en que habían sido encontradas las prendas.

La nueva búsqueda se realizó inmediatamente y en ella prácticamente tomaron parte los propios directores, todo el personal y los locos en condiciones de actuar. Cada pequeño bosquecillo, selva, cada pedazo de la costa, cada montículo, fue registrado sin resultado alguno. El sondeo fue practicado por miembros de la tripulación del vaporcito «María», en cuatro botes pertenecientes a este, sin éxito alguno.

Desde que se notó la desaparición de la joven, el vapor se dirigió a La Hispaniola en busca de las autoridades y todos esperaban ansiosamente su llegada.

Rodolfo, con una hipocresía que a él mismo le asustaba, participó en la búsqueda. Temblaba al pensar que la gruta pudiera ser descubierta, pero estaba tan bien disimulada que podían pasar por encima de ella y cruzar por su frente, sin notarla.

–Si la joven grita –pensaba– su débil voz llegaría muy dificultosamente a la parte afuera y se perdería entre el murmullo del viento y el susurro del mar.

Mrs. Greenwood lloraba desconsoladamente abrazada a las prendas de su hija. El practicante Valdés quiso ponerle una inyección de alcanfor que ella rechazó con débil entereza.

Al fin llegaron las autoridades, quienes con la sequedad oficial de quienes están acostumbrados a lidiar con toda clase de adversidades, levantaron un acta de lo sucedido. En ella se hizo constar, entre otras cosas, la declaración del Dr. Romano de que, a su juicio, ninguno de los dementes que estaban en libertad era capaz de cometer un hecho criminal. Mrs. Greenwood declaró que no creía, ni nunca creería en el suicidio de su hija. Entre las autoridades todo se volvieron conjeturas, pero había, según ellos, un hecho cierto que no daba lugar a dudas: el hallazgo de las prendas que indicaba un suicidio, y ningún indicio, por ligero que fuera, que hiciera sospechar la comisión de un crimen. Habían sido

interrogados los locos que estaban en libertad, y todas las personas que habían visto a Charlotte. El interrogatorio no dio ninguna luz y el expediente, por el momento, quedó cerrado.

Mr. Greenwood manifestó al Director que haría enseguida todas las diligencias necesarias para obtener el vaporcito al otro día, y regresar a la isla, a fin de que se siguieran las investigaciones. El Director, a su vez, prometió que ellos no descansarían hasta dar con la clave de lo sucedido.

Palabras humanas son impotentes para describir el dolor, la desolación, la inmensa pena que agobiaban las almas de los pobres padres, cuando como espectros regresaban a embarcar en el vaporcito en que tan alegremente habían venido en la mañana. Habían salido confiados y felices con la hija que era el encanto de su vida, y se iban con la muerte en el alma, envidiando aun a los familiares misérrimos de los pobres dementes a quienes antes compadecían.



XIV. EL HUNDIMIENTO

Er an más o menos las seis de la tarde, y aún lucía el sol en el firmamento. Las tardes en verano son largas en la islita mágica, y el personal y la mayor parte de los reclusos libres, se habían aglomerado en el pequeño puerto de la islita para ver partir el vaporcito «María» hacia La Hispaniola. La consternación y la ansiedad estaban pintados en los rostros de los doctores, especialmente en el del Dr. Romano, quien, en toda su vida, no había pasado por un trance más amargo. Este se proponía organizar inmediatamente una nueva búsqueda que duraría, si fuere necesario, toda la noche. Gollita, quien siempre había manifestado que «adoraba a los blancos *yankees*», derramaba lágrimas y hacía gestos furibundos, maldiciendo al que pudiera ser el autor de la desgracia.

El vaporcito se había alejado bastante de la costa, y a poco, su silueta gallarda se iba haciendo menos nítida en el brillante paisaje formado por las cerúleas aguas del Caribe y el cielo límpido y luminoso del ardiente trópico. Celeste, sentada en un peñasco, miraba a Rodolfo amorosamente, pero sin atreverse a hablarle. Este, con los ojos febriles, trataba de disimular su honda ansiedad y la terrible excitación de su espíritu. Rafaelito reía a cada momento, y recogía caracolillos y menudas piedras en la costa que guardaba cuidadosamente entre sus ropas.

De repente sucedió algo sorprendente. Sonó sordamente un fuerte estampido en el océano que parecía provenir de los lugares por donde se alejaba el «María». Todos dirigieron la vista a este, pero el vaporcito continuaba gallardamente surcando las azules aguas.

–¡Mire Ud.! –exclamó de repente el Dr. Herrera, dirigiéndose al Dr. Romano y señalando a la parte este del vaporcito.

En la claridad del paisaje antillano parecía distinguirse un bulto oscuro, un poco alejado del costado del buque. A los pocos momentos sonó otro estampido, y una nubecilla se veía salir del cuerpo de la mancha oscura observada por el Dr. Herrera.

–¡Es un submarino! –gritó el Dr. Romano palideciendo–. ¡Un submarino que está cañoneando al vaporcito!

La hipótesis no era ilógica. Se estaba en el tercer año de la Segunda Guerra Mundial, y la República Dominicana, al igual que otras naciones americanas, había declarado la guerra a las potencias denominadas del Eje. Los submarinos alemanes rondaban hacía semanas por las aguas del Caribe, y pocos días antes habían sido hundidos los dos únicos vapores de la marina mercante dominicana: el «Presidente Trujillo» y el «San Rafael». No era dudoso que la sangrienta fobia de Hitler se quisiera cebar aun en los vaporcitos, que como el «María», no eran de carga, ni poseían el más pequeño armamento.

A los primeros estampidos sucedieron otros con regularidad cronométrica. Ya no era posible dudar que una terrible tragedia estaba aconteciendo a pocas millas de allí, pues el «María», al parecer, había detenido su marcha.

A poco se veían diminutos puntos negros en las cercanías del vapor.

–¡Están echando al agua los botes! –exclamó el Dr. Herrera, señalando el mar–. ¡Lo más probable es que esos salvajes no den tiempo a los pasajeros y tripulantes para que suban en ellos!

–¡Sistema alemán! –comentó con ironía el Dr. Romano– ¿No sabe Ud. que las vidas humanas para nada cuentan en la nueva filosofía nazi? El poder, la fuerza bruta, los ideales falsos, el inhumano sentido del colectivismo lo componen todo para esos bárbaros. ¡Qué horror, Dios mío, qué horror!

Y el Dr. Romano, alma adusta, sencilla y noble, levantaba los brazos al cielo como pidiendo misericordia.

Cuando hubieron sonado como diez cañonazos, el silencio reinó de nuevo. Se observaban alrededor del buque seis o siete puntitos negros, y todos pensaron que si eran los botes no podría haber en ellos el casi centenar de personas que probablemente se encontraban a bordo del buque.

El «María», mientras tanto, parecía hundirse con rapidez, y ya apenas se distinguía una parte de su cuerpo sobresaliendo en el ondulante lomo del mar. Los puntitos negros se alejaban cada vez más. No había duda que se dirigían a La Hispaniola.

–¡Desde aquí nada podemos hacer! –comentaba desolado el Dr. Romano.

–¡Mire Ud.! –exclamó el Dr. Herrera, al cabo de un rato– ¡El submarino se ha sumergido!

En efecto, la siniestra mancha negra había desaparecido...

–¡Qué Dios los ampare! –exclamó el Dr. Romano, refiriéndose a los náufragos.

Un rumor sordo corrió un cuarto de hora después entre la multitud congregada en el puerto. Todos habían visto cómo el «María» se acababa de hundir en las profundidades del océano. Los puntitos negros se iban alejando rápidamente, y a poco se perdían en el azul horizonte.

–¡Quizás algunos de los náufragos puedan nadar hasta aquí! –apuntaba el Dr. Herrera–. ¿No cree Ud., Dr. Romano, que deberíamos organizar un servicio de vigilancia en la costa durante la noche?

–Muy bien pensado. –contestó el Dr. Romano–. Aunque no creo que nadie tenga el vigor necesario para recorrer a nado la distancia entre el lugar del hundimiento y esta isla, con un mar tan picado... Además, el canal está infestado de tiburones, que pronto darían cuenta de los infelices que trataran de hacerlo... Pero organizaremos la vigilancia como Ud. dice...

Se resolvió entonces que algunos llaveros y ocho reclusos quedaran de servicio a todo lo largo de la costa sur, hasta la madrugada. Rodolfo estaba entre los escogidos.

–Ahora quedaremos incomunicados con La Hispaniola sabe Dios por cuánto tiempo –dijo el Dr. Romano al Dr. Herrera–. Es necesario por lo tanto, ir dando las disposiciones necesarias para poder subsistir aquí, por tiempo indefinido, y hasta some-ternos a un plan de racionamiento como hacen en los países en guerra activa... No sabemos cuánto puede durar esto.

–Así es –contestó compungido el Dr. Herrera– el último vapor dominicano ha sido hundido, y quedamos, nuevos Robinsones, aislados del mundo...

El Dr. Romano daba muestras de gran inquietud. En esa tarde cálida de junio había sentido las mayores emociones de su vida, ocasionadas por la desaparición de la joven norteamericana y por el hundimiento del «María».

–¡Dios mío, dame fuerzas para resistir todo esto! –exclamaba acongojado.

En los ojos de Diomares, la enfermera, las lágrimas pugnaban por salir. Gollita gritaba:

–¡Malditos! ¡Malditos! ¡Malditos!; –pero nadie entendía claramente a quién se refería.

Don Manuel, el viejo, comenzó a cantar con su acompañamiento de plato y cuchara, pero Echavarría, el llavero, le gritó con voz terrible:

–¡Oiga, viejo sinvergüenza! ¿Ud. tiene el valor de ponerse a cantar después de lo que ha visto?

–A mí no me ha pasado nada... Vivo yo, que se acabe el mundo... –replicó el viejo con descarado cinismo.

Hubo que amenazarlo con encerrarlo en una celda, si no se estaba quieto. Los demás reclusos, unos estaban excitados, otros ensimismados y muchos indiferentes a los dolorosos sucesos de la tarde.

–Si yo tuviera aquí algunos de mis aviones «sistema corneta», habría salvado a toda esa gente, –decía Andrés, refiriéndose a los naufragos.

–¡Yo creo que tú estás loco! –le replicaba Pereira.

Los doctores dispusieron, poco después, una nueva búsqueda de Charlotte. La noche iba cayendo rápidamente y era necesario hacer todo lo posible para dar con la solución del misterio que los había llenado de incertidumbre y pavor. Cuando todo se envolvió en sombras, el llavero Araujo se dirigió con veinte acompañantes, al interior de la isla, con varios hachones encendidos. Se había pensado, que no obstante el encuentro de las prendas de la joven en la costa, no podía descartarse la suposición de que algún demente la hubiera asaltado en el lugar donde estaban dichas prendas, y después la hubiera ocultado en el bosque. Las prendas pudieron haber quedado en el suelo, después de la supuesta lucha, entre la víctima y el agresor. A poco el resplandor de las teas hacía

despertar en el bosque las dormidas fuerzas de la naturaleza, y aquel presentaba un aspecto siniestro. Las lechuzas lanzaban sus agudos chillidos para hacer más lúgubre el cuadro.

Los doctores, los practicantes y las enfermeras se dirigieron poco después a la habitación del Dr. Herrera, donde este tenía instalado un receptor de radio. Todos habían decidido no reposar esa noche hasta que regresara el grupo que hacía la nueva búsqueda de Charlotte, y hasta recibir alguna noticia del hundimiento del «María». Todos se preocupaban de la suerte que hubiera podido correr el joven capitán del buque, los esposos Greenwood y algunos miembros de la tripulación y visitantes a quienes particularmente conocían.

–¡*Ofrézcome* a la Virgen de La Altagracia! –decía la enfermera Petra, mientras se dirigían a los edificios–. ¡A esos alemanes debían quemarlos a todos vivos!

Rodolfo, mientras tanto, vigilaba con Rafaelito, la parte de la costa que le había sido asignada. Las horas transcurrían y solo el monótono ruido del mar, y el susurro del viento azotando los almendros de la costa, llegaba hasta ellos. Los náufragos, si los había, indudablemente habían perecido todos.

–¡No los salva ni *Checheré*!⁴ –comentaba Rafaelito.

Rodolfo dejó un momento solo a este, advirtiéndole que vigilara la costa con cuidado, mientras él regresaba. Se dirigió a la gruta. ¿Cómo estaría la joven? Sentía ahora cierta inquietud al saber que pronto estaría frente a su ídolo. ¿Cómo lo recibiría? Rodolfo se repuso rápidamente de su momentáneo temor, con este razonamiento:

–El destino me tiene reservado algo grande... Todos los sucesos de que he sido protagonista y espectador en estos días así lo prueban... ¡Debo seguir mi camino sin vacilaciones!

El descubrimiento del tesoro, el rapto de Charlotte, y el espectáculo del hundimiento del «María», habían exacerbado su delirio de grandeza con fuertes sacudidas emocionales.

Llegó a la gruta. Quitó con cuidado los peñascos que ocultaban la entrada y se coló en el interior. Encendió una vela de cera de

⁴ Expresión dominicana muy corriente entre el vulgo.

las que tenía en la mesita, y sus ojos poco después contemplaban a Charlotte dormida en la arena, sudorosa, y con los cabellos en desorden.

–Seguramente sufre una gran postración nerviosa y muscular después de tratar vanamente de quitar los peñascos de la entrada y de dar gritos de auxilio –pensó Rodolfo.

Con cuidado acercó su rostro al de ella y notó que respiraba. Con sus rubios cabellos sueltos, su tez pálida, y sus bellas manos sobre el pecho, le parecía Charlotte una ninfa durmiente del bosque, en una gruta encantada.

–¡No temas, mi amor, que conmigo nada te pasará! –decía mentalmente Rodolfo.

Sobre la mesa puso varias frutas y golosinas, un jarro de agua, y dejó encendida la gran vela de cera, que suponía duraría por el resto de la noche. En su inconsciencia no se detuvo a pensar en lo que sufriría la pobre niña cuando despertara y se encontrara aún en aquel ambiente de ultratumba, sola y desamparada, y sin conocer los proyectos de su raptor.

Se dirigió entonces a la costa a juntarse nuevamente con Rafaelito. Los minutos y las horas pasaron lentamente y nada turbaba el silencio y la tranquilidad del mar bajo la noche estrellada.

Cuando Rodolfo supuso que serían, más o menos, las tres de la madrugada, se presentó el llavero Echavarría, quien ordenó a Rodolfo y a Rafaelito que se fueran a sus pabellones, pues nada parecía que podía hacerse por el momento. Echavarría era el más benévolo entre los llaveros y los sucesos de la tarde parecían haberlo hecho más comunicativo. Contó a Rodolfo y a Rafaelito, que los doctores habían captado por radio, hacía poco rato, la noticia del hundimiento del «María». Todo sucedió como se había supuesto en la isleta. Un submarino alemán, sin dar aviso, había cañoneado al vaporcito despiadadamente. Desde el primer momento cundió el temor principalmente entre los pasajeros. El Capitán logró imponerse un poco, matando de un pistoletazo a un miembro de la tripulación e hiriendo a otro. Los botes iban siendo bajados en medio de la mayor confusión, dándose preferencia a las mujeres, los ancianos, y los pocos niños que habían a bordo. Cuando se estaba en las operaciones de salvamento, el

buque se hundió casi de repente, con veinte o treinta personas, que aún estaban en el buque, entre ellos el Capitán. Un marino, a quien se le había invitado a que bajara a uno de los botes, había ido precipitadamente a su camarote, a buscar un dinero que guardaba para su próxima boda. En esto ocurrió el hundimiento y pereció. Los tripulantes del submarino no hicieron nada para socorrer a los naufragos, y muchos distinguieron en su cubierta oficiales nazis que reían cínicamente al ver la confusión que había a bordo y los esfuerzos que hacían muchos por salvarse. La radio anunció que se daban por perdidas las personas que no llegaron a tomar los botes, pues el mar estaba muy picado en el lugar del hundimiento y los tiburones pululaban por los alrededores. Los supervivientes llegaron a la costa de La Hispaniola entre las doce de la noche y las dos de la mañana. Se leyó una lista de ellos, entre los cuales figuraban Mr. y Mrs. Greenwood, si bien se agregaba que ambos habían resultado heridos aunque no de gravedad. En las ciudades de la República Dominicana reinaba la consternación por tan espantoso suceso. Finalmente, la radio transmitía instrucciones de las autoridades a la Dirección del Manicomio Modelo para que se vigilaran las costas de la isleta, por si algún naufrago aparecía allí. Se agregaba que la Dirección del Manicomio debía tratar de sostener el establecimiento, por tiempo indefinido, con las provisiones que tuvieran y con lo que pudiera obtenerse en la isla, pues se había hecho la prohibición estricta de atravesar el canal en botes de motor o lanchas, por el peligro que entrañaban los submarinos, de los cuales se suponía que había más de uno por los alrededores. También informó el llavero a Rodolfo, que la búsqueda de la joven por Araujo había resultado infructuosa.

Rodolfo escuchó el relato con calma. Su excitación había cedido mucho con el sesgo que estaban tomando los acontecimientos. No le podía alegrar el hundimiento del «María», pues sus sentimientos eran nobles y elevados. Pero convenía en que el suceso que el destino había dispuesto para aquella tarde se avenía a sus planes admirablemente. La isleta estaba ahora separada del mundo, y nada le impediría en breve, ser dueño y señor de ella.

Feliz y poderoso se dirigió a su pabellón en compañía de Rafaelito.



XV. CHARLOTTE

Charlotte, a quien hemos dejado en la gruta después del rapto, había pasado, en aquellas últimas veinte horas, los momentos más angustiosos de su vida. Cuando se sintió tomada en brazos por lo que ella suponía era un monstruo infernal, su espanto no tuvo límites. Hizo grandes esfuerzos por zafarse de las garras de su opresor, pero todo fue en vano. Sus músculos flojos no podían oponer gran resistencia y sus débiles alaridos no eran ni un eco de los que podía lanzar el más incauto cervatillo cuando se siente oprimido por la fierra garra del león. Cuando Rodolfo llegó con ella a la entrada de la gruta, estaba desmayada. Horas más tarde, cuando despertó, le parecía que salía de una pesadilla horrorosa; pero al notar el suave lecho de arenas en que estaba acostada, la oscuridad tenebrosa del lugar, sus vestidos estrujados y su cuerpo sudoroso, comprendió la terrible realidad en la que en el primer momento no había podido creer. ¡Había sido raptada por uno de aquellos locos con quienes momentos antes estuvo conversando y a quienes había obsequiado con monedas y golosinas! Se quedó inmóvil durante largo rato en la movediza arena, no pudiendo dominar el terror que la embargaba. Poco después, haciendo un supremo esfuerzo, quiso levantarse, pero sus músculos apenas obedecieron: la debilidad y el dolor eran los dueños de su frágil cuerpo. No había comido nada desde esa mañana, y el terror y la excitación habían contribuido también a agotarla. Al cabo de una hora, sacando fuerzas no sabía de dónde, logró ponerse en pie y se puso temblorosamente a palpar las paredes del lugar, tratando de encontrar una salida. En la lóbrega oscuridad apenas pudo comprender que se hallaba en una gruta. Después de inútiles

esfuerzos tropezó con un peñasco y cayó al suelo. Allí fue presa de un temblor nervioso y después no sintió más nada. Cuando volvió a despertar era indudablemente de día: una débil claridad se colaba por algunos intersticios del techo y alumbraba tenuemente la gruta. La huida de las sombras siempre produce algún alivio y Charlotte se pudo reponer lo poco que le permitían las circunstancias. Miró la gruta por todas partes y distinguió la mesita, los garrotes y los demás efectos. Se sentó en una de las sillas y examinó los objetos que allí había. El examen de ellos le hizo pensar que su raptor no era un loco vulgar, y que quizás podría entrar en razones. Pero, ¿y si era un loco furioso? Esta sola idea la hacía temblar. Mas, de repente, tomó una resolución heroica. Resistiría, vendería cara su vida y su honor cuando el caso lo exigiera. Con un supremo esfuerzo, amontonó junto a la pared del fondo, la mesa, las sillas, las estacas y los demás efectos, a fin de que su raptor, cuando llegara, si era que llegaba, no pudiera hacer uso de ellos. Tomó uno de los garrotes y se puso en pie, dando la espalda a los objetos. Allí esperaría, con ánimo lo más esforzado posible, la llegada del miserable que había cometido el hecho criminal de separarla de sus padres y de aprisionarla en aquella lóbrega cueva.

Los minutos pasaron con lentitud desesperante. De repente sintió ruido hacia la parte opuesta al lugar en que permanecía; en ese sitio estaba seguramente la entrada de la gruta y alguien procuraba despejar el camino. Un hueco se abrió de pronto y la figura de un hombre joven y fuerte, se presentó a su vista. Estaba pálido, sus gestos eran rápidos, y en sus ojos había destellos de resolución y osadía. Se plantó frente a ella y la contempló un momento.

–¡Miserable! –vociferó Charlotte, sin poder contenerse. ¿Qué es lo que Ud. piensa hacer conmigo?

–Tenga calma, señorita –le contestó Rodolfo, suavizando la mirada–. Ud. no sufrirá ningún daño de quien la considera el ser más bello y perfecto del mundo. Quiero pedirle perdón por las incomodidades que haya podido pasar...

–No me interesan sus opiniones, ni sus excusas, –exclamó Charlotte, interrumpiéndole rabiosamente–. ¡Ud. es un criminal

y si no quiere ser castigado horriblemente, debe sacarme de aquí inmediatamente!

–Señorita, –le repuso Rodolfo todo confuso–; yo le prometo devolverla sana y salva a sus padres dentro de muy poco tiempo. Pero es necesario que Ud. se decida, mientras tanto, a ayudarme en mis ideas y planes. Mi vida ha renacido viéndola a Ud. y tengo una certeza absoluta de que estoy destinado a hacer grandes cosas en el mundo. Ud. será mi inspiradora..., mi guía...

–¡Sáqueme de aquí, miserable, sáqueme de aquí! –gimió nerviosamente la prisionera.

Y no pudiendo resistir más, principió a llorar histéricamente, dando gritos y dirigiéndose a la salida de la gruta.

Rodolfo le cerró el paso. Con delicadeza, aunque enérgicamente, la agarró por los brazos y la sentó en una de las sillas. Charlotte, medio desvanecida y con terribles convulsiones en el cuerpo, recostó su cabeza en la mesa y siguió llorando desconsoladamente.

–Señorita..., –ensayó a decir Rodolfo todo compungido–; óigame...

Ahora casi se arrepentía de lo que había hecho. Al ver a la joven tan aterrada, con sus cabellos en desorden, y su frágil cuerpo convulsionado por espasmos nerviosos, parecía comprender toda la magnitud de su hazaña. A su pesar, sintió una compasión infinita hacia ella y hacia él mismo; y cubriéndose la cara con las manos se echó a llorar.

Charlotte, se rehízo un poco, y se quedó mirándole fijamente. No obstante su terrible miedo, no pudo menos que admirar las correctas y viriles facciones del joven demente, y sus ojos apenas ofuscados por el soplo de la locura. Viendo como lloraba, pensó que quizás podía sacar mejor partido de él por las buenas. Tomó así una resolución: aparentaría ceder a los deseos de su raptor; procuraría que no le hiciera ningún daño, empleando los ardises que muy bien conocen las mujeres de toda la tierra y de todos los tiempos, y trataría después, con energía y sentido común, de salir de aquella horrible situación. Su faz cambió de repente.

–Dígame algo de su vida, su nombre y sus ideas... susurró acercándose, medrosamente a Rodolfo.

–Mi nombre es Rodolfo. ¿Puedo saber el suyo?

–Charlotte. Pero no interesa lo mío, sino lo suyo. Hábleme, cuénteme...

Rodolfo no cabía en sí de gozo al ver la actitud de su adorada. Según antes había llorado, ahora reía de satisfacción.

–De mi vida anterior a mi encierro aquí, recuerdo muy poco –contestó eludiendo la cuestión–. De mi vida presente Ud. misma puede verla: estoy aquí prisionero, sin saber por qué... Tengo grandes planes para obtener mi liberación y la de mis compañeros.

–¿Piensa Ud. encabezar una rebelión con el objeto de fugarse?

–No, precisamente. De aquí es imposible fugarse sin embarcaciones, y sin tener medios apropiados. Mi idea es establecer en esta isla un gobierno modelo, encabezado por mí, tal como debería existir en el mundo. Yo soy un grande hombre..., lo siento en la sangre...; he nacido para mandar... Cuando yo gobierne esta isla Ud. será mi reina y la reina de todos...

Charlotte comprendió que su raptor comenzaba a desvariar. Sufría delirios de grandeza, indudablemente, y lo mejor sería encaminarlo por otra senda. Interrumpiéndole exclamó:

–¿Y no me va Ud. a llevar a tomar el aire afuera?

–Le prometo llevarla luego. Ahora voy a buscarle algo de comer.

Y sin decir una palabra más, se deslizó fuera de la cueva, tapó cuidadosamente la entrada, y fue en busca de Rafaelito, dejándola confusa.

Aún no le había contado su hazaña a su ayudante, esperando un momento oportuno. Lo encontró junto a un árbol haciendo sus signos en la arena. Al divisar a su jefe el anciano lanzó una de sus alegres carcajadas.

–¡Ju, Jefe; tengo algo para Ud.!, –dijo entusiasmado.

Hizo señas para que lo esperara un momento y subió rápidamente a un cercano mango, con toda la agilidad de un mono, a pesar de su edad. Bajó al poco rato con una caja de mediano tamaño que había escondido en la copa del árbol. Se lo entregó, ufano, a Rodolfo, diciéndole:

–Es para Ud.

La caja estaba llena de bombones, pastas de dulce, pan, queso, jamón, mantequilla y otras golosinas.

–Mucho lo necesito, –murmuró Rodolfo. Pero de inmediato comenzó a reír y dar palmadas en el hombro a Rafaelito al caer en cuenta de que la caja que le regalaba aquél era la misma de Willy. El contenido sería para una de las personas que había hecho el obsequio y así el robo estaba excusado.

–Rafaelito –dijo al fin Rodolfo–. Es necesario que reúnas a toda nuestra gente hoy, en el mango, inmediatamente después de la comida.

–¡Okey, Jefe! –respondió el aludido.

Se despidió Rodolfo y se dirigió a la gruta nuevamente. Una vez en ella dio las provisiones a su adorada y trató de tranquilizarla con estas palabras:

–Y le prometo que esta tarde estará Ud. al aire libre...

–¡Óigame...! –gritó Charlotte al ver que se escapaba de nuevo.

Pero Rodolfo, huyendo, había salido de la gruta, y la cerraba meticulosamente con grandes peñascos.

Charlotte se decidió una vez más a tener calma y a actuar con prudencia y buen sentido. Pertenece a esa raza que todo lo ha resuelto con sentido común, perseverancia y valor. Lo esencial era que nada grave le había sucedido, y debía limitarse, por el momento, a tratar de que nada grave le sucediera. Su liberación vendría pronto si llevaba las cosas con inteligencia y habilidad. Por primera vez la joven sonrió en la profundidad de la gruta.



XVI. LA REVOLUCIÓN

Después de la comida del mediodía, los conjurados se iban reuniendo precipitadamente al pie del mango del que ya nos hemos ocupado. El lugar era bastante apartado y solitario, pero no obstante eso, Rodolfo puso a Pedrito de centinela en un lugar conveniente, indicándole que diera un fuerte silbido si alguien se acercaba. Los conspiradores llegaban en pequeños grupos y husmeaban con la vista por los alrededores para tener la seguridad de no ser seguidos.

Formaban un grupo pintoresco. Cuando llegó Gollita, Senén tomó la palabra:

–¿No cree Ud., don Rodolfo –dijo con acento enérgico– que no debemos meter en estas cosas a las mujeres? Mi opinión es que las mujeres, tarde o temprano, siempre ocasionan perjuicio. Yo creo...

Pero no pudo seguir. Gollita se le acercó rápidamente gritando con voz estentórea:

–¡Cállate, maldito!; ¿qué sabes tú lo que yo puedo hacer? A mí pueden considerarme como un hombre. Yo he peleado en varias revoluciones, y óyeme –señalando con el dedo a su antagonista– yo valgo por diez Senén, y todavía sobra algo. Yo estaré con todo lo que se haga contra ese Romano y contribuiré con todas mis fuerzas «a que tenga un mal fin». ¡Así es que no se meta conmigo!

–Calma, señores, –dijo Rodolfo subiéndose en un peñasco frente al mango. –Creo que podemos aceptar a Gollita entre nosotros... No veo la razón de no hacerlo. Así es que, ¡bienvenida, doña Gollita!

–¡Ud. sabe lo que hace! –refunfuñó Senén.

Rodolfo procedió a contar los conjurados. Estaban todos. Sumaban diecisiete, contando a Pedrito. Rodolfo se dirigió con ellos a un bosquecillo cercano donde había escondido las estacas de madera y el machete que tenía en la gruta, y entregó un garrote a cada uno de los conspiradores. Explicó brevemente de lo que se trataba: hacer prisioneros al personal del manicomio y establecer un nuevo gobierno, justo y beneficioso para la comunidad. Se habían comprometido los conjurados a obedecer, y aunque algunos no imaginaban la magnitud de la empresa, todos estuvieron conformes. Los conspiradores hacían los aspavientos más singulares de acuerdo con la locura de cada uno.

–Yo creo que lo mejor sería tratar de huirnos de aquí, –cuchicheó Senén a Pereira.

Rodolfo, que lo había oído, se dirigió a él:

–Óigame, Senén, ¿quién manda aquí, Ud. o yo? –le gritó con acento imperativo.

Rodolfo se había terciado el machete a la cintura y sus ojos echaban fuego.

–Perdone, Jefe –contestó humildemente Senén–. Era que yo pensaba que lo mejor sería tratar de salir de aquí.

–Oiga, Senén –le explicó Rodolfo, más calmado–. Yo tengo muy calculado todo lo que debemos hacer. La huida, por el momento, es imposible, pues no tenemos ningún medio para lograrla. Más tarde trataremos de hacerlo... Mientras tanto, necesito saber si Uds. están dispuestos a obedecerme, como le dije la vez anterior. Confíen en mí y verán que todo saldrá bien. ¿Qué dicen?

–¡Viva el jefe, Rodolfo!, –gritó Rafaelito.

–¡Viva! –gritaron los demás entusiasmados.

Enseguida se pusieron en marcha, esquivando hábilmente las callejuelas más frecuentadas, llegando sin novedad a estar en un pequeño bosque distante un cuarto de kilómetro de la oficina principal. Para suerte de los revolucionarios la hora que al azar habían escogido era la más propicia para sus planes. En ese momento estaban los doctores comenzando sus labores de la tarde, sentados en sus escritorios respectivos; los dos practicantes estaban recibiendo sus órdenes; las cuatro enfermeras leían plácidamente sus libros sentadas a la puerta de la oficina, esperando las

tres de la tarde, hora en que entraban activamente en servicio. En cuanto a los llaveros, estarían diseminados por diferentes sitios. Rodolfo iba calculando todo esto. Dispuso, por lo tanto, que lo más importante era capturar la oficina principal donde serían hechos prisioneros, los doctores, el mayordomo, los practicantes y las enfermeras. Contra los llaveros se procedería a medida que fueran siendo encontrados. Dio sus últimas instrucciones: Ubén y cuatro más se encargarían de las mujeres. Los restantes hombres atacarían al personal que estaba dentro de la oficina. A una orden suya todos se abalanzaron con los garrotes en alto, corriendo rápidamente hacia el edificio. Como cola de la avanzada iban Pata de Palo, Gollita y Pedrito.

Ubén y su grupo se encargaron prontamente de las enfermeras, agarrando uno a cada una. Estas lanzaron gritos desesperados, y trataron de resistir, pero fueron reducidas. Los restantes avanzaron desordenadamente como una avalancha, al interior de la oficina. Los doctores, los dos practicantes y el mayordomo, trataron de resistir tenazmente la feroz embestida de los locos.

–¡Deténganse, bandidos! –gritaba el Dr. Romano.

–¡No se me acerquen, locos del diablo! –vociferaba el Dr. Herrera.

–¡Virgen Santísima!, ¿qué es esto? –atinó a decir el mayordomo.

Los tinteros, libros y papeles rodaban por el suelo y caían rotos los cristales de ventanas y armarios. El Dr. Herrera se defendió lanzando una silla y después pudo huir al gabinete contiguo, pero allí, tras recia lucha, cayó en manos de Senén y el Tuerto Temisto. El Dr. Romano logró en un momento favorable escapar por una puerta trasera hacia el bosque cercano; pero fue capturado por Basilio, Andrés y Carrasco.

En lo más recio del ataque aparecieron a toda carrera los llaveros, Araujo y Echavarría, e intervinieron activamente en la lucha, logrando golpear a Finfo y a Loló, pero la superioridad numérica de los conjurados los abatió. Ambos estaban sumamente excitados y nerviosos.

–¡Ya yo lo había dicho! –exclamó Araujo ya vencido– que el día menos pensado se iba aquí a armar la de San Quintín... ¿Quién ha visto guardianes sin armas? Si hubiéramos tenido cada uno un revólver no hubiera pasado esto...

–¡Cállese cochino!, –le vociferó Ubén, levantando la macana.

Cuando estaba al terminarse la primera parte de la lucha, apareció Rey, que gozaba, como sabemos, del privilegio de ser llavero del pabellón femenino, a pesar de su condición de recluso. Más atrás venían Diloné, Benito y Fefén, reclusos guardianes de los pabellones de reposo. Al principio quisieron resistir, pero cuando se enteraron del carácter de la insubordinación se adhirieron a ella.

Don Manuel gozaba espléndidamente con todo lo que estaba sucediendo. Con su plato y su cuchara acompañaba en voz alta la canción:

–«En qué parará la cosa, caballeros, en qué parará...»

Ramoncito el mecanógrafo, había sacado, no se sabía de dónde, una media botella de aguardiente y brindaba en voz alta, diciendo:

–¡Por la salud y vida de la gran Revolución!

Sin embargo, la mayoría de los dementes en libertad no se habían percatado del movimiento: tal fue la rapidez con que fue efectuado. Restablecida medianamente la calma, Rodolfo tomó unas sogas que encontró en el depósito de provisiones y la partió en pedazos para amarrar a los prisioneros. Mientras tanto dio orden a Ubén, Senén, Andrés, Pereira, y otros cuantos más, para que buscaran por todo el establecimiento a los guardianes que todavía estaban en libertad: Don Pedro y Burrolote. En seguida procedió a maniatar a los presos sin atender a los reclamos angustiosos de estos que, pálidos y aterrorizados, preguntaban qué se proponían hacer con ellos.

–¡Esto les va a salir muy caro a todos Uds.! –decía con voz enérgica el Dr. Romano.

–¡A Uds. es a quienes les van a salir caros todos sus abusos y estupideces! –le replicaba Rodolfo.

En la cara de los vencidos se veían magullones, y el Dr. Herrera tenía la camisa completamente desgarrada. El practicante González tenía un ojo casi cerrado, mientras Paula, la enfermera, gritaba que le habían roto una clavícula.

Mientras tanto Ubén, Andrés y Pereira, procedían a buscar a los llaveros Burrolote y don Pedro. Alguien aseguró que don Pedro estaba cómodamente durmiendo la siesta en su habitación. Allí fueron y después de dar algunos golpes en la puerta, se

convencieron de que el viejo llavero, no se había dado cuenta de lo acontecido. Desde el interior preguntó con su voz agria:

–¿Qué diablos pasa? ¿Por qué me molestan? ¿Es que ya uno no va a poder ni reposar la comida?

–Es de parte del Dr. Romano que quiere verlo, –dijo con fingida voz Senén.

A poco se abrió la puerta, y los ojos del llavero fulguraron como dos ascuas al ver el talante y actitud de los que lo procuraban. Pero el grupo le brincó arriba como salta un león sobre su presa, y en un santiamén fue sujetado y amarrado.

–¡Esto sabía yo que iba a pasar!, –exclamaba don Pedro cuando lo llevaban maniatado a la oficina– ¡Con tantos locos sueltos!

El que no aparecía por ninguna parte era el feroz Burrolote. Ramoncito informó poco después que lo había visto en la barbería. La barbería estaba un poco retirada de las edificaciones principales y esto explicaba que el temido guardián hubiera permanecido inactivo. Allá se dirigió el grupo de Ubén. Al entrar en la barbería reinó el mayor desconcierto: tres reclusos que esperaban turno, saltaron a escape por una de las ventanas. Uno de ellos exclamó a modo de alarma:

–¡A Ubén le ha atacado la furia!

El barbero Puchito, un chiquitín de roja nariz, se acurrucó tras el sillón, mientras Burrolote, dándose cuenta de una ojeada de la situación, empuñó una navaja y la blandió como una espada. Los atacantes retrocedieron momentáneamente, pero pronto se abalanzaron nuevamente sobre Burrolote, quien, a la defensiva, infirió una seria herida en el cuello a Basilio. Con tres garrotazos cayó privado de sentido. Al poco rato Ubén se dio el gusto de trasladarlo a la oficina en las andas en que él había sido llevado tantas veces cuando fue inyectado con trementina.

–¡Ahora van a saber para qué los parió su madre!, –decía entre regocijado y serio– ¡A todo el mundo le llega su hora!

Rodolfo, al saber lo acontecido en la barbería, dio órdenes de libertar mientras tanto al practicante Valdés, para que curara la herida de Basilio. Entonces dispuso que todos los prisioneros fueran trasladados al pabellón de las celdas, y a poco rato fueron llevados estos a empujones. Los reclusos miraban con curiosidad y

regocijo la escena. Gollita, hubo de ser apartada del Dr. Romano, a quien tiraba desconsideradamente de la nariz, mientras le decía:

–¡Inyecta ahora, vagabundo, inyecta ahora con tu líquido del infierno, maldito, maldito, maldito!

A todo esto, el grupo de los haitianos curioseaba en un bosquecillo cercano, sin tomar parte en los acontecimientos. Solo Polá, la haitianita, se había acercado a la oficina y mirando con ojos ardientes a Rodolfo, le había dicho en español con típico acento haitiano:

–¡Tú eres un *Papabocó* blanco!...

Como última providencia del día, Rodolfo dispuso que todo continuara igual en el sanatorio, con la única diferencia de que Ubén, Benito, Pata de Palo y Temisto el Tuerto, sustituirían en sus funciones a los llaveros presos.

El movimiento subversivo tan anhelado por Rodolfo se había realizado al fin, y con mayor facilidad de lo que él había supuesto. Cogidos los directores y el personal por sorpresa habían caídos como ratones en una trampa. Despreocupados, ninguno pudo imaginar que cerebros de dementes pudieran concebir otra cosa que no fuera comer y dormir. Ahora todos estaban llenos de terror en sus solitarias celdas que ellos con tanta facilidad prodigaban a los locos. Ahora sabrían lo que era pasar la noche, completamente desnudos, en un cuartucho húmedo y mal oliente, con el agua y los mosquitos entrando continuamente por la ventanilla sin defensa. Lo que era hacer las necesidades más perentorias en un rincón, sin agua y sin el más pequeño objeto de aseo. Lo que era dormir sobre cuatro listones de madera mal cepilladas y mugrientas.

–¡Ojo por ojo y diente por diente! –se decía Rodolfo con satánico regocijo– ¡Ahora las pagarán todas juntas!

Al poco rato se trasladó en compañía de Rafaelito a la gruta.

–Ahora tendrás la gran sorpresa de tu vida, Rafaelito, –decía Rodolfo–. Vas a ver la musa de mis sueños en su gruta encantada.

Rafaelito miró de reojo a Rodolfo.

–¿Se estará volviendo loco? –pensó.

–Óyeme, Rodolfo, –dijo en voz alta– yo no estoy bien convencido de que no estamos locos y cuando me hablas así, no sé si eres tú el que está loco, o yo. ¡*Ju!*

–Verás –agregó Rodolfo, sin hacerle caso–, al ideal de los ideales, al ensueño de los ensueños, a la virgen de las vírgenes. Por ella daría mi vida y a ella dedicaré toda mi vida.

–¡Rodolfo, no te vayas a volver loco ahora que eres jefe, porque no sé cómo nos haríamos sin ti. No desvaríes y conserva como yo la ecuanimidad y la serenidad! –le contestaba Rafaelito con cómica faz.

Llegaron a la gruta. Rodolfo descubrió la entrada, ante la mirada atónita de Rafaelito. Le invitó a entrar. Este se negó obstinadamente:

–¿Qué clase de brujerías tienes ahí dentro? –decía entre curioso y desconfiado.

–¡Entra, cobarde! –le gritó Rodolfo–, y tomándolo fuertemente por los hombros lo hizo entrar en la gruta. Los dientes le castañeban al anciano, y cuando Rodolfo encendió una cerilla todo su cuerpo comenzó a temblar.

–¿Por fin me va a sacar Ud. de aquí? –preguntó Charlotte, quien ya comenzaba a impacientarse de nuevo, desde el fondo de la gruta.

Rafaelito pegó un salto, cuando vio, la esbelta figura de la norteamericana. Creyó que se trataba de un ángel caído del cielo, y comenzó a tartamudear palabras incoherentes.

–¿Sería que estaba loco de veras, y era víctima de alucinaciones? Se retiró acobardado al otro lado de la caverna, y se limitó a mirar la escena con ojos desorbitados.

–¡Óigame, señor Rodolfo! –dijo entonces Charlotte con acento enérgico–, es necesario que Ud. me saque de aquí inmediatamente. ¿No ve que voy a ahogarme en esta cueva?

Trataba así de influir en el ánimo de su raptor, y de despertar sus sentimientos elevados si era que los tenía.

Rodolfo la miró fijamente con sus ojos febriles y en un momento pareció que iba a enfurecerse.

–¿No es verdad que no me hará Ud. ningún daño? –susurró Charlotte con acento entre suplicante y mimoso.

Ante la súplica, Rodolfo se enterneció visiblemente. La miró como se mira a una diosa, en el momento antes de uno prosternarse ante ella.

–No solamente no le haré ningún daño, señorita, sino que la protegeré contra todo y contra todos... Aquí puede Ud. sentirse tan segura como en su propia casa.

Charlotte pensó que la única protección que necesitaba por el momento era contra él mismo; pero al ver su actitud decidió explotarla, hasta encontrar una solución satisfactoria en la situación en que se encontraba.

Rodolfo hizo salir a Rafaelito de la gruta, y tras él a Charlotte. Sin decir una palabra los hizo caminar hasta el edificio principal, y una vez allí subió hasta el tercer piso. Abrió una de las habitaciones e hizo entrar en ella Charlotte. Se limitó a decirle con breves palabras:

–Señorita, procure descansar; esta es su habitación.

Y cerró con llave la puerta de la entrada.

En la parte de afuera estaban algunos de los compañeros de Rodolfo, nerviosos y excitados. La visión de Charlotte les había revuelto nervios y cerebros. Comprendieron todo. Rodolfo había ocultado a la joven, desde el día de visita. ¿Pero, dónde la había ocultado? Era un misterio para ellos.

–¡Bonita sí es la americana! –comentó Senén.



XVII. PRIMERAS DISPOSICIONES DEL NUEVO GOBIERNO

Al otro día, a las seis de la mañana, Rodolfo y Rafaelito se dirigieron a la oficina. En seguida se les unieron Senén, Andrés, Pereira, Pedrito y los diez más del grupo revolucionario. Al parecer aceptaban incondicionalmente a Rodolfo como jefe, pues todos se colocaron respetuosamente detrás de él. Una vez en la oficina, Rodolfo, poseído de su papel de dictador, se puso a dar órdenes febrilmente a fin de que todo siguiera marchando en el establecimiento como hasta el momento. Designó nuevos llaveros, dio instrucciones a la cocina; y se dirigió, seguido de sus acompañantes, a los diversos depósitos del establecimiento, donde requirió cuanto instrumento cortante o contundente existía: machetes, cuchillos y macanas. Recordaba haber oído decir que el único revolver que había en el establecimiento lo tenía Don Pedro, que era de hecho el jefe de los guardianes. Después de una minuciosa búsqueda fue encontrada el arma en un armario de la habitación de aquel, completamente cargada, y con diez o doce cápsulas de repuesto. Se encontró allí, además, un afilado puñal. Rodolfo se terció inmediatamente el revólver al cinto, a su derecha, y se colocó a la izquierda el puñal. Entre sus compañeros distribuyó cuchillos, machete y macanas. Su objeto era que solo su grupo estuviese armado para poder dominar a los demás. La cabeza le parecía un volcán; estaba excitado horriblemente, pero trataba de dominarse. Los demás, unos estaban asombrados todavía, otros contentos con la libertad obtenida, y algunos taciturnos, como barruntando que todo aquello no podría tener buenas consecuencias. Como la mayoría eran ignorantes, a todos les había asombrado la decisión, valor e inteligencia con que

Rodolfo había actuado. Lo sentían jefe. Entre locos o cuerdos, el primer puesto siempre ha correspondido al que ha dominado a los hombres y a las circunstancias.

Al poco rato se presentaron en la oficina, Diloné, Benito y Fefén, guardianes de los pabellones de reposo. Venían a informar que la mayoría de los reclusos se habían negado con más insistencia que nunca a pasar el día semienjaulados en dichos pabellones que algunos denominaban «pabellones de cansancio».

–Es justo –era la queja– que si nos hemos libertado, todos goce-mos de esa libertad y que esta sea completa.

Como puede verse, ni aun los locos pierden el sentido de un derecho que es uno de los atributos inmanentes de la naturaleza humana. Rodolfo parecía dispuesto a acceder.

–¡Pero ahí hay locos que no pueden estar sueltos! –refunfuñó Senén.

Efectivamente, se llegó a la conclusión de que algunos como Niquito, el idiota, Enriqueito el *Pandiao*, Juana María *Pum Pum* y otros tantos, no estaban en condiciones de estar en libertad. Como ya nadie parecía estar dispuesto en la nueva era de libertad a encargarse de la fastidiosa tarea de custodiar a los locos graves durante el día, Rodolfo, decidió, provisionalmente, que fueran encerrados en celdas. Comisionó a los mismos guardianes, Diloné, Benito y Fefén, para que dieran libertad a los demás, pero hizo la recomendación de que se les advirtiera a todos que «si no se portaban bien», serían enjaulados.

Al poco rato se oyó una gran algazara: voces masculinas y femeninas mezcladas en alegre concierto. Eran los infelices reclusos que al fin podían corretear a sus anchas por riscos y praderas. La mayoría llevaba al hombro macutos y bolsas en la que guardaban objetos casi inservibles, y restos de comida. Muchos de ellos, todavía en convalecencia del tratamiento de la trementina, caminaban lentamente, con las piernas rígidas, y tenían la faz cadavérica.

Como la islita, con la incomunicación, dependía de su propia producción, era necesario no descuidar los cultivos y crianzas. Rodolfo dio disposiciones a fin de que se continuaran los trabajos que cada uno tenía, y los que se hacían por medio de capataces designados entre los mismos reclusos.

Enseguida inició seguido de sus ayudantes, un recorrido por todo el campo aledaño a los edificios. Todo lo examinó con cuidado. Las cosas marchaban, más o menos, como antes, solo que ahora los bosquecillos se veían poblados por una alegre bandada de inmensos pájaros azules, que era lo que parecían los reclusos con sus chillonas vestimentas. Los reclusos que tenían trabajos «particulares» estaban al frente de ellos: José con sus tres o cuatro gallos de pelea y una gallina con polluelos; Felipe con su conuquito de batatas y yucas; Olegaria haciendo sus tortas de cazabe en su deteriorado burén; Gollita, vigilando sus chivos y sus cuatro gallinas. Algunos pescaban en la cercana costa. Otros trataban de atrapar pequeños animales salvajes en trampas hábilmente preparadas. La libertad no les había perturbado su noción del derecho de propiedad y todos atendían a lo suyo.

Algunos de los que adquirieron ese día la libertad se acercaron a Rodolfo: querían también su pedacito de tierra. Este fue asignando una porción a cada uno, y repartiendo utensilios de labranza, principalmente azadas y machetes. Amellados. Todos, sin duda, tomaban a Rodolfo como jefe, y esto satisfacía a este enormemente.

Regresaron a la oficina. Con gran asombro encontraron allí, ceremoniosamente sentados, a Papá Oguís, Tinyó, Tiná, Francois y Renoir, los más conspicuos representantes del grupo haitiano. No parecía ninguno estar muy loco. Al llegar Rodolfo todos se pusieron en pie, Papá Oguís estaba en medio de todos, siniestro con su agujero horrible y sus ojos fulgurantes. Estaban serios, pero tratando de demostrar humildad con lentos movimientos de cabeza.

—¿Qué desean Uds.? —exclamó Rodolfo.

Papá Oguís dijo algo que nadie entendió completamente. Se decidió que Ubén haría de traductor. Después de haberse enfrascado este con Papá Oguís en una complicada conversación en *creol*, tradujo a Rodolfo la petición de los haitianos. El grupo haitiano que había estado hasta entonces en libertad, había tenido su pequeño campamento elegido por ellos mismos. Pero como ahora eran setenta u ochenta, ya que habían sido puestos en libertad los que pasaban el día en los pabellones de reposo, querían

que se les asignara mayor terreno y que se les delimitara lo que a ellos pertenecería.

Rodolfo sonrió. No dejaba de admirarle la sagacidad y previsión de los *musiés*. Todos se trasladaron entonces al llamado campamento haitiano. Aquello era de lo más heterogéneo y confuso que pudiera imaginarse la mente: cuanta clase de objetos que para la generalidad no sirve para nada, para algo servía, pues allí los tenían los haitianos: yaguas, trapos rotos, pedazos de hojalata, vasijas deterioradas, etc., etc.

El campamento haitiano estaba precisamente no muy lejano de la gruta descubierta por Rodolfo, detrás de uno de los más cristalinos riachuelos de la islita mágica, y al que los reclusos denominaban arroyo «Jagüey». En frente del campamento quedaba una pequeña cadena de cerros en dirección al este. Había, pues, una porción de la isla, de aproximadamente la tercera parte de su extensión, dividida naturalmente de la otra parte. Al norte, los cerros, al sur el mar, al oeste el riachuelo y al este el monte virgen. Rodolfo decidió asignar esta parte a los haitianos.

–¡Se van a coger lo mejor! –rezongó Senén.

Por mediación de Ubén se explicó a Papá Oguís que esta parte correspondería a ellos, pero que él sería responsable del orden dentro de la comunidad haitiana. Papá Oguís asintió reverentemente. No había duda de que el antiguo *Papabocó* era respetado y temido por sus compatriotas. Con rápidas palabras comunicó a sus compañeros el acuerdo. Uno o dos hicieron demostraciones de contento, pero la mayoría parecía reservada. La verdad es que el haitiano nunca ha sido bien comprendido por el dominicano, que ve en su actitud sumisa e hipócrita y en sus extrañas prácticas, algo tenebroso y desconcertante.

Dejándolos instalados en sus posesiones, Rodolfo y su grupo se alejaron de los haitianos. Nuevamente en la oficina se presentaron Juancito y Finfo, a quienes se les había entregado como guardianes, las llaves del depósito de las provisiones. Venían a informar que ellos solos se consideraban impotentes para dominar a los reclusos, quienes, excitados con la libertad, se acercaban en grupos cada vez más numerosos, en busca de bananas, y a la cocina pidiendo la comida antes de la hora reglamentaria.

Rodolfo comenzó a creer que la tarea de gobernar no era tan fácil como él había creído. Pero no se desanimó.

–Óyeme, Pereira, –dijo, dirigiéndose a su amigo revolucionario–. ¿Te gustaría ser jefe de policía?

Pereira sonrió de gozo. Había sido sargento en el Ejército y cuando mandaba estaba en su elemento. ¿Qué si le gustaría?

–¡Déjeme encargarme de esos vagabundos!, –dijo radiante.

Rodolfo le encomendó entonces la policía del Sanatorio.

–Eso sí, –argumentó Pereira –tienen que darme machetes y cuchillos para mi gente.

Rodolfo lo proveyó como pudo de tres o cuatro machetes y a poco rato estaba Pereira «restableciendo el orden», con cuatro o cinco acólitos que meticulosamente había escogido entre los reclusos más mozos y gallardos.

–Cuidado con estropear alguno sin necesidad, –le había advertido Rodolfo.

El grupo de la oficina era sugerente y pintoresco. La pata de palo de Aquilino daba golpes involuntarios en el suelo, y el ojo tuerto de Temisto parecía querer parpadear. Gollita –la única representante femenina en el Consejo de Gobierno– de vez en cuando martillaba el aire para decir con voz estentórea:

–¡A mí hay que respetarme! ¡Yo soy hija del Almarante...!

Pedrito sonreía ahora con toda la boca abierta para decir:

–¡Ya esto no parece un *manicomio* !

Un rato después se presentaban Celeste y doña Ofelia. Celeste saltarina y alegre como siempre. Su mirada solo se nublaba cuando miraba a Rodolfo. Al parecer no había notado la presencia de Charlotte, pues no demostraba preocupación alguna. Doña Ofelia taciturna y miedosa: no podía olvidarse de sus mellicitos robados. Iban a ver a Rodolfo para que les hiciera conseguir algunos vestidos de las enfermeras. No podían soportar la dureza de la tela de fuerte azul en sus cuerpos delicados.

Rodolfo accedió, y a poco lucían Doña Ofelia y Celeste como dos blancas palomas en una bandada de turpiales.

En el ropero aparecieron varias camisas de kaki, de las cuales Rodolfo tomó dos, y repartió las demás entre sus hombres.

Lucirían así los directores distintos a los demás: pantalón azul y camisa de kaki.

A los pocos minutos llegaba don Manuel. Cantaba alborozado con su acompañamiento de siempre.

–¡Se acabó el mundo! ¡*Chuy!*... –vociferaba con voz destemplada.

Quería ropa nueva, un jarro y si era posible un *cachimbo*. Rodolfo ordenó que lo complacieran y que los demás *cachimbos* fueran repartidos entre los reclusos. Después, dispuso que fuera puesto en libertad el anciano mayordomo Don Arquímedes, quien, como recluso, de nada era responsable y a quien consideraba, además, completamente inofensivo.

Durante todos estos acontecimientos no había dejado Rodolfo de pensar en Charlotte y en su tesoro de la gruta. Pero un ocupado gobernante debe atender primero a sus súbditos. Dispuso, eso sí, que se diera libertad a la enfermera Diomares para que fuera a hacer compañía a Charlotte, a su habitación.

En efecto, Charlotte y Diomares, miraban filosóficamente, poco después, desde una de las ventanas del tercer piso, el panorama que ofrecía la islita mágica con los locos y su revolución.



XVIII. VENGANZA

Llegaba el momento de decidir lo que se haría con los directores y personal del establecimiento. Llegaba la hora de la venganza. Rodolfo se frotaba las manos de gozo. En su cabeza daba vueltas a miles de métodos que imaginaba para hacer sufrir a sus verdugos de una manera refinada y torturadora. Naturalmente, que no quería matarlos, ni hacerles un daño duradero. Ellos tampoco se lo habían hecho a él. Él tan solo había sufrido durante mucho tiempo una prisión que consideraba injusta, malos tratamientos, alimentación pésima, y la terrible incertidumbre de no saber cuándo sería puesto en libertad. Una persona mata a otra, roba una suma de dinero –se decía. Es llevado a un tribunal, tiene la oportunidad de defenderse, y si es castigado lo es a un plazo fijo: sabe cuándo saldrá de la cárcel. Entonces se resigna y hasta hace planes para pasarlo lo mejor posible en la prisión. Pero un presunto loco como él, no tiene oportunidades para nada, en la lógica absurda de los directores y del personal del manicomio. Es simplemente un loco, que ni siente, ni padece, ni vale la pena animarlo o confortarlo. Es un objeto. ¡Ah! ¡Pero los objetos ahora eran ellos! Desde la revolución estaban en celdas, desmelenados y barbudos, sucios y desmedrados. Ahora verían lo fácil que es ser loco. Ellos ya eran locos de la sola desesperación de estar presos y con la horrible incertidumbre sobre la suerte que les esperaba. Les mandaría a poner el traje de los reclusos y los trataría como a tales. ¡Esa sería la mejor venganza! Trabajarían como trabajaban ellos; no serían llamados por sus nombres, sino por el de «hijo de tu... madre»; se les daría comida mala; se les proporcionaría andullo y papel de periódicos para hacer cigarrillos, y se les obligaría a bañarse a las seis después de la

comida de la tarde. Si esa ducha antihigiénica no les produjo a ellos nunca una congestión, ¿por qué habría de producírsela a aquellos? ¡Ah!... ¿Y las inyecciones de trementina? ¡Se había olvidado de ellas! Se las pondría, y serviría para *fixarlos*; recibirían el beneficioso *shock* nervioso, ¡el terrible dolor los purificaría! Después serían llevados a los pabellones de reposo, y ¡allí sufrirían, inyectados, las inclemencias del sol de fuego o de la lluvia fría que entra por los abiertos ventanales, y del calor atosigante que despide el techo de zinc!, ¡y todo esto sería por su bien! ¡Pobres locos de desesperación y angustia, había que hacer algo por ellos!

Se trasladó, con su gente, al pabellón de las celdas. En la primera de ellas estaba el Dr. Romano. Su faz cadavérica daba espanto, y en ella solo brillaban con opaca luz, los ojos cansados. El *mameluco* o uniforme que alguien le había hecho poner, le quedaba pequeño y a mitad de la rodilla. El doctor estaba en el camastro con la cabeza apoyada en la mano derecha. Al llegar Rodolfo, levantó la vista y se limitó a mirarlo con desprecio y dignidad. Rodolfo contestó con una mirada viva, en la que había una intensa mezcla de odio y compasión.

–¿Cómo se siente Ud., doctor? –le gritó Rodolfo.

El doctor no contestó.

–¡Oiga, célebre doctor!, ¿cómo se siente Ud. ahora? –volvió a decir mientras lanzaba una sonora carcajada– ¡Debe sentirse muy bien en una confortable celda del Manicomio Modelo! –Y volvió a reírse estrepitosamente.

Siguieron el recorrido.

El Dr. Herrera fumaba filosóficamente un cigarrillo. No parecía tan abatido. Su *mameluco* le sentaba mejor y leía una revista. Rodolfo se indignó. ¿Quién le había facilitado esa revista? Se averiguó que había sido Gollita, que, hija o no del Almarante, sentía cierta debilidad por el sexo masculino. Rodolfo echó a esta un rúspice, y gritó al Dr. Herrera:

–¡Oiga! ¡Páseme esa revista! ¡Está prohibido leer en las celdas!

–No me explico por qué no pueda leer, –replicó calmadamente el doctor.

–Tampoco yo me lo explicaba cuando me «enjaulaban», Dr. Herrera, –contestó cínicamente Rodolfo.

Y tomó la revista. Sin embargo, en su ínterin, se propuso tratar al Dr. Herrera mejor que a los demás, pues le constaba que había tratado inútilmente de mejorar la condición de los reclusos.

Siguieron adelante. En una misma celda habían sido puestos los practicantes González y Valdés. Estaban acostados largo a largo en el húmedo piso de cemento. Al llegar la comitiva trataron de incorporarse lentamente. En la faz de Valdés estaba pintada la angustia y el dolor. Rodolfo ensayó a mirarlos compasivamente. ¡Pobres muchachos víctimas de sus superiores!

–Óyeme, Rodolfo –dijo Valdés tratando de congraciarse con él–, ¿no podrías hacerme conseguir una aspirina en la enfermería? ¡Tengo una jaqueca horrible!

–*¡Se verá a ver!*–le contestó Rodolfo usando la frase corriente del personal cuando un recluso se atrevía a pedir algo. Valdés comprendió y se volvió a acostar en el suelo, sin decir una palabra más.

Más adelante estaba Tatica, la enfermera, en una celda solitaria, pues de ella habían sacado a Diomares para llevarla a hacerle compañía a Charlotte. Esta decisión de Rodolfo no fue solo obra de la necesidad de buscar una compañera a la joven prisionera. La verdad era que Diomares, callada, compasiva y diligente, había sido siempre un ángel bueno para los pobres reclusos.

Tatica estaba pálida y macilenta. Se levantó del camastro a la llegada del grupo.

–¡Óigame, Rodolfo!, –dijo con su media lengua– ¿Qué es lo que Ud. piensa hacer conmigo? ¡Hágame sacar de aquí, si no quiere que muera y después vaya Ud. a la cárcel por asesino!

–No creo que iré a la cárcel, Tatica –le contestó Rodolfo–. ¡Los locos somos irresponsables!

Y siguió. Paula y Petra, las viejas enfermeras, estaban en la celda contigua. A la llegada de Rodolfo chillaban como energúmenos: Petra parecía víctima de un ataque histérico, Paula sacaba las manos por las rejas como queriendo arañar a Rodolfo.

–¡Bah!... ¡Viejas locas! ¡Chillen cuanto quieran, que para eso son las celdas! –exclamó este, no pudiendo disimular la risa.

Don Pedro, Echavarría y Araujo estaban en una misma jaula. Rodolfo esperaba encontrarlos furiosos y altaneros. Pero no fue así. Estaban contritos, amilanados y como adormecidos. Rodolfo

los miró despreciativamente, y sin dignarse dirigirles la palabra pasó a la celda contigua. Allí estaba el terrible Burrolote, pero tampoco tenía la altivez y arrogancia de cuando era jefe. Estaba acostado en el camastro, luciendo ridículo con el vestido angosto que oprimía su corpulenta figura. Sufría, a la llegada de la comitiva, de un fuerte ataque de tos.

–¿Qué le pasa?, –le preguntó Rodolfo con sorna.

–Un catarro terrible que he cogido con el agua que se coló anoche por la ventana... –respondió aparentando humildad.

–¡Ah!... ¿y el agua que se cuele por las ventanas da catarro? ¡Qué raro! Primera noticia que tengo de eso.

–Catarro, ¿eh? –se dijo después Rodolfo mentalmente– ¿y que será lo mejor para el catarro de un loco? Pues... ¡Una ducha fría!

Enseguida ordenó a Ubén, Temisto el Tuerto y Pata de Palo que dieran a Burrolote la más consistente y fenomenal ducha que pudiera darse con el agua más fría que pudiera encontrarse.

Ubén brincaba de gozo.

–Aquí no hay *hiele*, mi jefe –dijo–, pero iré al arroyo a buscar el agua más fría.

A poco rato se oía la lucha de Temisto y Pata de Palo llevando a empellones y golpes a Burrolote al cuarto de baño, y a Ubén transportando con otros reclusos grandes cubos de agua del cercano riachuelo.

Rodolfo, entonces, con su gente, pasó a la enfermería. Se dirigió a Senén.

–Óyeme, Senén –le dijo– ¿Tú sabes poner inyecciones?

–Don Rodolfo –contestó este–, yo hasta ahora solo he curado con botella...

–Pero ¿No has puesto nunca una inyección?

–Sí, yo les ponía a mis cerdos inyecciones contra el *dandí*...

–¡Es suficiente! aprobó Rodolfo.

Dio entonces orden al grupo de que trasladaran en fila a los detenidos a la enfermería. Al cuarto de hora, los reclusos agrupados cerca de los edificios contemplaban un regocijante espectáculo: una fila compuesta de los directores y el personal, con los guardianes a los lados, caminando lentamente hacia la enfermería. Burrolote chorreaba agua y tosía en forma tal que su

pecho parecía un tambor. Unos iban nerviosos, otros sumisos, y los que no, tratando de hacer una débil resistencia. Rodolfo los miraba sarcásticamente. ¿Dónde estaban la altanería, la agresividad, la jactancia, la seguridad en sí mismos de antes? Paula iba dando gritos atroces. Petra, casi desmayada, iba sostenida por dos llaveros como un condenado a muerte.

En la enfermería fueron dispuestas una docena de camillas en fila. A una orden de Rodolfo todos se acostaron boca arriba. Hizo traer los envases de trementina y las jeringuillas que él mismo iba llenando. Ordenó a Senén que inyectara. Este obedeció. ¿Si había inyectado cerdos, por qué no iba a poder inyectar a estos asnos? Los fue pinchando uno a uno, en la parte superior de los muslos. Algunos quisieron resistir, pero era imponente la fila de los revolucionarios, con sus garrotes en alto, y la mirada fiera. Ninguno de los pacientes osó pasar de una leve protesta oral. Al llegar el turno del Dr. Herrera, Rodolfo ordenó que solo le fuera puesta la mitad de la dosis.

A poco rato se oían los lastimeros ayes de las enfermeras, y los gruñidos de algunos llaveros. Los doctores se mantenían lo más serenamente que podían: no querían seguramente perder la ecuanimidad en el duro trance porque estaban pasando. A Petra hubo que sujetarla entre cuatro. Paula despertó del desmayo al sentir el pinchazo en el muslo.

–¡A los pabellones de reposo todos! –gritó Rodolfo imitando el tono de voz de los llaveros cuando daban una orden.

En las andas fueron entonces trasladados al pabellón de reposo masculino, hombres y mujeres y tirados en el piso de cemento.

–¡Esto es un crimen!...; –gritaba el practicante Valdés.

–Eso pensé yo también una vez, –le contestó Rodolfo–. Pero ahora no lo creo. ¡La trementina es un gran medicamento y los salvará a Uds. de la locura de desconsideración, impiedad e inhumanidad que han venido sufriendo, desde hace tiempo! ¡Qué lo pasen bien!

Se encargó a Ubén y a Gollita que quedaran de vigilantes en el pabellón en que estaban los inyectados.

A poco rato llegaba Ramoncito muerto de risa adonde estaba Rodolfo. Era necesario tomar una determinación: Ubén y Gollita

se divertían punzando con palos a los inyectados y echándoles encima insectos como cucarachas, *guabás*, *ciempiés*, arañas, alacranes y cuanto bicho viviente encontraban en los alrededores del pabellón aprovechándose de la inmovilidad obligada de los pacientes.

Fueron relevados por Carrasco y Calazán.



XIX. CHARLOTTE Y RODOLFO

Mientras tanto, Charlotte permanecía con Diomares «enjaulada» en una pieza del tercer piso del edificio principal. Pero el recinto de su prisión era más confortable que el de los doctores y el personal. En aquella pequeña habitación había dos blancas camitas de hospital, con pulcras sabanas y mullidas almohadas, un pequeño tocador, un armario-ropero y cuantos objetos podía necesitar el capricho femenino. Rodolfo había hecho instalar allí, además, el flamante receptor de radio que encontrara en el aposento del Dr. Herrera para distracción de Charlotte. Era la habitación de Diomares que siempre se había distinguido en el establecimiento, por su carácter dulce, su pulcritud, y hasta podíamos decir, por su elegancia en el vestir y en el actuar.

Charlotte había pasado allí toda la mañana en compañía de Diomares. Estaba tan turbada que no sabía pensar si era ella misma, o era otra persona. Si era víctima de una pesadilla o vivía una terrible y contradictoria realidad. Diomares le había contado todo lo relativo al hundimiento del «María», lo cual llenó de consternación y pesar a la joven norteamericana, no obstante haber recibido la seguridad de Diomares, de que se había oído claramente por radio la noticia de que sus padres se habían salvado. En medio de su nerviosidad y desconfianza, había, sin embargo, cierta serenidad: Charlotte sacaba fuerzas de flaqueza para adoptar una actitud digna y responsable. Sin embargo, se devanaba los sesos calculando el fin que podía tener todo aquello. ¿Qué pensaría Rodolfo hacer con ella? ¿Cómo estarían de desesperados sus pobres padres? ¿La creerían muerta o simplemente desaparecida? ¿Cuánto tiempo pasaría antes de que pudiera venir un barco

de vapor desde La Hispaniola a la isleta? ¿Los terribles submarinos alemanes seguirían todavía rondando por los alrededores?

No obstante su intenso miedo, Charlotte, como hemos dicho, trataba de aparentar la mayor serenidad que podía. Educada en los Estados Unidos de Norte América nunca había llegado a comprender completamente el carácter de los criollos. En el Norte las costumbres son más sueltas, hay más sinceridad y camaradería. En el colegio donde se educó se alternaban muchachos y muchachas sin tener apenas en cuenta el sexo. En el país no sucedía esto, los muchachos eran menos audaces en sus relaciones con las jóvenes, pero cuando lo eran creía ella siempre ver, en su actitud galante, cierta velada picardía. Y ahora se encontraba en manos de un loco del país, joven y apuesto. ¿No era algo terrible? Pero examinando bien los hechos, le asombraba sobre todo el respeto casi religioso con que Rodolfo la había tratado. ¿Lo hacía así porque estaba apoderado de una locura mística, podíamos decir, hacia ella? ¿O era que los criollos eran en el fondo honrados, respetuosos y corteses? No sabía qué pensar. Pero en lo más íntimo de su corazón notó que admiraba a Rodolfo, y con gran sorpresa se convenció de que solo pocos instantes durante su estada allí había dejado su mente de ocuparse de él. ¿Estaría enamorada?

Diomares estaba un poco nerviosa. Desde arriba había visto la caravana de los inyectados y Ramoncito le había explicado a grandes voces lo que había pasado.

–¡En qué parará todo esto!, –decía con las lágrimas casi saliéndosele.

–Señorita Diomares –exclamó Charlotte–; mis padres me han enseñado a tener fe y a actuar en todos los momentos de la vida con valor y confianza. ¿Qué cree Ud. que podríamos hacer?

–Pues, hija..., yo no veo qué pueda hacerse –contestó Diomares–. Estamos en manos de Rodolfo, que es de carácter fuerte y voluntarioso. Todavía lográramos burlar su vigilancia y salir de este edificio, ¿qué íbamos a hacer? Vagar por la isla como locas... No hay medios de comunicación con el exterior, pues aquí no hay estación de radio, ni telegráfica. Y con el hundimiento del único vapor en condiciones de venir a la isla, no tenemos siquiera la

esperanza de que dentro de algunas semanas las autoridades se enteren de lo que está pasando aquí. Rodolfo, sin duda, se aprovecha de esa circunstancia del aislamiento, para proceder como ha procedido... No hay más remedio que resignarse y que sea lo que Dios quiera.

–Eso mismo he pensado yo, –exclamó Charlotte– y dígame, ¿ha sufrido alguna vez Rodolfo ataques de furia, que pudieran sobrevenirles y ponernos a nosotros en peligro?

–Nunca he visto a Rodolfo furioso, –respondió con seguridad, Diomares–. Es un muchacho atolondrado y alegre, que se dio a la bebida dizque por un desengaño amoroso, y parece que su cerebro y sus nervios se resintieron hasta que hubo que traerlo aquí. Yo siempre he dicho que él no es loco.

En ese momento tocaron a la puerta. Era Rodolfo que se presentaba, afeitado, muy peinado, y luciendo gallardo con su camisa de kaki y su enorme revólver al cinto.

–¡Rodolfo, por Dios!, –exclamó Diomares–. ¿Se ha dado Ud. cuenta de lo que está haciendo?

–No me he dado mucha cuenta, señorita –contestó el aludido irónicamente–; los locos apenas nos damos cuenta de lo que hacemos. Y dirigiéndose a Charlotte:

–Señorita, ¿tiene Ud. la bondad de acompañarme?

La joven dudó un instante. Pero más que nada deseaba salir afuera, ver, planear, y acompañó a Rodolfo. Este indicó a Diomares que podía también salir, pero que tratara siempre de acompañar a Charlotte.

Cuando estuvieron afuera esta no vaciló en dar el brazo a Rodolfo. Por loco que fuera se sentía más segura y protegida a su lado, y tenía la extraña convicción de que no le haría ningún daño. Se dirigieron a la gruta.

Por entre unos riscos cruzaba fugazmente la figura de Celeste. Los había visto, y seguía sigilosamente a la pareja, ocultándose hábilmente en la maleza.

Rodolfo iba pensativo mientras caminaba. Se sentía en la gloria al lado de Charlotte. No estaba ya tan nervioso, aunque sus ojos estaban febriles. Y cosa rara, no sentía ya con tanto ímpetu su anterior afán de cambiar el mundo, de subvertir las realidades

humanas... Sí, el mundo como era, quizás era bueno... ¡Con tal que las cosas siguieran como hasta entonces! ¡Con tal de poder huir y que Charlotte correspondiera a su amor! ¡Y qué linda estaba Charlotte con su cabello recogido y su blanco vestido de enfermera!

Al llegar a la gruta, Rodolfo invitó a la joven a entrar. Esta que parecía tener terror a su prisión de una noche, rehusó.

–Señorita –dijo entonces Rodolfo– le ruego entre conmigo a la gruta. Quiero darle la prueba de confianza más grande que haya dado un ser humano a otro. Ya que es mi compañera por obra y gracia del destino, quiero que comparta conmigo penalidades y alegrías...

La muchacha se decidió a entrar. Quería dejar actuar a Rodolfo sin contradecirlo, buscando la oportunidad de encontrar una puerta de escape en el laberinto en que se hallaba. Pero al pisar el suelo de la caverna, dio un grito de terror. En la pared del fondo se veía colgado un espantoso esqueleto que parecía mirarla jocosamente con sus cuencas vacías. Rodolfo había tenido el extraño capricho de articular y componer cuidadosamente el esqueleto, uniendo todas sus partes, y colgándolo como trofeo, con una soga al cuello, en el fondo de la gruta.

–Señorita, no se asuste, –dijo Rodolfo, filosóficamente–. Es como uno cualquiera de nosotros, pero sin las carnes... Pierda cuidado.

Charlotte dominó su espanto. Rodolfo la hizo sentar en una de las sillas, y se puso a remover la tierra del lugar en que estaba oculto el tesoro. La joven lo miraba curiosamente. ¿Qué clase de locura le entraría ahora al ponerse a cavar en el piso como un cachorro *fox-terrier* en la cueva de un ratón? Pero a poco rato Rodolfo sacaba el cofre y desparramaba por el suelo los lingotes de oro, las piedras preciosas y las lucientes monedas que tintineaban como alegres campanillas al tocar unas con otras.

Charlotte no salía en sí de su asombro. ¿Estaba viviendo una novela? Los locos, el rapto, la revolución, el esqueleto, el tesoro... ¿Podían ser tantas cosas verdad? Al notar su sorpresa, Rodolfo que parecía haber adivinado su pensamiento, se decidió a seguir filosofando.

–Señorita, ¿no ha oído Ud. decir que la realidad supera muchas veces a cuanto pueda concebir la fantasía del más imaginativo de los novelistas? Pues aquí tiene Ud. dos realidades que para mí hubieran sido hasta hace poco tiempo insignes fantasías si alguien me las hubiese augurado: ¡su espléndida belleza que no tiene rival, y este fabuloso tesoro que me hará dueño del mundo! Quiero que sepa que la mitad de lo que me corresponde es un obsequio para Ud.

Rodolfo, sin darse cuenta, adoptaba así la actitud típica del criollo frente a la mujer amada. No solo ponía a sus plantas su corazón, sino su riqueza y bienestar.

–¡Oh! de ningún modo –exclamó Charlotte–, pero dominada por la curiosidad y deslumbrada a la vista de una riqueza semejante prosiguió:–Pero, dígame, ¿de dónde ha sacado Ud. esto? ¿Cómo lo ha encontrado?

Rodolfo se decidió a dar detalles. Refirió a su amada todo lo relativo al hallazgo del tesoro, que provenía seguramente de uno de aquellos temibles piratas y corsarios que buscaban en tierras lejanas gloria y riquezas, y a quienes vemos a través de la historia envueltos en un celaje de misterio y leyenda.

–¡Es maravilloso! –exclamaba Charlotte.

Empezaba a creer que eso que llaman destino se estaba metiendo demasiado con ella hacía algunos días. ¿No eran muchas cosas para pasarle en pocas horas a quien hasta ahora había hecho una vida tan tranquila, solo pendiente de sus *tennis* y del vestido que llevaría a la iglesia el domingo?

Rodolfo se puso a enterrar nuevamente el tesoro.

–Este secreto, señorita –decía mientras tanto–, solo lo hubiera compartido con mi madre... y ahora lo comparto con Ud., porque la considero algo tan importante en mi vida como mi pobre madre muerta...

–¡Gracias!, –no pudo menos que decir Charlotte, con una emoción que no podía controlar, mientras mentalmente admiraba los puros y nobles sentimientos que parecían ocultarse en aquella alma conturbada, pero refinada y altiva.

Salieron de la gruta. Charlotte se aventuró a mirar la cara a Rodolfo, ¿Sería posible que fuera verdad que era un loco? ¿Qué

lástima!... Quiso arriesgar una última tentativa para tratar de convencerlo de que hiciera algo cuerdo, algo que se apartara de la terrible y hasta cómica realidad que estaban viviendo hacía algunos días.

–Rodolfo –exclamó, llamándolo por primera vez por su nombre– ¿por qué no hace construir una lancha para transportarnos a tierra y dejar esta isla?

–Señorita –respondió Rodolfo–, he pensado en la construcción de una lancha, pero nos hacen falta las herramientas indispensables para tal objeto. El canal, como Ud. sabe, es muy peligroso, y ahora más con la amenaza de los submarinos... Además, yo no quiero irme fugado de aquí; no soy de los hombres que se fugan... El que se fuga huye a algo que teme, y yo lo que deseo para mí es justicia..., justicia que ha de venir de los mismos que me han traído aquí...

–Pero, ¿por qué no ha hecho Ud. diligencias para salir de aquí, si se considera en buena salud?

–¿Me considera Ud. en buena salud? –preguntó Rodolfo con un destello de alegría en los ojos–. Esa es su opinión, pero no la de los doctores... Además, la ocasión me ha venido propicia para que yo haga en esta isla el ensayo de un gobierno modelo, tal como debería existir en el mundo...

Ya empezaba otra vez. Era un delirio, una fiebre que tenía con el poder y con el afán de arreglar la humanidad. Sin duda, este es el tema de su locura –pensó Charlotte. Sintió entonces un gran desconsuelo. Quiso echar la cosa a juego.

–¿Y qué seré yo en su gobierno? –preguntó casi risueña.

–¿Ud.? –contestó Rodolfo exaltado– ¡Ud. será la más bella reina que haya llevado la corona en un reino de hadas!

Charlotte no pudo menos que reír con una suave carcajada, que dejó oír sus ecos en el bosque, y que asombró a los ruiseñores que admiraban el crepúsculo de aquella tarde serena.

Entonces pidió permiso a Rodolfo para retirarse. Necesitaba pensar y reflexionar hondamente. En el camino entró a Diomares, y ambas subieron a su habitación.

Mientras sucedía la anterior escena, nadie había observado a Celeste, que oculta en una arboleda cercana, había contemplado

el naciente idilio de Charlotte y Rodolfo. La pobre niña sufría como si unos torcedores de fuego le punzaran el pecho. Las lágrimas salían de sus ojos raudamente, y no cesaba de exclamar desconsoladamente:

–¡Virgencita, Virgencita de La Altagracia!, ¿me lo vas a dejar quitar como me quitaron al otro? ¿Vas a permitir que muera de pena y dolor?

Y toda conturbada se arrodillaba en el suelo y dirigía la mirada triste a los cielos lejanos.

Al poco rato se serenó un poco. Corrió al peñasco por donde había visto desaparecer a Charlotte y a Rodolfo en la playa. A poco, y haciendo grandes esfuerzos, pudo despejar el camino de la entrada, y se colaba en la gruta. De su bolsa de mano sacó cerillas, y a la débil claridad de una de ellas, observó minuciosamente el interior. Pero cuando sus ojos columbraron el esqueleto, dio un grito espantoso, y más ligera que el viento salió de la cueva. Respiraba afanosamente, y miraba con espanto la entrada de la gruta.

–¡Es un castigo, virgencita! –exclamaba–; es un castigo por mi inconformidad de hace un momento... Desde ahora, virgencita, seré buena y resignada... y acataré tu santa voluntad cualquiera que ella sea...



XX. PAPÁ OGUÍS

Como consecuencia de la nueva organización del Manicomio, Rodolfo y Rafaelito tomaron las habitaciones de los doctores Romano y Herrera, y los demás revolucionarios se acomodaron en las habitaciones destinadas a los practicantes y llaveros. La mayoría de los reclusos continuaba durmiendo en sus respectivos pabellones, y los doctores y el personal masculino, eran llevados a pasar la noche al pabellón número 1, y las enfermeras al pabellón de las mujeres.

Pero los haitianos habían abandonado su pabellón dormitorio, y a toda prisa habían construido una gran cantidad de rústicas viviendas de tejamanil, techadas con pencas de nipa, aprovechándose de los materiales que encontraban en la isla. El haitiano es nómada y apegado a lo suyo, y prefería cada uno tener una rústica y destartalada vivienda en campo abierto, antes que dormir con relativa comodidad en los pabellones.

En el centro de todas estas viviendas se destacaba una mayor que las demás. En ella han trabajado tesoneramente hasta quince o veinte haitianos, a los cuales ha dirigido con su voz cavernosa el siniestro Papá Oguís. En la tarde del día en que hemos visto a Charlotte y a Rodolfo entrar en la gruta, estaba Papá Oguís cómodamente sentado en la yerba del prado frente a su vivienda y a su lado revoloteaban tres mujeres: Tiná, la vieja repelente; Polá, la haitianita voluptuosa, y Tití, de voluminosas y fofas carnes. La primera le cocinaría, la segunda lo divertiría y la tercera haría los demás menesteres. Así es el haitiano no perteneciente a la clase superior. Ellos no consideran el amor en su aspecto espiritual y romántico, sino como una simple atracción carnal y como

un medio de vivir sin trabajar. Mientras el dominicano quiere glorias y riquezas para ofrendarlas al ser amado, el haitiano, tras la satisfacción de sus apetitos carnales, solo ve en ellas un objeto de lucro. Cuando de nada le sirvan, las echará.

Los demás del grupo haitiano se habían acomodado como habían podido. Sin embargo, el bohío de Musié Tinyó estaba bien cobijado y su piso de tierra había sido endurecido a golpes de maceta. Los otros se habían alojado en rústicos albergues, y a razón de tres y cuatro en cada uno. En todas las viviendas servían de asiento toscos cajones y troncos secos de árboles. El suelo, en el cual ponían a veces unos trapos, era el lecho de la mayoría. El agua la recogían en grandes y pequeñas *jigüeras*⁵, y lavaban su ropa en el arroyo cercano.

Con motivo de la libertad que se les había dado, los haitianos habían comenzado a usar las más extrañas vestimentas: Papá Oguís y Musié Tinyó lucían amplios y sucios pañuelos rojos en la cabeza, arreglándolos en tal forma que se amoldaban perfectamente a esta como si fuera un casco. A veces arriba se ponían un gran sombrero de cana. Todos habían comenzado a sacar los objetos de uso personal que no les permitía usar el rígido reglamento del Dr. Romano. Tiná vestía un traje de tan variados y disidentes colores, que parecía haber sido hecho con mil pedazos de tela. Polá ostentaba un vestido de cabuya hecho seguramente de sacos de aquellos en que venía el arroz al establecimiento. A la cabeza se amarraba comúnmente un pañuelo morado. Y más o menos, todos así. Un verdadero grupo de gitanos africanos, renegridos y mal olientes.

Papá Oguís era allí el haitiano prominente, por su figura, por el poder que le atribuían y por su historia. Había pasado hacía algunos años de su país a la República Dominicana y se había instalado en una pequeña población de los campos de La Vega. Su fama de *Papabocó* o *Papaluá* pronto corrió de uno a otro confín entre la gente campesina e inculta. El *Papabocó* es el sacerdote para hacer, celebrar y ofrecer los ritos del *vaudou*, que es una especie de religión de la gente del pueblo y del campesino haitiano.

⁵ Envase hecho con el fruto del árbol de la güira.

El *Papabocó* goza entre los creyentes de un inmenso prestigio. Se le atribuyen poderes sobrenaturales y es respetado como un Dios.

La desgracia de Papá Oguís se remontaba a unos años atrás. En cierta ocasión fue a consultarle una señora que perdía la vista rápidamente. Según las reglas del *vaudou*, el *Papabocó* debía invocar un *ser* o *espíritu*, el cual diría si prestaría o no la ayuda que se le pedía. El *ser*, en este caso, ofreció la ayuda pedida, pero con la condición de que la señora enferma entregara una de sus hijas para satisfacer al espíritu. La ignorante e infeliz señora enferma, accedió, y la niña fue de Papá Oguís. La vista de la señora, sin embargo, no volvía. Se hizo otra consulta al *Papabocó*. Este manifestó entonces que el *espíritu* quería la otra hija para hacer el *travail*. La desgraciada señora, más corta de entendimiento que de vista, entregó su otra hija. Pero no recobraba la salud. Como la señora no se resignaba a quedar ciega, amenazó a Papá Oguís con denunciarlo a las autoridades. Este, entonces, se decidió a mandarle donde un especialista para que le hiciera la operación de cataratas que era lo que en realidad sufría la pobre señora. Papá Oguís pagó la operación, mas las autoridades se enteraron y el *Papabocó* fue llevado ante los tribunales. Pero fue imposible sacarle nada. No hablaba, y si lo hacía era en un *patois* tan confuso que ni sus mismos compatriotas lo entendían. Fingida o no la locura, el Tribunal lo declaró en estado de demencia y fue enviado al sanatorio de la isleta mágica. Allí tenía más de cinco años.⁶

Pero ahora estaba contento, puesto que él y los suyos habían obtenido casi la libertad, y se preparaba a gozar ampliamente de ella. Tenía magníficos ayudantes en Tinyó, Tiná, Polá y Francois, y con su concurso proyectaba formar una poderosa secta de *vaudou*.

De pronto se oyó una algarazara en la parte sur del campamento haitiano. Eran Francois y Renoir, que jugaban sus gallos. Habían hecho un claro en el prado, desyerbándolo y acondicionándolo. El gallo de Francois era un *indio*⁷ bastante fuerte y con recios espaldones. El de Renoir un *pinto*⁸ más pequeño y de porte más airoso.

⁶ Caso citado en la obra «Vodú» de Santiago Peñolguín.

⁷ Gallo de plumas coloradas oscuras y pechuga negra.

⁸ Gallo de plumas de diferentes colores.

Habían apostado seis cocos contra seis docenas de mangos. Era lo más que se podía hacer allí en materia de apuestas. Francois hizo una cruz en el suelo y tomando un poco de polvo del lugar en que se cruzaban las líneas de la cruz, lo espolvoreó en la cabeza de su gallo y en las espuelas. Renoir se limitó a pasar sus manos repetidamente por todo el cuerpo de su animal, alisándole las plumas. Al fin los soltaron y los animalitos se enredaron en una sangrienta riña a espolonazos y picotazos. A los pocos minutos los golpes del *indio* de Francois, eran vacilantes y sin tino. Estaba medio alocado por «*un golpe de zumbío*»⁹. Francois tomó un buche de agua y sin botarlo de la boca se acuclilló, dando la espalda al gallo. Era la manera de hacer que reaccionara. Pero no lo logró. Al poco rato el *indio* caía nuevamente a los certeros espolonazos de su contendiente. Fueron entonces al *careo*. Pero antes Francois tomó su gallo y trató de hacerlo reaccionar metiendo la cabeza del animal en su boca y chupándole suavemente la sangre que manaba de las heridas. Después lo acarició con las manos e hizo algunos signos cabalísticos en la tierra. Renoir se limitó a rociar el suyo con un poco de agua. Después del *careo*, al volver los animalitos a la pelea, esta quedó decidida en pocos segundos. El *indio* de Francois volvió a caer más agotado que nunca. Pero, aun en la agonía, trató de resistir y lanzó débiles espolonazos a su contendiente. Al poco rato Francois dio la pelea por perdida, y recogió del suelo su animal. Los espectadores hicieron un gran alboroto. Había ganado el *pinto* de una manera decisiva. Su dueño se acercó a él y le dio tres vueltas a la derecha y tres a la izquierda: era el modo de lograr que la suerte le favoreciera en los siguientes pleitos. Francois pagó su apuesta.¹⁰

Papá Oguís contemplaba todo aquello con gesto grave y comprensivo. Conocía la simplicidad de sus compatriotas, su espíritu salvaje, constantemente embargado por supersticiones e ideas rudimentarias. Los dominaría fácilmente. Ni él ni Tiná, eran como Tinyó, Francois, Renoir y Polá, creyentes fervientes de las magias y hechicerías del *vaudou*. El *vaudou* era para ellos

⁹ Golpe que se supone hace zumbir los oídos del gallo.

¹⁰ Escena arreglada de acuerdo con datos tomados de la obra citada de Santiago Peñolguín.

un medio poderoso para hacerse fuertes y respetados. Farsante y simulador, conocía la clave de muchas supuestas hechicerías y su botiquín estaba compuesto de los más extraños preparados para producir efectos que trastornaban la mente y enardecían el sistema nervioso. Se dirigió a su rústico bohío. Este se componía de dos piezas de regular tamaño, una de las cuales, la del fondo, había cerrado con un pequeño candado. Abrió esta última pieza y allí contempló con satisfacción todo el instrumental de su poderío siniestro: en una pequeña mesita se veían hasta quince botellas que parecían contener yerbas de diferentes clases en líquidos de diversos colores, desde el amarillo claro hasta el verde oscuro. Detrás de la mesita, en la pared del fondo, había una tosca cruz hecha con dos palos gruesos de madera. En el suelo se veía una caja de regular tamaño, especie de jaula, enrejada por los lados, completamente vacía. Tomó la jaula y se dirigió entonces hacia afuera, después de cerrar cuidadosamente la puerta.

Tratando de no ser visto, se internó en la selva virgen en la parte este del campamento haitiano. Después de haber caminado durante media hora, llegó a un lugar en que el bosque era espeso como en pocas partes. Tras atravesar una intrincada maleza llegó a un pequeño claro en el monte, que había sido talado y desyerbado cuidadosamente. Este cuadro, dentro de la selva virgen, había sido hecho por Tinyó, Tiná y Francois, para servir de lugar de escondite de los objetos y demás menesteres que necesitarían en breve para sus prácticas y manejos del *voudou* y aun para esconder sus propias personas en caso necesario. En efecto, el lugar era apropiado para ello, pues estaba situado en el centro de un espeso bosque el que era sumamente difícil de atravesar. En el claro habían sido clavadas cuatro estacas de madera, de bastante altura, sobre las cuales se había improvisado un rústico techo de palmas de cana. Aquel lugar oculto solo era conocido de Papá Oguís, Tinyó, Tiná, y Francois. Alrededor de la enramada había algunos mangos que se levantaban imponentes como presidiendo la asamblea de la selva. Cuando la noche iba entrando, se juntaron a Papá Oguís, en la enramada oculta, Tinyó, Tiná y Francois. Francois era un robusto mozo de veinticinco años a lo más, con los dientes caridosos y el semblante repulsivo.

Cuando la noche entró completamente, y el silencio y la oscuridad reinaban en el sanatorio, Papá Oguís y sus acompañantes hicieron una fogata frente a la enramada. Los cuatro estaban impacientes y como a la espera de algo. Después, Papá Oguís hizo una seña a los demás y estos se pusieron en pie. Entonces el *Papabocó* entregó a Tinyó la jaula de madera que había llevado consigo, y a Francois un saco de cabuya vacío. Los tres hicieron una señal como de despedida, y se dirigieron, Tinyó hacia la selva virgen en la parte Este de la enramada, Francois hacia los edificios del establecimiento y Tiná hacia la parte norte de la isleta.

Francois caminaba rápidamente por las callejuelas y miraba a todos lados como olfateando el peligro. La noche era oscura y estrellada, y una cálida brisa azotaba los árboles. Al estar a unos cuantos metros del edificio principal, evitó acercarse a él y torciendo hacia la parte norte, se dirigió al lugar en que estaba la cocina y el depósito de provisiones y efectos. Iba sin las alpargatas, pues los haitianos caminan con más facilidad descalzos, sin ninguna traba en sus pies, a los que no entran, ni hieren, las espinas y pedruscos de la selva. Cuando llegó frente a la puerta del depósito de provisiones miró cautelosamente a todos lados. Sacó de su seno una varilla de hierro e introduciéndola en el aro del candado lo forzó violentamente. El candado a poco estaba en sus manos, retorcido e inútil. Abrió lentamente la enorme puerta del depósito y sigilosamente se introdujo en él. Con gran cuidado fue caminando dentro hasta llegar al centro de la pieza, y una vez allí, como si conociera minuciosamente el lugar, fue tomando de diversas partes e introduciendo en el saco que llevaba, diferentes objetos.

Cuando estaba el saco lleno, se lo echó a la espalda, salió precipitadamente y se dirigió a la enramada. Al llegar allí sacó nerviosamente los objetos y los entregó a Papá Oguís. Este dijo palabras a Francois quien volvió a caminar precipitadamente hacia al depósito. Repitió la operación anterior y a poco estaba otra vez de regreso, esta vez con un tonel de mediano tamaño en la cabeza. Adelantaba por entre la maleza con bastante dificultad, pues el peso que llevaba casi lo agobiaba. Cuando hubo caminado un rato creyó oír un ruido a su espalda.

Su fino oído de merodeador de la selva le indicaba algún peligro. Puso el tonel y los efectos en el suelo y volvió rápidamente la cabeza. Vio entonces una forma humana a su espalda que trató de esconderse tras un mango. Al saberse seguido, un profundo terror se apoderó de él, y sacando fuerzas extraordinarias echó a correr precipitadamente con su carga. Conocedor de esa parte del bosque estaba casi seguro de evadir la persecución. Viró a la izquierda, tornó después a la derecha con gran habilidad, y se internó precipitadamente en la selva virgen en que estaba el *Papabocó* en la rústica enramada. Pero de repente se sobresaltó. El balido de una o más cabras había llegado a sus oídos claramente. Siguió, no obstante, su camino y a poco se encontró con Tiná que venía remolcando, en la misma dirección que él, dos panzudos chivos. Entonces comprendió. A Tiná le habían encomendado una tarea parecida a la suya.

–*¡Ya pé chaché nous, ya pé chaché nous!*¹¹, dijo rápidamente a Tiná.

Ambos emprendieron entonces una loca carrera hasta llegar al oculto lugar en que estaba Papá Oguís. Sudorosos y excitados dijeron algunas palabras en *patois* al *Papabocó*. Este, con calma, les ordenó silencio poniendo su dedo índice en la cavidad que era su nariz, como diciéndoles que en el lugar en que estaban, si estaban quietos, nadie podría encontrarlos.

Papá Oguís examinó entonces cuidadosamente los animales y efectos. Parecía satisfecho.

Al cabo de media hora apareció Tinyó, con el rostro fulgurante de alegría. Llegó al grupo con rápidos pasos y de sus labios salieron palabras exaltadas:

–*¡Moin recontré lí, moin recontré lí!*¹², –decía con los ojos fulgurantes.

Todos se acercaron. Papá Oguís tomó con cuidado la caja enrejada de la cabeza de Tinyó, y los cuatro contemplaron con alegría su contenido: una jaspeada culebra de regular tamaño, con brillantes ojos de pupila redondeada, y con larga cola que movía constantemente en la estrecha jaula. Era de un color pardo, pero

¹¹ ¡Nos persiguen, nos persiguen!

¹² ¡La he encontrado, la he encontrado!

sobre ese fondo había numerosos dibujos amarillos y negros. Sus escamas eran pequeñas cerca de la cabeza y cola, pero en el vientre eran de regular tamaño, en forma de escudos.

Los haitianos miraban el ofidio con alegría, en la que había una mezcla de veneración y respeto. La culebra daba golpes sordos con la cola en los barrotes de la caja y no parecía estar muy contenida en el encierro.

A una nueva orden de Papá Oguís, Tinyó se internó otra vez en el bosque, mientras Tiná agarró uno de los chivos que habían sido amarrados en un árbol cercano, y lo trajo a la enramada. Mientras Francois lo agarraba, procedió con singular destreza a sacrificar el animal. Le dio una fuerte puñalada en el pecho, y a poco el rumiante lanzaba dolorosos balidos que repercutían lejanamente en la selva. Una vez muerto el animal, procedieron a desollarlo, y al cabo de una hora habían sacado el cuero del chivo completamente intacto. Mientras se ocupaba de separar la parte comestible del animal, Francois, con gran habilidad, saló la gruesa piel. Terminada la faena la piel fue colgada de un árbol cercano para que se secase con el sol del día siguiente. La carne, también salada, fue colgada junto al cuero del chivo.

Mientras tanto, Tinyó se había internado en la selva por la parte este, llevando un hacha, que era uno de los efectos que había traído Francois en el saco. Se dirigió con toda precisión a un grupo de árboles de regular tamaño los cuales sin duda ya conocía. Los árboles eran de la clase conocida en el país con el nombre de *grayumbo* o *guayuyo*, que tienen la característica de tener la madera muy blanda, y el corazón más blando aún. Cortó uno de los árboles, el que le pareció de tronco más grueso. Cuando el árbol cayó se puso a cortar un pedazo del tronco con un tamaño de metro y medio, más o menos. Con sus robustos brazos se lo echó al hombro, y regresó a la enramada oculta, lo entregó a Francois y otra vez volvió a dirigirse al bosque esta vez por la parte norte. Mientras tanto, Francois con un cuchillo fue sacando el corazón del tronco, hasta dejarlo completamente hueco. Aquel cilindro vegetal fue escondido en la copa de uno de los mangos que por allí había, los cuales parecían contemplar azorados los misteriosos manejos de los haitianos.

Cuando regresó Tinyó, traía en su hombro gran cantidad de cañas de azúcar que había tomado en los cultivos del establecimiento. Las depositó en la enramada y volvió en busca de mayor cantidad.

Tiná estaba hacía rato disponiendo y ajustando las piezas de un pequeño trapiche, o sea una especie de molino que sirve para extraer el jugo de algunas frutas. Este aparato había sido otro de los objetos robados en el depósito. Una vez que funcionó perfectamente, entre Francois y ella fueron moliendo una a una las jugosas cañas y a poco el claro y dulce guarapo iba cayendo, como menudos aljófares, en el fondo de un recipiente. Cuando estuvieron molidas todas las cañas que en cinco o seis viajes trajo Tinyó, los varios envases de que podían disponer estaban casi llenos. Después de agregar un poco de agua al guarapo, se pusieron a hervirlo usando un envase de nafta y una gran fogata. A poco rato el dulce guarapo estaba convertido en melaza e iba siendo trasegado al tonel. Entonces echaron en la melaza mangos muy maduros y otras sustancias vegetales solo conocidas por ellos que tienen la virtud de hacer fermentar la melaza con una rapidez única. Luego, escondieron el tonel en el monte, teniendo buen cuidado de taparlo con yaguas para resguardarlo de la lluvia.

Mientras los demás trabajaban atareados, Papá Oguís estaba también ocupado. Había sacado de sus bolsillos tres botellas de regular tamaño. Dos estaban vacías y la otra contenía un líquido amarillento. Volvió a introducir sus manos en los bolsillos y entonces extrajo varias piedrecitas pulidas y azuladas y unos terroncitos que parecían de barro. Con mucho cuidado puso las botellas a un lado y entonces se puso a machacar, sobre una piedra lisa, las piedrecitas y los terrones. Cuando estuvieron todas hechas polvo las echó en la botella que contenía el líquido. Después agregó un poco de polvo parecido al cemento. Entonces agitó violentamente la botella. Al poco rato, líquido y polvo, habían formado una especie de pasta blanda y grisácea. Entonces tomó las dos botellas vacías, las tapó con un corcho, y embadurnó toda su parte exterior, abarcando el tapón, con la pasta. Con mucho cuidado, Papá Oguís tomó entonces las curiosas botellas, les amarró una cuerda fina en su cuello, y las colgó, como dos ajusticiados, en la

rama de un mango, frente al oriente, con el evidente propósito de que el sol de la mañana les diera plenamente.

La aurora comienza a clarear la selva, y las rubias estrellas se iban destiñendo lentamente, cuando los haitianos dieron por terminada la faena. Tiná recogió los restos de la caña y los desparramó por el monte, barrió cuidadosamente el piso de la enramada, y Papá Oguís dio la orden de regresar al campamento, como diciendo: «aquí no ha pasado nada».



XXI. INCIDENTE DOMÍNICO-HAITIANO

El día siguiente, pareció desde su comienzo, que iba a ser de mucho movimiento en el Manicomio Modelo. Gollita había abandonado el pabellón de las mujeres desde la cinco de la mañana como acostumbraba a hacerlo desde el día feliz en que había triunfado la revolución. Se dirigía a un bosquecillo cercano a buscar sus acostumbradas hojas de albahaca, tomillo y yerba buena, las cuales necesitaba diariamente para sus tizanas y emplastos curativos. Caminaba muy oronda, respirando pulcritud con su vestido limpio, y su pañuelo blanco amarrado a la cabeza. Antes de llegar al bosquecillo echaría una mirada a su parcelita, acariciaría un momento sus chivos, y averiguaría si la gallina pinta había comenzado a sacar sus polluelos. Pero al llegar a su pequeña posesión tuvo un gesto de asombro. Fredesvinda y Tomasa, las chivas, estaban, como de costumbre, amarradas a dos naranjos tal como las había dejado la noche anterior; pero Periquito y Fifín, los chivos, habían desaparecido. Se acercó a los árboles en que los había amarrado y encontró las sogas cortadas, como si alguien, para llevárselos rápidamente, no hubiera querido tomarse el trabajo de deshacer los complicados nudos que había hecho para asegurarlos.

–¡Hum! –exclamó con voz bronca– ¡Aquí hay gato en macuto!

Buscó por los alrededores pero no vio ni traza de sus amados rumiantes. No le quedó ya ninguna duda. Había sido robada alevosamente, pero se armaría la de San Quintín en el Manicomio.

–¡A mí nadie me fuñe! –exclamó con voz airada.

Se dirigió entonces a los edificios para esperar la salida de Rodolfo y si era necesario despertarlo para comunicarle lo sucedido. Pero en el camino se encontró con Ubén. Este, antes de que

ella le dijera nada, se le acercó y le dijo misteriosamente señalando con el dedo el depósito de provisiones que aparecía con su gran portalón abierto:

–Madame Gollita, ¡aquí anoche pasaron cosas muy raras! ¡Rompieron el candado del depósito y robaron adentro! Yo estaba anoche muy tranquilo en mi hamaca debajo de aquel mango –y señalaba un mango cercano– fumando mi cachimbo, pues no podía dormir con el calor en el pabellón... de pronto vi una sombra que huía al bosque con un bulto grande en la cabeza... Seguí la sombra durante un rato, pero de repente desapareció en el monte como si fuera un difunto... Yo tenía mucho miedo...

–Pues a mí –dijo a su vez Gollita– me han robado dos chivos... ¡Y aparecen porque aparecen!

–¿Dos chivos también? –exclamó Ubén.

–Sí, mis dos chivos se los llevaron, y si no se llevaron las chivas también seguramente fue porque no tuvieron tiempo... y cambiando de tono agregó: ¿Y no pudiste darte cuenta de quién era el ladrón?

–¡Hum! –respondió Ubén– Dios me perdone, pero yo creo que al que yo vi fue a Francois, el haitiano... su misma estatura..., su mismo modo de andar.

–¡Él fue! –dijo Gollita rabiosamente–. ¡Esos haitianos son unos verdaderos gatos! ¡Dígamelo a mí que los conozco desde hace tiempo!

–Óyeme, Gollita –dijo Ubén conciliando–. No te alborotes así, yo voy ahora al campamento haitiano. Como ellos son compatriotas míos trataré de ver si averiguo algo.

Y disparatadamente agregó: –¡Conmigo sí que no pueden sus brujerías y su *ganguá!*

Gollita se convenció. Rodolfo no se levantaría hasta más tarde y así podría esperar el resultado de las investigaciones de Ubén. Era lo mejor, porque ella, ni que la mataran, –según su propia expresión– entraría al campamento de «esos brujos».

Se sentó en una piedra con aire adusto. Mientras tanto, Ubén caminaba rápidamente al encuentro de sus compatriotas. Iba con cierto recelo porque estos lo miraban mal por haberse *dominicano* y lo consideraban un traidor. Llegó a las posesiones haitianas.

Allí reinaba el más absoluto silencio. Solo Polá, estaba levantada preparando café en un fogón de piedras. Ubén se dirigió a ella.

–Quiero ver a Papá Oguís –le dijo.

–Papá Oguís está durmiendo –le contestó la muchacha en el lenguaje cortado de los haitianos.

–Es para un asunto de mucha importancia –le replicó Ubén.

–Mira a ver si ya está levantado.

Ante la insistencia de Ubén, la muchacha se decidió a llegar al bohío de Papá Oguís y echar una mirada por la entreabierta ventana al interior. El *Papabocó* estaba con los oscuros ojos abiertos, acostado en unos sacos, y echando el humo de su *cachimbo* por su horrible cavidad nasal.

Polá le dijo algo, y el *Papabocó* se levantó presuroso para venir al encuentro de Ubén. Tenía la cara muy seria y los ojos le fulguraban. Pero al acercarse, su rostro cambió como por encanto y fingió una sonrisa hospitalaria. Ubén lo veía venir con una mezcla de terror e indecisión.

A los pocos minutos ambos hablaban apresuradamente. Ubén parecía referirle todo lo relativo al robo pues señalaba los edificios y hacía gestos, que quería hacer enérgicos. Papá Oguís contestaba con su voz cavernosa y con expresiones que parecían ser protestas de inocencia. Al ruido de la discusión, aparecieron Tiná, Tinyó y Francois. Este último se dirigió directamente a Ubén y entabló con él una discusión en *creol*.

Después, el *Papabocó*, seguramente para demostrar a Ubén la verdad de lo que decía, lo llevó por todo el campamento como para que comprobara que allí no podían estar ocultos los objetos robados. Ubén examinó todos los parajes con cuidado y comenzó a asombrarse.

–¡Cómo es que los malditos chivos de Gollita no gritan!
–comentaba en su interior.

En un momento Papá Oguís se separó cautelosamente del grupo, mientras los demás trataban al parecer de calmar y agasajar a Ubén. El *Papabocó* se dirigió al lugar en que Polá colaba el café, y le dijo unas palabras al oído. Al poco rato la muchacha cantaba con modulada voz:

*Quand cher zami moin va rivé
Mon fait li tout plein caresse
;Ah! plaisir lá nou va goutte
C'est plaisir qui duré sans cesse
Mais toujours tard, ;Helas! ;Helas!
Char zami moin va vlé rivé.*

*Si zami moin pas vlé rivé
Bientot mon va mouri tristesse
;Ah! coer a u pas doué blié
Pola lá li héle maitresse.
;Mais qui nouvelle? ;Helas! ;Helas!
Cher zami moin pas cor rivé.¹³*

Mientras cantaba, Polá echaba miradas significativas a Ubén, y viraba los ojos desmayadamente. La muchacha no entonaba mal y los aires de la canción le hacían recordar a Ubén los lejanos tiempos pasados en las riberas del Grand Rivière y del Artibonito, en su lejano Haití. Sus ojos miraban extasiados el cimbreado cuerpo de su compatriota, quien a veces se contoneaba al compás de la canción.

Pero no se dejaría seducir. Tenía que regresar a dar cuenta a Rodolfo, cuanto antes, de lo sucedido. Hizo un gesto, que quiso hacer aparecer amistoso, de despedida, y se dispuso a alejarse rápidamente. No había dado dos pasos cuando oyó la argentina voz de Polá que le gritaba:

–¿Qué? ¿Se va sin tomar un poco de café?

¹³ Cuando mi querido amigo venga
yo le prodigaré plenas caricias,
el placer que nosotros gustaremos será eterno.
Pero se hace tarde, ¡helas!, ¡helas!
y mi amigo no quiere venir.

Si mi amigo no quiere venir
Yo voy a morir de tristeza
¡Ah! su corazón no debía olvidar
a Polá que él llamaba su dueña.
¿Qué hay de nuevo? ¡Helas!, ¡helas!
Mi amigo está todavía lejos.

Ubén se detuvo. Mentalmente había tirado algunos planes amorosos sobre la haitianita y pensó que lo mejor era no desairarla. A pocos segundos, Polá le trajo una jiguera llena del humeante líquido. Ubén lo tomó en pequeños sorbos, dando miraditas sentimentales a la muchacha. Notó que el café tenía un sabor un poco raro, y que era una cantidad mucho mayor de la que él tomaba comúnmente. Pero no era cosa de despreciar el aromoso néctar y lo bebió todo. Entonces se dirigió con rápidos pasos al edificio.

Mientras tanto, hacía un rato que Gollita, cansada de esperar a Ubén, se había dirigido a la oficina adonde ya estaba Rodolfo con su grupo. La noticia de los robos se había cundido como un reguero de pólvora por todo el sanatorio. Al llegar Gollita poco tuvo que decir a Rodolfo sobre el suceso.

Este estaba aparatosamente sentado frente al escritorio y a su lado estaban Rafaelito, Senén, Pereira y Andrés.

–¡Esas son cosas de esos haitianos! –decía Senén con aire convencido.

–Venga acá Gollita –dijo Rodolfo de repente– ¿Ud. no tiene sospechas de quién le robó sus animales?

–Yo estoy segura que fueron los haitianos –contestó la aludida con gran vehemencia–, pues Ubén me contó esta mañana que estando anoche en las afueras del pabellón había visto una forma humana que le pareció ser la de Francois, el haitiano, con un bulto en la cabeza, huyendo hacia el monte. ¡Él fue el que robó en el depósito y el que robó mis chivos!

–¿Y Ubén donde está?

–Fue al campamento haitiano a ver si averiguaba del robo –contestó Gollita.

–¡Mal hecho! –exclamó Rodolfo– y dirigiéndose a Pereira: –¡Vaya a buscarme inmediatamente a Ubén y tráigamelo aquí!

Entonces se dirigió, acompañado de los otros, al depósito de provisiones. Una vez allí, examinó el abierto portalón y calculó que solo un hombre fuerte hubiera podido forzar el candado en la forma en que lo había sido. Entró al depósito. Las innumerables cajas y efectos que allí había, parecían estar en orden: sacos de arroz y frijoles, cajas conteniendo provisiones de boca, montones de plátanos, una regular cantidad de azadas, alpargatas,

herramientas de agricultura, uniformes, etc. Solo se notaban dos o tres huecos de los cuales parecía haberse tomado algo. Pero como nadie sabía con exactitud lo que allí había no se podía determinar cuáles cosas habían sido sustraídas. Senén, que siempre parecía estar mejor enterado que los demás, exclamó, señalando un hueco:

–Lo que sí yo sé es que allí había un aparato que tenía unas especies de ruedas...

Pero no pudo explicar nada más. Rodolfo pensó que, como en el día el depósito estaba muchas veces abierto, alguien había entrado y localizado los objetos que debían ser robados. Pero le intrigaba saber cuáles cosas podrían tener los haitianos interés en robar.

–Jefe –dijo de pronto Rafaelito–. ¿No cree Ud. que algunos de los llaveros podría saber con precisión los objetos que había en el depósito?

Rodolfo encontró la idea luminosa. Haría traer al llavero Echavarría, que parecía ser el menos obtuso de todos, y lo interrogaría.

–Óigame, Senén –dijo– tráigame aquí al llavero Echavarría...

–¡Válgame Dios! –le contestó Senén– ¿Y Ud. cree que ese hombre va a poder caminar con las inyecciones que le pegaron?... ¡Ud. ya no se acuerda de lo que es eso!

Rodolfo comprendió que tenía razón y entonces decidió trasladarse con todos al pabellón de reposo. Así echaría, además, un vistazo a los inyectados.

Al pasar por el edificio principal oyó la música de un radio, y se alegró al pensar que Charlotte y Diomares trataban de distraerse.

Al llegar poco después, un espectáculo lamentable se ofreció a la vista de todos.

El Dr. Romano, practicantes, llaveros y enfermeras, parecían verdaderos guiñapos, tirados en el frío suelo del pabellón. Estaban con los uniformes sucios de revolcarse en el piso en los pocos movimientos que podían hacer. Los rostros estaban tan macilentos y demacrados, especialmente los de Valdés y Burrolote, que casi era imposible reconocerlos.

Al llegar el grupo, Tatica, comenzó a llorar estrepitosamente, y Araujo a lanzar sordos gruñidos.

–¡Miren a ese maldito, algún día la ha de pagar! –decía Paula, entre sollozos histéricos.

–¡Cállese! –le decía en voz baja el llavero Don Pedro que estaba a su lado–. No ve que ese condenado es capaz de mandarnos a poner otras inyecciones encima de las que ya nos pusieron?

Al pasar cerca del Dr. Romano, este, le hizo señas con la mano de que se detuviera. Rodolfo así lo hizo, y el doctor le dijo con rabia contenida:

–¡Ud. ha tenido el atrevimiento insólito de raptar a esa joven norteamericana, pero pronto se encontrará con la horma de su zapato! ¿Ud. cree que va a quedar impune después de los atropellos que ha cometido?

–Doctor –le respondió Rodolfo con toda calma–, espero que la familia de la joven norteamericana cuando sepa que ella está aquí sana y salva, y tratada como en su propia casa, se alegrará. El destino me puso en su camino para evitarle los sufrimientos horribles que seguramente hubiera pasado en el hundimiento del «María», donde sabe Dios si hubiera perecido... En cuanto a los castigos que me piensan imponer, le diré, que no temo ni temeré a la justicia, donde justificaré mis actos con toda mi responsabilidad de hombre...

–¡No me diga una palabra más!... –le espetó su interlocutor desahogando su ira–. ¡Quítese de mi presencia!

–¿Okey? –le contestó burlonamente Rodolfo– y le volvió la espalda.

Se dirigió entonces al llavero Echavarría que estaba en el fondo del pabellón. No parecía este estar tan quebrantado como los demás.

–Algunos no cogen bien la inyección... –comentaba Senén. A Rafael Pina lo inyectaron una vez y al otro día estaba encaramado en los mangos...

–Óigame, llavero Echavarría –dijo Rodolfo interrumpiendo las disquisiciones de Senén–. Necesito que Ud. me dé una información bajo la promesa que le hago de que si contesta con formalidad lo mandaré a una cama en la enfermería para que pase allí su convalecencia.

Los ojos de Echavarría fulguraron de alegría. Una cama, en contraste con el duro y frío piso de cemento, era el único pequeño

paliativo que podían recibir los músculos adoloridos por el bárbaro tratamiento.

–Estoy dispuesto a contestarle sobre todo lo que me pregunte –contestó regocijado el llavero.

Entonces Rodolfo hizo que este le detallara los objetos y efectos cuya existencia él hubiera comprobado anteriormente en el depósito. Después de un minucioso chequeo se llegó a la conclusión de que faltaban un pequeño trapiche, un tanque de cobre cerrado, un serpentín de cobre, un tubo del mismo metal, varios envases vacíos de nafta y probablemente algunas herramientas de cultivo.

–Quiere decirme –dijo entonces Rodolfo–, ¿el uso que hacían aquí del trapiche, del tanque y del serpentín?

–Estos objetos –contestó Echavarría– no pertenecían al sanatorio. Según he sido informado, fueron propiedad de algunas personas que vivían en la isla antes de ser instalado el Manicomio y las cuales los abandonaron al volver a La Hispaniola. Según parece, en el trapiche molían caña, y con el tanque y el serpentín hacían un pequeño alambique para destilar aguardiente...

Rodolfo se dio con la mano en la frente. Ya no parecía quedar duda de que los ladrones eran los haitianos. Seguramente ansiaban la posesión del trapiche y el pequeño alambique para la fabricación de alcohol, al cual eran tan adictos... Recordó haber oído decir que era frecuente en Haití, y aun en la República Dominicana, la destilación clandestina de alcohol dentro de las selvas vírgenes, para evitar la persecución de las autoridades. Como el alcohol destilado paga un gran impuesto era un pingüe negocio fabricarlo sin sujeción a las leyes.

–¡Ahora van a saber esos haitianos quién soy yo! –exclamó lleno de ira–. ¡No quedará un solo pedazo de la isla sin registrar hasta dar con el trapiche, con el alambique y con los chivos de Gollita!

–¡Tenga mucho cuidado! –le observó Senén imprudentemente–. ¡Que esa gente son el diablo!

Rodolfo no hizo caso a la advertencia de Senén, y se trasladó nuevamente a la oficina. Allí estaba Pereira de regreso.

–Jefe –dijo a Rodolfo–. Ubén no ha sido encontrado en parte alguna. En el campamento haitiano me informaron que estuvo allí

al amanecer, pero que al poco rato se fue. Yo he preguntado y buscado por todas partes sin encontrar rastro de él.

–¡Yo que digo que estas son cosas de brujería! –comentaba implacablemente Senén.

–Senén, ¡cállese con ese rentintín! –le espetó Rodolfo cada vez más rabioso.

–¡Esta es la isla de los misterios y de los fantasmas! gritaba don Manuel que contemplaba todo regocijado.

Rodolfo no podía ya más, pero trató de dominarse. Al poco rato encargó a Andrés y a Temisto que organizaran un nuevo grupo, que quizás tendría más suerte, para registrar la isla de punta a punta en busca de Ubén, y que de paso trataran de ver si encontraban los objetos robados.

Y dirigiéndose a Pereira ordenó con voz enérgica:

–¡Vaya inmediatamente al campamento haitiano y tráigame aquí a Papá Oguís, Tinyó, la vieja Tiná y a Francois!

Pereira voló con sus secuaces a cumplir el encargo. Al cuarto de hora traía a los cuatro a empellones, entre insultos y amenazas.

Hizo Rodolfo poner a los haitianos frente al escritorio, mientras estos, con una increíble hipocresía, hacían gestos y ademanes protestando su inocencia, aún antes de saber de lo que se trataba.

Al comenzar a hablarles se encontró Rodolfo con el grave inconveniente de que los haitianos no entendían o fingían no entender lo que se les decía. A las preguntas se limitaban, especialmente Tinyó y Tiná a contestar con frases entrecortadas dichas con gran vehemencia.

–*Nous pas fait anyen, nous pas fait anyen!*¹⁴

–¡Lo que dicen es que no han robado nada! –explicó Senén, que pretendía conocer el *patois* como su propia lengua.

–¿Qué no han robado nada? –interrumpió Gollita con rabioso despecho. –Pues Ubén vio a Francois la noche del robo... ¡y ahora han hecho desaparecer a Ubén para que no pueda declarar! ¡Son ellos, don Rodolfo, son ellos!... ¡Que me ciegue la Virgen de La Altagracia si no fueron ellos!

¹⁴ –¡Nosotros no hemos hecho nada, nosotros no hemos hecho nada!

–Lo que sí yo sé –dijo entonces Pereira doctoralmente– es que esos haitianos son amigos de lo ajeno... Sí... Yo viví mucho tiempo cerca de Dajabón en la frontera, y no había noche que no se pasaran por la línea a robar ganado, gallinas y víveres de los dominicanos. ¡Yo me corto la cabeza si no fueron ellos!

Rodolfo se decidió a terminar con la farsa. En vista de la opinión desfavorable sobre los haitianos y de la que él mismo tenía, pensó que debía infligir a estos un castigo ejemplar, a fin de evitar la repetición de actos semejantes. El castigo debía recaer sobre Francois, por ser el probable autor del robo, según la revelación que Gollita decía haber recibido de Ubén, y sobre Papá Oguís, Tinyó y Polá, como directores visibles del grupo. Pero Rodolfo decidió retardar todavía un poco su decisión.

Llegó la hora de la comida y todos se dirigieron al comedor. Mientras tanto Papá Oguís y sus acólitos fueron encerrados en celdas por orden de Rodolfo.

–¡A esos haitianos lo mejor sería matarlos a todos! –decía Pereira con cómica ferocidad, cuando se dirigían al comedor. –¡Yo quisiera que me los entregaran a mí!

Alrededor de las tres estaban todos de regreso a la oficina. Pereira estaba radiante de gozo. Suponía que pronto comenzaría a entrar en funciones.

Como respondiendo a sus deseos, Rodolfo le dijo en voz alta para que todos lo oyeran:

–¡Amarre a esos vagabundos en cuatro palos y hágale dar cincuenta latigazos a cada uno!

Del grupo salió un murmullo de aprobación, y a poco, Papá Oguís, Tinyó, Tiná y Francois, eran amarrados en cuatro mangos cercanos ante la expectación de los reclusos que se agrupaban para contemplar el espectáculo. Los haitianos, con su habitual hipocresía, no querían dejar transparentar sus sentimientos, pero los cuerpos de Tinyó y Francois comenzaron a temblar cuando iban a ser amarrados. Pereira al verlos les dijo:

–¡Alégrese de que no los fusilen a todos!

Pereira encargó de la tarea a cuatro reclusos fuertes que ya se acercaban a los mangos, con largos látigos que habían sido hallados en el depósito.

Cuando se iba a cumplir la sentencia, se oyó una voz femenina que venía del piso tercero del edificio principal. Era Diomares que a grande voces llamaba a Rodolfo.

–La señorita Charlotte quiere hablar con Ud. –decía tratando de levantar la voz lo más que podía.

Rodolfo envió a Rafaelito con la llave de la habitación con la orden de traer ante él, a Charlotte y a Diomares.

A poco rato llegaban las dos mujeres con acelerado paso. Diomares con rostro serio y compungido; Charlotte, serena y radiante con su blanco vestido de enfermera. Esta miró compasivamente a los haitianos amarrados e hizo un gesto como de incomprensión y protesta.

–Si yo le pido una cosa –dijo dirigiéndose a Rodolfo, ¿sería Ud. capaz de complacerme?

Rodolfo se turbó un poco. La presencia de Charlotte casi lo desarmaba en las circunstancias presentes. Pero, sospechando de lo que se trataba, vaciló antes de contestar.

–Señorita, estoy dispuesto a complacerla en todo lo que de mí dependa. Sepa Ud. que sus deseos son órdenes para mí.

Charlotte y Diomares habían sido enteradas por Ramoncito de todo lo sucedido. Este aprovechaba su papel de informador para cambiar algunas palabras en mal inglés con Charlotte. Los reclusos miraban con asombro la escena.

–Vengo a pedirle –dijo Charlotte con decisión– que perdone a estos infelices y no les inflija ningún castigo. Dios manda a perdonar las ofensas...

–Sí, Rodolfo, –intervino Diomares– Déjese de eso..., suelte a esas gentes, que después de todo no hay la seguridad de que hayan hecho nada malo.

Rodolfo se quedó un momento silencioso. A los pocos segundos dijo con voz lenta:

–Señorita Charlotte, si Ud. me hubiera pedido mi vida con gusto se la hubiera dado. Por eso le dije que en todo lo que de mí –y acentuó esta última palabra– dependiera, estaba dispuesto a complacerla. Pero yo no me debo a mis deseos ni a los suyos, sino a la de esta comunidad que dirijo, que pide justicia contra un

hecho delictuoso. ¡Sin justicia no puede haber orden, y sin orden la libertad se convierte en libertinaje!

Charlotte bajó la cabeza impresionada con la contundente réplica.

–Pero quiero que sus piadosos sentimientos –continuó Rodolfo– no queden sin retribución, y por eso... rebajo los cincuenta latigazos a veinticinco que es muy poco para el castigo que merecen estos delincuentes.

–¡Muy bien! –dijo Charlotte– le doy... ¡la mitad de las gracias!...

Y con paso rápido se dirigió a su habitación, seguida de Diomares.

A los pocos segundos se cumplía la sentencia de Rodolfo, y los haitianos lanzaban dolorosos gemidos al sentir sus cuerpos cruzados por el infamante látigo.



XXII. EL ZOMBI

Al día siguiente, cuando Rodolfo se dirigía con los suyos a la oficina, notó grupos de reclusos más compactos que otras veces cerca de los edificios y en los ojos de todos creyó notar el descontento y el asombro.

A los pocos segundos de estar sentado frente a su escritorio se presentó Gollita toda exaltada.

–Don Rodolfo –dijo sin dar siquiera los buenos días– Ubén ha sido encontrado en el monte... pero está seguramente *ensalmado*¹⁵, pues apenas habla y no reconoce a nadie...

–¿Donde está Ubén? –preguntó ansioso Rodolfo–. ¿Quién lo ha encontrado?

–Celeste lo encontró esta mañana, casi muriéndose... –contestó Gollita.

En efecto, Celeste era sumamente aficionada a recorrer sola los valles, riscos y montes de la isleta, y esa mañana, al observar un bulto oculto en la espesa maleza, cerca del arroyo Jagüey, se acercó a él, presintiendo que de algo raro se trataba. Al tocar el bulto semioculto dio un grito de pavor: Ubén, al parecer desmayado, con la respiración anhelante, y la piel sudorosa, parecía estar en los estertores de la agonía. A sus gritos vinieron algunos reclusos y entre todos lo llevaron a la enfermería.

–¡Esto se está poniendo feo! –murmuró Senén.

Rodolfo casi corriendo se trasladó con los otros a donde estaba Ubén. De paso preguntó a Temisto el Tuerto:

¹⁵ Término que en ciertas partes del país significa «embrujaado».

–Y la búsqueda de los objetos robados ¿qué resultado ha dado?

–Don Rodolfo –contestó el aludido–. Toda la isla ha sido registrada sin ningún resultado. ¡Parece como si los chivos y los demás féferes se los hubiera tragado la tierra!

Y los ojos de Temisto, brillaban con temor supersticioso.

En la enfermería, al llegar Rodolfo, había cierto estado de alarma. Los reclusos que allí habían y que apenas se asombraban de ver ataques de furia, cuerpos llagados y convulsiones epilépticas, miraban con ojos espantados la cama donde Ubén con los párpados semi-cerrados, el cuerpo humedecido por un líquido viscoso, y la respiración fatigosa, lanzaba al aire sonidos y palabras entrecortadas.

–¡Hum! –dijo Gollita– un hombre que ayer estaba bueno y sano... enfermarse así de repente... ¡yo qué digo!

Rodolfo miraba a Ubén perplejo. En efecto, la enfermedad de este no se parecía a ninguna otra: estaba como aletargado, como entumecido, y al parecer no tenía fiebre, ni lesión alguna.

Ante lo insólito del caso se decidió Rodolfo a ir donde el Dr. Herrera. Esperaba que este, agradecido de las consideraciones que con él había tenido, lo atendiera.

Al llegar al pabellón, el Dr. Herrera discutía con el guardián Calazán sobre la necesidad que tenía de ir «a tomar el aire afuera». Calazán insistía en que sin orden de Rodolfo no dejaría a nadie salir del pabellón. La ocasión se mostraba propicia.

–¡Comprenda Ud. –decía Calazán al doctor– que yo cumplo órdenes!

–¡Oiga Dr. Herrera! –dijo Rodolfo al llegar–. Voy a permitirle estar afuera del pabellón todo el tiempo que quiera, con la condición de que «se porte bien» y vea y asista a un enfermo que tengo.

–¡Encantado, jefe Rodolfo! –contestó el Dr. Herrera socarronamente–. ¡Estoy dispuesto a servirle y a obedecerle!

Se dirigieron entonces todos a la enfermería. El Dr. Herrera caminaba lentamente, y «cojeando de los dos pies», según la expresión de Rafaelito, pues la media inyección no había dejado de producir sus efectos.

En la enfermería, el doctor, después de haber hecho llamar a Diomares para que lo asistiera, examinó minuciosamente a Ubén:

le tomó el pulso, le palpó el abdomen, le miró ojos y garganta, le puso el estetoscopio, y le tomó la presión de la sangre. Después de estos exámenes, y de no haber obtenido ninguna respuesta de Ubén a las preguntas que le hacía, el doctor hizo un gesto moviendo la cabeza de un lado a otro. Luego zarandeó el cuerpo suavemente como para despertarlo, pero Ubén seguía en la luna de Valencia.

–¡Caso raro este, sí! –masculló el Dr. Herrera.

–¿No será enfermedad de *Parkin*? –aventuró Diomares.

–No creo –respondió el aludido–. En la enfermedad de *Parkin* se debilita el dominio muscular y se perturba la *motilidad*... Estos no son precisamente los síntomas que presenta este enfermo.

Después de cavilar un rato, el médico hizo traer una jeringuilla hipodérmica y ordenó a Diomares que extrajera un poco de sangre de una de las venas del antebrazo del paciente. Una vez obtenida esta, el doctor se dirigió a Rodolfo:

–Permítame ir al laboratorio a examinar esta sangre.

–¿Tardará mucho este examen? –inquirió Rodolfo.

–Será cosa de una hora, más o menos.

–Entonces nosotros esperaremos aquí. Mientras tanto ¿no hay nada que pueda hacerse al enfermo?

–Bueno... –contestó el doctor como por decir algo–. Pónganle paños húmedos en la frente mientras yo regreso.

Pereira, diligente, se dirigió al cuarto de baño con unas toallas, para cumplir la recomendación del doctor. Senén, con los ojos muy abiertos, no se acercaba a más de un metro de la cama. Rafaelito, aprovechándose de la confusión, huroneaba por la enfermería registrando los botiquines y ocultando en su seno cuanto pequeño objeto encontraba. Los demás estaban silenciosos.

Al cabo de media hora el enfermo había agravado notablemente.

Cuando a los tres cuartos de hora regresó el doctor, Rodolfo se dirigió a él ansiosamente:

–¿Qué resultado ha tenido el examen, doctor?

–¡Un resultado asombroso! ¡Este tipo tiene la sangre más buena que un potro ario! –contestó el aludido, dando muestras de gran sorpresa.

–¿Qué puede hacerse entonces?

–Yo haría un examen de orina. Pero en el estado en que está el enfermo no parece posible obtener la orina...

–Pero, ¡en resumen! –exclamó Rodolfo impaciente–. ¿No puede Ud. decirme qué es lo que tiene el enfermo?

–Mi amigo –respondió calmadamente el Dr. Herrera– los médicos no somos dioses. Se trata sin duda de una rara enfermedad muy difícil de diagnosticar. En toda mi vida profesional no he visto un caso semejante. Si no estuviéramos aquí yo haría una junta de médicos... Lo único que podría hacer ahora sería tener una consulta con el Dr. Romano. Ya que él no puede caminar, si Ud. lo permite, iré a entrevistarme con él, le referiré el caso, y trataremos ambos de llegar a una conclusión. Mientras tanto –dijo dirigiéndose a Diomares– inyecte Ud. al paciente una dosis de suero fisiológico.

–Óigame doctor –dijo Senén, dispuesto a intervenir– ¿No cree que a este hombre le han echado una *brujería*?

El doctor lanzó al aire una sonora carcajada.

–¿Y hay gente todavía en el siglo de las fortalezas aéreas y de la televisión que crea en brujerías? –exclamó regocijado.

–Bueno... –contestó Senén todo confuso– yo no sé de eso de fortalezas y tele... qué... que Ud. dice–. Pero las brujerías de que las hay, las hay...

–¡En la mente de los ignorantes! –le repuso el doctor. Y con paso rápido se dirigió al pabellón de reposo riendo a más no poder de la simplicidad de Senén.

Después de la inyección de suero, Ubén no pareció mejorar. La respiración apenas se le sentía y el pulso latía muy débilmente. Los ojos semi volteados le daban ya el aspecto de un cadáver.

–Ese hombre está agonizando –rezongó Gollita.

Celeste al oír esto salió rápidamente hacia afuera y se dirigió a la gruta. Tenía un miedo terrible al esqueleto, pero había visto allí unas velas de ceras y no era cuestión de dejar morir así a Ubén. Después de grandes esfuerzos quitó la piedra de la entrada y a poco regresaba con el miedo pintado en el semblante, pero trayendo en las manos dos grandes velas.

Ubén acababa de hacer el tránsito terrenal, y Celeste, piadosamente, puso las dos velas encendidas en la cabecera de la cama y

cerró los ojos al cadáver. Rodolfo, en la confusión, ni siquiera se le ocurrió pensar cómo había obtenido Celeste las velas.

Cuando el doctor Herrera regresó se encontró con el triste espectáculo: Celeste de rodillas junto a la cama rezando; Gollita dando grandes alaridos ante el tenebroso cuadro de la muerte, y los compañeros de Ubén, en pie, mirando silenciosamente el cadáver. Comprendiendo que nada había que hacer se retiró.

Rodolfo dispuso el enterramiento para las cuatro y se fue al comedor con sus compañeros deseoso de apartar de su mente las deprimentes ideas que le atormentaban. Alrededor de las tres se le ocurrió que alguien debía certificar la defunción de Ubén y rogó al Dr. Herrera que lo hiciera. Este accedió, pero antes fue una vez más a ver el cadáver. Lo palpó en toda su extensión.

–¡Es raro! –exclamó preocupado–. Tiene el cuerpo aún caliente y no se ha presentado la rigidez cadavérica.

El doctor se quedó mirando el cadáver largo rato. Luego dijo dirigiéndose a Diomares:

–Tráigame una pequeña cantidad de atropina.

Diomares desapareció y a los cinco minutos estaba de regreso.

Cuidadosamente, el doctor hizo que la enfermera abriera, uno a uno, los párpados de Ubén y dejó caer en cada ojo unas gotas de la droga. Se quedó esperando alrededor de un cuarto de hora, al fin del cual exclamó:

–La reacción de la atropina ha dado un resultado negativo.

Pero aún vacilaba el doctor.

–Haga el favor de traerme ahora una dosis de adrenalina para inyectar.

Cuando estuvo la jeringuilla en sus manos, inyectó la adrenalina en el brazo derecho del cadáver. Esperó alrededor de media hora, y entonces auscultó el corazón con el estetoscopio.

–Prueba también negativa –dijo al cabo de un momento. Este hombre está bien muerto, pues las pupilas no se han dilatado con la atropina, ni el corazón ha funcionado con la adrenalina.

Entonces, ya satisfecho, entregó el certificado de defunción a Rodolfo.

A las tres y media de la tarde este hizo disponer todo para la inhumación del cadáver. Se tomó de la carpintería uno de los

ataúdes de los cuales había siempre varios en existencia. Al notar Celeste que la burda madera de pichipén de que estaba hecho, no estaba forrada, pidió permiso a Rodolfo para tomar un uniforme nuevo y deshacerlo a fin de improvisar un forro. Piadosamente, la muchacha, con gran destreza, deshizo el traje y a poco rato Pereira ayudaba a forrar toscamente el ataúd.

A la hora del enterramiento se presentó un grave inconveniente. Nadie quería cargar el muerto hacia el cementerio. Todos temían contagiarse con la extraña enfermedad de Ubén. No valieron las reflexiones, ni las amenazas de Rodolfo para que desistieran de su resolución.

–¡Yo no me acerco a esa caja ni que me maten! –decía Senén.

Pero el problema subsistió hasta que Pereira se enteró de lo que sucedía.

–¿Qué es lo que pasa aquí? –dijo con voz destemplada. ¿Es que Uds. le han cogido miedo al muerto? ¡Yo me atrevo a cargar hasta con el mismo diablo!

Ramoncito, a quien sus avanzadas ideas científicas no le permitían creer ni en los microbios, según él mismo decía, lo secundó inmediatamente. Ya eran dos.

Rodolfo, queriendo evitar más complicaciones, se prestó a ayudar también, y a poco rato el cadáver de Ubén era conducido por los tres al pequeño cementerio, seguidos por un grupo de reclusos, a respetuosa distancia.

En el sanatorio reinaba un ambiente de tristeza y desconcierto. Allí morían corrientemente reclusos de pulmonía, de tuberculosis, de paludismo, pero a nadie se le había ocurrido rehuir la sagrada obligación de conducirlos al último recinto.

Rodolfo había decidido con firmeza olvidar los últimos sucesos y llevar adelante sus planes en la mejor forma. Pero cuando se disponía a arreglarse un poco para ir a hacer una visita a Charlotte, un murmullo que salía del exterior llamó su atención. Asomó la cabeza por la ventana y un pintoresco espectáculo se presentó a su vista: Papá Oguís, seguido de Tinyó, Tiná y Francois, avanzaban lenta y ceremoniosamente hacia la oficina. Todos traían pañuelos rojos en la cabeza, y en sus caras y brazos había curiosos emplastos que se habían puesto seguramente para mitigar el

dolor o para curar los verdugones de los latigazos del día anterior. Hipócritamente simulaban estar contritos y resignados. Los reclusos los miraban curiosamente. Don Manuel, sentado al pie de un mango, les gritaba:

–¡Haitianos del diablo vuélvanse al infierno!

Al llegar a la oficina, el *Papabocó* pidió permiso para hablar con Rodolfo. Encargó que se le dijera que era para algo importante. Rodolfo, después de vacilar entre enviar a latigazos a los haitianos a su campamento, y oírlos para enterarse de lo que querían, se decidió por lo último. Antes de disponerse a escucharlos, envió a Rafaelito, a avisar a Charlotte y a Diomares que podían salir de la habitación, si así lo deseaban.

Con su grupo, alrededor, Rodolfo atendió a la comisión de los haitianos. Estos se quedaron en pie frente al escritorio, y a poco Papá Oguís decía algo en su idioma, que Senén trataba de entender para traducirlo a Rodolfo. En las palabras del *Papabocó* venía frecuentemente mezclado el nombre de Ubén.

A las pocas palabras Senén miraba asombrado al *Papabocó* y hacía extraños gestos, mientras murmuraba entre dientes:

–¡Si yo que digo!..., ¡las cosas de esta gente!... ¡Hum!

Al fin Rodolfo dijo impaciente a Senén:

–Bueno, por fin, ¿qué es lo que quieren?

Pero Senén no se atrevía a decir a Rodolfo de lo que se trataba.

–¡Oiga Senén! –dijo al fin Rodolfo colérico– ¡se va o no se va a acabar esta mojiganga! ¡Me dice Ud. de lo que se trata, o mando estas gentes al diablo!...

–Bueno –dijo al fin Senén, siempre vacilante–. ¡Este hombre –señalando a Papá Oguís– dice que él puede resucitar a Ubén!... ¡Ofrézcome!...

E hizo con prontitud la señal de la cruz.

–¿Resucitar... qué? –dijo Rodolfo sin comprender.

–Sí, mi jefe. Este hombre afirma que él puede resucitar a Ubén...

–Dígale –espetó Rodolfo– que se vaya a burlar de su madre, antes que de mí... y que si no quiere que le mande a dar cien latigazos a él y a los otros, que se *larguen* inmediatamente de aquí...

Senén iba a transmitir la injuria amenazante de Rodolfo, cuando todos distinguieron a Charlotte entre el grupo de reclusos que

desde la puerta contemplaba la escena. Había oído todo, y hacía señas a Rodolfo de que deseaba hablarle. Rodolfo se levantó e indicó a los demás que lo esperaran. Hizo una reverencia a Charlotte al llegar donde ella, mientras esta le indicaba que podían sentarse en un banco cercano, a conversar. Charlotte parecía serena, aunque en sus ojos había la sombra de una intensa preocupación.

–Óigame, Rodolfo –dijo una vez estuvieron sentados, –he oído la conversación de Uds... y quería decirle algo... pero no sé por dónde empezar...

–Dígame lo que desee, sin temor –le contestó Rodolfo.

–Pues... mire Rodolfo, al oír que Senén le decía que el haitiano prometía hacer revivir a Ubén, me recordé de un libro en inglés que hace años leí, y que se titulaba «The Magic Island», del cual es autor un renombrado escritor norteamericano, de nombre William Seabrook, si mal no recuerdo. Este señor visitó a Haití y relata en el libro haber comprobado que ciertos haitianos sacaban los muertos de sus tumbas a las pocas horas de haberlos enterrado y los hacían revivir con ciertas ceremonias y ritos. Que los resucitados quedaban en un estado de atontamiento tal, que eran manejados fácilmente por sus victimarios, los cuales los ponían a trabajar como animales en las plantaciones de caña y café. Creo que a los resucitados les llaman *zombis* o algo así. Me recuerdo de todo esto, porque el episodio provocó una gran curiosidad en mí y en otras amigas que habían leído el libro y discutimos el asunto con frecuencia. En relación con esto, recuerdo haberlo oído decir a mi padre que, en su opinión, las personas que resucitaban estaban solo en estado de muerte aparente, y que así se explicaban las resurrecciones al cabo de cierto tiempo y mediante ciertos procedimientos...

Rodolfo escuchaba atónito a Charlotte, pues jamás había oído hablar de nada que se pareciera. En realidad no creía una palabra de lo que la joven le refería.

–Charlotte –dijo entonces– ¿No cree Ud. que el relato de que me ha hablado, haya sido más bien el resultado de la imaginación y la fantasía exaltadas del escritor, compatriota suyo?

–Podría ser –afirmó Charlotte–. ¿Pero no se recuerda Ud., a su vez, cuando me dijo en la gruta, en presencia de su tesoro, «que la

realidad sobrepasaba muchas veces lo que pudiera crear la fantasía del más imaginativo de los novelistas?» ¿No puedo yo, con razón argüirle ahora lo mismo?

Rodolfo quedó estupefacto. Le admiraba grandemente la agilidad mental de la norteamericana y la fidelidad con que había recordado sus palabras. Prometió, entonces, a Charlotte que pensaría la cuestión.

La joven aprovechó la buena disposición de Rodolfo para pedirle permiso para pasear con Diomares por la playa. Rodolfo concedió el permiso, e hizo prometer a Charlotte que a nadie, bajo ninguna circunstancia, revelaría el secreto de la gruta y el tesoro.

A poco rato las dos mujeres corrían juguetonamente hacia el mar. En realidad, ambas habían convenido en tratar de ir a la costa cuantas veces pudieran con la remota esperanza de ver en el océano algún barco que pudiera socorrerlas. Diomares llevaba oculto en el vestido un largo delantal de enfermera que pensaban izar a un palo para pedir auxilio tan pronto se presentara la menor oportunidad.

Rodolfo, mientras tanto, cavilaba sobre las extrañas cosas que estaban pasando en la isleta. Se decidió, por fin, a tener un cambio de impresiones con el Dr. Herrera.

Se dirigió en busca de este. Lo encontró plácidamente leyendo una revista debajo de un mango cercano. Le contó todo y le rogó le diera su opinión al respecto.

–Solo le digo –fue la contestación cortante del doctor– lo que le dije a uno de esos ignorantes esta mañana: ¿que no me explico cómo en este siglo de luz y progreso, pueda haber todavía personas que crean en semejantes patrañas! Mi amigo –continuó–, todo el que ha tratado de penetrar el misterio de la vida y de la muerte ha fracasado... Son cosas que no puede abarcar ni comprender la mente humana... me parece que si Ud. permite el desenterramiento de ese cadáver cometería algo así como un sacrilegio al querer ahondar en los misterios que solo a Dios pertenecen...

–Pero –arguyó Rodolfo, por contrariarle– Jesucristo resucitó los muertos...

–Tenga en cuenta –le interrumpió el Dr. Herrera– que creo en el origen divino de Cristo y que solo como un Dios que era,

concibo que pudiera hacer resurrecciones. Pero, aún en el caso de que lo consideráramos como un hombre de excepcional sabiduría y poder, hay que tener en cuenta el atraso de sus contemporáneos... Lázaro y la hija de Jairo bien pudieron no estar muertos, sino aparentemente... Quizás se encontraban en un estado de catalepsia...

–Pero –interrumpió a su vez Rodolfo– ¿No podría suceder lo mismo con Ubén?, ¿Y si no estuviera muerto sino aparentemente y esos brujos haitianos conocieran algún secreto para volverlo a la vida?

–La ciencia hoy permite asegurar rotundamente si hay muerte real o muerte aparente –dijo vehementemente el doctor. –Los experimentos que hice sobre el cadáver, me permiten asegurar sin vacilaciones que la muerte es real.

El doctor encendió calmosamente su pipa. Por un momento pensó preguntar a Rodolfo, hasta cuándo duraría la farsa de la cual eran actores y espectadores. Pero decidió aparentar indiferencia, pensando que Rodolfo al fin acabaría de caer cogido en sus propias redes.

Este, a su vez, decidió no seguir los consejos del Dr. Herrera. Era tan amigo de lo sobrenatural y lo imprevisto, que la escena del desenterramiento del cadáver y su posible resurrección, le fascinaba. ¿No tenía –se decía– algo de sobrenatural la aparición de Charlotte y el hallazgo del tesoro? Se decidió, pues, a autorizar a Papá Oguís a hacer el experimento y así se lo manifestó al Dr. Herrera.

–¡Allá Ud.! –le contestó este, como quien se lava las manos.

Rodolfo regresó a la oficina donde aún esperaban en pie Papá Oguís y sus secuaces, entre un grupo de reclusos que miraban con temor supersticioso a los haitianos. Dijo enseguida a Senén que manifestara al *Papabocó* en la mejor forma que pudiera, que estaba dispuesto a complacerle. Senén transmitió el mensaje y tras oír dos o tres veces la respuesta dijo:

–Dice este hombre que la ceremonia tiene que ser esta noche a las ocho, a la salida de la luna.

–Está bien –contestó Rodolfo–. Dígale que aquí mismo lo esperamos.

En el sanatorio se notaba después el movimiento más inusitado. La noticia de la posible resurrección de Ubén se esparció en seguida por todas partes y entre los locos se hacían los más singulares comentarios. Fefén se llegó donde Rodolfo a transmitirle el deseo de los reclusos de que esa noche no se les encerrara en los pabellones dormitorios a la hora reglamentaria, para poder asistir a la ceremonia.

A las siete y media, un compacto grupo de reclusos con Rodolfo y sus compañeros esperaban al *Papabocó*. Del brazo de Rodolfo estaba Charlotte, que, aventurera y poco supersticiosa, reía de antemano pensando en lo que iba a presenciar. El Dr. Herrera simulaba una seriedad un tanto cómica en el heterogéneo grupo. Ramoncito parecía más alegre de lo ordinario, y de vez en cuando se escondía detrás de un mango, a tomarse un trago, de una botella que había conseguido nadie sabía cómo. Don Manuel, el viejo, gritaba refiriéndose a Ubén:

–¡Ese! ¡Ese! ¡Ahí se pudre!

A las ocho menos cuarto, más o menos, se presentó Papá Oguís, acompañado en primer término por sus inseparables Tinyó, Tiná y Francois, y seguido por la casi totalidad de los haitianos del sanatorio. Como la luna no había salido aún, la oscuridad era casi completa. Seis o siete haitianos portaban antorchas de cuaba que despedían un olor característico y ponían una nota de salvajismo en el cuadro. El *Papabocó* vestía una larga y amplia capa que le hacía aparecer como un sacerdote estrafalario.

Rodolfo dio la orden de partir para el cementerio. Gollita iba entre Doña Ofelia y Celeste, agarrada a los brazos de estas, y murmurando constantemente:

–¡A mí no me gustan estas cosas, no!...

Cuando llegaron a la tumba de Ubén, Papá Oguís hizo una seña a los circunstantes para que se retiraran un poco. Todos se apartaron y formaron una especie de círculo alrededor de la tumba. Cerca de ella solo quedaron el *Papabocó*, teniendo a su lado a Tiná, y a Polá de rodillas. Papá Oguís juntó entonces sus dos manos en el pecho, como en actitud de orar. La monstruosa cavidad de la nariz parecía agrandarse, mientras el belfo que le salía por los labios parecía más agudo y penetrante.

Miró entonces hacia el Este como esperando la salida de la luna. Cuando esta asomó su plateado disco por el horizonte, hizo una seña a Francois y a Renoir, quienes con gran rapidez, provistos de dos picos, comenzaron a remover tierra de la tumba. Papá Oguís, acompañado en primer término de Tiná, Polá, con los demás haitianos, haciéndoles coro comenzaron a cantar con entonación lúgubre:

*Bon nuit Papá Legbá bon nuit
timún muen yo,
Bon nuit Papá Legbá bon nuit
ti mun muen yomá pe mandé*¹⁶

Al parecer, pedían permiso al dios Legbá, que es el más conspicuo y poderoso de los dioses del *voudou*, para proceder a la exhumación del cadáver y a su resurrección. El monótono y lúgubre canto continuó con la diferencia de que a veces intercalaban en él, en vez del nombre de Papá Legbá, el del Barón Cimeterre.

–Cimeterre es el dios del cementerio –susurró Senén, que creía saber algo de *voudou*, al oído de Rodolfo.

Cuando Francois y Renoir acabaron de descubrir la sepultura, el canto cesó. Francois y Renoir sacaron entonces el ataúd con unas sogas y lo depositaron en la tierra. Papá Oguís, en seguida, ceremoniosamente, se acercó al féretro e hizo sobre él el *signo* de la cruz. Después él mismo, provisto de una herramienta, procedió a destapararlo. En el ambiente había un silencio sepulcral. Y a la claridad de luna, que era cada vez más intensa, se veían los rostros pálidos y ansiosos. Entre el *Papabocó* y Tiná sacaron el cadáver de Ubén y lo acostaron sobre un lecho de hojas que apresuradamente habían preparado Francois y Renoir.

Papá Oguís se colocó entonces frente al cadáver con las manos sobre el pecho y comenzó a decir en voz alta, y con entonación característica:

¹⁶ Resulta casi imposible traducir al castellano el significado, con excepción de la frase «bon nuit» o sea «buenas noches».

–*Papá Legbá fais mon ca resucité.*¹⁷

El rostro de Ubén estaba pálido como la cera, y pocos, en realidad, creían que aquello pudiera resucitar. El Dr. Herrera sonreía irónicamente, con su pipa entre los dientes, dando pequeños paseos a la espalda de la multitud.



Bon nuit Papá Legbá, bon nuit...

(Grabado de E. Tarazona hijo)

¹⁷ ¡Oh! Papa Legbá, permite la resurrección de este hombre.

Al poco rato comenzaron de nuevo las canciones, que se iban haciendo más apremiantes como insistiendo ante el dios para que hiciera el milagro. Al compás de ellas, Tiná, Polá, Fifi y otras mujeres contoneaban los cuerpos y levantaban las manos al cielo. Al cabo de una media hora de estar las canciones en el tono más alto posible, y de oírse, aquí y allí, en el grupo de los haitianos, gritos histéricos, el *Papabocó* sacó de su seno un afilado puñal y se dirigió majestuosamente al cadáver, arrodillándose frente a él. A su lado se arrodilló también Tiná, llevando en la palma de la mano derecha abierta, lo que parecía un emplasto de hojas y ungüentos. Papá Oguís descubrió el pie derecho de Ubén, y como por encanto las canciones cesaron.

Solo se oía, hueca y profunda, la voz de Tiná que cantaba ahora sola en un paroxismo tremendo:

—*Papá Legbá, fais miracle la!*¹⁸

El *Papabocó*, entonces, levantó la mano derecha con el puñal en alto, y bajándola rápidamente infirió al cadáver una pequeña herida en el talón del pie descubierto. La sangre salió abundantemente de la herida. Entonces, Tiná, sin dejar de cantar, se acercó y puso el emplasto en la abierta herida. Papá Oguís y Tiná se pusieron de nuevo en pie, y las canciones en coro empezaron otra vez.

Los espectadores miraban como petrificados la escena. Los ojos de todos se dirigían a la faz de Ubén, que continuaba imperturbablemente en su sueño de muerte.

A los diez minutos, más o menos, de haber sido hecha la herida, Papá Oguís se acercó nuevamente al cadáver y lo movió suavemente de izquierda a derecha. Después levantó los brazos en posición vertical, y los dejó caer pausadamente. La misma operación hizo con las piernas.

Las canciones continuaban ya casi desenfrenadamente, mientras el *Papabocó* con los brazos en alto, miraba con sus ojos brillantes el disco plateado de la luna, que como una bola de plata avanzaba por el firmamento.

¹⁸ Papá Legbá, haz el milagro...

Pasaron lentamente los que parecían ser minutos, y la escena continuaba igual. El doctor Herrera ya no ocultaba su impaciencia ante el sacrílego espectáculo. Gollita rezaba apresuradamente pasando las cuentas de un rosario. Charlotte, con la majestuosidad radiante de la que ni se asombra demasiado ni es nunca totalmente indiferente, parecía ser la más dueña de sí misma.

Dos cocuyos, como faritos errantes, vinieron entonces volando por encima de la multitud, como si quisieran participar del extraño espectáculo. Quizás el vaho de la tierra fresca recién removida, los atrajo, o tal vez el instinto los llevó en pos de una caña de azúcar que impasiblemente Ramoncito pelaba con los dientes. Lo cierto es que los animalitos revolotearon en la cabeza de Ubén y su débil luz verdosa se proyectó sobre la faz del cadáver.

Entonces se oyó un grito agudo que repercutió en la noche como un supremo lamento de dolor y angustia. Celeste, la niña envenenada de locura romántica, señalaba con los ojos desorbitados y un rictus de espanto en los labios, la faz de Ubén.

–¡Miren!... ¡Miren...! –decía desordenadamente. –¡Una lágrima!... ¡Una lágrima!...

En efecto: del ojo derecho de Ubén salía una cristalina gota y sus párpados temblaron ligeramente, a la luz indecisa que proyectaban los cocuyos.

El terror y el espanto que se apoderaron de algunos, no es para describirlo. Pero la confusión pasó un poco, cuando Pereira exclamó con voz airada:

–Bueno, ¿pero a qué es que le tienen miedo? ¡Aquí lo que hay son hombres, o una partida de mojígangas!...

Mientras tanto, las canciones de los haitianos habían subido a un tono de paroxismo. El *Papabocó* tomó una vieja frazada que le alargó uno de los suyos, y cubrió el cuerpo de Ubén. Entonces, con voz cavernosa y gesto omnipotente, dijo, dirigiéndose a Rodolfo:

–¡Ubén vive! ¡Está hecho el milagro!

Y seguido de los suyos, se dirigió, con gran prosopopeya al campamento haitiano.

–Dr. Herrera –gritó entonces Rodolfo, sin hacer caso de las aparatósidades del haitiano– ¡Examine a Ubén a ver si es cierto que está vivo!

El Dr. Herrera se acercó indeciso. Su rostro denotaba cierto estupor, pero no creía en la resurrección de Ubén.

–Esa lágrima –dijo– ¡no es más que una tardía manifestación del funcionamiento de la glándula del ojo! ¡Sigo sosteniendo que solo Dios podría resucitar a los muertos!

–Dr. Herrera –gritó Rodolfo exaltado– ¡yo le pido, y si es necesario le exijo, que examine ese cadáver!...

Ante el tono imperioso de Rodolfo, el doctor se acercó a Ubén y le tomó el pulso. En su rostro se veía a los pocos segundos, la expresión más inconmensurable de sorpresa que podía revelar un rostro humano.

–¡Vive! –dijo.

Y de la multitud loca, salió un grito que era una mezcla de alegría, miedo, superstición y fe.



XXIII. CLERÉN Y BONGÓ

El *Papabocó*, Tinyó, Tina y Francois no se retiraron a descansar aquella noche, como podría creerse. Después de eludir a sus compañeros se dirigieron sigilosamente a la enramada oculta del bosque. No hablaban mucho, ni demostraban excitación, como si estuviesen acostumbrados a las cosas que acababan de suceder.

Cuando llegaron a la enramada un espectáculo se presentó a la vista del grupo, que tampoco produjo en ellos gran asombro, aun cuando hubiera sobresaltado a cualquiera que no estuviera acostumbrado a las hechicerías y magias haitianas. En el follaje de un cercano mango se veían dos puntos alargados y luminosos, como si fueran las pupilas de un enorme gato fosforeciendo en la oscuridad. Aquellos focos emitían una luz verde-amarilla y oscilaban en el follaje movidos por la brisa nocturna. Papá Oguís subió al mango y a poco bajaba trayendo en sus manos los objetos luminosos: eran las botellas que la noche anterior había colgado del árbol, las cuales había embadurnado con misteriosas sustancias minerales, que contenían gran cantidad de fósforo, y que tenían la facultad de absorber las radiaciones solares y después devolverlas en brillantes haces lumínicos. El *Papabocó* guardó cuidadosamente las botellas mágicas en su seno.

Tinyó también se había subido al mango y a poco traía en sus manos el cilindro hueco y la piel del chivo, a los cuales nos referimos anteriormente. Puso el cilindro a un lado, y colocó la piel del chivo, estirándola, en una gran piedra, ancha y lisa. En seguida se puso a dar masajes a la piel, en su centro. A la vigorosa frotación los pelos iban desapareciendo poco a poco, dejando el cuero pulido y brillante.

Mientras tanto, Tiná y Francois se ponían a armar el pequeño alambique. Examinaron el tanque de cobre robado. Era de una capacidad como de cinco galones, y completamente cerrado, a excepción de su parte superior, en que había una pequeña abertura circular, en la que se veía una rosca soldada, propia para ajustar un tornillo. Tiná se dirigió a la barrica que contenía la melaza y movió su contenido con una larga vara. Entonces fue trayendo la melaza del tonel y vaciando parte de ella en el tanque de cobre hasta casi llenarlo. Después, entre ella y Francois, enroscaron en la abertura un tubo de cobre de dos metros, más o menos, de largo, y media pulgada de ancho, en cuya extremidad se veía otra rosca. El tanque quedaba así, cerrado, con el aditamento del tubo de cobre adherido a su parte superior y extendiéndose este hacia la izquierda del tanque. Luego, en la extremidad exterior del tubo, enroscaron el serpentín de cobre, de que ya hemos hablado. El serpentín, enroscado, lo pusieron dentro de un envase de nafta vacío. Este envase tenía una abertura en su lado exterior, en la parte baja de sus paredes, por donde salía la extremidad inferior del serpentín. El aparato así compuesto, del tanque casi lleno de melaza, el tubo de cobre y el serpentín en su cubo, fue colocado en tres grandes piedras que hacían de fogón.

Mientras Francois traía leña que colocaba entre las tres piedras, Tiná llenaba de agua el envase donde estaba el serpentín. Cuando hubo suficiente leña en el fogón, Francois la encendió valiéndose de pedazos de cuaba, madera que es muy combustible. A los pocos momentos ardía un gran fuego, y a la hora comenzaba a hervir la melaza, despidiendo un olor característico. Francois soplaba y alimentaba continuamente la hoguera, hasta que una hora después Tiná dio un grito de alegría: por la extremidad inferior del serpentín caían gotas de alcohol que ella con cuidado iba recogiendo en una botella. La melaza, al hervir, había despedido vapores, que al no tener escape en el cerrado tanque, se colaban por el tubo, seguían al serpentín y allí se condensaban al contacto del frío metal rodeado de agua.

Al poco rato, no eran ya gotas, sino un chorrito de alcohol el que iba saliendo por el serpentín, llenando con bastante rapidez las botellas, las cuales Tiná iba vaciando en la barrica. La operación

de la destilación se repitió varias veces, hasta que la barrica llegó a estar medianamente llena.

Mientras tanto, Tinyó había frotado con vigor el cuero del chivo hasta lograr hacer en su centro un círculo de un tercio de metro de diámetro, brillante y pulido. Satisfecho, tomó el cilindro de madera, lo puso frente a sí, y procedió a ajustar en su abertura superior el cuero, en forma tal, que el círculo cubría la abertura totalmente. Con alambres y horquillas sujetó bien el cuero, quedando fabricado así una especie de tambor que se denomina en *patois*, *bongó*, *tambú*, o *balsié*, instrumento indispensable para las ceremonias y ritos del *voudou*.

Regocijado con su obra, Tinyó la enseñó a Papá Oguís, y se dirigió a ayudar a Tiná y a Francois. Estos miraban extasiados la barrica casi llena de alcohol de caña. Fue en seguida al bosque y volvió con unas hojas de una planta denominada *pimandé*, que posee propiedades afrodisíacas extraordinarias, y las echó en la barrica. Entre los tres con los ojos fulgurantes de una alegría salvaje, removían el líquido del tonel con grandes varas. Al otro día, el *pimandé* habría curado el alcohol y tendrían ellos a sus anchas el codiciado *clerén* que enardece la sangre y predispone los espíritus a comulgar con los ritos bárbaros del *voudou*. El bongó y la barrica que contenía el clerén, fueron escondidos en el monte y cuidadosamente cubiertos con yaguas. Papá Oguís miró una vez más sus botellas luminosas y las volvió a esconder en el seno.

Los tres, entonces, peripatéticos y arrogantes, se dirigieron, con sus figuras de igorrotos, al campamento haitiano.



XXIV. LAS BOTTELLAS LUMINOSAS

A la mañana siguiente, Rodolfo se levantó muy temprano y se fue enseguida a la enfermería. Los demás no se habían levantado aún, pero él estaba ansioso de conocer el estado de Ubén. La noche anterior, el resucitado estaba todavía aletargado, y Rodolfo había decidido dejarlo tranquilo en su somnolencia hasta el día siguiente. Ahora, al verlo nuevamente, se convenció de que sí había revivido, lo había hecho a medias, pues continuaba en una especie de atontamiento, con los ojos inexpresivos y como ido del mundo.

En la enfermería reinaba la misma inquietud del día anterior: una resurrección era algo que no quería entrar ni aun en la mente de los locos.

–Ubén –dijo Rodolfo con voz fuerte– ¿Cómo te sientes?

–Bien –contestó el aludido después de algunos segundos.

–Este no es el mismo Ubén de antes –pensó Rodolfo–. El otro Ubén hubiera lanzado una carcajada antes de responder y nunca hubiera contestado con una sola palabra sino con una retahíla de ellas.

–Ubén –continuó Rodolfo– levántate para que ayudes a lavar el piso. ¿Ya te olvidaste de tu ocupación de todas las mañanas?

El haitiano se levantó de la cama, y caminando como un sonámbulo se dirigió al cuarto de baño donde estaban las escobas. Al poco rato apareció con una en la mano y se puso a acompañar a los demás en la faena de baldear y limpiar el pabellón. Pero los reclusos lo miraban con recelo: no era el mismo Ubén –seguramente pensaban– que no cesaba de bromear, de cantar, de decir palabras disparatadas y de reír a mandíbula batiente.

Rodolfo no sabía qué pensar. ¿Sería cierta la leyenda de los *zombis*, según la cual, los brujos haitianos, generalmente por venganza, hacen tomar un brebaje a una persona, el cual les ocasiona una muerte aparente, para después volverlos a una vida idiota y hacer de ellos unos desgraciados? ¿Se había convertido Ubén en un *zombi*? ¿Le habrían hecho tomar los haitianos algún menjurje cuando visitó el campamento haitiano, en averiguación de los robos? De todos modos, Rodolfo pensaba que un bárbaro misterio se ocultaba en la enfermedad, muerte y resurrección de su compañero.

Su primera intención fue hacer traer los haitianos para interrogarlos. Pero recordando su hermetismo y su actitud hipócrita, decidió investigar personalmente la cuestión, cautelosamente, hasta dar con la clave del misterio. Se volvería un verdadero detective y recurriría a todos los medios para resolver el intrincado problema.

Cuando se dirigió al campamento haitiano, se acordó de su amigo Córdoba, y se hizo un reproche a sí mismo: se había olvidado por completo de él, en la baraúnda de tantos sucesos imprevistos. Volvió sobre sus pasos y se dirigió al pabellón de las celdas. Él había encargado personalmente a Benito que atendiera a Córdoba, lo mejor que pudiera. Al llegar, un lamentable espectáculo se presentó ante sus ojos: su amigo, con la barba crecida, el rostro tenso y lastimero, y la piel pegada casi a los huesos, estaba sentado en el camastro. Rodolfo lo llamó por su nombre, pero el loco no contestó. Sin embargo, parecía que la furia había cedido pues miraba tranquilamente a Rodolfo, con los ojos carentes de expresión. Benito le informó que solo había comido en esos días algunas bananas y tomado un poco de agua. Rodolfo ordenó que le trajeran un *mameluco* limpio, y entre él, Benito y dos más, procedieron a vestirlo, a fin de que estuviera abrigado y decente. Quizás –pensó Rodolfo– dentro de algunos días estará en condiciones de pasar los días en el pabellón de reposo.

Se dirigió entonces al lugar en que estaban varios de sus compañeros y dio algunas instrucciones. Luego, se encaminó solo al campamento haitiano. Se metió sigilosamente por el bosque y a poco estaba a una distancia de cien metros del bohío del

Papabocó. Pero desde allí no podía distinguir nada con claridad. De pronto se fijó en un mango, que parecía casi centenario, bajo el cual estaba ubicada la vivienda de Papá Oguís. ¡Si pudiera subir a aquel mango podría contemplar a sus anchas lo que pasara en el bohío por la abierta ventana y dominar todo el campamento! Decidido a poner en práctica su idea, fue caminando lentamente, entre la espesura, hacia el mango, hasta llegar a unos metros de él. Solo le faltaba atravesar un pequeño claro para estar al pie del árbol, pero los reclusos haitianos hormigueaban por los alrededores. Esperó pacientemente hasta que se convenció de que el sitio estaba despejado, corrió velozmente hacia el árbol, y dando un salto de mono se agarró a una de las ramas. A poco estaba en el oculto follaje, en el que se fue acomodando hasta quedar en una posición desde la cual se contemplaba por la ventana el interior del bohío de Papá Oguís. Notó que la única ventana abierta de la vivienda estaba colocada en forma tal, que para que una persona pudiera entrar la cabeza por ella, desde afuera, habría tenido que empinarse. En cambio, desde la copa del mango, se contemplaba perfectamente el panorama de la habitación. Al fijar la mirada en el hueco, por segunda vez, algo llamó su atención. Sobre una caja enrejada, en cuyo interior algo se movía, se veían dos halos tenues de luz verde-amarilla que lanzaban una débil claridad en la penumbra de la habitación. La luz semejaba la que despiden ciertos relojes denominados «luminosos», y que son hechos con una sustancia fosforescente.

–Ya comienzan los misterios –se dijo Rodolfo.

Pero desde el lugar en que estaba no parecía posible adelantar mucho. Entonces decidió esperar la oportunidad, en que se despejara completamente el campo, para entrar si era necesario en la casa del *Papabocó*. Valiéndose de su autoridad él hubiera podido hacerlo en cualquier momento, pero ahora quería actuar sigilosa y calladamente, en la misma forma en que actuaban los haitianos.

Mientras todo esto sucedía, el pabellón de las mujeres era escenario de un espectáculo singular. Celeste había hecho reunir a sus amigas del pabellón y las había convencido de que debían dar gracias a la Virgencita de la Alta-Gracia por haber permitido la resurrección de Ubén.

–Fue ella –decía Celeste– la que hizo el milagro, y no esos falsos dioses haitianos.

Cinco o seis reclusas, entre las cuales estaban Doña Ofelia y Gollita, se decidieron a acompañarla, y entre todas arreglaron el pequeño altarcito que la muchacha había colocado en el pabellón, y lo adornaron con flores.

Pero faltaban las velas. Recordando Celeste que en la gruta había algunas, dijo a sus amigas que la esperaran un rato, y se dirigió a toda prisa a la playa. Al llegar a la caverna, descubrió la entrada, y se coló en el interior. Una vez allí, buscó nerviosamente las velas, cuidándose mucho de no mirar para el lado en que estaba el esqueleto. Pero no quedaba ni rastro de ellas. Seguramente Rodolfo las había tomado. Desencantada, se dirigía lentamente al pabellón cuando llegó cerca del campamento haitiano se le ocurrió atravesarlo para acortar el camino. Se iba parando algunas veces a contemplar un gallo de pelea que estaba amarrado a un palo, otra a observar cómo techaban un bohío con palmas de cana, y de vez en cuando a contemplar las aguas del rumoroso Jagüey. Al pasar por el lado de un gran bohío que sobresalía imponentemente sobre los demás, no pudo dominar la curiosidad y trató de echar una ojeada al interior por una abierta ventana, empinándose. Al mirar hacia el interior casi no pudo contener un grito de asombro: en la pequeña habitación, entre una gran cantidad de objetos disímiles, había una mesita con una caja enrejada, en la que se movía una culebra de un tamaño como ella no había visto jamás. Pero sus ojos apenas se fijaron en la culebra para observar dos objetos en forma de botellas que sobre la caja estaban, y que despedían unos pálidos y extraños fulgores en la semi-oscuridad de la habitación. Celeste nunca había visto una cosa semejante. Los destellos que despedían las botellas se le parecían a la bella aureola que, pintada, resplandecía sobre las imágenes que tenía de la Milagrosa Virgen. De pronto se le ocurrió una idea singular: uno de esos objetos luminosos podría desempeñar, mejor que las velas, el papel de alumbrar la virgencita. No lo pensó mucho. Entraría al bohío, aprovechándose de que no había persona alguna por allí, y tomaría una de las botellas. Súbitamente, y sin poder contenerse, empujó la puerta de la vivienda y entró. No había nadie allí.

Se acercó a una de las botellas y tímidamente acercó un dedo a ella. Al notar que «no quemaba», la tomó rápidamente y la envolvió en un pedazo de papel que encontró a mano. Veloz como una gacela, se dirigió a la selva, que bordeaba el arroyo Jagüey. Subió a una colina, la bajó por el otro lado, y al ver un pequeño prado junto al riachuelo, se dirigió a él. Una vez allí, tomó una gran piedra blanca de las muchas que estaban junto al arroyo, y la puso junto al pie de un corpulento mango. Entonces sacó del envoltorio la botella, y la colocó encima de la piedra, recostada del árbol. Pero con gran asombro notó que la botella no refulgía como antes, sin comprender la razón de tan extraño cambio. Sacó de su maleta de mano una imagen de la virgen y la colocó recostada en la botella, pensando que esta, al contacto con la imagen, quizás recobraría su extraño poder. Tan ensimismada estaba, que no había notado que desde un cercano bosquecillo, Francois la observaba. Este la había visto huir hacia el riachuelo, con el bulto en la mano, y la había seguido. Cuando la joven descubrió la botella, el rostro de Francois adquirió una expresión de rabia y despecho mal contenidos.

Se acercó a ella gritando:

*¡Bam bouteille la voleuse!*¹⁹

Al notar cerca de sí al haitiano la muchacha dio un grito, tomó rápidamente la botella y la virgen y se lanzó a una desenfrenada carrera por la ribera del Jagüey. Francois, enloquecido, la siguió a gran velocidad y pronto la alcanzó. Al llegar a ella la asió violentamente con sus manos huesudas, tratando de quitarle la botella, pero Celeste se defendió como una gata salvaje, mordiendo y arañando al haitiano. De momento, se le zafó y volvió a emprender la huida. El haitiano, excitado por la lucha y por el contacto tibio del cuerpo de la muchacha, parecía un poseído y de su garganta salían gritos guturales. La perseguía frenéticamente y a veces la alcanzaba, pero la joven se escurría de sus manos, como una lisa.

A todo esto, Rodolfo, subido al árbol, había observado con disgusto cómo Celeste había entrado en el bohío de Papá Oguís y tomado la botella. Rápidamente, había querido bajar del mango,

¹⁹ ¡Deme esa botella, ladrona!

pero para su mala suerte, Tinyó y Tiná acababan de salir del bohío del primero. Esperó un rato, y una vez que pudo bajar sin peligro de ser visto, salió huyendo en la dirección que había seguido Celeste. Al bajar la joven la pequeña colina la perdió de vista, pues la vivaracha muchacha corría como una liebre. Jadeando casi, llegó a la cima de la colina, y buscó a Celeste con la vista por todas partes. Después de un rato de mirar a todos lados, la distinguió a la orilla del Jagüey, en su desigual lucha con el haitiano. Lleno de furor, corrió Rodolfo al lugar donde ambos estaban, pero pensó que quizás no llegaría a tiempo para librarla del brutal atropello, pues la muchacha estaba bajo el cuerpo del agresor. Entonces sacó su revólver y apuntó cuidadosamente al haitiano en un momento en que los cuerpos se separaron. Haló el gatillo, pero el arma falló. Varias veces repitió la operación, pero los disparos no salían: la famosa arma de Don Pedro, de la que Rodolfo estaba tan orondo, no servía para nada. Bufando de rabia, corrió unos metros más hacia abajo, en un momento en que Celeste se había separado nuevamente de su atacante y corría hacia la ribera del riachuelo. La valerosa muchacha, con gran sangre fría, y mientras el haitiano venía hacia ella, destapó la botella, enrolló la virgen, la metió dentro de esta, la tapó con el corcho y la lanzó al riachuelo exclamando:

–¡Prefiero botarlas antes de que caigan en tus manos, maldito!

Francois, con un frenesí, mezcla de rabia y de lujuria, se lanzó con más brío y furor al encuentro de Celeste. La alcanzó, la tiró al suelo de un violento empujón, y se abalanzó sobre su cuerpo con el propósito aparente de atropellarla.

Mientras tanto, Rodolfo bajaba presuroso la colina, con el temor de no llegar a tiempo. De repente se detuvo, puso sus manos en el mango del puñal que llevaba y lo acarició pausadamente. Sí, su puñal, parecido al que usaba en sus juegos de adolescente, le sería más fiel que el caduco revólver de Don Pedro. Lo sacó violentamente, se paró casi al pie de la colina, levantó la mano en alto, y con un vigoroso golpe lo lanzó hábilmente hacia el cuerpo de Francois. El puñal hendió el aire como una flecha, y fue a clavarse, certero, en el pecho del agresor. Francois levantó los brazos en alto, y sin lanzar un grito, cayó desplomado, boca arriba. Celeste

buscó con los ojos al forjador de aquel milagro, y vio a Rodolfo que a la carrera se acercaba. Este miró un momento al haitiano. Había muerto seguramente de su certera puñalada, pues sus ojos estaban inmóviles, con una expresión de terror en las pupilas, y el cuerpo yacía rígido y contraído.

–¡Mi botella y mi virgen! –exclamó locamente la muchacha, señalando el riachuelo, e importándosele poco la suerte del haitiano.

Rodolfo dirigió la vista al arroyo. La botella, con la virgencita adentro, se había detenido un momento en un meandro del arroyo, a regular distancia, y ahora se deslizaba veloz en el lomo de las aguas, hacia el mar.

–Es inútil –dijo–. No podemos alcanzarla.

Tomó entonces en sus brazos a Celeste, y se encaminó a los edificios.

–¡Prefiero que mi virgen se haya ahogado antes que fuera a caer en las manos de ese maldito negro!, –decía Celeste mientras en sus ojos resplandecía un fulgor, mezcla del odio que sentía hacia su agresor, y de su amor infinito por Rodolfo.



XXV. VAUDOU

Cuando Rodolfo llegó a la enfermería, hizo avisar a Diomares para que viniera a atender a Celeste, algunas de cuyas contusiones comenzaban a amoratarse. Reunió entonces a sus compañeros y les comunicó la muerte de Francois y todo lo relativo al suceso en que habían sido protagonistas el haitiano, Celeste y él. Entonces dirigiéndose a Pereira exclamó:

–Vaya con todos los del grupo al campamento haitiano, y comuníqueme al brujo ese (refiriéndose a Papá Oguís) la muerte de Francois. Dígame que si quieren recoger el cadáver pueden hacerlo y enterrarlo en la forma que gusten.

–Muy bien, jefe –contestó Pereira–. En seguida cumpliré su orden y advertiré a esa gente que se anden quietecitos, ¡pues nosotros *no comemos ná!*...

Después de la comida del mediodía, se presentó Pereira a Rodolfo con gran prosopopeya:

–Mi jefe –dijo– sus órdenes están cumplidas. Esa gente ya recogió el cadáver y esta noche lo entierran... y supongo que también lo revivirán, si es que las brujerías pueden con un corazón partido medio a medio... –agregó sarcásticamente.

Rodolfo eludió comentar lo que decía Pereira y exclamó:

–Bueno... ¿y qué es de Ubén?

–Ubén –respondió Pereira– está que no conoce a nadie. Anda muchísimo y trabaja como siempre, pero no come si no le dan la comida, y si no le dan la ropa para vestirse sale desnudo del pabellón como si tal cosa. Yo digo que para eso, mejor estaría muerto...

–Así es –comentó Senén que se acercaba en ese momento–. Yo avisé a la cocina que le dieran la comida sin sal, pues si un

zombi come comida con sal, muere... ¿y no va Ud., don Rodolfo, a castigar otra vez a esos haitianos por lo que han hecho?

–A su tiempo llegará el castigo –contestó Rodolfo, por decir algo.

En eso llegó corriendo Rafaelito a toda prisa. Tenía la faz lívida y sus manos temblaban nerviosamente.

–¿Qué pasa ahora? –preguntó Rodolfo–. Ya no me extrañaría que las estrellas gotearan y que el sol se pusiera a bailar una zarabanda...

–Rodolfo –articuló Rafaelito– ¡Córdoba se ahorcó en la celda con los pantalones del traje que le pusieron!

–¡Eso era lo que faltaba! –dijo aquel lleno de pesadumbre y de rabia a la vez.

El grupo corrió al pabellón de las celdas. En una de ellas estaba Córdoba colgado de uno de los barrotes de la ventana, con la lengua afuera y los ojos desorbitados.

–¡Jesús *manífica*! –exclamó Gollita al verlo.

Rodolfo se cercioró de que el cuerpo de su amigo estaba efectivamente sin vida, y dos lágrimas apuntaron en sus pupilas.

–¡Qué lo saquen de ahí, y lo lleven a la enfermería hasta que sea enterrado esta tarde! –ordenó aparentando energía e indiferencia, pero con el alma traspasada por tantos sucesos desgraciados.

El Dr. Herrera, que había llegado en ese momento lo observaba. Creyó que la ocasión era propicia para intentar algo, y se dirigió a Rodolfo persuasivamente.

–Óigame Rodolfo –dijo–. ¿No cree Ud. que debe ya tratar de dar un término a esta anormal situación que Ud. mismo ha creado?

Rodolfo lo miró con cierta sorpresa.

–Yo quiero que sepa –continuó el doctor– que a pesar de lo que Ud. ha hecho, tanto el Dr. Romano como yo, estamos en la mejor disposición para ayudarlo, siempre que se disponga a ver cómo salimos de este enredo. Ud. no ha actuado como un loco, sino como un iluso atolondrado, y nosotros estamos dispuestos a darle nuestra palabra de que influiremos hasta lograr que sea libertado de aquí y eximido de toda responsabilidad...

Rodolfo escuchaba ahora curiosamente las palabras del doctor. Al fin dijo:

–Muy tardíamente, doctor, se han dado Uds. cuenta de que yo no merezco estar aquí... Pero –agregó volviendo a actuar de

acuerdo con sus ideas– lo malo es que aunque Ud. me lo diga yo no tengo la seguridad de no estar loco... ¡y como a los locos es costumbre tratarlos como si no fueran gentes y engañarlos como niños!... ¿No recuerda Ud. ya que cuando me trajeron aquí las autoridades, me dijeron que solo venía a darme un baño en la playa? ¿Y no recuerda que cuando esos animales de llaveros me llevaron a ponerme la inyección de trementina, me dijeron que era una simple inyección de cacodilato de soda y que no me dolería más que la picada de un mosquito? ¿Y no me prometió Ud. mismo que trataría de que se me diera de alta, en diversas ocasiones, y después no se ocupó más del asunto? Sí, sí... agregó al ver que el doctor hacía un gesto –sé que lo hacían para *tranquilizarme*. ¿Y mi querido doctor, y si ahora solo me hacen Uds. esas proposiciones para *tranquilizarme* y que acceda a lo que quieren y después, como si tal cosa, me zampen en una celda? ¡Ah!, dígame, ¿no merecería yo entonces que me fusilaran por imbécil? No, no, mi apreciado doctor, el loco esta vez no se dejará engañar. Han caído Uds. en sus propias redes. No querían tratar a los locos con confianza, la palabra que daban no valía con ellos, era necesario engañarlos como chiquillos, y dejarlos que se murieran de impaciencia y de angustia. Pero, mi amigo, es ahora *el loco*, el que no cree en Uds., el que no los cree capaces de hacer algo que remotamente parezca un acto de justicia... ¡el loco ya perdió la confianza en los cuerdos y seguirá actuando como loco!...

–¡Pero!... –trató de decir el Dr. Herrera.

–No, doctor –interrumpió Rodolfo–. A Uds. les ha pasado como al tirano Hitler, que ha prometido tantas cosas que no ha cumplido, que ya no creen en su palabra ni las arañas... ¡y dispéñeme que tengo mucho que hacer!

Dándole la espalda, se dirigió entonces al encuentro de Charlotte y Diomares que avanzaban por el camino. Ambas venían a pedir permiso para su acostumbrado paseo vespertino a la playa. Rodolfo concedió el permiso y se prometió a sí mismo disponer del día siguiente entero, para hablar y cambiar impresiones con Charlotte que parecía ser la única capaz de entenderlo. Esta y Diomares se dirigieron a la costa, con el delantal oculto, pues no desesperaban en sus vanas ideas de escapar de la islita mágica.

A las cuatro se efectuó el entierro de Córdoba. Mientras la comitiva de los reclusos acompañaba el cadáver hacia su última morada, nadie había observado a la haitianita Polá que subrepticamente se había colado en el edificio principal. Rápidamente entró en la habitación de Rodolfo, que este al descuido había dejado abierta. Una vez adentro, la muchacha se puso a registrar los objetos de uso personal de Rodolfo, hasta que al fin se decidió a tomar un cepillo de dientes, bastante usado, que había en el tocador de aquel. Polá, velozmente, lo metió en su seno y corrió al campamento haitiano, donde, dando visibles muestras de contento, lo entregó a Papá Oguís.

Al anochecer dio orden Rodolfo de que todos se recogieran en sus pabellones. Quería que la mayoría de los reclusos estuvieran encerrados, pues se notaban señales peligrosas de excitación en algunos, debido a los últimos sucesos.

Mientras tanto, en el campamento haitiano había un enorme alboroto, desde que llegó la noticia de la muerte de Francois. Tiná, Polá y otras mujeres comenzaron a dar gritos desaforados, mientras los hombres cambiaban entre sí frases de ahogada cólera.

Papá Oguís había recibido, sin embargo, la noticia, con cierta calma. Frío y calculador, tenía el sistema de tratar de sacar ventaja aun de los sucesos más adversos. Sin duda, perdía en Francois un buen ayudante, pero su muerte serviría para avivar el odio que él y sus compañeros sentían «hacia los blancos y mulatos dominicanos». La aversión del negro haitiano por el blanco, es algo peculiar y característico. La mayoría de los negros del mundo consideran al blanco como un ser superior, y generalmente lo envidian o temen. Pero el negro haitiano es todo lo contrario: considera la raza blanca como una raza de menor importancia que la suya y tiene a orgullo su color y sus costumbres.

Así, pues, Papá Oguís había decidido obtener todo el beneficio posible de la muerte de Francois. Como ya tenía los elementos necesarios para las ceremonias del *vaudou*, resolvió que esa misma noche, conjuntamente con los funerales de aquel, se formaría la secta y se iniciarían en sus misterios los compatriotas cuyo estado mental les permitiera formar parte de ella.

El *voudou*, una de las más extrañas y misteriosas religiones de la tierra, es originaria de un pequeño país africano, el Dahomey, y fue llevada a Haití, a raíz de la colonización, por los esclavos africanos que fueron traídos a La Hispaniola, en la parte francesa de la isla.

En Haití, sin embargo, el *voudou* ha sufrido modificaciones a través del tiempo, constituyendo, en la forma en que se practica hoy, una religión única en el globo terráqueo. El *voudou* ha sido considerado como una religión, puesto que al igual que las demás, consagra la existencia de dioses. Pero mientras en la religión cristiana, el Dios único solo se manifiesta en la grandeza de la creación y en sus realizaciones inmutables, que están fuera del alcance de los humanos, en el *voudou* se pretende que los dioses encarnan en seres predispuestos a recibirlos, en seres *montados*, de cuya mediación se vale el dios para actuar. El dios del *voudou*, pues, se posesiona de seres humanos, y tiene, por lo tanto, contrariamente a las divinidades cristianas y de otras religiones, un contacto directo y tangible con el mundo y los hombres. Como todas las religiones, el *voudou* pretende tener su moral, pero es una moral rudimentaria, solo comprensible y aceptable para las personas de mentalidad atrasada. Al igual que la religión católica, tiene sus Mandamientos, pero estos Mandamientos o Prohibiciones están afectados de ideas supersticiosas y rutinarias, como la religión de la cual provienen. Junto a las prohibiciones de matar y robar, existe por ejemplo, la de no dejar perimir un plazo determinado sin sumergir al niño recién nacido en un agua lustral, con cuyo acto el infante queda consagrado a la divinidad; la de pronunciar el nombre del niño, en alta voz, en ciertas circunstancias, especialmente en la tarde. Hay, además, ciertas obligaciones, como la de participar con cierta regularidad en las ceremonias del culto; la de enterrar los muertos después de haber lavado sus cuerpos con una composición cuyo secreto posee el *Papabocó*, y poniendo en su sepultura talismanes que pueden servirles en el caso de una posible resurrección.

Practican el *voudou*, personas que como Papá Oguís y Tiná, son más bien farsantes y no fieles creyentes; y otras personas que creen ciegamente en sus misterios, y cuya fe les hace posible caer en ese éxtasis o trance en que se supone que el dios está

poseyendo al creyente. Científicamente se ha dicho, que este estado de trance solo es posible en personas que tienen estigmas histéricos. Así, la pérdida del conocimiento y el desdoblamiento de la personalidad que caracterizan el estado de trance, concurren con alteraciones en la sensibilidad y en la *motilidad* del sujeto. Pero, parece ser cierto, que no ha podido ser determinado con precisión que la crisis *vaudésca* caiga en el dominio de la patología, pues no es propiamente un estado de sonambulismo, ni de histerismo, ni de catalepsia. Por lo que los creyentes afirman, con fe ciega, que la única explicación aceptable es la de la posesión del ser humano por un espíritu, ideal que ha sido acariciado por muchas religiones desde la antigüedad hasta nuestros días. El *vaudou* es, pues, la única religión que ha logrado, real o aparentemente, la comunicación directa con el más allá, y ello explica la inquebrantable fe que en ella tienen sus creyentes, y los prodigios que a su conjuro se realizan.

Cuando la noche cerró completamente y solo se oía en la islita mágica el chirrido de los grillos y el aleteo fugaz de alguna ave nocturna, la casi totalidad de los haitianos se trasladó a la enramada oculta en el bosque, precedidos de Papá Oguís. Provistos de machetes y azadas, procedieron a hacer más grande el cuadro en que estaba ubicada la enramada. Después, el piso de esta fue barrido cuidadosamente, y en uno de sus extremos fue colocado una especie de altar, de regular tamaño, en el que estaba la caja que contenía la culebra, y una gran cruz de madera, frente a la cual fue colocada la botella luminosa que quedaba, después del robo hecho por Celeste. En el rincón opuesto de la enramada estaba el bongó, la barrica que contenía el clerén, un chivo amarrado, y varias velas encendidas. En un cajón al lado de la barrica se veían algunos jarrones y jigüeras. El piso fue cubierto de fina arena, y en sus cuatro esquinas se encendieron grandes antorchas de cuaba.

Alrededor de las diez de la noche, Papá Oguís hizo una seña de que se iba a comenzar la ceremonia. Adoptando aires misteriosos y con gestos amanerados, él y Tiná se pusieron grandes pañuelos rojos en la cabeza. Papá Oguís se amarró en la cintura un gran cordón azul como el que usan los franciscanos y se colgó en el cuello de modo que cayera sobre su pecho, una

cabeza monstruosa, hecha con un coco seco y hebras de cabuya. El haitiano y la haitiana, estaban ya listos para hacer sus papeles de *Papabocó* y *Mamaluá*, respectivamente, o sea de sacerdote y sacerdotisa del *voudou*. Poco después, se dirigieron lentamente hacia el altar, mientras los demás se quedaban en pie devotamente en el otro extremo de la enramada.

Al llegar frente a la culebra el *Papabocó* y la *Mamaluá* se prosternaron ante ella, pues el ofidio es la representación de la divinidad que comunica su poder por mediación del sacerdote y la sacerdotisa.

Cuando terminaron las oraciones, el *Papabocó* y la *Mamaluá* se pusieron lentamente de pie. Entonces el *Papabocó*, con mucho cuidado, puso la caja con la culebra en el piso, en el centro mismo de la enramada. Haciendo enseguida una gran reverencia tomó del brazo a la *Mamaluá* y la subió encima de la caja. La *Mamaluá* puso las manos en el pecho, en actitud de orar, mientras las débiles maderas crujián bajo su peso. El *Papabocó* se dirigió a la barrica y llenando una gran jiguera de clerén, se la ofreció a la sacerdotisa, quien la tomó como si fuera agua. En seguida la imitó el *Papabocó*. Los demás contemplaban calladamente la escena.

Una vez que hubo tomado el licor, la *Mamaluá* puso otra vez las manos sobre el pecho y comenzó a mascullar extrañas frases, cuyo sentido no se podía apreciar claramente. Al poco rato, los ojos parecían querer salirse de las órbitas y sus gruesos labios se retorcían en un rictus salvaje. Papá Oguís, frente a ella, contoneaba el cuerpo lascivamente. De pronto la *Mamaluá*, –nueva pitonisa– comenzó a hablar con frases entrecortadas y con la voz completamente cambiada. Todos se dispusieron a oír reverentemente.

Tinyó, Renoir y Polá, se acercaron entonces a ella y con la cabeza inclinada parecían formular votos en voz baja y pedir algo a la diosa. Esta, unas veces asentía a las peticiones, otras veces meneaba la cabeza en señal de negativa, con gestos tragicómicos.

Estas ceremonias duraron alrededor de media hora. Una vez terminadas, la *Mamaluá* bajó de la caja, y el *Papabocó* se enroscó en el cuello la culebra que parecía, con sus rápidos movimientos, haberse connaturalizado con la escena. Entonces este hizo señas

a los haitianos y haitianas que iban a ser iniciados esa noche en los misterios del *voudou*. Papá Oguís trazó un gran círculo en el centro de la enramada con polvo de carbón vegetal y colocó a los que iban a iniciarse en pie en las líneas del círculo. Se dirigió, después al altar y tomando unos envoltorios que habían allí los fue repartiendo entre ellos. Estos fueron abiertos por los iniciados. Contenían crines de caballo, pelos y pedazos de cuernos de chivo, uñas de manos y pies humanos y yerbas de fuertes olores, que los haitianos guardaban respetuosamente en sus ropas. Entonces el *Papabocó* fue al altar, tomó de allí una pequeña paleta de madera, y la rozó con el cuerpo de la culebra que tenía en el cuello. Con ella, después, fue frotando la cabeza de cada uno de los iniciados, estando el *Papabocó* en el centro del círculo. Luego cantó con voz tonante y terrible:

¡Eh! ¡Eh! Bomba, ¡Hen! Hen!
Canga cafió té,
Canga Moune delé
Canga doki lá
Canga lí.

Tan pronto el *Papabocó* terminó la canción, los recipiendarios la repitieron en coro, llevándose a efecto esta operación varias veces. Después de la canción, el *Papabocó* y la *Mamaluá* fueron llevando a cada uno de los iniciados una gran jigüera llena de clerén que estos tomaron ávidamente. Entonces Musié Tinyó, en una esquina de la enramada, puso el bongó frente a sí y comenzó a golpearlo rápidamente con las dos manos, en forma característica. El enorme tambor producía un sonido sordo y profundo como el de un trueno entrecortado. El ritmo de esta música bárbara es algo indescriptible y parecía producir un efecto mágico en el alma de los haitianos. Todos se lanzaron a bailar desordenadamente y poseídos de un vértigo frenético, que les hacía mover el cuerpo en las más extrañas y salvajes contorsiones. Las mujeres levantaban los brazos al cielo y daban gritos como de animales acorralados.



Una cabeza monstruosa hecha con un coco seco
y hebras de cabuya.

(Grabado de E. Tarazona hijo)

Esta loca danza siguió durante media hora, al término de la cual, algunos de los iniciados, en un paroxismo convulsivo, habían caído al suelo pronunciando palabras incoherentes y moviendo espasmódicamente brazos y piernas. Estaban *montados* por el dios *vaudou*, y parecían verdaderos demonios. Cuando algunos salían fuera del círculo, el *Papabocó* y la *Mamaluá* los hacían entrar de nuevo y frotaban su cabeza con un cuerno de chivo.

De repente, el *Papabocó* hizo una seña y la danza paró como por encanto, aunque algunos, fuera de sí, con los ojos inyectados en sangre, movían todavía brazos y piernas, en espasmos involuntarios, y de sus labios salían palabras inarticuladas. Cada uno de los iniciados fue entonces llevado por el sacerdote y la sacerdotisa frente al altar, donde hicieron, ante la culebra, que había sido puesta nuevamente en la caja, el juramento de rigor. Desde ese momento todos pertenecían a la secta. Los iniciados y no iniciados, se lanzaron después a una danza más loca que la anterior,

contoneándose desordenadamente, y haciendo a cada momento fuertes libaciones de clerén.

A la hora, aquella era una escena que difícilmente podría ser descrita plenamente con palabras humanas. La mayoría parecía efectivamente poseída por un dios o demonio, que les hacía dar los más extraños saltos y pronunciar palabras lúgubres y tenebrosas con un sonido gutural, distinto del de la voz del que lo producía. Polá había rasgado sus vestidos quedando casi desnuda, y después de dar mordiscos enfurecidos a una silla, bailaba haciendo contorsiones inverosímiles con los brazos levantados. Renoir se daba golpes en la cabeza, y de su boca salían espumarajos. Todos cantaban en diferentes tonos, canciones que semejaban aullidos de lobos rabiosos. Sin embargo, Papá Oguís y Tiná no parecían tan excitados, y evidentemente el misterio del *vaudou* no se apoderaba de ellos con tanto furor como lo hacía en los demás. La *Mamaluá* iba de vez en cuando al altar, tomaba la caja con la culebra la movía encima de la cabeza de los que caían al suelo en una convulsión espantosa.

Más tarde el espectáculo tomó características inconcebibles: haitianos y haitianas comenzaron a bailar en parejas, en una danza lúbrica, con los cuerpos unidos como si fuera una sola pieza, y con los ojos centelleantes de alcohol y lujuria. Aquello era un paroxismo indescriptible en el que se mezclaban el alcohol, la lujuria y la fe en dioses oscuros y extraños. Los cantos no cesaban un momento.

De repente Tinyó, dejando de tocar *balsié*, con las pupilas inyectadas en sangre, y el rostro congestionado gritó:

—*Moin gaingne Candelo nan tète moins!*²⁰

Candelo es el dios del fuego y para demostrar que estaba en el cuerpo de Tinyó, hizo dirigir a este a una de las antorchas y meter brazos y aun la parte superior de la cabeza en las llamas. Estas no parecieron producir gran efecto en el cuerpo del haitiano.

Después de un rato llegaron cuatro haitianos trayendo el cadáver de Francois, en una litera. Esta fue colocada, amortajado con unos trapos y con un pañuelo rojo en la cabeza, frente al altar.

²⁰—¡Candelo me ha montado!

A su lado se colocaron entonces varias mujeres, una de las cuales, evidentemente la mujer del difunto, lloraba desesperadamente. La doliente cantaba de vez en cuando, entre hipos histéricos:

*Adogué, Adogué, le bon Francois. Adogué
le bon Francois, Adogué.*²¹

Aquella mezcla de la celebración de los ritos del *vaudou*, con lo que parecía ser al mismo tiempo los funerales de Francois, tenía, en verdad, el más intenso dramatismo que pudiera concebirse. En el interior de la selva virgen, el sonido lúgubre del bongó, repercutiendo lejanamente como hipos de trueno, las mujeres y hombres cantando y danzando, y la letanía de la haitiana que acompañaba el cadáver de Francois, era un cuadro digno de copiarse por el pincel de un artista satánico.

Poco después, el *Papabocó* volvió a hacer un gesto con su varita mágica. Los danzantes detuvieron su loco ritmo, mientras Tiná traía el chivo que, amarrado a un poste, daba lastimeros gritos, como si no fuera muy de su gusto la escena que presenciaba. Le habían ceñido la caprina a la frente con una corona de pequeñas ramas; al cogote le habían amarrado un pañuelo rojo, y en su lomo había echada una de las blusas de los reclusos. Se iba a proceder al ritual del sacrificio, que es un acto de expiación para calmar al dios Legbá por cualquier ofensa que voluntaria o inconscientemente le hubieren inferido sus fieles, y la cual habría podido llevar al dios a lanzar sobre los creyentes toda clase de calamidades. Tinyó tocó con más furia el *tambú* mientras Tiná cantaba con voz cavernosa:

*A ti guaguá ña pué lambigué
A ti guaguá ña pué lambigué
A ti guaguá ña pué ña pué
Lambigué ;oh! ;oh!*²²

²¹ «Adogué», buen Francois, «adogué». La palabra *adogué* no tiene una equivalencia exacta en castellano, y equivale a algo así como *duerme*, o *acomódate*, etc.

²² Imposible ni siquiera traducir aproximadamente estas expresiones del *patois* al castellano.

El *Papabocó* hizo una extraña figura frente al altar con harina de maíz, compuesta de líneas verticales y horizontales. En ella colocó la *Mamaluá* el animal. El *Papabocó* lo despojó de las prendas, con aire misterioso alzó al cielo su brazo armado de un afilado puñal, y con la habilidad de quien parecía estar acostumbrado a realizar esa operación, dio una certera puñalada en el pecho del chivo, que se tambaleó. De la herida brotó la sangre del sacrificio que fue recogida cuidadosamente en una olla. Cuatro o cinco haitianas se apoderaron del animal para desollarlo y después poner a cocinar su succulenta carne en la fogata que en la parte exterior de la enramada ardía hacía rato.

En la olla de la sangre vertió *Mamaluá* una cantidad equivalente de clerén, y a poco los fieles tomaban aquel nauseabundo líquido, con un respeto místico. Se había consumado el rito del sacrificio, que es una degeneración del que, con la belleza de la sagrada ostia y la pureza del rojo vino, se realiza ante el altar cristiano.

Después las danzas comenzaron otra vez frenéticamente. La mujer que estaba junto al cadáver de Francois, a poco tiempo, se puso a dar extraños gritos al que le siguieron los de otras mujeres. El *Papabocó* se acercó al cadáver y comenzó a mascullar una oración. La mujer del difunto, en voz alta y en lenguaje cortado por sollozos histéricos, pidió entonces al *Papabocó*, algo que ya esperaba este: la resurrección de Francois. Si había resucitado a Ubén, ¿por qué no podía resucitar a uno de la casa? Pero era de rigor consultar a los dioses Legbá y Cimeterre, que eran los que podían hacer el milagro. Todos se reunieron frente al altar, y Tiná con voz quejumbrosa comenzó las imploraciones como en el caso de Ubén.

Bon nuit Papá Legbá bon nuit
Timún muen yo,
Bon nuit Papá Legbá bon nuit
Ti muen yomé pé mandé.



El *Papabocó* se enroscó la culebra en el cuello...

(Grabado de E. Tarazona hijo)

Después de un rato, la *Mamaluá*, con un aire trágico y cómico a la vez, dijo con voz gutural y con los brazos al cielo:

–¡*Legbá pas valé nom ca resucité, li vlé vengeance u seulement!*²³

Al oír esto todos los haitianos comenzaron a hacer grandes gestos. Brincaban, daban gritos ahogados y retorcián sus manos

²³ Legbá no quiere la resurrección de ese hombre, sino que su muerte sea vengada.

en movimientos grotescos. Aprobaban, sin duda, la decisión inapetible del dios y cumplirían la venganza pedida. Papá Oguís volvió a repartir raciones de clerén. Ya muchos comenzaban a comer la carne del chivo casi cruda, con ademanes simiescos, después de haberla sacado con palos de la olla. La mujer de Francois comenzó a llorar más desesperadamente que nunca, pero parecía resignada. Papá Oguís reía misteriosamente. Sus planes estaban a punto de cumplirse. Quien creyera que él había olvidado los latigazos que Rodolfo le había hecho infligir estaba muy equivocado. Dominaría ahora con su turba endemoniada y loca a los dominicanos, sueño acariciado toda la vida por los haitianos, quienes, ya una vez, a través de la historia, con turbas bárbaras e incultas, lograron imponerse por muchos años a sus vecinos, mucho más civilizados que ellos. Ahora la historia se repetiría en la islita mágica. La fuerza bruta, una vez más, dominaría la civilización. El sueño de Hitler de dominación mundial, era en pequeño el sueño de dominación total que dominaba el cerebro del *Papabocó*. Los mangos frondosos parecían protestar con el leve balanceo de sus ramas del siniestro propósito del haitiano.

Papá Oguís, por último, para embrujar a Rodolfo, en una simple ceremonia, lanzó el cepillo que Polá le había robado, a la fogata donde había sido asado el chivo. Bastaba que un objeto de uso personal de la persona a quien se quería embrujar fuera lanzada al fuego por un sacerdote del *vaudou* para que, según la creencia de ellos, el maleficio se consumara.

El alba, con sus dorados arreboles, comenzaba a asomarse por la ventana del oriente, y aún seguía en todo su apogeo la grotesca, absurda y salvaje ceremonia del *vaudou*.



XXVI. DOMINACIÓN HAITIANA

Aquella mañana, Rodolfo, después de haber pasado una noche muy agitada, se sentía sin ganas de levantarse. Todo el cuerpo le dolía y parecía poseído por la fiebre. Los sonidos lejanos de los *tambuses* haitianos que había oído claramente se habían como clavado en sus nervios y sentía una sensación indefinible de angustia. En su sueño agitado, había visto varias veces el cadáver de Córdoba, horripilante con la lengua afuera y los ojos brotados; el de Francois con la córnea enrojecida y el pecho atravesado por el puñal; y la figura espectral de Ubén como la de un medio cadáver, o la de un sonámbulo semiconsiente. Charlotte y Celeste flotaron varias veces ante él, con trajes vaporosos, mientras le parecía haber visto la figura de Tiná volar sobre los mangos, montada en un palo de escoba, como las brujas de sus sueños infantiles.

Hizo un gran esfuerzo y se levantó. Se dirigió a la habitación contigua cuando clareaba el alba. Allí encontró a Rafaelito todo excitado.

–Mi jefe –le dijo el vejete– ¿Ud. no nota en el aire algo raro? Venga a ver como está la luna.

Rafaelito llevó a Rodolfo a la ventana donde contemplaron el plateado disco rodeado por un círculo rojizo.

–¡Ju! –exclamó Rafaelito–. Desde chiquito sé que cuando la luna está así, es que algo muy grande va a suceder.

–No creas en esas cosas –disintió Rodolfo, que como blanco era poco supersticioso. Levántate y vamos a tomar el aire afuera.

Al llegar al prado cercano a los edificios, Rodolfo se separó un poco de Rafaelito y miró ensimismado el espectáculo radiante de

la naturaleza, de esa naturaleza tropical, única en el mundo. Sentía en el alma una fruición inmensa, la fruición del hombre que se siente triunfante en un escenario que corresponde a la magnitud de sus acciones. Amaba sus campos, su cielo, sus ríos, sus montes, su naturaleza toda, porque los veía tan diáfanos como el cristal, tan impetuosos como un torrente, tan frescos como sus follajes luminosos que son como una corona de lauros sobre la frente de la tierra.

A poco se dirigían a un banco, bajo uno de los mangos más cercanos. Rodolfo se proponía ir al campamento haitiano para ver qué clase de baraúnda era la que tenían los *musiés*. Pero la visión de algo imprevisto lo detuvo en su propósito. En un pequeño prado cercano llamó su atención una especie de aparato rústico cuyas formas no se distinguían bien, en cuyo derredor andaban y manipulaban dos personas. Eran Andrés y Pereira. El último se acercó a Rodolfo.

–¡Mi jefe! –exclamó–. ¡Yo que siempre he dicho que Andrés no está muy bien del caletre! ¡Fíjese Ud. lo que ha construido!

Era un extraño aparato que después de una aguda observación, parecía querer aproximarse a ser un aeroplano. Era un barril grande, acostado, en cuya parte superior se veía un hueco, en el que podía caber una persona. A sus lados había dos hojas abolladas de hojalata que querían simular alas y en su parte de atrás otra hoja en forma de cola. Andrés estaba metido en el hueco manipulando lo que parecía ser un timón.

Pereira comenzó a reír hasta más no poder.

–Yo le he dicho a Andrés –dijo– que la parte más importante de un avión es el motor. Yo he sido mecánico y lo sé. Pero Andrés insiste en que ese avión volará sin motor y que le producirá millones de dólares. ¿Qué le parece a Ud., don Rodolfo?

Este al ver el aparato tampoco pudo contener la risa. Para saber que aquello era un avión habría sido necesario haberle puesto un letrero, con el nombre, como a los retratos que hacen ciertos artistas. Pero Andrés no le hacía caso a nadie, ensimismado en sus incomprendidas tareas de inventor y constructor.

–Yo lo que sé –dijo poco después con convicción– es que cuando los hermanos Wright volaron *con* motor, nadie quiso creerles.

Yo, que ahora sé que se puede volar *sin* motor tampoco soy creído. Es el destino de los grandes hombres. Tampoco a Colón, ni a Edison, ni a Marconi les hicieron caso al principio. No me extraña, pues, que este imbécil de Pereira suponga que estoy loco. Eso no me preocupa, ni me importa...

De pronto se oyó un gran estrépito. Todos voltearon la cara y se quedaron de una pieza. Por el camino central venía la horda frenética de los haitianos dando grandes alaridos y blandiendo garrotes, hachas y machetes. Enseguida Rodolfo comprendió que estaba perdido y tuvo plena conciencia de su estúpida imprevisión. ¡Había caído él en el mismo error en que cayera días antes la Dirección del establecimiento! Aquellos haitianos no eran los mismos de antes y venían poderosos como seres infernales, excitados por el clerén y su fanatismo inconmensurable y salvaje.

La horda se acercó al grupo.

Rodolfo pensó en seguida en dos cosas: en el puñal que había dejado esa mañana en su habitación y en Charlotte. Así fue que, sin perder un minuto, salió corriendo seguido de Rafaelito hacia el edificio principal, adonde entró rápidamente cerrando la puerta central. Mientras tanto los haitianos, en número de treinta o cuarenta, corrieron hacia Pereira y Andrés que eran las únicas personas que aparecían a la vista.

Andrés, con gran serenidad, se montó en su avión que de momento había abandonado, y quiso ponerlo en marcha. Mientras trataba de manipular en el supuesto timón, fue aprehendido y golpeado brutalmente por la turba. Pereira, viendo la cosa seria, se subió rápidamente a un mango, llegando hasta las últimas ramas.

Los haitianos, sin ningún plan concertado, como tuviera Rodolfo cuando inició su rebelión, se dirigieron desordenadamente en todas direcciones. Su propósito era el pillaje que no tiene acción definida, el atropello y el desorden.

Una vez en el depósito saquearon todas las provisiones y comieron lo comestible como unos energúmenos. Después, se dirigieron a los pabellones y golpearon a cuantas personas encontraron. Papá Oguís tomó las llaves de los pabellones que por lo temprano de la hora aún no habían sido abiertos y dejó encerrado a todos los reclusos en ellos. Como era el único que parecía

pensar con alguna cordura se hizo una especie de estado mayor con Tinyó, Renoir, Guedé, Pié, Ticut, Tameís, Presil y Montil, mientras los demás se precipitaron en todas direcciones como un vendaval. Andrés fue encerrado en una celda, mientras algunos se pusieron a tumbar el mango donde estaba Pereira. Este, subido en la última rama, estaba dispuesto a batirse como un león y desde arriba gritaba:

–¡Malditos! ¡Si Rodolfo se hubiera llevado de mí, ya estarían todos en el otro mundo!

Una vez el árbol en el suelo, y a pesar de que con la caída se golpeó considerablemente, se necesitaron diez hombres, algunos de los cuales salieron estropeados, para vencerlo. Fue encerrado enseguida en una celda.

Senén se entregó y rogó que no lo atropellaran.

–Si yo lo decía... –murmuraba entre dientes cuando lo conducían– ¡Con esta gente no se puede!...

Los doctores y el personal fueron llevados a empellones, a pesar de su estado lastimero, como resultado de las inyecciones, a una celda, en que apenas cabían. No valieron los ruegos de Petra para que no la encerraran con hombres.

A Gollita la volvieron un guiñapo a golpes, mientras ella sin ceder, gritaba:

–¡Brujos malditos, no me pongan la mano!

En cuanto a Celeste, ligera como una liebre, había corrido hacia los cerros y se había escondido en ellos.

Mientras tanto, Rodolfo y Rafaelito se habían encerrado en la habitación de Charlotte y Diomares, y allí discutían lo que podían hacer en tan críticas circunstancias.

Pero Papá Oguís y sus secuaces, en un momento, hacinaron una gran cantidad de leña y paja del bosque alrededor del edificio, con una precipitación y alegría que daban a entender muy claramente que no vacilarían en pegarle fuego, y en asar espléndidamente a los que en él habían buscado refugio.

Al ver Rodolfo esto, hizo señas desde arriba, indicando que prefería rendirse. Pensaba, con razón, que quizás evitando una muerte inmediata y horrorosa, podría quizás encontrar después el modo de escapar. En vista de esta resolución los cuatro bajaron y

se entregaron al *Papabocó*. Diomares y Rafaelito estaban pálidos y aterrados, en tanto que Charlotte y Rodolfo conservaban cierta serenidad.

–¡Cuán distinta esta salvaje sublevación a la rebelión de Rodolfo! –pensaba Charlotte– Mientras este, en su bien intencionada locura, solo quería apoderarse de la dirección del establecimiento para hacerlo mejorar, ¡estos salvajes solo han pensado en destruir!

Papá Oguís, dirigiéndose a Rodolfo, le dijo en claro español:

–Señor jefe –¡Dispóngase a obedecerme, porque ahora el jefe soy yo!

Rodolfo no contestó una sola palabra.

–¡Estos eran los que no hablaban español! –musitó Diomares.

A pesar de que ya no había objeto en ello, los haitianos, que no querían perder el espectáculo, pegaron fuego al edificio. Su locura *vaudésca* surgida en el seno de la noche entre hachones y fogatas, no podía privarse, en efecto, de ver arder, como una pira gigantesca, el edificio que era en aquella isleta el símbolo de la ciencia y la cultura.

A mediodía la orgía continuaba. Papá Oguís había dispuesto, ya en el colmo de la locura, celebrar un acto de *vaudou* supremo, en el que sería ofrecido a papá Legbá, el sacrificio de un ser humano: Rodolfo. En el *vaudou* ordinario solo se inmolan animales, pero él inmolaría en venganza, y en cumplimiento de los supuestos deseos del dios, a este soberbio bruto blanco que tantas veces lo había humillado.

Al efecto, en un gran prado cercano a los edificios prepararon el lugar que sería el escenario del gran espectáculo que se efectuaría en la noche. Hicieron una gran explanada, y cubrieron de arena, y allí llevaron el altar con todos sus aditamentos, el clerén y el bongó. Enseguida comenzaron las libaciones, las locas danzas, y los éxtasis *vaudescos* de que hemos hablado anteriormente.

Mientras tanto, los presos en sus celdas eran víctimas de un miedo indescriptible. Por los barrotes de la puerta veían los preparativos dantescos de los haitianos. Las mujeres lloraban y rezaban. Algunos hombres contraían los rostros en gestos de rabia e impotencia, mientras otros, completamente acobardados, seguían el

ejemplo de las mujeres. Solo los locos más graves no comprendían lo trágico de la situación.

Ubén había sido puesto a trabajar, y en la explanada a que nos hemos referido, se le veía abriendo unos grandes hoyos. Primero, pusieron una gran estaca en el centro. A su alrededor, en forma circular colocaron una veintena más.

Papá Oguís dejaba beber el clerén a pasto. Como era una bebida tan fuerte pensó que la cantidad que tenían duraría para toda la noche.

El *tambú*, en las manos ágiles y huesudas de Tinyó sonaba sordamente, como un hípo gigantesco.

Alrededor de las cinco de la tarde, Papá Oguís se dirigió con su grupo a la celda donde estaban encerrados Charlotte, Rodolfo y Rafaelito. Estos no habían comido nada en todo el día, y se devanaban los sesos pensando cómo podrían salir de allí. El *Papabocó*, al llegar, se plantó frente a la puerta de la celda y encarándose con Rodolfo le dijo en lenguaje español un poco cortado, pero claro:

–Vengo a participarle que así como usted me condenó a sufrir cincuenta latigazos a mí y a los míos, yo lo he condenado a usted a morir en venganza de esos latigazos y de la muerte de Francois. Después de haber hecho sufrir un poco a mis buenos amigos dominicanos, mis compañeros y yo nos iremos en una lancha que haré construir, dejándolos a ustedes sin provisiones, y a merced de su gran Dios que está en los cielos...

–¡Haitiano miserable! –le gritó Rodolfo. ¡Puede irse al infierno de donde proceden todos ustedes!

Al *Papabocó* no le gustó mucho la respuesta. Hizo abrir la puerta maciza de la celda, y entre todos agarraron a Rodolfo y le propinaron varios garrotazos que lo hicieron caer sin sentido, mientras Charlotte y Rafaelito eran sujetados fuertemente. Rafaelito se libró del castigo. En cuanto a Charlotte, el haitiano la miraba gozosamente: contemplando las bellas facciones y rosadas carnes de la joven, pensaba seguramente que sería un manjar exquisito para su gusto refinado. Esta mirada hizo temblar a Charlotte, quien sentía un asco infinito hacia el odioso haitiano, con su repelente figura y actitud.

Cuando Papá Oguís y su grupo se fueron, y Charlotte contempló a Rodolfo con la cabeza ensangrentada y perdido el conocimiento, se puso de rodillas junto a él, poniendo la cabeza entre sus manos. Ahora comprendía que lo amaba ciegamente, que lo había amado hacía varios días, no solo por su apuesta figura, sino por su carácter varonil y enérgico, su clara inteligencia y la delicadeza y respeto que siempre había mostrado hacia ella. En los momentos de peligro intenso, es cuando en el alma aparecen los sentimientos que habían estado en ella en estado latente. Así, en las catástrofes los enemigos se hacen amigos, los amigos indiferentes se hacen grandes amigos, y el amor que todavía solo brilla como una débil lucecilla, se convierte en el sol gigantesco de una pasión luminosa y avasallante.

Pero había que hacer algo para sacar a Rodolfo de aquel estado de inconsciencia. Mas, ¿qué se podía hacer?

Solo cabía esperar con valor la triste suerte que les estaba reservada, o un milagro de Dios. De repente, Charlotte miró a Rafaelito.

Este, a pesar de lo trágico de la situación, se ocupaba en examinar sus pertenencias que tenía metidas en un bolsillo, y escondidas entre cuerpo y ropa. Charlotte vio, entre objetos de diversas clases, varios pequeños frascos que contenían líquidos y pastillas, que Rafaelito había robado en la enfermería el día de la enfermedad y muerte de Ubén.

Una luz de alegría brilló en sus ojos cuando pudo comprobar que uno de aquellos frasquitos contenía el líquido con que el Dr. Herrera había tratado de reanimar a Ubén aplicándose a la nariz.

–Estas medicinas deben ser buenas –comentaba Rafaelito.

Charlotte tomó el frasquito y lo aplicó en la nariz de Rodolfo. Después le puso un poco del líquido en la frente. Cuando volvió a aplicarlo a la nariz, Rodolfo reaccionó débilmente.

–¡Rodolfo, mi Rodolfo!... –decía la muchacha, sin poder contenerse, pensando que este iba a morir como consecuencia de los tremendos golpes dados por los haitianos. Al oír aquella voz celestial, que parecía provenir de un ángel, Rodolfo semiconsciente pensó que había muerto y llegaba a la gloria. Pero al abrir un poco los ojos, reaccionando, vio a Charlotte con su rostro junto al de

él teniendo en los ojos ese inconfundible brillo que «ya sea que el trópico abrase o el norte hiele» quiere expresar la única, infinita y sublime verdad de todo el espacio y de todo el tiempo: amor.

Y sin decir una sola palabra, porque este acto es al mismo tiempo palabra elocuente y acción sublime, los labios de Charlotte y Rodolfo se juntaron en un beso. Charlotte, en aquel momento supremo de dolor y angustia, sentía su corazón rebosante de esa placidez santa que solo llena el alma cuando está embargada por un sentimiento de grandeza infinita. Su amor por Rodolfo era sereno y majestuoso como la blanca cumbre de las Montañas Nevadas, suave y voluptuoso como los cerezos florecidos de las orillas del Potomac, altivo y gallardo como los pinos que son centinelas gigantescos, oteadores de sol y de luceros, en el legendario Valle de Yosemite. Se quedó mirando a su amado y de sus pupilas, azules y serenas, brotó una lágrima que era tan pura como el rocío que cada mañana humedece los prados de Mount Vernon en su patria lejana. Estuvieron unos minutos contemplándose mutuamente. Charlotte, gallarda y sonriente, Rodolfo sintiendo en su corazón el hálito de una nueva vida, el sostén de una nueva esperanza, el fulgor de un nuevo ideal. El beso de Charlotte había insuflado en su ser un aliento de renovación impercedera. Como un ciego que ve por primera vez la luz del día, así veía él ahora la vida, llena de risueñas imágenes y de claridades esplendentes. Se sentía otro. En sus labios una sonrisa plácida sustituyó al rictus amargo y arrogante. Y tuvo la impresión de que el beso de Charlotte había sido el poderoso conmutador que de un solo golpe había llevado al antro de tinieblas de su alma, la luz purísima de la redención. ¡Amor lo había enloquecido, y amor lo había curado! *¡Similia similibus curantur!*

Rafaelito miraba la escena espantado.

–¡Ju! –decía– ¡Dios quiera que Rodolfo de esta no se vuelva loco!

Charlotte y Rodolfo reaccionaron rápidamente. Era necesario hacer algo, imaginar algo, para tratar de salir de la crítica situación en que estaban, ahora que el amor los unía con lazos que los hacían sentirse más grandes que dioses.

Ambos se asomaron a la puerta de la celda. A lo lejos se veía a los haitianos en sus macabros preparativos. En el pasillo del

pabellón solo estaba sentado el haitiano Renoir quien al parecer había sido encargado de la vigilancia de los presos, pues del pantalón de su *mameluco* colgaba un enorme llavero. A su lado había una mesita con un vaso de agua y un pedazo de andullo. El haitiano fumaba impasiblemente su cachimbo sin dignarse mirar a ningún lado. Renoir era el más pacífico de los haitianos, y sin duda, por eso había aceptado el papel de guardián, sin entregarse desde temprano a la orgía en que estaban sus compañeros.

–¡Qué se puede hacer, qué se puede hacer!... –decía Rodolfo desesperado.

–¡Calma, mi jefe! –decía Rafaelito– mientras guardaba de nuevo sus féferes.

Según lo había hecho antes Charlotte, era ahora Rodolfo el que se fijaba en los objetos víctimas de la cleptomanía de Rafaelito. Voló hacia ellos.

En su cerebro cruzó, rápido, un pensamiento: si entre esos preparados medicinales hubiese un veneno, era preferible que Charlotte y él lo tomaran antes que exponer a su amada a los atropellos brutales de los haitianos. Los fue examinando todos, hasta que tropezó con un tubito que decía en su parte exterior: «morfina», y estaba lleno de unas pequeñas tabletas. Después de verlo una idea se le ocurrió: si pudiera narcotizar a Renoir y obtener las llaves podrían salir acaso del atolladero. Pero, ¿cómo narcotizar al haitiano?

Las mujeres tienen más sagacidad que los hombres, y Charlotte, compenetrada del propósito de Rodolfo, le pidió que la dejara actuar.

–Musié Renoir –dijo llamando al haitiano y haciendo lo posible por lanzarle una dulce mirada–. Tenga la amabilidad de pasarme un jarro de agua.

El interpelado miró a la norteamericana, y ni siquiera se dignó contestar.

Entonces Charlotte se sacó del seno un brazaletes de oro que rápidamente había quitado de su brazo cuando ella, Rodolfo y los dos más se entregaron a la turba haitiana.

–*Musié Renoir* –repitió– le ofrezco este brazaletes que vale cien dólares si me trae un jarro de agua.

El haitiano volteó la cara y en sus ojos brilló una codicia estúpida. Se acercó.

–Yo tomo el brazaletes –dijo– si usted promete no decir nada a mi jefe.

–Se lo juro –respondió Charlotte– y le entregó la joya.

Renoir trajo el jarro de agua que tenía en la mesa.

Una vez en posesión de él, y evitando la mirada del haitiano, Rodolfo y Charlotte, tiraron la mitad del agua y en el resto disolvieron varias pastillas de morfina, cantidad suficiente para dormir a un rinoceronte. Entonces llamaron a Francois y le devolvieron el jarro. [N.E. El original dice Francois, pero se refiere a Renoir].

El plan era de muy dudoso éxito, pues se basaba en la opinión de Rodolfo, de que lo más probable era que el haitiano tomara esa agua cuando sintiera sed, por no tomarse el trabajo de ir a buscar otra.

–Esos haitianos son tan puercos y haraganes –decía– que estoy seguro que preferirá tomar esa agua cuando sienta sed antes que ir a buscar más de cincuenta metros afuera.

Rodolfo tenía razón. A la hora se cumplía su predicción. Ya la noche estaba al cerrar cuando el haitiano dio un bostezo, dejó a un lado su cachimbo, y agarrando el jarro, tomó su contenido sin ni siquiera hacer un gesto. A los diez minutos dormía como un topo. Lo demás fue fácil. Rodolfo alargó la mano y logró desprender el llavero. Examinó las llaves hasta dar con la de la celda en que estaban. La abrió rápidamente y los tres salieron. Rodolfo pensaba libertar enseguida a los demás compañeros que estaban en otras celdas, pero, para el colmo de la mala suerte, cuando iba a hacerlo, se presentaron en la puerta del pabellón Papá Oguís y sus secuaces. Rápidamente tomó a Charlotte en brazos y corrió en dirección a la salida.

–¡Coge la macana de Renoir! –gritó a Rafaelito.

Rafaelito, apresurándose, tomó el garrote y siguió a Rodolfo.

Al llegar los tres a la puerta del pabellón fue tanta la sorpresa de Papá Oguís y su gente al verlos salir que retrocedieron de primera intención. Rodolfo corrió a toda velocidad mientras su acompañante daba un certero garrotazo al *Papabocó*, y lo seguía. El plan de Rodolfo era llegar a la gruta y ocultarse en ella. Pero Dios esta

vez no les ayudó. Apenas habían corrido varios metros dentro de la selva, cuando fueron interceptados por un grupo de más de diez haitianos que los hicieron presos nuevamente. La rabia de Rodolfo y la consternación de Charlotte no es para describirse.

Papá Oguís condujo él mismo a Charlotte a su bohío, mientras Rodolfo y Rafaelito eran amarrados en los postes designados para ellos.

La noche había cerrado y los haitianos continuaban dueños de la situación, amparados por sus siniestros dioses.



XXVII. CELESTE

Celeste, como sabemos, ligera como una ardilla, se había internado en el bosque desde que comenzó el tumulto. Allí había estado oculta, alimentándose con mangos, naranjas y caimitos y tomando el agua de los más ocultos riachuelos y manantiales. Cuando la noche comenzó a caer y al amparo de las sombras, se fue acercando lentamente, siempre oculta en la maleza, para tratar de ver lo que pasaba en la cercanía de los edificios. Había visto desde lejos el resplandor del incendio del edificio principal y ahora desde un cercano cerro pudo ver la obra de la devastación y la barbarie.

–¡Malditos haitianos! –dijo–. Casi estoy peleada con mi virgen-cita por no haber evitado esto.

Siguió caminando un poco más y se agazapó en la maleza. Desde allí veía el campamento haitiano y la gran explanada que habían hecho los haitianos en la que había clavadas una veintena de estacas.

De repente vio a Rodolfo, a Charlotte y a Rafaelito que huían para ser capturados poco después. Observó cómo Papá Oguís llevaba a Charlotte a su bohío, y amarraba a los postes a Rodolfo y a Rafaelito.

Sufría enormemente viendo el estado a que estaba reducido Rodolfo, pero no podía evitar un ligero sentimiento de alegría al ver a su odiada rival norteamericana en poder del *Papabocó*.

Decidió acercarse aún más. En esta forma llegó y subió al mismo mango en que antes había subido Rodolfo, desde donde podía ver el interior del bohío de Papá Oguís. La escena que contempló allí, por la abierta ventana, quiso llenarla de júbilo: Charlotte

estaba amarrada a lo que podía llamarse una cama. A un lado un gran hachón alumbraba la habitación. Papá Oguís había cerrado la puerta de la pieza, y en este momento estaba sentado en el borde de la cama donde Charlotte se retorció de miedo y angustia. El *Papabocó* de vez en cuando iba a la mesa y apuraba un líquido.

–¡Qué tomará con tanto gusto ese condenado! –pensaba la muchacha–. ¡Virgencita, virgencita, salva a Rodolfo y haz que ese haitiano no haga *mucho* daño a esa joven!

Ya sus sentimientos caritativos y cristianos, comenzaban a imponerse sobre el odio que sentía por su rival.

La muchacha caminó luego, hacia la parte del bosque desde donde podía contemplar a Rodolfo. Allí, lejos, estaba él amarrado a un poste, sufriendo con sus compañeros la cruel tortura que es a veces el pago que el destino reserva a quienes pretenden rebelarse contra la ignorancia y la maldad. Al ver a su amado en ese estado, las lágrimas corrieron raudamente por sus mejillas febriles. Su amor por Rodolfo era algo que casi no le cabía dentro del corazón; era el amor fuerte, impetuoso, tenaz e imperecedero del trópico; el amor que en la Pampa se pasea bajo el enjambre de mil luceros esplendentes; que es rugiente como el Tequendama, magnífico como el Amazonas, bello como las flores de Xochimilco y punzante como los cactus de Orizaba. Amor del trópico que mata al rival, que es celoso de la brisa, y que muere con la sonrisa a flor de labio.

El haitiano, al parecer, se contentaba con gozar atormentando a su víctima, como el gato al ratón, antes de atropellarla.

Volvió a mirar por la ventana. El *Papabocó*, al cual la luz daba ahora de frente, parecía un verdadero monstruo del Averno. Se daba paseos de aquí para allá y frotaba una con otra sus manos simiescas. En su cara de demonio sus ojos centelleaban como dos ascuas gigantes y movía las pupilas de un lado a otro con movimientos lentos y grotescos. De su boca salía un jadeo como el de una bestia apocalíptica excitada por fuerzas invisibles, y el belfo, agudo y penetrante, simulaba un áspid sólido y marfilíneo. Sus cabellos, erizados y pastosos, se habían alborotado aún más y semejaban un casco de estopa. Su figura era repelente, brutal, antihumana, como un nuevo Frankenstein (N.E. Frankenstein)

surgido del ayuntamiento de un Tarzán negro con la hembra de un gorila.

Celeste pensó que lo único que podía hacer era rezar: rezar a su virgencita para que salvara a su Rodolfo, y hasta para que hiciera algo por la muchacha. Ella conocía una gran cantidad de oraciones y preceptos religiosos. Se puso a repasarlos en su mente. Cuando llegó a uno que decía, en las enseñanzas de Jesús: «Ama a tu enemigo como a ti mismo», se detuvo.

Recordó entonces haber oído a un gran predicador, allá en el Santuario de Higüey, que en un sermón, criticaba esta frase. Según el predicador, Jesucristo, el hijo de Dios no había dicho: «Ama a tu enemigo como a ti mismo», sino que elevándose por encima de Buda y otros que habían predicado el amor al prójimo y la tolerancia del enemigo, pronunció la frase más grande que haya pronunciado un ser humano sobre la tierra:

«AMA A TU ENEMIGO MÁS QUE A TI MISMO».

Su corazón le dio un vuelco. Miró a una de sus virgencitas que llevaba ocultas en el seno y esta parecía decirle: ¡Haz algo si puedes!

De repente algo se le ocurrió. Algo que solo galvanizada por la fe, podía hacer. Se tiró casi del mango y ligera corrió, ocultándose hábilmente en la espesura, hacia la gruta. Destapó la entrada y se dirigió al fondo de ella. Con una rapidez que solo podía inspirarle su resolución decidida descolgó el espantoso esqueleto que Rodolfo había puesto allí. Estaban tan bien articulados los huesos de este, que pudo llevarlo a rastras, entre la oscuridad de la noche y las dificultades de la selva.

Con fuerzas que sacaba no sabía de dónde, subió al mango, agarrando en la mano el extremo de la cuerda que estaba amarrada al pescuezo del esqueleto. Una vez arriba, lo fue izando lentamente en tal forma que colgado del mango, quedó frente a la ventana del bohío del *Papabocó*. La luna del esplendoroso cielo dominicano no había dejado de aparecer en todas aquellas noches y alumbraba ahora la escena con luz brillante y poética.

Celeste imitó el grito de la lechuza con voz fuerte, varias veces, tal como lo había aprendido, cuando allá, en su lejano Higüey,

correteaba con Fernando por los prados, cazando cocuyos. Al tercer chillido, el haitiano, supersticioso como casi todos ellos, dejó ver su siniestra faz por el hueco de la ventana. Celeste balanceaba suavemente el esqueleto, cuyos miembros al chocar con las ramas del mango producían un sonido de ultratumba digno de un cuento de Poe.

El haitiano miró, remiró, se pasó la manó por los ojos, volvió a mirar. Salió a la puerta, y al ver el esqueleto nuevamente, salió huyendo como alma que lleva el diablo en dirección a los edificios.

Celeste, velozmente, bajó del mango, dejando caer el esqueleto que para nada ya le servía. Entró al bohío del *Papabocó*. La norteamericana estaba casi desmayada. En el ambiente había un fuerte olor a alcohol. La muchacha tomó un cuchillo que en la precipitada huida había dejado allí Papá Oguís. Desamarró a Charlotte, y casi cargándola, la sacó afuera.

–¡Valor! –le dijo–. ¡Saca fuerzas de donde puedas, que no tenemos tiempo que perder!

Cuando casi a rastras se ocultaban en la selva, oyeron un ruido detrás. El *Papabocó*, repuesto de su primer miedo, había vuelto con dos o tres haitianos más. Al ver el esqueleto en el suelo y a Charlotte desaparecida, lanzó una terrible maldición y se lanzó con los otros en persecución de las fugitivas.

Pero Celeste conocía más la selva que los propios haitianos. Cargando casi a Charlotte, iba al mismo tiempo apartando las malezas. A poco había despistado a los haitianos y llegaba al borde del bosque, que colindaba con la playa. Ahora solo quedaba por atravesar alrededor de cien metros de un paraje completamente desolado antes de llegar a la gruta. Se arriesgó. Pero los haitianos las divisaron y corrieron velozmente hacia ellas. Mas, Celeste, con gran presteza, destapó la entrada y se coló dentro con su acompañante.

A poco, los haitianos caminaban en los propios alrededores de la gruta, mirando hacia el mar, y para aquí y para allá. El *Papabocó* conocía muchos misterios, pero este no lo comprendía.

Después de recostar a Charlotte en la arena del piso y de dejar pasar media hora, Celeste se aventuró a mirar por las hendijas de la entrada. Al parecer, los haitianos se habían ido. La muchacha salió decidida, a ser posible, a arriesgar la vida por salvar a Rodolfo.

Ocultándose en el bosque llegó al campamento haitiano. Estaba desierto. Solo aquí y allí ardía alguna fogata. Se acercó entonces a la explanada donde estaban los postes y allí una escena fantástica se ofreció a su vista: los haitianos habían amarrado, además de a Rodolfo y a Rafaelito, a los demás que componían el grupo del primero, y a los doctores, practicantes, enfermeras y llaveros. En la explanada una decena de fogatas ardían y los haitianos bailaban junto a ellas al compás del bongó, y tomando clerén con profusión.

La valerosa muchacha decidió acercarse más. Una vez a veinte metros de la escena, comprendió la imposibilidad absoluta de hacer nada. Si se aproximaba más, solo iría a aumentar el número de las víctimas.

–¡Ilumíname, virgencita! –exclamaba con voz angustiada.

Decidió entonces volver a la gruta para hacer lo único que podía hacer en aquellas circunstancias: rezar.

Pero al llegar a las cercanías de esta, vio a cuatro o cinco haitianos que husmeaban por los alrededores, todavía en busca de las fugitivas tan misteriosamente desaparecidas.

–¿Qué hacer? ¿Qué hacer? –repetía, ya casi desvariando.

Recordó que en su pueblo, era muy corriente «hacer promesas a los santos» en gracias por haber librado a alguien de algún peligro o en petición de algo. Ella, pues, haría una promesa a la Virgen de la Alta-Gracia. Haría la promesa de estar de rodillas, rezando hasta que libertara a Rodolfo y a los demás.

Se dirigió nuevamente al desierto campamento haitiano. De allí tomó una de las varias antorchas de cuaba que ardían con grandes llamaradas, y se dirigió hacia el sur, a la parte de la costa que consideraba más alejada de la escena del sacrificio, para no ser descubierta. Buscaba ansiosamente un lugar donde colocar su virgencita, poner el hachón, y entregarse a sus oraciones.

De pronto vio un mango que parecía haberse secado, pues sus hojas aparecían mustias y amarillentas. El mango era de gran tamaño y estaba apartado de la selva cercana a la costa sur de la isleta, en un sitio abierto, y frente al mar. Era el lugar ideal. Llegó allí. Fijó el hachón como pudo un poco más arriba del tronco del árbol, en el lugar donde comenzaban a bifurcarse las ramas, y puso la virgencita recostada al pie del tronco. Enseguida se puso de rodillas a rezar

piadosamente. La virgencita resplandecía bellamente a la luz del hachón, contemplando amorosamente al Niño Jesús.

Celeste dirigía las invocaciones tanto a la virgencita, como al Niño Jesús. De pronto recordó las palabras de Jesucristo en el Evangelio, citadas por Amado Nervo, su poeta predilecto, en el prólogo de *La Amada Inmóvil*: «En verdad, en verdad, os digo que todo lo que pidieréis al Padre en mi nombre os será concedido». Y recordaba también cómo Amado Nervo al pedir a Jesús que le concediera morir antes que la amada enferma, rezaba así: «Señor, haz que yo muera antes que ella. Te lo pido, Señor, en nombre de Cristo que nos dijo: En verdad, en verdad, os digo que todo lo que pidieréis al Padre en mi nombre os será concedido». Recordaba por último, cómo Nervo, al no serle concedido su deseo de morir antes que ella, creyó en la inutilidad de la plegaria, y sin embargo, siguió siendo creyente porque como él decía: «¿va esa inteligencia infinitamente lúcida, previsor, lógic, para la cual no existe limitación ninguna de espacio y de tiempo, a quien achicamos con solo darle nombre; va ese ser inconmensurable que ha ordenado para fines de Él solo conocidos todos los universos, a torcer sus designios porque un pobre espíritu conturbado de hijo, de esposo o de padre, le pida que los tuerza?».

–Mi divina virgencita –rezó entonces Celeste–, yo no creo como Amado Nervo en la inutilidad de la plegaria. Creo en la inutilidad de la plegaria cuando se pide algo sin fe, y cuando lo que se pide es contrario a los sagrados preceptos de tu religión. Nervo, virgencita, pidió por su propia muerte, que solo Él podía conceder, cuando su divina misericordia así lo resolviera. Nervo, virgencita, pidió algo que indicaba que no tenía resignación para acatar los supremos designios de la Providencia... Yo, yo, virgencita, –decía casi en sollozos– te pido, no por una muerte, sino por una vida, por la de él, porque es bueno y lo quiero. Virgencita, yo no te pido por la muerte mía, antes que la de él. Virgencita, yo, yo...

De repente sucedió algo inesperado.

Una ráfaga fuerte de ese viento que sopla algunas veces con violencia en la islita venido del mar, movió una de las ramas del mango seco hasta que esta tocó con la llama del hachón. A poco el mango ardía como una inmensa antorcha, ante los ojos

asombrados de Celeste. Al ver esta que el fuego amenazaba a su virgencita, se lanzó a recuperarla, pero el calor del fuego le impidió acercarse. A poco la virgencita se quemaba también.

La muchacha cayó al suelo desmayada, presa de un dolor y de una angustia infinitas. Pero aún antes de perder el conocimiento exclamó:

-¡Te quemaste, virgencita, pero vivirás en lo más profundo de mi corazón!



XXVIII. EL SUAVE MILAGRO

–¿Hay ballenas en el Caribe? –dijo Paxton, el oficial de artillería del *Patrol Boat*.

–En estos mares hay de todo... hasta ciclones tan devastadores como no se ven en otras partes del globo –contestó Holby, el oficial de derrota.

–¿Y con respecto a corrientes cálidas?

–No creo que las haya de importancia.

Este diálogo era sostenido sobre cubierta en la prima noche de un cálido día de junio por dos oficiales de un *Patrol Boat*, que hacía un servicio de patrulla en el Mar Caribe, al sur de La Hispaniola. El *Patrol Boat* que también es designado con los nombres de patinete de mar, chotacabras y buque suicida, es una de las unidades más recientes con que cuenta la marina de los Estados Unidos de Norte América. En la proa lleva un emblema pintoresco: un dibujo de Walt Disney en que se ve un torpedo y cabalgando en él, un mosquito, en la posición que adoptan los vaqueros del oeste cuando montan un potro cerril. El buque hace sesenta millas por hora, tiene un radio de acción de tres mil millas y solo tiene veinticinco metros de eslora. Va provisto de cuatro torpedos que son suficientes para hundir un acorazado. El *Patrol Boat*, en cuya cubierta hablaban los oficiales Paxton y Holby, pertenecía a una flotilla que navegaba por el Caribe a la caza de los submarinos que hacía pocos días habían hundido algunos buques de los países antillanos, entre ellos el «Presidente Trujillo» y el «San Rafael» de la marina dominicana.

La noche tropical era espléndida. Un cielo estrellado, como un inmenso vivero de ópalos y una luna llena radiante de belleza,

como solamente se ven en el trópico, provocaban la admiración de los oficiales, que plácidamente sentados sobre cubierta fumaban sus pipas. De los oficiales, el mayor de ellos, Holby, es de corpulento cuerpo, pelo negro y atezado rostro. El segundo, Paxton, es sumamente joven, debiendo frisar en los veinticinco años; es rubio y en sus ojos azules campean la dulzura y la sencillez.

–Bella región esta –dijo Paxton–. Siempre me ha encantado el trópico con sus campos de algodón y caña de azúcar y con esas famosas mulatas que solo he visto en sueños.

Holby no pudo menos que sonreír. Sabía que su compañero era algo presuntuoso.

–¿Te casarías tú con una de esas mulatas de que hablas? –dijo a modo de chanza.

–Como casarme, quizás no lo haga nunca. Pero de hacerlo sería con una mujer que no fuera, ni rubia ni blanca como soy yo.

Holby volvió a reír. Su compañero era mucho más joven que él y le divertían sus ideas.

–¿Y no crees que estas islas antillanas sean demasiado salvajes? He oído decir que en ella hay antropófagos, brujos, y no sé cuántas cosas más.

–¡Patrañas! –aseguró Paxton–. He leído mucho sobre La Hispaniola por cuya parte sur navegamos ahora y puedo asegurarte que es una isla de leyenda, llena, eso sí, de misterio, pero de un misterio poético, muy lejos de eso que tú dices. Aquí un negro fue Emperador hace mucho tiempo, y sus islas adyacentes eran refugios de piratas que como Drake y Cofresí, buscaban por estas tierras gloria y fortuna. Créeme, que me encantaría que encontráramos por aquí un submarino, entabláramos pelea, y tuviéramos que arribar a la costa a reparar alguna pequeña avería.

–Pues –aseguró Holby– estamos, precisamente cruzando un canal entre La Hispaniola y una pequeña isla donde fue hundido hace pocos días un pequeño vapor. Este hundimiento produjo gran indignación en toda esta región por la cantidad de vidas perdidas y por la crueldad nazi que no respetó un pequeño buque sin armamentos, ni carga. ¿No estabas enterado?

–No, precisamente.

–Lo supe por el Capitán. El Departamento de Marina por eso destacó inmediatamente nuestra flotilla para estos mares tropicales.

–¿Conque estamos pasando entre La Hispaniola y una pequeña isla? ¿Sabes cómo se llama esta isla?

–No lo sé. Pero creo que no tiene importancia y debe estar deshabitada.

El patrullero cruzaba las azules aguas a media marcha, ya que su máximo de velocidad solo era desarrollada cuando entraba en combate o cuando se dirigía a un punto determinado.

–¡Mira! –exclamó de repente Paxton, señalando con la mano hacia el mar.

–¿Qué? –inquirió Holby.

–¡Mira, mira hacia allí! –contestó Paxton mientras señalaba con su dedo hacia un lugar cercano al buque.

Holby se quedó estupefacto. Sobre el dorso cambiante de las olas flotaba majestuosamente un punto luminoso del tamaño aproximado de un puño.

–¡Qué pez más raro! –dijo Holby.

–¿Crees tú que un pez va a flotar y a brillar de esa manera?

–Tal vez sea alguna alga o algún pez luminoso.

–No he oído hablar de peces luminosos. Parece, parece algo del trópico... ¿No será uno de estos bellos luceros antillanos volcado en el mar? –sugirió el poético Paxton.

El punto luminoso estaba casi al costado del buque y los oficiales fueron a dar cuenta al Capitán. Pez, alga, lucero o lo que fuera no era cosa de dejarlo escapar.

A poco, el patrullero detenía su marcha, era bajado un bote con cuatro marineros y después de algunos remazos el extraño objeto fue capturado. Toda la tripulación que no tenía algún trabajo urgente que hacer estaba sobre la cubierta.

El Capitán, llevando en la mano el objeto, fue a su cámara seguido de Paxton y Holby, que, como descubridores de la «extraña cosa», se creían con derecho a intervenir.

–¡Pero si es una botella!... –dijo el Capitán.

–Pero una muy extraña botella –dijo Paxton–. No será seguramente de whiskey.

El Capitán examinaba curiosamente el objeto puesto sobre su escritorio.

–Está cubierto de una capa de cemento, pero lo extraño es que brille en esta forma. –dijo.

–Note Ud., Capitán –dijo Paxton– que ahora brilla menos que a la luz de la luna. Propongo que apaguemos la luz del camarote.

Paxton fue complacido, y al ser la luz apagada «la extraña cosa» brilló mucho más intensamente.

–Sí, –dijo el capitán–. Supongo que está cubierta por una sustancia luminosa, pero muy rara para que haya resistido el agua del mar sin alterarse. Pero... ¿quién habrá podido lanzar esa botella al mar?

–Todo esto es muy extraño, Capitán –dijo Paxton–. Recuerde Ud. que en estas inmediaciones fue hundido un pequeño buque en estos días. ¿No contendrá algún mensaje?

–Eso lo vamos a ver enseguida –respondió el aludido–. ¿Pero cómo diablos ha podido procurarse un naufrago una botella que brille de ese modo?

La botella estaba cerrada por un corcho corriente, también cubierto de la misteriosa sustancia. La parte interior estaba algo humedecida. De allí fue extraído un pequeño pergamino mal enrollado. Todos prorrumpieron en una exclamación de asombro al ver que era la pequeña imagen de una virgen con el Niño Jesús en el frente, y a la espalda la efigie de un santo.

–Vea Ud. si hay algún mensaje en el reverso –dijo Paxton, que quería ver en todo algo trascendental.

–No hay mensaje –dijo el Capitán, volteando la imagen.

–¡Curioso! ¡Curioso! –exclamó Paxton.

–¿Conoce Ud. esa virgen, Capitán? –inquirió Holby.

–A fe mía –respondió el aludido– que creía conocer todas las imágenes de Santos, pero esta jamás la había visto.

–¿No será –sugirió Paxton– un mensaje mudo, podríamos decir, enviado por algún naufrago que haya arribado a algún lugar cercano y que no hubiera podido, por alguna razón, escribir el mensaje?

El Capitán no tuvo tiempo de contestar. En ese instante llegó otro oficial para anunciar que en un lugar de la costa, se veía una gran pira, algo así como un incendio, o una gran fogata. Todos fueron a cubierta.

–Es en la costa de la isleta en cuyas aguas cercanas estamos –aseguró el oficial de derrota.

El Capitán estaba perplejo. Sabía la existencia de la pequeña isla, pero como todos, la creía deshabitada.

–¿No cree Ud. que pueda ser un naufrago o naufragos que hayan arribado allí? –dijo vehementemente Paxton que daba un ojo de la cara por desembarcar– por mi parte tengo la convicción de que esa imagen y ese incendio algo quieren decir...

Este razonamiento decidió al Capitán.

A poco el *Patrol Boat* ponía proa a la isleta mágica. Se detuvo a una distancia conveniente de ella y fue bajado uno de los botes en el que se subieron los oficiales Paxton y Holby y diez marinos equipados con sus rifles, y algunas provisiones. Se procuró ir en la dirección en que había sido visto el incendio. Cuando el bote estaba cercano a la costa, todos distinguieron puntos luminosos en el interior de la isleta.

El desembarco fue fácil, pues fue localizada una pequeña ensenada, en un lugar cercano a aquel en que la pira ardía. Una vez en tierra, se dirigieron, oficiales y marinos, al lugar del aparente siniestro, con mucho sigilo. La isla con toda seguridad estaba habitada, pues el sonido de unos tambores se dejaba oír sordamente en la selva. Cuando llegaron al punto del incendio, Holby se echó a reír estrepitosamente.

–¡Es solo un árbol que ha ardido! ¡Buen chasco nos hemos llevado! –dijo.

–¿Y crees tú que un árbol puede arder, así así?... –le observó Paxton algo enojado.

–En las selvas tropicales son muy corrientes los incendios espontáneos... Además...

–¡Mira! –dijo Paxton, interrumpiéndole y señalando un sitio cercano al árbol.

Las linternas eléctricas fueron dirigidas hacia allí, y todos contemplaron el cuerpo exánime de una joven a pocos metros del árbol quemado. Inmediatamente Paxton le frotó un poco de whiskey en la frente y después soliviantándola le hizo tomar un trago. La muchacha reaccionó rápidamente. Miró con ojos asombrados a los que estaban cerca, pensando de primera intención

que había sido descubierta por Papá Oguís y sus secuaces. Pero viendo los blancos uniformes y las caras alegres y confiadas, dió un grito de júbilo. ¡Aquella gente había caído del cielo enviada por su virgencita!

–¡Allí, Allí! –exclamó alborozada–. ¡Vengan conmigo!

–¿Adónde? –inquirió Holby que conocía algo de español.

–¡Allí, Allí! repitió la muchacha comprendiendo que eran extranjeros. –¡Allí haitianos, mata gente!

Nadie dudaba ya de que la joven debía tener razón. Algo raro pasaba en la isla.

Celeste los condujo a toda prisa por la selva, pero cuando se iban acercando a la explanada les hizo señas de que no hicieran ruido. Así, llegaron al cerrito desde donde se podía contemplar la escena *vaudésca* en todo su esplendor. Los ojos de Paxton y Holby se querían salir de las órbitas.

–¡Es una perfecta escena africana! –dijo Holby.

–Aumentada y corregida, –añadió Paxton.

En la explanada, la salvaje orgía había llegado al colmo del más intenso paroxismo. Locos, enloquecidos aún más por el clerén y por la sed de venganza y de libertad, danzaban una inverosímil danza alrededor de hogueras, daban extraños brincos y proferían gritos como de fieras apocalípticas. En el centro, más de veinte hombres amarrados a postes, con la cabeza baja, parecían Cristos de nueva factura.

Lo inmensamente extraordinario del espectáculo dejó un momento atónitos a los oficiales. Pero Celeste, de pronto, dió un grito y señaló llena de inmensa angustia hacia el centro de la escena. El *Papabocó*, con el cuchillo en alto, como un monstruo del Averno, se preparaba a dar a Rodolfo la cuchillada que lo inmolaría a los dioses del *vaudou*.

Holby, más rápido de mente que su compañero, sacó su pistola con un ademán violento, apuntó, y un disparo sordo estremeció el ámbito de la islita mágica. El disparo del oficial era el disparo de la justicia y no podía fallar: el *Papabocó*, antro de tinieblas y de retrogradación cayó ante el altar en que la culebra, erigida en principio salvaje, era la representante de unos dioses más salvajes aún.

Enseguida los oficiales y marinos, seguidos de Celeste, corrieron a la explanada, haciendo disparos al aire. Los haitianos, desde que sonó el disparo que mató al *Papabocó*, comenzaron a huir azorados, y ahora lo hacían con más rapidez en presencia de esos seres que eran para ellos la luz que no comprendían.

Sin embargo, Tinyó, al parecer poseído por *Musié Candelo*, arremetió, brincando una fogata, hacia uno de los marinos. Este, figurándose seguramente que era un demonio, le disparó a boca de jarro. Tinyó cayó exánime. En un santiamén fueron desamarrados los prisioneros, y Rodolfo, aún herido, maltrecho, y con la angustia pintada en el semblante, corrió, seguido de Celeste, adonde estaban su riqueza y su amor.



XXIX. PAZ, LIBERTAD, JUSTICIA, FELICIDAD

El sol de la mañana siguiente alumbraba aún un cuadro de cierta confusión en el Manicomio Modelo. La noche anterior, después de haber sido restablecido el orden, los oficiales habían regresado a su buque, dejando de servicio cinco marinos para evitar la repetición de cualquier desorden. En vista de la importancia de los sucesos acontecidos en la islita mágica, habían prometido referirlo todo al Capitán para que este volviera al día siguiente y de común acuerdo con los doctores, resolviera lo que se debía hacer.

Muy temprano, vemos a Charlotte y a Rodolfo sentados debajo de uno de los mangos, amorosamente abrazados. Hacía un rato combinaban todo lo que debían hacer para completar su mutua felicidad. Se casarían tan pronto estuviesen libres y se irían a vivir a los Estados Unidos de Norte América. Pero había algunos inconvenientes: el Dr. Romano no perdonaba a Rodolfo lo que había hecho, afirmaba que era aún un loco peligroso y hablaba de someterlo a las autoridades; a su vez, el Dr. Herrera, en cierto modo, apoyaba a Rodolfo, y achacaba todo lo sucedido a la inhumana rigidez y severidad con que el Dr. Romano trataba a los reclusos. Celeste se había alzado otra vez no pudiendo resistir el ver a Charlotte y a Rodolfo juntos. Se habían presentado, además, otros conflictos de menor cuantía.

Una vez despojado del mando, y después del terrible trance, Rodolfo, aunque el amor de Charlotte y el haber recobrado la salud, le producían una dicha infinita, estaba algo indeciso y cariacontecido.

Charlotte, que como buena norteamericana conocía que el dinero si no lo arregla todo, por lo menos arregla muchas cosas en este mundo, le decía:

–Lo que tú tienes que hacer es repartir una parte de tu fortuna, en diferentes donaciones.

Rafaelito que estaba cerca agregó:

–¡Sí, mi jefe, no hay general que resista un cañonazo de cincuenta mil pesos!

Más tarde, vino el Capitán del patrullero y fue inmediatamente a conferenciar con la Dirección del establecimiento. Venía con los oficiales Paxton y Holby, y diez marinos en tres lanchas.

Pereira caminaba de un lado a otro, disgustado porque «su gobierno había caído».

Gollita repetía a cada momento:

–¡Aquí no me quedo yo, no!

Andrés había vuelto a trabajar en su aeroplano.

Don Manuel y Ramoncito, se tomaban una botella de whiskey, que les había regalado el Teniente Paxton, debajo de un mango.

Senén decía a cada momento refiriéndose a la muerte del *Papabocó*:

–¡Las balas de esos blancos si no *comen* de brujerías!

Los haitianos, hipócritas y contritos, se refugiaron en el monte.

Rodolfo dio entonces orden a Rafaelito de que reuniera la mayor cantidad posible de reclusos en un lugar cercano a donde estuvo ubicado el edificio principal.

Enseguida el anciano demente cumplió la orden y todos los reclusos que estaban en libertad esperaban oír la voz de su antiguo jefe. Entonces ordenó a Pereira que les hiciera dar grandes vivas a la Libertad, a la Democracia, y a las Naciones Unidas. Poco entendían de esto los locos, ni el mismo Pereira. A la algarabía, salieron de la oficina los doctores, el personal y el Capitán del patrullero, momento que aprovechó Rodolfo para tomar la palabra, subiendo a un cajón de madera:

–Quiero anunciarles, señores –dijo en voz alta, mientras Charlotte reía complacida– que de mi capital privado de un millón de dólares he dispuesto hacer los siguientes donativos:

- \$20.000 para la fundación de un verdadero Manicomio Modelo.
- \$20.000 para el fondo de guerra de los Estados Unidos de Norte América.
- \$20.000 para ser entregados al Presidente de la República Dominicana para ser empleados en una o varias obras de beneficencia.
- \$20.000 a la República de Haití para que combata el *vaudou* y proceda al mejoramiento de las clases bajas.
- \$20.000 a la señorita Celeste Sotomayor.
- \$10.000 al Capitán y tripulación del *Patrol Boat* N° 5, de la Marina de los Estados Unidos de Norte América.
- \$10.000 al Dr. Fernando Herrera para que haga estudios sobre los métodos y prácticas del *vaudou* en Haití.
- \$20.000 para repartir entre mis compañeros Andrés, Pereira, Senén y Pedrito.
- \$10.000 para que Ubén sea internado en un sanatorio en el extranjero hasta su completa curación.
- \$10.000 para donativos particulares en el Manicomio Modelo.

Al llegar a este punto, el orador fue interrumpido por el Dr. Romano, quien fuera de sí, gritó:

–¡Ese hombre está loco de remate, háganlo callar!

El Dr. Romano, así como los otros miembros del personal, aparecían ridículos, pues apenas podían tenerse en pie, ni caminar, después del terrible tratamiento de la trementina y de las torturas a que los sometieron. Caminaban todavía con las piernas rectas, casi arrastrándolas, como si una semiparálisis les afectara las extremidades. Esto, no obstante haber sido inyectados con morfina para mitigar un tanto los atroces dolores.

En el momento en que el Dr. Romano hacía su airada exclamación, Rafaelito, haciéndose el distraído, se había puesto a jugar en las cercanías del lugar en que estaban los doctores, el Capitán y los miembros del personal, con unos cuantos lingotes de oro, diez o quince monedas y algunas piedras preciosas, que Rodolfo había hecho traer a propósito de la gruta. Como al descuido,

dejó caer un lingote en el pie del Dr. Romano. Este le iba a lanzar una severa admonición al sentir el golpe, pero al ver el oro y las piedras preciosas, no pudo reprimir una exclamación de asombro. Los demás compartían la enorme sorpresa del Dr. Romano. El Capitán miraba a aquel loco que jugaba con un valor que él no ganaría en cinco años de servicio. Al ver el asombro de los circunstantes, Rodolfo dejó su improvisada tribuna, se acercó al grupo y contó todo lo relativo al hallazgo del tesoro. Él sabía que si no veían la prueba de su aserto, lo zamparían inmediatamente en una celda y al poco rato su tarjeta de recluso diría: «delirio de grandeza».

Sin embargo, a la vista del «vil metal», todos muy complacidamente estuvieron de acuerdo en trasladarse a la gruta, aunque ello implicara tener que atravesar montes y riscos, subir colinas, y recibir las picaduras de los insectos, con los cuerpos doloridos y maltrechos.

No hay palabras para describir el asombro de todos y muy especialmente del imaginativo Paxton y del risueño Holby al ver tantas riquezas juntas.

–¡Qué te decía yo de estas tierras! –decía el joven oficial dirigiéndose a su compañero–. ¡Riquezas así no existen en nuestra tierra ni en los bancos de *Wall Street*!

El Capitán, que parecía ser el más entendido en cuestiones de tesoros, manifestó, que en la época actual, el de Rodolfo podía ascender a un valor entre seiscientos mil y setecientos mil dólares.

De regreso al lugar de los edificios, Rodolfo manifestó que ratificaba su promesa de hacer las donaciones que había enunciado en su peroración.

–Después de todo –decía el Dr. Romano visiblemente consolado de tantas desventuras–. ¡No hay mal que por bien no venga!

El Dr. Herrera, decía poéticamente: ¡Tras de cada nublado hay un lucero!

Rafaelito rectificó: ¡mil luceros!

Burrolote se acercó solícito y ofreció unas alpargatas nuevas a Rodolfo. ¡No se había fijado que las que tenía puestas estaban tan deterioradas!

Una vez en el comedor, que había sido improvisado oficina, el Dr. Romano manifestó a Rodolfo que el Capitán del patrullero

había pedido instrucciones por radio y que había sido autorizado a transportar al puerto más próximo las personas que el Dr. Romano indicara. También manifestó a Charlotte que sus padres habían sido avisados de que se encontraba sana y salva. El doctor expresó que había dispuesto que todo el personal se trasladara a tierra, con excepción de los llaveros Echavarría y Don Pedro, quienes quedarían encargados del establecimiento por unos días, mientras el personal regresaba para proceder a su reorganización. Los llaveros fueron provistos de pistolas, proporcionadas por el Capitán del *Patrol Boat*.

En eso, apareció Pereira, avisando que Celeste había sido hallada y que había sido encerrada en la habitación de Diomares a fin de que no volviera a escapar.

Rodolfo manifestó al Dr. Romano que quería llevarse consigo a Celeste y a Rafaelito. A la primera la entregaría a su familia, después de regularizar legalmente la entrega del donativo, y el segundo lo llevaría a vivir con él. Manifestó, además, que tan pronto estuviera en condiciones haría efectivas las donaciones prometidas, agregando otras a los oficiales Paxton y Holby.

–*¡All rights! ¡All rights!* –decían estos encantados.

–Tú ves –decía Charlotte al oído de Rodolfo– ¡que el dinero si no es lo mejor que hay en el mundo, es por lo menos una de las mejores *cositas* de este mundo!

El tesoro fue puesto en cajas de madera y llevado al puerto para ser trasladado al patrullero. Como últimas instrucciones se dieron las de buscar a los haitianos y no hacerles nada.

–No hay que hacerles nada –decía el Dr. Herrera–. ¡Son locos, y como locos han actuado!

Alrededor de las once de la mañana, la comitiva se dirigió al puerto para embarcar.

Celeste, la niña dulce, envenenada de locura romántica, procedente de las lejanas tierras en cuyos prados ubérrimos pacen las vacas y donde de noche lucen como faritos errantes los cocuyos, iba adelante de todos. Por mediación de ella se había hecho el milagro. No en vano se llamaba Celeste y había sido bautizada ante la Milagrosa Virgen de La Altagracia. Al llegar junto al

mango-antorcha, la joven clavó una imagen de la virgencita en su tronco y piadosamente se arrodilló frente a ella.

Rezaba.

Aquella joven rezaba la oración de gracias del mundo. La oración de gracias de todos los seres de todo el mundo por la libertad, por la paz y por la felicidad. Sus acompañantes se pusieron de rodillas junto a ella. La escena era como un símbolo. Allí estaba la Voluntad poderosa de aquel árbol que sirvió para algo aún después de muerto, la Fe portentosa en los poderes divinos encarnada en la sublime Virgencita de Hicayagua, y la fuerza organizada que es necesaria en esta desdichada tierra para vencer los falsos ideales que menoscaban la dignidad humana.

Las palabras de la oración se incrustaban en el cálido silencio.

DIOS TE SALVE MARÍA
LLENA ERES DE GRACIA
EL SEÑOR ES CONTIGO
BENDITA TÚ ERES
ENTRE TODAS LAS MUJERES
Y SAGRADO ES EL FRUTO
DE TU VIENTRE, JESÚS...

Y el mango, carbonizado y orondo, parecía sonreír.

– FIN –

Í N D I C E

Presentación Julio Sánchez Maríñez	7
Prólogo Jochy Herrera	9
Capítulo I. El Manicomio Modelo	25
Capítulo II. El Pabellón Número Uno	32
Capítulo III. Rodolfo	38
Capítulo IV. El Pabellón de las Mujeres	50
Capítulo V. El grupo de los haitianos.....	54
Capítulo VI. Mañana en el manicomio	60
Capítulo VII. Trementina.....	65
Capítulo VIII. Conspiración	71
Capítulo IX. La Gruta	79
Capítulo X. Nuevo hallazgo	91
Capítulo XI. Día de visita	95
Capítulo XII. El rapto	106
Capítulo XIII. La inútil búsqueda	109
Capítulo XIV. El hundimiento	112
Capítulo XV. Charlotte	119
Capítulo XVI. La revolución	124
Capítulo XVII. Primeras disposiciones del nuevo gobierno	132
Capítulo XVIII. Venganza	138
Capítulo XIX. Charlotte y Rodolfo.....	144
Capítulo XX. Papá Oguís	151
Capítulo XXI. Incidente dominico-haitiano	161
Capítulo XXII. El <i>Zombi</i>	173
Capítulo XXIII. Clerén y Bongó.....	189
Capítulo XXIV. Las botellas luminosas	192
Capítulo XXV. <i>Vaudou</i>	199
Capítulo XXVI. Dominación haitiana.....	213
Capítulo XXVII. Celeste.....	224
Capítulo XXVIII. El suave milagro.....	231
Capítulo XXIX. Paz, libertad, justicia, felicidad	238

Trementina, Clerén y Bongó, de Julio González Herrera, de la colección «Clásicos Dominicanos, Serie I. Narrativa», del Instituto Superior de Formación Docente Salomé Ureña, se terminó de imprimir en septiembre de 2018, en los talleres gráficos de Editora Búho, con una tirada de 2,000 ejemplares.
Santo Domingo, República Dominicana.



INSTITUTO SUPERIOR
DE FORMACIÓN DOCENTE
SALOMÉ UREÑA

COLECCIÓN CLÁSICOS DOMINICANOS
SERIE I. NARRATIVA

